Natalia Torvisco



En el corazón del monstruo

CROSS BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

ENERO

1. LA GOLSTADT

2. UN AVE MONSTRUOSA

3. EL DOCTOR VIKTOR FRANK

4. ENTRE LAS SOMBRAS

5. EL MONSTRUO

6. EL EXPERIMENTO DEMIURGO

7. NO IMPORTA CÓMO

8. UNA ILUSIÓN OSCURA

9. MUERTA NO ERES UN PROBLEMA

10. LAS CICATRICES

11. UNA VIDA POR UNA MUERTE

12. MENTIRAS

13. IGUAL DE MONSTRUO QUE ELLOS

14. SÉ CUÁL ES EL RIESGO

15. UNA ROSA HECHA DE SANGRE

16. HALLAR A LOS MONSTRUOS

17. CUALQUIERA DIRÍA QUE NO ES HUMANA

18. UNA COMPAÑÍA INDESEADA

19. LE HA DADO ESQUINAZO

20. EL CONGRESO

21. FUEGO EN LA OSCURIDAD

22. AL DIABLO LAS NORMAS SOCIALES

23. UNA TRANSMUTACIÓN CONVERTIDA EN SANGRE

24. LA DEMOSTRACIÓN DEL PROFESOR KRAUS

25. LA TORTURA NO ES ILEGAL

26. UNA CERTEZA INSTINTIVA

27. CORRE Y NO MIRES ATRÁS

28. AYUDA

29. UNA DICHA FUGAZ

30. EL VESTIGIO DE LA VIDA

31. ASFIXIADA

32. NO PUEDES DECIR LA VERDAD

33. EL SEGUNDO MONSTRUO DE VIKTOR FRANK

34. LA DOCTORA TERESSA GREEN

35. CUANDO ESTOY CON ÉL

36. LA SALA DE OPERACIONES

37. EL BAILE TRIMESTRAL DE LA GOLSTADT

38. EL TERCER MONSTRUO DE VIKTOR FRANK

39. LA DECISIÓN DEL SUPREMO

40. ES HORA DE DEFENDERME

41. ME DUELE EL CORAZÓN

42. ¿EL AMOR ES SUFICIENTE?

43. EL SÉPTIMO MONSTRUO DE VIKTOR FRANK

44. UNA LUZ EN LA OSCURIDAD

45. TODOS LOS MONSTRUOS DE VIKTOR FRANK

46. LO QUE ME QUEDA POR VIVIR

EPÍLOGO

NOTA DE AUTORA

BIOGRAFÍA

Créditos

En el corazón del monstruo

Natalia Torvisco




«—Me gusta lo desconocido —dije finalmente con un hilo de voz.
Él detuvo su escritura. Pero su mirada continuó fija en la punta de su pluma.
—Lo desconocido —dijo— es en ocasiones peligroso, señorita Allen».



ENERO



1818

El cielo estaba cubierto ya de nubes de tormenta. La luz de la luna, tras aquella densa capa, era apenas un halo capaz de atravesar solo los hilos más finos que tejían ese techo. No resultaba suficiente para alumbrar la extensión de tierra empapada que alcanzaba el horizonte. La luna no iluminaba aquella noche, sino los relámpagos.

La lluvia, fuerte y constante, y el ruido de los truenos parecían galopar al mismo ritmo que el caballo que avanzaba veloz por el páramo con un hombre a sus lomos, que sostenía su sombrero con una mano mientras azuzaba al animal en una dirección clara. El horizonte no era más que una línea recta, pero, al cabo de unos minutos, fue surgiendo, como si naciera de la tierra, la forma difusa de una casa. Cuanto más se aproximaba, esta fue dibujándose con mayor nitidez entre la negrura y la incesante lluvia. Las paredes estaban construidas a partir de ladrillo rojo, y una única puerta angosta daba paso al interior desde una esquina de la fachada. No había una sola ventana.

El hombre alcanzó el lugar y bajó del caballo sin que este se hubiera detenido por completo aún. Admiró un momento el cielo y entró sin llamar.

El pequeño rellano estaba completamente vacío, a excepción de una lámpara de gas que aguardaba prendida y colgada en un gancho junto a la entrada. El hombre la cogió y caminó por el único pasillo que daba paso a las dos solitarias puertas que había al final, haciendo esquina una con la otra. Dudó al llegar allí. Por un momento, llevó la mano a la puerta que quedaba frente a él, pero, inmediatamente después, corrigió el movimiento y abrió la habitación que quedaba a su derecha. Dejó la lámpara en la primera mesa que encontró, cerró tras él, y, quitándose el gabán y el sombrero, que lanzó a cualquier lado, encaró una extraña maquinaria.

Se trataba de una palanca rodeada de engranajes por los que pasaba una cuerda robusta que zigzagueaba entre ellos hasta un agujero pegado al techo en la pared que daba a la otra habitación. Echó un vistazo a un reloj de bolsillo, que marcaba en ese momento las diez y cincuenta y nueve minutos y esperó a que el segundero llegara al pico más alto. Entonces, bajó la palanca y liberó el primer engranaje.

La acción activó una cadena de movimientos, donde los engranajes fueron rodando, haciéndose girar los unos a los otros y comenzando a tirar de la cuerda poco a poco. Al otro lado de la pared, se escuchó el movimiento de más engranajes y, después, el chirrido de unas bisagras que parecieron abrir un boquete en el techo de la otra habitación, pues el sonido de la lluvia pasó de escucharse de forma lejana a liberar un eco sobre un suelo de madera.

El hombre solo tuvo que esperar un segundo cuando el estruendo de un trueno hizo temblar las paredes. Un rayo golpeó algún lugar de la otra habitación. Después, silencio. Susurros. Pasos.

Y gritos.

1

LA GOLSTADT



Septiembre, 1820

Pasé los dedos por el desgastado borde de la hoja, donde el nombre Dr. v. Frank se había impreso con tinta negra y precisa. Las finas vetas del papel verjurado apenas eran ya visibles. No sabía cuántas veces había leído aquel artículo de la revista científica que había robado de la biblioteca del museo. Había arrancado la hoja sin ninguna vergüenza y me la había llevado escondida en el retículo. Hacía ya catorce meses de aquello. Me había aprendido de memoria varios de los párrafos.

—Cuatro.

Di un respingo cuando la nariz de Emily asomó por encima de mi hombro para ver qué me tenía tan abstraída. Me di la vuelta y escondí la hoja a mi espalda.

—¿Qué?

Alzó una ceja.

—Hoy es la cuarta vez que la lees, Marshel. —Se dio la vuelta para terminar de guardar sus cosas en el baúl—. Mirarás al doctor Frank igual que a esa hoja cuando lo tengas delante. —Se frotó la nuca—. Me resulta curioso que cuanto más lees ese artículo, más interés

tienes en conocerlo. La gente suele hacer lo contrario. Alejarse y llamarlo monstruo.

Quise responder que lo que me incitaba a estudiarlo era precisamente la razón por la que lo rechazaban, pero me contuve para evitar entrar en un eterno debate cobre moralidad. En su lugar, me limité a dejarme caer en la vieja cama que compartíamos, con la hoja entre los dedos, y miré el cuartucho que había sido nuestro hogar durante un año entero. Las paredes, de yeso agrietado, se habían escamado más con el pasado invierno, y el techo bajo, lleno de humedades, comenzaba a ahogarme. Solo había una ventana cubierta con una tela deshilachada que, llegado ya octubre, dejaba pasar más frío que luz. Había sido una convivencia dura en aquel pequeño espacio, pero nos había permitido ahorrar para el cambio que estábamos a punto de dar.

Cuando cerró al fin el baúl y abrimos la puerta del cuarto, ninguna de las dos miramos atrás para despedirnos. Guardé la hoja de la revista en mi retículo y ambas bajamos con cuidado con el pesado baúl a la calle.

El mozo de cordel ya se encontraba en la entrada cuando salimos. Emily había visitado temprano a la señora Smith, del cuarto opuesto al nuestro, que conocía a un hombre de confianza que hacía a veces de mozo. El tipo en cuestión era delgado, pero cargó el baúl en la carretilla como si pesara la mitad. Nos cobró tres peniques por arrastrar aquel trasto una milla, entre Percy Street y Russel Street, mientras Emily y yo caminábamos por delante. Apenas tardamos veinticinco minutos en llegar y, a pesar de no estar incluido en el precio, el hombre nos hizo el favor de subir el baúl hasta el rellano de nuestro piso, algo que Emily le agradeció con medio penique.

—Pues ya está —dijo cuando nos quedamos al fin solas.

Y, sin preámbulos, sacó la llave del retículo y abrió la puerta.

Lo primero que nos dio la bienvenida fue la luz del día. A pesar de estar bajo el cielo encapotado de Londres, el espacio no necesitaba una lámpara de aceite prendida, al contrario que el cuartucho. La ventana daba a Russel Street, y ninguna cortina entorpecía el paso de la luz. Lo segundo que me hizo suspirar de alivio fue la presencia de dos camas, en lugar del único jergón delgado que habíamos

compartido tanto tiempo. Estaban cubiertas por sábanas y mantas que olían a jabón y no por edredones remendados y ásperos. Una cómoda, en el lado opuesto junto a un viejo espejo de pie, nos serviría para guardar la ropa, y unos estantes, para los utensilios de alquimia. Ya no tendríamos que bucear en el baúl para encontrar nuestras cosas. Además de todo aquello, disponíamos de una chimenea recatada, un pequeño brasero junto a la ventana, un barreño, una mesita y dos sillas algo ennegrecidas.

Emily se sentó en una cama.

—Es cómoda.

Habíamos planeado todo aquello dos semanas después de conocernos en la biblioteca del Museo Británico, hacía ya un año y nueve meses. Recuerdo que aquel día yo tenía sobre la mesa varios libros sobre alquimia y química que estaba estudiando, uno de ellos del doctor Frank sobre conceptos básicos para la creación de elixires. Ella se había acercado con curiosidad. Me había dicho que estaba también interesada en la materia y me había facilitado un tomo que profundizaba en el uso de los símbolos de transmutación e inscripciones alquímicas, algo que por aquel entonces yo desconocía. Viktor Frank hablaba sobre ello en su libro, pero no los definía. Ese libro me había resultado increíblemente útil.

Habíamos estado tras eso intercambiando conocimiento hasta que nuestra relación había terminado por estrecharse y convertirse en una gran amistad.

Cuando la prestigiosa escuela Golstadt de alquimia de Londres, de la que el eminente doctor Frank era profesor, había anunciado en los periódicos la oferta de diez becas para estudiar, Emily había propuesto presentarnos. Nos habíamos encerrado en aquel cuartucho barato y habíamos decidido ahorrar para dedicarnos en cuerpo y alma a la alquimia si conseguíamos la beca. Habíamos tenido que pasar tres exámenes teóricos y tres prácticos que nos habían resultado tremendamente básicos y aburridos tras tanto tiempo entre libros. Emily se había quejado de la poca dificultad con la que habíamos entrado. Esperaba que la Golstadt, una vez dentro, nos retara con algo mucho mayor.

Abrimos el baúl y comenzamos a sacar las cosas y a colocarlas. Lo primero que comprobé fue que la caja de mis elixires estuviera intacta. Los frascos parecían haber sobrevivido al movimiento, solo uno tenía una pequeña grieta superficial, pero el líquido no se había derramado. Cerré de nuevo la caja y la dejé sobre la cómoda, accesible.

Cuando llegó casi la hora de almorzar, Emily me propuso ir a buscar algo de comer mientras ella terminaba de colocar todo. Así que me envolví en mi capa, cogí el retículo y cuatro peniques, y me dispuse a caminar sola por las calles adoquinadas, dejando atrás la nueva residencia. El frío del otoño era penetrante, casi puntiagudo, y a los pocos pasos empecé a sentir las manos entumecidas. Me alegré al escuchar enseguida el bullicio que provenía del mercado de Covent Garden, a esas horas más vacío que por la mañana temprano. Cuando llegué, el ambiente seguía impregnado de olores conocidos, pan tostado, carne especiada y frutas. No era la primera vez que visitaba aquel lugar, a pesar de estar más lejos del cuartucho.

Habíamos meditado mucho acerca de la localización del nuevo dormitorio durante varios días, entre el teatro Drury Lane y Covent Garden, mayormente por el ruido y por la lejanía de la escuela, que antes nos quedaba tan cercana, junto al Museo Británico. Pero, después de visitar la zona, las dudas se habían disipado. No había tanto ruido, y, en días lluviosos, regresaríamos de la compra por las mañanas sin calarnos hasta los huesos y sin echar a perder la comida.

Admiré el mercado en silencio. Varios puestos estaban ya vacíos, otros recogían, y solo unos pocos continuaban ofreciendo los restos del día. Me aproximé a un vendedor de tartas que aún tenía sobre la bandeja algunas empanadas de carne (y, sospechaba, patata para engordar la mezcla) tibias, con la masa dorada y resquebrajada por el frío. Me ofreció dos por tres peniques y, una vez pagadas, envolvió ambas en papel encerado.

Cuando regresé a casa, Emily ya tenía todo bien dispuesto y los vestidos para el día siguiente, estirados sobre la mesa, entre dos mantas, una por encima y otra por debajo.

—Se están planchando —fue lo único que dijo mientras se levantaba de la cama y dejaba a un lado el libro que estaba leyendo. Se acercó a olisquear lo que llevaba en las manos—. ¿Qué y cuánto? —preguntó.

—Dos empanadas de carne, tres peniques.

Le di el bulto de papel encerado y me deshice de la capa y el retículo. Me acerqué con curiosidad a la mesa. Emily había pintado con hollín un triángulo en las mantas (el símbolo del fuego), lo había rellenado solo un poco, indicando así el grado de temperatura, y añadido una fina línea paralela a uno de los lados para especificar que lo que las mantas tenían entre manos era una tela delgada. Había empezado a usar la alquimia para quitar arrugas de la ropa desde que se había quemado un dedo con la plancha de hierro de cinco libras de peso que solía emplear en el cuartucho. Como la alquimia requería equilibrio, había decidido enfriar la lumbre para calentar las mantas.

—¿Por qué el vestido celeste? —Arrugué la nariz—. Es el que menos me gusta.

—Esta empanada de carne sabe más a patata que a carne —respondió, ignorándome. Ya había empezado a comer.

Pasamos el resto de la tarde leyendo y preparándonos para el comienzo de las clases del día siguiente y, después, cenamos los restos de empanada que habíamos dejado y nos acostamos, exhaustas.

Encontré desagradables, por algún motivo, el olor a limpio de mi ropa de cama y el mullido colchón. Estaba tan acostumbrada al malvivir de nuestra antigua residencia que había dejado de sentir lo a disgusto que me encontraba en ella. Pensé que acogería el cambio radical con placer, pero me sorprendió encontrarme de pronto sintiendo desagrado. Las emociones eran algo extraño, y cuanto más trataban de comunicarse conmigo, menos las comprendía. La única que era capaz de distinguir con claridad y entender era el miedo, pues aquel era el único que me había acompañado toda la vida.

Salí de entre las sábanas y saqué de debajo de la almohada la hoja con el artículo del doctor Viktor Frank. Nunca le había contado

a Emily nada de lo que unía mi pasado al de aquel hombre ni por qué sentía tanta curiosidad por su trabajo.

Me levanté y caminé hacia la ventana, llena de recuerdos borrosos que me negaba a aclarar por ahora. El suelo estaba helado, pero lo encontré reconfortante. Al principio me preguntaba por qué algo molesto podía provocar un sentimiento u otro dependiendo de si lo escogías o te lo imponían. Había supuesto entonces que tenía que ver con el control. Si yo sabía que podía interrumpir esa molestia cuando quisiera, entonces era libre de disfrutarla o no. De lo contrario, solo podía ahogarme en la incertidumbre. Y aquello era precisamente lo que me ocurría con lo que avecinaba el día siguiente. Carecía de control. Yo no sería la que guiara los acontecimientos, sino el destino, la suerte o la desgracia.

El viento golpeó el cristal y lo hizo temblar.

Abrí la ventana solo un poco, pero lo suficiente como para que una corriente helada acariciara el interior del dormitorio como una mano llena de púas. Emily se estremeció bajo la manta, pero no se despertó.

Admiré la noche lluviosa de Londres y paseé la mirada por la oscuridad de la calle. El farol de gas que debía iluminar aquella zona estaba apagado. El silencio estaba roto por un murmullo lejano proveniente de Drury Lane. Me abracé un instante mientras buscaba algo entre las sombras y entre las voces que pudiera amenazar mi descanso. Pero no hallé nada.

Llevaba más de dos años huyendo. Cada vez que doblaba una esquina, que entraba en un recinto vacío o que el sol se ocultaba entre los edificios de Londres, mi cuerpo se encogía y se preparaba para un asalto que jamás sucedía. Me preguntaba cada mañana al despertar y cada noche al acostarme dónde estarían aquellos que amenazaban mi tranquilidad. Y en ocasiones, cuando me hallaba más inquieta, me encontraba deseando con desesperación que aparecieran de una vez por todas para acabar con la espera.

Tragué saliva y miré una última vez la hoja que tenía entre los dedos. Después, la rompí una decena de veces y la arrojé por la ventana. Si iba a meterme en la boca del lobo, al menos lo haría sin pruebas que me unieran a Viktor Frank.

Levanté la mirada hacia el edificio que tenía delante, hacia el enorme reloj que coronaba la cima, que marcaba en ese momento las cuatro menos cinco de la tarde, mientras me toqueteaba el colgante con forma de estrella que me había regalado Emily el mismo día que nos habíamos instalado en el cuartucho.

La escuela de alquimia de Londres era imponente. Con sus paredes de ladrillo gris y sus grandes puertas negras de roble, abrazadas por dos enormes columnas blancas de mármol, parecía la entrada a un paraíso de muerte. Al menos así era como yo la veía.

Había despertado aquella mañana con el corazón en la garganta tras un sueño lleno de gritos y sombras y tratando por todos los medios de no pensar que se trataba de un mal augurio, pero había sido en vano. No había comido nada hasta hacía una hora, antes de salir de casa, cuando Emily había decidido que para estudiar necesitaba alimentarme, y me había obligado a comer un poco del estofado que había preparado. Me dieron ganas de vomitarlo.

Emily no comprendía cómo podía estar tan nerviosa. Yo no me había atrevido a explicárselo. Nunca lo hacía. Porque, a pesar del riesgo que suponía ponerme frente a frente con el doctor Frank, yo era, en verdad, una cobarde. Había perdido demasiado, y me negaba a perder más. Más tiempo, más vida.

—¿Qué haces aquí parada?

Me sobresalté y por poco se me cayeron los libros de entre los brazos.

Levanté la mirada hacia Emily y la ceja que tenía alzada, enmarcada por dos suaves tirabuzones dorados que siempre se negaba a peinar. Me recolocó los libros y me enderezó la espalda.

—Parece que vas a entrar a una ejecución —dijo.

—Estoy nerviosa.

—Dicen que el doctor Frank es un borde.

—Genial. ¿Quién lo dice?

Emily señaló descaradamente a un grupo de tres estudiantes que se encontraban detrás de nosotras. Le bajé la mano, cohibida.

—No señales.

—Me has preguntado.

Puse los ojos en blanco y volví a mirar hacia las puertas mientras comenzaban a caer tímidas gotas de agua. A nuestra espalda, Bloomsbury Square estaba viva. Decenas de carruajes pasaban en ambas direcciones, salpicando barro y llenando las calles de un suave y desagradable olor a estiércol. El bullicio era como un ruido sordo, lejano. Lo único en lo que podía pensar era en Viktor Frank.

—Vamos —dijo Emily.

Y comenzó a caminar para atravesar las puertas.

El vestíbulo del edificio era extraordinario. Con el suelo de mármol negro y el techo abovedado de piedra gris, mostraba un aspecto elegante y pulcro aunque, en cierta medida, siniestro. Las vetas del mármol se me antojaron raíces capaces de arrastrarse entre la multitud y atrapar los tobillos de los estudiantes que no dieran la talla, y una enorme araña que coronaba el centro del techo estaba sostenida por una cadena pesada que parecía chillar cada vez que la puerta se abría y el frío entraba. Tenía las velas encendidas, y desprendían un humo con olor a cera vieja. Frente a las puertas de entrada, unas enormes escaleras de madera barnizada y oscura ascendían hasta la segunda planta, perfiladas por un pasamanos del mismo material que el suelo, recorrido por las mismas censoras raíces. A izquierda y derecha, solo había puertas que daban a aulas y laboratorios, separadas por emblemas alquímicos grabados en cobre bruñido. Parecían haberlos limpiado de forma rigurosa para el comienzo del cuarto trimestre.

Todo estaba lleno de estudiantes.

La mayor parte de ellos eran hombres jóvenes de entre veinte y veinticinco años. No había apenas mujeres. De hecho, aparte de nosotras, solo veía a cinco más, y todas hablaban entre risas junto a la puerta correspondiente al laboratorio 003, con elegantes vestidos, tan diferentes a la sencillez de los nuestros.

Emily se dirigió al aula 102, en la planta superior, y yo fui tras ella. Nuestros zapatos sobre el mármol salpicaban el bullicio de sonido a cada paso. Yo me encontré de pronto evitando las vetas como si fueran veneno, alejada del pasamanos. Emily, por el contrario,

miraba alrededor con curiosidad. Al llegar, cogió el picaporte de la puerta para abrir sin llamar. Estaba cerrada.

Acercó el rostro al cristal traslúcido que ocupaba la mitad superior de la puerta. Tras él, podía apreciarse de forma difusa un aula vacía y sus muebles, asientos, escritorio del profesor, etcétera.

—El profesor Stone no ha llegado aún —dijo una voz a nuestra espalda.

Emily y yo nos dimos la vuelta al unísono. Era un joven estudiante de unos veinte años, alto y esbelto. Sus rasgos suaves lo hacían encantador, su pelo castaño, revuelto, acariciaba unas lentes pequeñas y cuadradas que descansaban a mitad de su nariz. Unos ojos marrones nos observaban por encima de ellas con curiosidad.

—No os había visto nunca —dijo.

—Somos nuevas —respondió Emily.

Los labios del chico se alargaron como si tuvieran vida propia.

—Soy Edward. —Le tendió una mano a mi amiga—. Este es mi segundo trimestre.

Los años académicos en Golstadt estaban divididos en cuatro trimestres, cada uno diferente al anterior en cuanto a clases y profesores, y los alumnos podían empezar cuando quisieran y en cualquier orden, dado que los conocimientos impartidos no dependían de otros previos. Teníamos un profesor para la teoría y un profesor para la práctica en el laboratorio. Este era el primer trimestre para nosotras, y habíamos decidido empezar por el cuarto porque el profesor de laboratorio sería el doctor Frank.

Emily estrechó la mano de Edward con cierta cautela, como si temiera que el contacto fuera a quemar su piel. Se presentó con poca labia y, después, yo hice lo mismo.

—¿Comenzáis los estudios este trimestre por Stone o por Frank? —nos preguntó Edward, acomodándose bajo el brazo el único cuaderno que llevaba consigo. Después, descansó su espalda en la pared de enfrente.

—Frank —respondió Emily.

El chico abrió la boca para decir algo más, pero el profesor Stone hizo su aparición y, seguido de cerca por otros estudiantes, abrió la puerta del aula y se internó en ella. Emily dio la espalda a Edward

sin despedirse y tomó asiento en primera fila. Apenas me dio tiempo a contemplar el aula mientras la seguía.

—Ha sido agradable —dije, acomodándome a su lado. Nunca antes había conversado con alguien que no fuera Emily, algún encargado de la biblioteca o un mercader.

—Tiene la voz ronca —respondió ella mientras abría un cuaderno.

Me arrimé un poco, intrigada.

—¿Y qué pasa con eso?

—No pega con su sonrisa.

—¿Qué...? —Parpadeé, confusa—. ¿Qué tiene que ver?

Se encogió de hombros.

Edward se abrió paso con sencillez entre la gente y decidió sentarse detrás de Emily. Se inclinó hacia delante y nos habló. A partir de ese momento, no pude evitar prestar atención al sonido de su voz. Maldije a Emily y sus extrañas apreciaciones.

—¿Sabéis qué elemento controla Stone? —preguntó mientras el profesor abría su maletín en el escritorio.

El profesor Stone era en persona idéntico al rostro retratado en su bibliografía, un hombre mayor, de pelo blanco y mirada compasiva. Sus movimientos eran serenos, y transmitía con ellos una tranquilidad reconfortante. Abrió un libro con suavidad, acariciando antes el lomo, y paseó sus dedos por los párrafos, quizá buscando algo.

Emily volvió su cabeza. Contempló a Edward un momento que me resultó eterno.

—¿Es una pregunta por desconocimiento o para saber si nosotras estamos al día? —preguntó con curiosidad sincera.

Edward se frotó el mentón y sonrió.

—Qué borde.

Después, se echó hacia atrás, con un gesto divertido, y dirigió la mirada al profesor, a la espera de que comenzara la clase.

Emily me miró.

—¿Qué he hecho? —susurró, confusa.

Yo negué con la cabeza y sonreí.

—Nada.

Emily se encogió de hombros y preparó su pluma. La clase comenzó inmediatamente después.

2

UN AVE MONSTRUOSA



La alquimia era una materia particular. Yo había nacido con el interés impreso en mi sangre, otros habían aprendido a amarla tras escuchar palabras o nociones, el resto del mundo la conocía, y solo unos pocos la temían. Tal vez con razón.

Eran muchas las cosas que podían hacerse a través de ella. Si empleabas bien los símbolos, sacrificios y mezclas, una persona casi podía convertirse en Dios. El doctor Viktor Frank era de los pocos que se habían atrevido a traspasar ciertas líneas entre lo moralmente aceptable y lo que no. Y por eso era reconocido, por sus trabajos controvertidos, la mayor parte desconocidos para el público y para el Consejo que se encargaba de controlar los límites. La ley para la alquimia era severa, y saltársela suponía un crimen que podía conducir incluso a la pena de muerte.

Solo uno de sus experimentos había sido popular en su día, aceptado a regañadientes por el Consejo debido al avance que podía suponer para la medicina. Había sido publicado por una revista de ciencia: la creación de un pájaro, al que bautizaron como Prometeo, a partir de restos de otras aves. El doctor Frank se había ocupado de diseñar el animal, de coser y tejer carne y plumas, y, una vez formado, de darle vida. En la revista no se indicaba cómo lo había

hecho, pero no hacía falta ser muy listo para intuirlo. La alquimia usaba el equilibrio de la naturaleza para dar lo que requerías. Y el equilibro en cuestiones de vida tenía el nombre de muerte. Quizá por eso algunos habían decidido rechazar lo extraordinario de su trabajo para, en su lugar, tachar al doctor de monstruo.

La revista no se había atrevido siquiera a lanzar aquella hipótesis en su artículo, pero sí había hablado sobre los posibles símbolos que podría haber empleado el doctor para lograr aquella hazaña. Aquel era uno de los motivos por los que había decidido arrancar la hoja y guardarla para releerla y sacar conjeturas. Emily y yo habíamos barajado varias, y distaban mucho de las suyas.

Para mí, lo más sencillo habría sido grabar un uróboros en el círculo donde se realizaría la transmutación o en la jaula donde crecería el ave. El símbolo de la serpiente mordiéndose la cola representaba el ciclo infinito de muerte y renacimiento. Estaba segura de que habría sido eficaz.

Emily había sido más retorcida. Había dicho que si lo que se buscaba era la transformación, lo ideal habría sido emplear el símbolo del azufre, que estaba asociado con el alma y la transformación. Grabado en el recipiente donde se fusionarían las partes del ave, a Emily le resultaba imposible que aquella idea no hubiera funcionado.

En lo que sí habíamos coincidido ambas era en el origen de la tinta con la que se debían dibujar los símbolos. La sangre del sacrificio. Para dar vida, el doctor Frank debía de habérsela quitado a otro ser vivo. Emily estaba segura de que las aves que habían conformado a Prometeo habían sido cazadas por el doctor, que había mezclado sus sangres en un bote y que las había empleado después para la transmutación. Yo no había podido negárselo.

—La clase ha sido introductoria —dijo Emily mientras tomábamos asiento en una mesa al fondo de Lion, la taberna que frecuentaban los estudiantes y profesores de Golstadt—. Pero el profesor Stone es bueno en la materia.

Era un lugar oscuro, de paredes, techo y suelo de madera desgastada. Disponía de una única ventana, que daba a Bloomsbury Square, por lo que se encontraba el espacio inundado de

candelabros con velas prendidas. Olía a vino y marisco principalmente, aunque por la zona de la barra predominaba el olor a cerveza. Estaba hasta arriba de gente, casi toda de pie, entre charlas animadas. Emily y yo éramos de las pocas que habían decidido tomar asiento.

—Nosotras sabemos cosas que quizá el resto de los estudiantes no.

Me cubrí los brazos con la capa y miré alrededor, buscando. El profesor Stone se encontraba con otros colegas en una esquina de la barra. Uno de ellos debía de ser el doctor Viktor Frank.

—¿Quieres acercarte? —me preguntó Emily.

—¡No!

—Estaría bien conocer al doctor antes del laboratorio.

El tabernero apareció para tomarnos nota. Guardamos silencio hasta que nos sirvió vino en dos vasos de latón. A Emily le pareció una ordinariez. Se llevó el vaso a los labios y bebió todo el contenido de golpe, sedienta.

—Fascinante —dijo una voz junto a nosotras. Edward se encontraba de pie, con la postura relajada y una sonrisa torcida, mirando a Emily—. ¿Puedo unirme a vosotras?

—¿Para qué? —respondió mi amiga.

Yo puse los ojos en blanco y le di una patada por debajo de la mesa.

—¿Sabes quién es el doctor Frank? —le pregunté a Edward mientras señalaba el grupo de profesores con la cabeza.

Él negó con la cabeza y carraspeó antes de responder.

—Nunca le he visto —dijo.

—Llevas un trimestre en la escuela —dijo Emily, escéptica.

Edward se frotó el mentón.

—Ya, bueno, entra y sale de su laboratorio por una puerta secundaria, no por la principal —respondió—. El laboratorio siempre permanece cerrado cuando él está dentro. Y, además, no hay ninguna imagen suya por ninguna parte.

—Y no has sentido curiosidad nunca como para sentarte a esperar frente a esa puerta secundaria.

Me levanté de la silla cuando empezaron a debatir sobre el respeto a la privacidad.

Edward tomó asiento sin prestar atención a mis movimientos mientras su mirada se fijaba en Emily, que no parpadeó ante la intrusión de nuestro compañero ni ante mi repentina desaparición.

Me deslicé entre la gente, intentando no llevarme ningún golpe. Todos eran más altos que yo, incluso las pocas mujeres que había. Nadie parecía reparar en mí y en mi esfuerzo por salir de la taberna. Cuando casi había alcanzado la puerta, me volví de nuevo hacia el grupo de profesores. Y, entonces, choqué con algo que casi hizo que me cayera al suelo. Pero una mano rápida me sostuvo antes de que eso sucediera. Me quedé sin aliento cuando levanté la mirada y me topé de lleno con unos ojos marrones, oscuros y profundos, completamente inhóspitos.

—Lo... lo siento —dije.

Él me soltó. Y, sin decir nada, caminó hacia el extremo más cercano de la barra, un rincón solitario, en penumbra, junto a la pared, y allí se hundió en sí mismo mientras el tabernero le servía sin que él tuviera que pedirle nada, sin intercambiar ni una sola palabra. Comprendí ante esa escena que era un cliente habitual allí y habitualmente callado también. La curiosidad rodeó la boca de mi estómago como una mano apretando una pelota. Me quedé allí, contemplándolo. Era un hombre que debía de rozar los treinta años, de aspecto cansado que en absoluto restaba atractivo en él. Por alguna razón, me resultó atormentado. Su mirada estaba clavada en el fondo del vaso, pero él parecía hallarse mucho más lejos.

De pronto, como si me hubiera sentido, dirigió los ojos hacia la puerta. Hacia mí.

Abrí y salí apresuradamente de la taberna.

El frío de Londres me golpeó en la cara, alborotándome el cabello hasta esparcir mechones castaños por todo mi rostro. Me aparté el pelo como pude, encarando el aire, y me envolví en la capa. Sentí abrirse la puerta a mi espalda un segundo después.

Cuando una mano me tocó el brazo, me sobresalté y me aparté de golpe.

—Soy yo.

Emily arrugó el ceño. Yo suspiré con alivio, llevándome una mano al pecho.

—Me has asustado.

—Eso empieza a ser habitual.

Agité la cabeza.

—Estoy cansada. Me voy a casa. Pero tú puedes quedarte.

Emily miró hacia atrás.

—Ese chico ha dicho que los estudiantes que ya han dado clase con el doctor Frank dicen que es un hombre rígido y poco cercano. Entra, imparte la lección y se va. —Se quedó pensando—. También parecía bastante nervioso hablando del doctor. A ese chico le incomoda ese hombre.

—Edward.

Emily parpadeó.

—¿Qué?

—Ese chico se llama Edward. Y Stone ha hecho lo mismo. Impartir la lección y marcharse.

Emily se encogió de hombros.

—Eso le he dicho yo. —Comenzó a caminar—. Nos ha invitado al vino.

El paseo hasta casa era largo, pero carecíamos de dinero suficiente como para permitirnos la libertad de tomar un carro cuando quisiéramos. Nuestra entrada a la escuela había sido gracias a una beca, y el dinero que nos permitía sobrevivir lo habíamos ahorrado durante nuestro tiempo en la biblioteca del museo, que nos había dado un trabajo además de acceso completo a las estanterías de alquimia.

Durante ese periodo, habíamos adquirido aquella vieja habitación junto al museo. Hasta entonces, yo había logrado instalarme como institutriz en una casa junto al Támesis, algo que me había permitido hacerme con varios vestidos y posesiones. Yo era joven, pero mi pasión por la lectura me había otorgado conocimiento de todas las materias. Me gustaba enseñar, pero prefería aprender. Había dejado por ello mi cargo en cuanto había salido una nueva oportunidad.

Atravesamos la enorme avenida Holborn y nos dirigimos hacia la izquierda. El cielo, cada vez más oscuro, nos incitaba a caminar más

rápido, pero descubrimos que, a pesar de apresurarnos, el trayecto daría la bienvenida a la luna antes de que pudiéramos alcanzar la puerta de casa.

Emily me agarró de la mano y viró hacia Drury Lane, la calle que daba nombre al teatro y daba acceso a Russel. A las ocho, bajo un cielo ya negro, todo estaba siniestramente solitario y silencioso. Drury Lane solía tener mucha vida nocturna, debido precisamente a las obras teatrales, pero aquella noche no había un alma. Lo único que ocupaba la calle era la niebla que reptaba por los bordes del empedrado.

Me aferré a la mano de Emily, que tantas veces me había entregado para calmar mi miedo, y traté de no pensar.

Solo un canto rompió el vacío. El canto de un pájaro, extraño y desafinado. Mientras Emily abría la puerta, me giré para buscarlo entre la penumbra. Allí, a lo lejos, acomodado en la rama de un árbol, un ave de colores apagados me miraba como si pudiera *verme* realmente. Ver quién era yo.

Di un paso al frente, intrigada, y el ave echó a volar hacia nosotras.

Antes de que sacudiera sus alas y se elevara hacia las nubes hasta desaparecer, pude apreciar su aspecto con claridad. Alas de buitre, pico de loro, patas de halcón, plumas de paloma.

Aquel pájaro no podía ser otro que Prometeo.

3

EL DOCTOR VIKTOR FRANK



Soñé con el endemoniado pájaro toda la noche. ¿Qué hacía allí? Por algún motivo, mis nervios estaban alborotados y yo estaba absolutamente paranoica. ¿Me había seguido? ¿Cómo me había encontrado? ¿Quizá lo había atraído de alguna forma? Había estudiado sobre él tanto tiempo que había perdido la cuenta de las horas que había echado en ello.

Me froté los ojos y tomé asiento en el laboratorio. Emily, a mi lado, no parecía haber sido consciente de la de veces que me había levantado de la cama durante la noche. Estaba fresca como una lechuga.

Volví la mirada a Edward, que se encontraba en el otro extremo del laboratorio, compartiendo puesto con un par de estudiantes. Cuando habíamos llegado, ya estaba acomodado. Había alzado una mano para saludarnos, un gesto que yo había repetido con amabilidad. Emily, por el contrario, había entrado distraída buscando un lugar para sentarnos, por lo que solo se había percatado de su presencia cuando me había visto gesticular. Al llevar la mirada al fondo del laboratorio, Edward le había guiñado un ojo. Ella había respondido con un inexpresivo giro de cabeza.

Me acomodé en el asiento para volver a mirar al frente. Primero, a nuestra mesa, llena de frascos, de líquidos, de piedras, cosas que ya había analizado nada más sentarme. Después, a las puertas que daban acceso al laboratorio, una desde el pasillo y otra desde el despacho del doctor.

La mano de Emily se posó en mi rodilla mientras leía un apartado de un libro relacionado con algunas de las piedras que teníamos delante. Me di cuenta entonces de que estaba moviendo la pierna frenéticamente.

Me detuve al instante y abrí el mismo libro, que usaríamos durante las dos próximas horas. El autor era Bruce Kent, personalidad reconocida por sus estudios sobre los elementos, tierra, agua, fuego y aire, y su uso en la alquimia. No era un tema que me apasionara.

Sentí una puerta abrirse de pronto, y se me tensó todo el cuerpo. El sonido llegó desde la izquierda, el lado opuesto a la entrada principal al laboratorio. Las voces que charlaban animadamente quedaron de pronto silenciadas. Los pasos que se aproximaban al escritorio y a la pizarra eran lentos, pero seguros. Me atreví a levantar la mirada del libro cuando se detuvieron.

Me quedé sin respiración.

El mismo hombre contra el que había chocado en la taberna abría un maletín con dedos ágiles y precisos. Sacó un par de pliegos y se volvió hacia la pizarra, donde escribió su nombre con letras mayúsculas y elegantes: VIKTOR FRANK.

Casi me caí de la silla.

—Es joven —dijo Emily, sorprendida.

Llevé las manos al cuaderno para aferrarme a algo, a cualquier cosa, y golpeé sin querer unos tubos de ensayo, que chocaron unos con otros, provocando un suave tintineo que, bajo ese ruidoso silencio, parecieron golpes a un gong.

Los ojos del doctor Frank se clavaron en mí.

Arrugó el ceño, yo me hundí en el asiento. Solo fui capaz de recuperar la postura cuando su mirada, más fría, se centró en los pliegos y comenzó al fin la lección. Hoy trabajaríamos con el aire.

En la alquimia, el aire podía emplearse para separar elementos, los más ligeros de una sustancia más densa. Se introducía el líquido

en un frasco, se evaporaba lo que deseábamos separar a través de un símbolo, y después, esa sustancia en forma de vapor caía por un canal hasta otro frasco para volverse denso de nuevo.

La clase me pareció eterna, pero no tenía nada que ver con el tema, a pesar de no ser de mi agrado, ya que, en palabras del doctor Frank, la verdad, todo resultaba fascinante. Si me pareció que duraba años fue por la lucha interna entre mirarlo a él o al trabajo que estábamos llevando a cabo Emily y yo. Cuando llegó el descanso, salí apresuradamente del laboratorio para visitar el aseo.

Me senté a un lado de la letrina y respiré hondo.

Entonces, el dolor apareció como una fuerte ola, impactando primero en mi nuca.

Me llevé las manos al cuello y apreté los labios para no gritar. Caí de rodillas inevitablemente mientras el calambre me recorría la columna vertebral como un puñal abriéndome en canal. Sentía la piel abrirse y sangrar. Todo ardía y las vértebras se retorcían como los engranajes de una cadena oxidada.

—No... No...

Apoyé las manos en el suelo mientras me doblaba con un gemido. Me había dejado el elixir en el laboratorio, en el morral. Apreté los ojos con fuerza y me obligué a levantarme, sin aliento, mientras un chillido de dolor trataba de abrirse paso por mi garganta. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Un espasmo me llevó contra la pared antes de poder salir a la multitud. Mi columna se retorció de nuevo y pareció empezar a fracturarse poco a poco.

«No es real —me dije—, no es real».

Respiré hondo de nuevo y me deslicé entre el gentío para llegar cuanto antes al laboratorio. Me dejé caer en el marco de la puerta, con los dientes apretados, y me asomé para comprobar que no había nadie. Después, entré con prisa, cerré la puerta, y me apresuré a coger el morral. Rebusqué con ansiedad entre las cosas, empezando a temblar. La cabeza me dio vueltas, el suelo comenzó a inclinarse. Cuando encontré al fin el frasco, abrí el tapón y me lo llevé a la boca con urgencia. Di dos tragos largos como si fuera el antídoto de un veneno que estaba a punto de matarme.

Me dejé caer al suelo, sin fuerzas, mientras el dolor remitía, provocándome otro espasmo. Tragué saliva y cerré los ojos un momento. Solo un momento, mientras cerraba el tapón para guardar lo que quedaba de elixir. Sabía que Emily me estaría buscando, pero necesitaba descansar. Maldije mi estado, mi condición, y una chispa de odio iluminó mi mente. Siempre ocurría igual, un odio ferviente ante el dolor, hasta que este desaparecía por completo, y entonces, olvidaba todo el daño que me habían causado.

—Señorita Allen.

Me levanté de golpe, trastabillando con la silla y la mesa, y oculté por instinto el frasco a mi espalda. El doctor Frank me observaba desde la primera línea de mesas con un gesto que no supe identificar. Me encogí sin poder evitarlo.

—Doctor —dije con un hilo de voz. Sus ojos me estudiaban, alterándome por completo. Tardé un par de segundos en percatarme de que sabía mi apellido—. ¿Cómo sabe mi...?

—Conozco a mis alumnos —respondió, distraído. Se dio la vuelta hasta darme la espalda y ocupó su asiento en el escritorio. Su mirada se centró en los pliegos—. Los conozco antes de que entren a mi laboratorio. —Miró un instante hacia el lugar en el que hacía un momento estaba tirada, después, regresó a su texto—. ¿Qué hacía en el suelo, señorita Allen?

Yo continuaba paralizada en el sitio. Terminé diciendo una verdad a medias.

—Me he... caído.

—Caído —repitió. Cogió su pluma y apuntó algo en uno de los pliegos.

Su voz era monótona, fría. Fui incapaz de intuir qué le llevaba a preguntar. No parecía curiosidad, ni preocupación. No parecía absolutamente nada. Eso me inquietó. No respondí y empecé a caminar con cautela hacia la puerta, como si un paso en falso pudiera hacerme terminar en un oscuro pozo. Su voz me interrumpió antes de que pudiera alcanzar la salida. Sentí el frasco temblar entre los dedos.

—Ha estudiado alquimia antes —dijo.

Me volví con cuidado.

—Sí.

—¿Por qué?

No me miraba, así que me tomé un momento para buscar algo que decir mientras trataba de recuperar la serenidad. La verdadera razón estaba descartada como respuesta. El doctor Frank jamás debía saber la verdad. Ni por qué había comenzado a estudiar la materia, ni por qué tenía un interés particular en él y en su trabajo. Tragué saliva y apreté con más fuerza el frasco.

—Me gusta lo desconocido —dije finalmente con un hilo de voz.

Él detuvo su escritura. Pero su mirada continuó fija en la punta de su pluma.

—Lo desconocido —dijo— es en ocasiones peligroso, señorita Allen. —Después, se inclinó sobre su pliego para seguir escribiendo y cerró así la conversación.

Yo reculé despacio. Lo contemplé, los mechones de cabello oscuro que caían sobre su frente, los dedos fuertes que sostenían la pluma con suavidad, su piel clara, sus pómulos marcados, su barba incipiente, su figura recta. Lo contemplé y lo contemplé, hasta que salí por la puerta y cerré, haciéndolo desaparecer al fin de mi vista.

Respiré entonces, con el corazón ya apaciguado, y fui en busca de Emily.

Me pasé el resto de la clase pensando. El doctor Frank no me había preguntado si había estudiado alquimia antes. Lo había afirmado.

Comprendí, mientras continuaba su lección, que, a pesar de que parecía no prestar atención a nadie, sí que analizaba lo que había en cada mesa. Emily y yo nos movíamos entre los frascos y símbolos como peces en el agua. Destilamos Azoth sin problema, como habíamos hecho decenas de veces en nuestro cuartucho cerca del museo. El líquido azulado del que habíamos partido —mercurio líquido mezclado con topacio— había generado un suave vapor celeste con olor a brisa marina, y había terminado solidificándose en una campana de cristal con la forma de una pequeña esfera dorada, traslúcida y vibrante. Después, la esfera se había desintegrado en el aire.

Solo el uso de un símbolo en la campana habría hecho que una esencia como aquella permaneciera allí. El Azoth era tan valioso como complejo de tratar. Tenía infinitas cualidades mágicas, y pocos conocían la forma de capturarlo. Emily y yo jamás habíamos logrado que permaneciera en el dichoso contenedor más de dos minutos.

El doctor Frank concluyó la clase una hora después del descanso. Y, tal y como había asegurado Edward el día anterior, recogió sus cosas y se marchó en silencio sin siquiera despedirse. El laboratorio pareció recuperar la luz que su presencia había apagado en parte.

—¿Qué piensas de él? —le pregunté a Emily.

—Es imponente —opinó mientras se cruzaba la bandolera en el hombro.

—Sí —dijo Edward, que se había acercado a nosotras mientras el resto de los estudiantes comenzaban ya a salir del laboratorio—. Realmente imponente. —Suspiró, casi con amargura y, después, miró nuestra mesa y señaló la mezcla azul para hablar después con premura, como si quisiera alejar de la conversación la reciente presencia del doctor Frank—. ¿Por qué creéis que ha usado el topacio para destilar Azoth?

—Porque si hubiera usado sal negra y alguien hubiera sido capaz de sacar el Azoth de ahí, probablemente habría ocurrido una desgracia —respondió Emily.

El Azoth era una sustancia particular. Dependiendo de los ingredientes, podías obtener un tipo u otro con unas propiedades u otras. El Azoth que nos había exigido obtener el doctor Frank era inocente. Lo único que podría haber causado es lucidez en mentes cerradas.

Emily empezó a caminar hacia la salida sin decir nada más, con la mirada de Edward puesta en ella. Yo sentí de pronto la necesidad de aguardar un momento. Aceleré el paso y le pedí que se marchara sin mí. Ella miró hacia la puerta por la que había desaparecido el doctor y, después, se encogió de hombros. Edward aprovechó la repentina decisión que había tomado para acompañarla en mi lugar.

Una vez sola, dudé. No debería hacer lo que estaba a punto de hacer. Pero la curiosidad... La curiosidad era un bicho que picaba. No pude evitar tratar de aliviar esa sensación dirigiéndome al escritorio

del doctor. En ese laboratorio solo él impartía clase, por lo que cualquier cosa que hubiera en aquellos cajones tenía que ser suya.

Me temblaron los dedos cuando abrí el primero. Rebusqué entre los papeles, nerviosa, mirando de vez en cuando la puerta que empleaba el doctor para entrar y salir de allí. Cuando no encontré nada sobre el experimento Demiurgo, continué con el siguiente cajón. Se me escurrieron varias veces los pliegos, terminando algunos en el suelo. Cuando concluí la búsqueda sin resultados, recogí todo torpemente y me mordisqueé la uña del pulgar.

Imaginaba que los datos de aquel experimento no estarían en un lugar tan accesible, si es que aún los conservaba. Tal vez custodiaba algo en su despacho. Me froté la frente.

Me consideraba una persona realmente hábil para ocultar información, pero no tanto para mentir. Dos veces había tenido que buscar una respuesta a preguntas peliagudas aquella tarde con el doctor Frank, y las dos había sentido el corazón en la garganta cuando había considerado engañarlo. Había terminado por soltar medias verdades.

Si quería entrar en ese despacho, necesitaba encontrar una excusa real. Por suerte, tenía decenas de dudas de alquimia, y el doctor Frank era la opción idónea para resolverlas.

4

ENTRE LAS SOMBRAS



Lincoln’s Inn Fields era un lugar tranquilo. Pasear por esos amplios jardines era uno de los placeres que más disfrutaba después de mucho tiempo tratando de averiguar quién era yo, en qué creía, qué deseaba, cuál era mi propósito y hacia dónde quería dirigir mi futuro. Aquel lugar me había ayudado a responder a varias de esas preguntas. Y por eso ahora me encontraba allí, buscando la respuesta a otra.

«¿Qué voy a hacer en el despacho de Viktor Frank?».

Había pensado en las dudas que me habían ido surgiendo a lo largo de los años sobre la alquimia. Más específicamente, sobre los símbolos. Me costaba trabajo comprenderlos, había detalles tan nimios como importantes para conseguir un resultado u otro después de emplearlos. Por ejemplo, el símbolo de la sal y el de la tierra podían emplearse de forma similar, pero usar uno u otro podía provocar diferencias significativas. Quizá esa era una buena base para comenzar a preguntarle.

Miré en dirección a la escuela. Hoy era viernes, teníamos clase a las cuatro con el profesor Stone. La idea era salir corriendo en cuanto terminara para bajar al despacho del doctor Frank antes de que abandonara la escuela. Edward había dicho que entraba a

Golstadt por otra puerta, no por la principal. Tenía esperanza de que fuera la de su despacho, que daba directamente a la parte de atrás de la escuela.

Cuando pensé en ello, casi temblé. Me froté las manos, esperando hallar en ellas un calor que no sentía. El frío de la voz y de la mirada del doctor Frank estaba impregnado en mí como un recordatorio. Si descubría quién era, estaba perdida.

Me senté en un banco y cerré los ojos ante el viento que se levantaba desde el norte. El día volvía a ser gris. Solo había visto el sol en su plenitud veintisiete días desde que había pisado Londres, dos años y medio atrás. Veintisiete días. Y más de la mitad habían transcurrido en compañía de Emily.

Me pregunté qué pensaría de mí si supiera quién era.

Un repentino trueno hizo que me encogiera. Se avecinaba una tormenta eléctrica. Me levanté, apremiada por un incipiente pánico, y corrí hacia casa. La tormenta estaba lejos aún, pero yo rezaba en silencio por que no cruzara el cielo de Londres.

Cuando entré por la puerta, Emily levantó la cabeza de su libro. Yo me acerqué temblando y huyendo de la ventana.

—Has tardado —dijo, levantando la manta que la arropaba y retomando la lectura. Me quité la capa y las botas y me metí dentro para ovillarme a su lado.

Recordaba con claridad cuál había sido el momento exacto en el que una tormenta se había convertido para mí en algo más que eso. El impacto de un rayo sobre el tejado me había hecho despertar en mitad de la madrugada.

—¿Quieres quedarte hoy en casa? —dijo.

Negué con la cabeza y me separé un poco.

—Estaré bien —aseguré. Siempre terminaba estándolo, más tarde o más temprano.

Aguardamos un poco, sin embargo, a que los estruendos se calmaran un poco. Entonces, me levanté de la cama y recogí el morral. Emily no trató de convencerme de permanecer en el apartamento. Eso era lo que más agradecía de ella, que me permitiera luchar mis propias guerras a mi manera. Me dirigí al

armario y saqué un frasco nuevo de elixir para rellenar un poco el que casi había vaciado el día anterior.

—¿Te ha dado otro ataque? —Se asomó al armario. Solo quedaban dos frascos—. Tenemos que fabricar más. —Me dio la espalda y se sentó al borde de la cama para calzarse—. Ahora tenemos material de sobra a nuestra disposición.

Arrugué el ceño.

—No pueden cogerse para uso personal.

Otro trueno. Intenté mantener la postura erguida, pero no pude evitar encogerme de nuevo.

—Nadie sabe para qué vamos a usarlo —dijo, ignorando mi reacción para hacerme sentir cómoda—. Se pueden tomar prestados para ensayos.

Cogió un paraguas y salimos de casa. Cuando pisamos el exterior, nos vimos obligadas a cobijarnos bajo su resguardo: había empezado a llover con fuerza. Tardamos por ello más tiempo de lo normal en alcanzar las puertas de la escuela que, a diferencia del día anterior, se encontraban vacías de estudiantes. Todos estaban ya aguardando dentro.

Cuando entramos, la mayor parte de los ojos se pusieron en los dobladillos de nuestras faldas. Estaban teñidos de marrón por el barro. Emily cerró el paraguas y no prestó atención en absoluto a las miradas juiciosas. Yo, sin embargo, me sentí sumamente cohibida.

Por suerte, Edward apareció para arroparnos bajo su aspecto sofisticado.

—Venís andando —dijo, sorprendido.

—Los carruajes son caros —respondió Emily mirando alrededor con el ceño fruncido. Sus ojos fueron saltando de una lámpara de aceite a otra, hasta que terminaron en el techo. Todo en el vestíbulo estaba prendido, a excepción de una vela en la lámpara de araña. Su expresión se suavizó, como si hubiera resuelto un acertijo. Volvió a mirar a Edward—. Tienes el pelo diferente.

Él alzó una ceja.

—Se me ha mojado con la lluvia.

Emily parpadeó.

—Te queda mejor así —dijo.

Después, se alejó hacia las escaleras, dejándonos a Edward y a mí atrás.

—¿Debería mojarme el pelo todos los días? —me dijo.

Sonreí.

—Creo que nunca le había escuchado decir algo así.

Edward se frotó el mentón. Después, salió detrás de Emily subiendo las escaleras de dos en dos.

Cinco minutos antes de que acabara la clase, le pedí a Emily que se fuera de nuevo sin mí, le dije que iba a visitar al doctor Frank y que quizá tardaría en salir. Edward se ofreció a llevarla a casa en su carruaje, lo que pareció crearle a Emily la curiosidad suficiente como para dejarse llevar.

Me dirigí entonces hacia la puerta contigua al laboratorio. Normalmente, los despachos solían tener junto a su entrada una chapa con el nombre del profesor. Este no tenía nada. Tragué saliva y acerqué los nudillos a la puerta. Tardé unos segundos en decidirme a golpearla.

La voz del doctor Frank me invitó a pasar con austeridad.

Me froté las manos y cogí el pomo de la puerta para empujarla hacia dentro. Casi me estampé contra ella. Tirar. Tenía que tirar. Me froté las manos de nuevo y abrí. Me quedé en la puerta, sin atreverme a pisar el interior, cuando descubrí allí al doctor Frank casi enterrado entre libros.

El despacho se podía recorrer en cuatro pasos tanto a lo largo como a lo ancho, los únicos muebles que había eran estanterías que cubrían las paredes, perfilando una pequeña ventana, la puerta que daba al exterior y la que daba a su laboratorio, y un escritorio, tras el que se encontraba en ese momento el doctor, que leía y escribía en un rollo de pergamino. Todo estaba lleno de libros. Las estanterías estaban repletas, había tomos de pie, y otros tumbados encima de ellos. Otras montañas estaban caóticamente ordenadas en las esquinas, y otras tantas en el escritorio. Una única lámpara de gas daba luz al espacio, pegada al codo del doctor.

—Haga el favor de entrar de una vez y cerrar la puerta —dijo sin mirarme.

Yo obedecí al instante. Me sentí de pronto más pequeña y expuesta, como si tuviera frente a mí a una bestia y ninguna reja me protegiera de ella.

Me recoloqué el morral y, por algún motivo, en lugar de hablar, aguardé. No sé cuánto tiempo pasó hasta que al fin el doctor Frank dejó de escribir y, tras un largo suspiro, alzó los ojos para prestarme atención. Recostó la espalda en el asiento y entrelazó las manos sobre su regazo. Se había arremangado en algún momento, dejando al descubierto un cordón negro atado a su muñeca.

—¿Sabe? —dijo—. Creo que es usted la primera alumna que se atreve a molestarme desde que imparto clase en la escuela, señorita Allen.

No estaba molesto. O, al menos, no lo mostraba. En realidad, no mostraba nada. Lo único que hacía que supiera que seguía vivo era el lento movimiento de su pecho al respirar y la pequeña arruga de su ceño que parecía rugirme que hablara de una maldita vez.

—Lo siento.

—No se disculpe y dígame qué hace aquí.

Cambié el peso de un pie a otro y enderecé la postura, como si aquello pudiera insuflarme valor. No fue así.

—Quería preguntarle una duda.

El doctor Frank ladeó la cabeza. Yo enredé los dedos con fuerza en las asas del morral.

—Para eso está el laboratorio —dijo con sequedad—. Pregunte la duda el lunes.

Probablemente debería haber asentido y haberme dado la vuelta para salir de allí. Al fin y al cabo, ya tenía lo que necesitaba: puntos de interés donde podían estar los informes del experimento Demiurgo, y tres vías de escape o de escondite, en caso de necesidad. Pero, con aquellos ojos oscuros puestos en mí, me sentí incapaz de moverme. Me estaban estudiando, casi podía sentir cada una de las partes del rostro que recorría con ellos, como si buscase algo. ¿Un fallo? ¿Una vulnerabilidad? ¿Una verdad?

Tragué saliva.

«Reacciona, Marshel. Reacciona».

Pero solo la repentina luz de un relámpago me sacó de aquel ensimismamiento. El despacho se iluminó y un trueno rompió el silencio, haciendo que me encogiera y reculara hasta pegarme a la pared. Teníamos la tormenta encima. Podía caer un rayo en cualquier momento. Empecé a hiperventilar. No reparé en qué momento el doctor Frank se había levantado de la silla, ni cuándo había comenzado a caminar hacia mí. Cuando me quise dar cuenta, lo tenía delante. Sus ojos estaban clavados en mi garganta. Pensé que se había percatado de quién era, que iba a cortarme el cuello y a desangrarme. Pero, en lugar de eso, cuando otro trueno casi hizo temblar las paredes, colocó su mano en mi hombro. Arrugó el ceño al sentirme temblar.

—Tiene miedo sincero.

—¿Creía que estaba fingiendo? —casi grité.

—Sí.

Me encogí más sin poder evitarlo y me abracé a mí misma. El doctor Frank emitió una breve exhalación que fui incapaz de traducir y se dirigió a su escritorio. Cogió de él un frasco del tamaño de un dedo pulgar y me acercó la silla. Me tomó del brazo y me obligó a sentarme. Después, abrió el frasco y me lo tendió.

—Beba.

Parpadeé.

—¿Qué... qué es?

—La calmará.

—Quiero saber qué es.

El doctor ladeó la cabeza y me contempló. Un fugaz brillo de curiosidad atravesó su mirada antes de dejarla vacía de nuevo.

—Prefiere continuar temblando a beberse algo que le estoy asegurando que la calmará solo por no conocer el contenido. —No era una pregunta.

—Lo desconocido es en ocasiones peligroso, doctor Frank —recité, pero quise tragarme la lengua en cuanto concluí la frase que me había soltado él el día anterior.

El doctor se quedó callado unos segundos. Después, abrió el tapón.

—Sí. Lo es —respondió—. Pasiflora y lúpulo. Con limón.

Lo llevó a mis labios y yo dejé que el líquido se internara entre ellos y alcanzara la garganta. El doctor no apartó los ojos de mí hasta que vacié el contenido. Sentí cómo el corazón empezaba a serenarse casi al instante. Parpadeé, confusa. Él dio un toque a un símbolo dibujado en el frasco, un triángulo con una espiral en su interior, antes de desecharlo en una papelera.

—Estoy estudiando cómo acelerar los efectos de tratamientos medicinales —me explicó. Dio un paso hacia atrás hasta tocar el escritorio y se quedó allí apoyado—. Por lo que veo, parece que he dado con un resultado positivo.

Volví a parpadear y me llevé una mano al pecho. A pesar de que los relámpagos seguían sucediendo en el exterior, no me sentía alterada. El miedo seguía presente, pero no afectaba a mi cuerpo. Era más bien como un cosquilleo.

—Me alegra haberle servido de ayuda —musité.

Él dirigió la mirada a la puerta, invitándome a salir.

—Adiós, señorita Allen.

Asentí, esta vez sí, y me levanté con torpeza para escabullirme del despacho, tirando sin querer un par de libros al suelo. Me disculpé, los coloqué, y salí precipitadamente de allí.

Encontré la escuela sumida en una penumbra silenciosa. Fuera estaba tan encapotado que apenas entraba luz por las ventanas. Y eso, unido al fuego voluble de las lámparas que colgaban de las paredes, pintaba sombras en movimiento por todas partes.

Antes de abandonar el vestíbulo, me detuve en la puerta, observándolas, y juraría que entre aquellas sombras había algo más que vacío. El miedo me vibró entonces en el pecho, un recordatorio de que aún estaba despierto.

No me quedé a comprobar si tenía razón.

5

EL MONSTRUO



Medité durante toda la noche sobre cuál sería la mejor forma de asaltar la escuela al día siguiente, mientras Emily dormía boca abajo en su cama con la cara hundida en la almohada. Al principio, cuando nos mudamos para vivir juntas, algunas noches había temido que se asfixiara. Una vez incluso la había despertado, pensando que no respiraba. Había tardado al menos una semana en poder dormir tranquila sin tener los ojos fijos en ella para vigilar si moría o no.

Me levanté temprano, casi a la salida del sol. La luz ya entraba por la ventana, vaga y gris, pero en el cielo, cuando me asomé por ella, descubrí que había retazos azules entre el color ceniciento que siempre lo caracterizaba. Eso me puso feliz. Miré a la calle, vacía aún, y decidí que, ya que mi noche estaba destinada a resultar angustiosa —aunque fuera por voluntad propia—, el día libre lo pasaría disfrutando de placeres mundanos.

Abrí la cómoda para buscar el vestido más viejo que tuviera, y, una vez embutida en aquella tela marrón y sin gracia, me calcé unas botas, cogí un par de monedas, y salí con cuidado de no dar un portazo. Cuando pisé el exterior, Prometeo me sorprendió agitando sus alas en mis narices. Di un sobresalto y casi me caí de culo.

—Vete de aquí —dije, agitando la mano. Él soltó un graznido y se posó sobre un farol de gas que aún estaba prendido. Me miraba sin parpadear, ladeando el cuello a izquierda y derecha, como si esperara algo de mí—. Deberías irte de Londres —murmuré.

Después, me di la vuelta para dirigirme a Brydges Street, la calle perpendicular a Tavistock, para bajar hacia el sur, hacia el Támesis. El recorrido a pie era corto, pero, tras la tormenta, se hacía pesado debido a la cantidad de agua estancada que dificultaba el paso en ocasiones. Los carros y caballos, una vez alcanzada The Strand, una de las enormes arterias que cruzaba Londres, comenzaban a ocupar ya el centro de la calzada, obligándome a pasar pegada a las elegantes *boutiques* para que no me salpicaran.

Londres ya despertaba: había carreteros bostezando junto a sus carruajes, barrenderos que arrastraban somnolientos sus escobas, apartando el barro del paseo empedrado destinado a los peatones, las tiendas abrían sus escaparates, dejando al descubierto preciosos vestidos y trajes. Cuando alcancé el paseo que daba al Támesis, cerca de Somerset House, todo estaba ya repleto de vida.

Me decidí a bordear el río mientras jugaba con los peniques, pasándolos de una mano a otra. En realidad, no era un paseo agradable. El pavimento era irregular, con tierra apisonada a veces y adoquinado de forma tosca en otros tramos. Tras la tormenta, había quedado el terreno en muchas partes fangoso y resbaladizo, por lo que me vi obligada en más de una ocasión a bordear ciertas zonas. Cerca de los muelles, el suelo estaba cubierto de restos de carga. Olía a lodo. Los edificios, aunque eran imponentes, de piedra, estaban ennegrecidos por el humo.

Y, aun así, era mi paseo favorito. Todo el mundo rechazaba lo desagradable, pero a mí me recordaba que estaba viva, que existía en una tierra donde había infinitas posibilidades.

Cuando me cansé de caminar, regresé tras mis pasos, dispuesta a acercarme a alguna carretilla de bollos que me encontrara en la vuelta a casa. A Emily le gustaban los *currant bun*, rellenos de pasas de Corinto con nuez moscada. A mí, por el contrario, me bastaba con un sencillo *plain bun* sin nada por encima. Los bollos no eran un

lujo que pudiéramos permitirnos, prefería dejar a Emily disfrutar de aquel placer nimio.

Cuando llegué a The Strand, busqué entre las carretillas y vendedores con cestas. Estaba a punto de dirigirme a uno cuando una voz a mi espalda me interrumpió. Dudé tanto en si darme la vuelta o hacerme la loca que al doctor Frank le dio tiempo a llegar a mi altura, a pesar de su lento paso.

—Señorita Allen —dijo, posicionándose junto a mí mientras contemplaba la vía.

Tenía las manos relajadamente entrelazadas a su espalda, donde sostenía un sombrero negro, y su expresión era lúcida, aunque cansada. Estaba vestido con una fina camisa blanca cerrada con un *cravat* oscuro, oculta en parte por un sencillo chaleco sin adornos de color marfil y, sobre este, un frac del mismo tono oscuro que el *cravat*. En la parte de abajo, pantalones marrones y botas altas de montar. A su lado, yo parecía su criada. Me estiré el vestido en un ridículo intento de parecer más limpia.

—Doctor Frank —respondí tras un breve carraspeo, y me obligué a girarme hacia él. Me retorcí la falda del vestido con tanto nerviosismo que a punto estuvieron las monedas de caerse y rodar por el suelo.

—¿Qué hace aquí sola?

—Iba a... a comprar bollos.

Me miró al fin, y me percaté por primera vez de lo alto que era, con sus ojos contemplándome desde esa gran distancia. Me sacaba por lo menos una cabeza y media, lo que me pareció, por algún motivo, irritante. Sus ojos oscuros se dirigieron al dobladillo manchado de mi falda y, después, a mis manos, que detuvieron el jugueteo nervioso con el vestido. Me pasé las monedas de una mano a la otra antes de llevarlas a la espalda.

—¿Va a comprar bollos con un penique y medio?

No había en su tono de voz nada que pudiera darme una pista sobre qué estaba pasando por su cabeza en ese momento. Por su pregunta y por el repaso que había dado a la condición de mi vestido, lo único que pude hacer fue intuir que creía que era pobre. Lo cual no era cierto, aunque se alejase poco de la realidad.

—No voy a comprar *brioches* —espeté. Con esas monedas me bastaba para lo que tenía en mente. No pretendía darme un banquete.

Él no respondió. En su lugar, me miró lo que me pareció una eternidad y levantó la mano para llamar a un vendedor sin separar de mí sus ojos. Casi me encogí pensando que la alzaba para pegarme.

—¿Señor? —dijo al llegar el pobre niño con una cesta cubierta con una tela.

—¿Tiene *Chelsea buns*?

Al chico se le iluminó la mirada. Yo, en cambio, parpadeé, confusa.

—¿Qué hace? —le susurré al doctor—. No quiero esos bollos.

—¿No le gustan?

Volví a parpadear.

—Eso no importa.

El doctor Frank pareció dar aquella respuesta como afirmación, porque se giró hacia el niño, le pidió cuatro *Chelsea buns* y, una vez envueltos en papel basto, los pagó delante de mi cara ojiplática y me los tendió. El vendedor se alejó felizmente con sus ocho peniques en el bolsillo. Yo, en cambio, contemplé el regalo con desconfianza.

Después, acerqué la mano despacio, temiendo que se tratara de alguna trampa, y cogí los bollos con cuidado, recibiendo con gusto su peso, caliente y húmedo por el azúcar glaseado. Miré las monedas de mi mano y se las tendí. Un asomo de sonrisa apareció en los labios del doctor, emanando una luz que, lamentablemente, desapareció demasiado pronto.

—Quédeselas.

Tragué saliva y las guardé en el bolsillo del vestido.

—Gracias —musité.

—¿Es usted siempre tan desconfiada?

Me mordí el carrillo por dentro.

—Nadie me ha regalado nada nunca.

El doctor Frank me estudió. Sus ojos se me antojaron los colmillos de una serpiente que estaban a punto de clavarse en mi cuello.

Aparté la mirada precipitadamente, tratando de serenarme. No tenía ningún motivo para hacerme daño. No iba a hacerme daño.

Miré alrededor. El bullicio de gente era cada vez mayor, pero por un momento me había parecido que estábamos solos. Cambié el peso de un pie a otro.

—¿Qué hace en The Strand? —pregunté en un vago intento de librarme de su escrutinio—. ¿Vive por aquí?

—No. —Miró por encima de mi cabeza—. Estaba persiguiendo algo.

—¿Algo?

—Un error. De hace tiempo.

Sus ojos, mientras miraba hacia algún lugar lejano, se oscurecieron más si es que eso era posible. Intenté no pensar en ellos y busqué con desesperación algún otro estímulo. Me concentré en el delicioso aroma a azúcar de los bollos que tenía en el regazo.

—¿Cómo se persigue un error? —pregunté.

Me atreví a abrir un poco el papel basto con disimulo mientras formulaba la pregunta. Metí los dedos entre el envoltorio y palpé el interior, tratando de pellizcar un cachito de alguno de los bollos. La distracción me evadía de todo lo que envolvía al doctor Frank.

—Esa es una buena cuestión, señorita Allen —respondió—. Sobre todo, si no sé identificarlo.

Me miró de nuevo justo cuando logré mi propósito. Me quedé con la mano dentro y con el trozo pegajoso entre los dedos, sin saber si sacarlo y llevármelo a la boca de una vez o mantenerme tontamente con el puño escondido entre el papel.

—Si no sabe identificarlo —dije tras un breve carraspeo, ignorando mi bochornosa condición—, ¿cómo sabe que es un error?

Él miró mi mano oculta y, después, dirigió sus ojos hacia el Támesis, que podía adivinarse entre los edificios a mi derecha. Aproveché entonces para comerme el trozo de bollo apresuradamente. Él tardó tanto en responder y volver a mirarme que, para entonces, ya había tragado el trozo y hasta me había dado tiempo a chuparme los dedos para retirar el azúcar pringoso. Sospeché con sorpresa que lo había hecho a propósito para permitirme aquella maniobra.

—Por sus consecuencias —respondió al fin.

Después, bajó la cabeza con un breve saludo, se colocó el sombrero, y regresó tras sus pasos sin darme siquiera tiempo a despedirme. Lo vi subirse a un caballo que un muchacho tenía agarrado y, seguidamente, se alejó en dirección a Somerset House.

Emily devoró tres de los cuatro bollos como si no hubiera comido en su vida, y me preguntó sobre la conversación con el doctor Frank al menos diez veces a lo largo de todo el sábado, cada cuestión más extraña que la anterior. Solo llegada la noche, tras una breve cena de los restos del estofado que había hecho Emily para la comida —patata, cebolla, zanahoria y algo de carne que había conseguido en Covent Garden—, me pude sentar a leer al fin en silencio. Esperaba que Emily se durmiera pronto para salir a hurtadillas. Pero no fue hasta las doce cuando cerró al fin los ojos y cayó rendida.

Me levanté de la cama despacio, dejando el libro a un lado, y saqué de la cómoda unos pantalones y una camisa de hombre que guardaba bajo los camisones, prendas que me habían sido de utilidad mucho tiempo atrás. Me cambié y salí de la casa con un abrigo de paño, botas y el cabello recogido torpemente con horquillas, tratando de no pensar en lo que iba a hacer.

La noche era tan oscura que temblé nada más pisar el exterior. Intenté mantener la mente en blanco mientras avanzaba hacia Drury Lane, pero veía peligros en cada esquina. El corazón empezó a bombear sangre como si mi vida estuviera pendiendo de un hilo. Tragué saliva y corrí hasta alcanzar al fin Drury Lane, por donde empecé a caminar pegada a las paredes.

Esa calle, para mi tranquilidad, estaba animada alrededor de las puertas del teatro sobre el que se encontraba un gran cartel azul rodeado de luces. No me topé con el silencio de nuevo hasta que atravesé Holborn y pisé Queen Street. El olor a basura y descompuestos me dio la bienvenida en esa calle tan angosta y empinada. Parecía que hubieran limpiado la vía principal para dejar los restos en aquella colindante más pequeña. Cuando doblé la esquina hacia Hart Street, la encontré más limpia, a pesar de los

charcos y el barro que aún perduraban de la tormenta de la noche anterior.

Aceleré, llevando la vista atrás, con la angustiosa sensación de estar siendo perseguida. Pero no hallé nada entre las sombras. Silencio y frío. Aquello era lo único que gobernaba aquel rincón de Londres en aquel momento.

Seguí avanzando por Hart hacia Bloomsbury Square. Antes de salir a la plaza, me detuve un instante y observé la escuela desde el resguardo de una pared.

No había en su interior ni una luz prendida, como era de esperar.

«Aún estás a tiempo de marcharte».

Pero no podía hacerlo. Debía encontrar la documentación del experimento Demiurgo; era de vital importancia. Cuando salí de mi escondite y recorrí la plaza con paso rápido, continué diciéndome lo mismo. De aquel experimento dependía mi bienestar. Aquel experimento era lo que me había movido desde hacía casi tres años, por lo que había ansiado conocer a Viktor Frank, por lo que estaba estudiando alquimia. No *quería* leer la documentación. *Necesitaba* leerla. Necesitaba saber qué había propuesto el doctor en aquel experimento y cuál había sido exactamente el resultado esperado. De qué forma lo habían logrado.

Alcancé la esquina de la escuela y me moví hacia el lado que daba a la parte de atrás, donde se encontraba la ventana del despacho del doctor y la puerta que lo comunicaba con el exterior. Me situé entre ambas y aguardé agazapada, con la espalda pegada en la pared, a que las piernas me dejaran de temblar.

Me llevé la mano al pecho y respiré hondo.

Tras un par de minutos de espera, viendo que no me iba a calmar de ninguna manera, decidí actuar. Saqué de los bolsillos del abrigo una ganzúa y empecé a trabajar en la cerradura de la puerta.

La primera vez que había hecho algo así había sido al principio de todo, después de huir de un destino que no quería, cuando me había visto obligada a sobrevivir en las calles sin dinero ni más posesión que el sucio vestido que llevaba puesto en aquel momento. Había tardado tres días en decidirme, tres días sin comer, vagando por las afueras de Londres bajo la incertidumbre. Al cuarto día, bajo una

desesperación absoluta, había robado comida por primera vez a un mercader distraído. Al décimo, me había hecho con un vestido en una tintorería. Después de aquello, había seguido robando, mucho y muchas veces, hasta que había conseguido adquirir un aspecto respetable, lo suficiente como para poder optar a un puesto de trabajo y empezar a vivir con honestidad. Nadie me había hablado del bien y del mal antes, por lo que me había movido siempre por emociones, lo que me desagradaba y lo que no. Robar me hacía sentir desgraciada y culpable, trabajar honradamente, sin embargo, me satisfacía.

Lo que estaba haciendo ahora, por tanto, me estaba atormentando. Y cuando la puerta se abrió con un clic, me sentí tremendamente asqueada. Pero el miedo se tragó todas aquellas emociones en cuanto puse un pie en el interior.

Cerré tras de mí, quedándome en una penumbra inquietante. La poca luz que había provenía de un farol del exterior y no era suficiente para iluminar bien la estancia. Distinguía las estanterías y el escritorio, pero todo lo que caía más allá de las rodillas era negrura. Caminé por ello con cuidado hacia el escritorio, dispuesta a abrir los cajones. Dos veces tuve que esquivar una pila de libros que había en el suelo, y tropecé con la silla antes de poder alcanzar mi destino. Me dejé caer finalmente en ella, agitada, y me permití respirar un segundo antes de abrir con prisa todos los cajones y volcar su contenido sobre el escritorio, bajo la luz del farol.

Cuadernos, pergaminos, diarios y una caja. Revisé cada uno de los textos por encima hasta que encontré algo de interés: una fórmula de alquimia. El Símbolo del Retorno aparecía como eje principal. Cuando abrí la caja, lo encontré por todas partes. Estaba llena de jeringas y de frascos que contenían algún tipo de líquido de un color neutro que era incapaz de distinguir en la oscuridad. En todos ellos estaba dibujado ese símbolo.

«¿Qué pretende hacer con esto?».

Era un trabajo avanzado, no tenía nada que ver con la escuela. Era suyo. Pero ¿para qué? El Símbolo del Retorno...

Estaba a punto de alcanzar una idea cuando un repentino sonido en el pasillo de la escuela hizo que me tensara. Tomé una jeringa y

un frasco como acto reflejo, los metí en el bolsillo, y devolví todo rápidamente a los cajones. Sin duda, el doctor Frank sabría que alguien había entrado en su despacho en cuanto se sentara a su escritorio. Pero, si lograba salir de allí sin ser vista, no sería problema mío.

Me agaché y fui a gatas hacia la puerta por la que había entrado sin dejar de prestar atención a lo que sucedía en el pasillo. Parecían pasos, de más de una persona. Podían ser dos, como mucho, tres. Y se dirigían hacia mí. La voz del doctor me heló la sangre.

—Se encuentra en Londres —decía con el mismo tono plano que de costumbre. Si estaba exaltado, no se notaba—. Lo he visto, pero se me ha escapado.

Alcé la mano hacia el picaporte mientras él introducía la llave en la puerta interior. Abrí cuando él abrió. Y salí cuando él entró.

No miré hacia atrás cuando una voz familiar gritó «¡ladrón!».

Agradecí en silencio, mientras echaba a correr, haberme vestido de aquel modo. Los pantalones me permitían moverme con más ligereza, y ellos ignorarían que el asaltante había sido en verdad una mujer. Bajo esa oscuridad y habiendo salido tan rápido, era imposible que pensaran otra cosa.

Corrí y corrí sin detenerme. King Street. Holborn. Newton Street. Parkers Lane. Callejeé sin parar, deslizándome por el fango de cada esquina cada vez que doblaba una, saltando de un hedor a otro, de tierra a adoquín, hasta que una mano me agarró del brazo y tiró de mí hacia un callejón.

Pensé por un momento que me habían pillado, que me habían perseguido todo este tiempo sin que me hubiera percatado. Pero cuando miré al enorme cuerpo que me había desviado del camino, el nudo en la garganta, en lugar de apretar un poco, me asfixió por completo. Se me agarrotaron los músculos y me encogí sin poder evitarlo.

—Creo que tienes muchas cosas que explicar, muchachita —dijo, estampándome contra la pared.

Di con la nuca en la piedra y me tambaleé. Traté de quitarme sus manos de encima, pero él no parecía dispuesto a ceder. Me froté la

frente y me quité de la cara con torpeza el hollín que había tragado con el golpe.

Después, me armé de un valor que no tenía, y encaré finalmente al monstruo del doctor Viktor Frank.

6

EL EXPERIMENTO DEMIURGO



—Es a ti a quien está buscando —comprendí.

Él torció el gesto, haciendo que la larga cicatriz que partía verticalmente en dos su rostro se curvara.

—Oh, no, querida. Nos busca a todos.

Me acarició el pelo, haciendo que se me aflojaran las piernas. Me sostuve en la pared para aguantar en pie y fijé la vista en su pecho, donde se apreciaba la continuación de la cicatriz de su rostro, que recorría su cuello hasta desaparecer bajo la camisa sucia y desgastada. Sabía que tenía muchas más, por todo el cuerpo.

—Estáis todos aquí —musité con voz ronca.

—Sí, así es.

—Habéis venido a por él.

El monstruo me agarró del brazo bruscamente y me atrajo hacia él. Su aliento hedía a carne muerta. Quise chillar, pero me puso una mano en la boca y gruñó como advertencia.

—¿Te marchaste para advertirle? —exigió saber. Su voz era una mezcla entre graznido y hierro oxidado. Me erizó el vello de la nuca, haciendo que agitara la cabeza, negando con frenesí—. Entonces ¿qué haces aquí?

Me liberó con tanta brusquedad que por poco caí al suelo.

No pude evitar colocar los brazos entre el monstruo y yo como si pudieran defenderme de él. Me limpié una lágrima de la cara.

—Estoy... investigando.

—No necesitamos que investigues nada.

—Solo quiero saber cómo lo hizo.

El monstruo se acarició la cicatriz del rostro, tal vez rememorando el pasado.

—Eso no importa —dijo. Me agarró del cuello del abrigo y pegó su nariz a la mía—. Mantente alejada si no quieres morir con él.

—Pero... os ayudé.

El monstruo golpeó con fuerza la pared, resquebrajando la piedra como si fuera de juguete. Me sobresalté y me cubrí la cabeza. Sus cejas se fruncieron con una ira a punto de descontrolarse. Me señaló con un dedo grueso y amarillento.

—No te metas en esto —gruñó—. Todo es culpa suya, y vivirá un infierno por ello.

Me arrastró entonces hacia su derecha y me empujó para que abandonara el callejón. En cuanto pisé la calle principal, no lo dudé: eché a correr y no paré hasta alcanzar Drury Lane. Los recuerdos pasaban frente a mí como imágenes fugaces, la primera vez que vi a las seis creaciones de Viktor Frank, la sangre y la muerte a su alrededor, la incomprensión, el sol radiante de aquel día tan oscuro.

«Por sus consecuencias», recordé que había dicho el doctor aquella mañana. Sí, las consecuencias de jugar a ser Dios en aquel experimento habían sido una desgracia. Iba a pagar caro su error. Al menos, eso se proponían sus monstruos. Lo que no me esperaba era que hubieran llegado tan lejos, que estuvieran en Londres, tan cerca de él. ¿Qué pretendían? ¿Matarlo? Aquello no era venganza. No. Si lo mataban, no sufriría. Y ellos lo que anhelaban era que sufriera todo lo que ellos sufrían.

Me detuve en la esquina de Drury Lane junto a Long Acre, otra gran avenida, y respiré.

Me habían encontrado. Finalmente me habían encontrado.

Me pasé el reverso de la mano por la cara y sorbí por la nariz. Me dejé escurrir por la pared para sentarme en el suelo y abrazarme las piernas. La fría humedad de los adoquines me caló hasta los huesos.

Los monstruos vigilaban al doctor Frank, por eso me habían encontrado. Había sido una estúpida. Dos años y medio libre de ellos, de su sed de venganza, de su amenaza y de su ira. Y ahora que me habían localizado podrían encontrarme en cualquier parte, cuando quisieran.

Agité la cabeza y rebusqué en los bolsillos del abrigo para sacar la jeringa y el frasco que había sustraído del despacho del doctor Frank.

Pasé el pulgar por el círculo incompleto del Símbolo del Retorno, despacio, recorriendo la tinta blanca con un escalofrío. El símbolo era inconfundible: dentro del círculo, un triángulo invertido parecía caer hacia el fondo; en el centro, había una línea ondulada que atravesaba horizontalmente el triángulo, semejante a un pulso detenido; y, rodeando el círculo, había pequeños puntos dispersos. El círculo incompleto representaba la ruptura; el triángulo invertido (símbolo del agua), la caída en cascada; la línea ondulada horizontal, la vida detenida; y los puntos, la disolución. El Símbolo del Retorno se empleaba para devolver una sustancia alquímica a su estado original. Rompía la fórmula, descendía el efecto de su función hasta detenerse, y, finalmente, se disolvía toda la composición.

Me llevé el frasco y la jeringa al pecho con una incipiente sospecha. Si inyectaba ese líquido a una de sus creaciones, su final sería instantáneo.

Tragué saliva.

Viktor Frank no estaba solo buscando a sus monstruos. Estaba cazándolos.

El domingo amaneció lluvioso y con niebla. El día parecía haberse acondicionado a los sucesos de la noche, incluida la conversación que había mantenido con Emily cuando me había descubierto entrando en el apartamento a hurtadillas. Me había pedido explicaciones.

—No es la primera vez que sales de madrugada —había dicho.

Yo había interrumpido mi paso hacia la cómoda junto a la que pretendía quitarme toda la ropa de encima. Había dudado entre

contarle la verdad o escondérsela un poco más. Sabía que tarde o temprano tendría que conocer mi historia. Emily se había mostrado siempre paciente, jamás me había preguntado por el pasado, nunca por mi interés por la alquimia y por el doctor Viktor Frank. Ella siempre había optado por permitirme hablar cuando quisiera y no por ahogarme a preguntas. Pero esa noche, supongo, había traspasado un límite. Emily se había preocupado. Mucho.

—Lo siento —había respondido.

Ella se había sentado en su cama con la postura rígida.

—¿Te ves a escondidas con alguien?

—Claro que no.

Me había atrevido a dar un paso hacia la cómoda con los dedos toqueteando el colgante. Sin darle la espalda, me había deshecho de todo y lo había dejado a un lado, preparado para llevarlo a lavar al día siguiente, antes de ponerme el camisón. Emily no me había quitado los ojos de encima en ningún momento.

—¿Y bien? —había insistido cuando me había dejado caer al fin en la cama.

—¿Te lo puedo contar mañana?

Y ahí estábamos ahora, con dos *cottage loaves* que había adquirido Emily en el mercado de Covent Garden, mirándonos a la cara, sentadas a la mesa. De tratarse de cualquier otra mañana, Emily ya se habría lanzado a por la pequeña onza de mantequilla que descansaba a nuestro lado para untar un poco en el pan y devorarlo. Hoy, en cambio, el único movimiento que había era el del viento en el exterior y el de la lluvia golpeando el cristal de la ventana.

Carraspeé, tratando de rellenar el dichoso silencio.

Pero la tetera silbó de pronto sobre el pequeño brasero que teníamos dispuesto bajo la ventana. El vapor opacó por un momento el olor a humo, llenando la estancia de un aroma a menta. Me levanté apresuradamente y me dirigí al brasero para escapar de la mirada de Emily. Cogí el pedazo de tela que habíamos reciclado de un viejo vestido y rodeé con él el asa de la tetera para llevarla a la mesa.

Entonces, el dolor me atravesó de pronto la nuca como un puñal hasta la garganta. La tetera se me escurrió de la mano y cayó al suelo con un fuerte estrépito. El hierro contra la madera liberó un ruido parecido al de una campana, acompañando una nueva ráfaga de dolor. Sentí con horror como si alguien me tirara hacia atrás de la columna vertebral dispuesto a arrancarla de mi cuerpo. Me doblé sobre mí misma y chillé.

Emily se lanzó a sostenerme antes de que pudiera caer sobre la tetera hirviendo.

Me sentó a un lado y salió corriendo hacia el armario donde tenía los frascos de elixir. Sus manos se movían entre ellos como peces, buscando uno lleno. Cuando lo encontró, lo aferró con fuerza y, sin cerrar la puerta del armario, se lanzó de nuevo hacia mí, retiró el tapón y lo llevó a mis labios.

Tragué con desesperación.

Ella me acarició el cabello para calmarme y se dejó caer a mi lado, pálida como la leche. El dolor fue desapareciendo poco a poco hasta que solo quedó en mí la falta de aliento.

—Tenemos que fabricar más elixir —dijo—. Últimamente te están dando muchos ataques seguidos y...

—Me colé en el despacho del doctor Frank —la interrumpí.

Ella me miró durante un segundo que me resultó eterno.

—¿Te colaste con pantalones? —preguntó finalmente.

Hundí los hombros.

—¿En serio eso es lo que más te ha llamado la atención? —dije, casi decepcionada.

Emily se quedó pensando.

—¿Te han pillado?

—¿No quieres saber por qué lo hice?

—Querías coger algo del despacho. Algo personal del doctor Frank. —Se levantó del suelo y recogió la tetera—. Dudo que el doctor tenga algo material que te interese, así que supongo que se trata de algún pliego sobre algún ensayo no publicado.

Resoplé.

—No —dije, indignada—. No me han pillado.

Ella cogió un trapo para secar el té derramado por el suelo.

—¿Y bien? ¿Cuál era el ensayo?

Dejé caer la espalda y miré una mancha del techo.

—¿Has oído hablar del experimento Demiurgo?

—Sí.

—Prometeo fue una prueba pequeña para hacer después algo más grande.

—Así que crees que el doctor Frank creó vida humana.

La miré. Ella tenía los ojos clavados en el trapo, que absorbía el agua poco a poco mientras lo arrastraba por el suelo. Al mismo tiempo, se daba palmaditas en un muslo con la otra mano. Dos, una, dos, una.

Estuve a punto de contarle todo lo que sabía, todo lo que había visto, todo lo que había vivido. Pero, por algún motivo, callé. Quizá porque la conocía, entendía su pasión por la alquimia, algo que había heredado de sus padres. Y sabía que querría meter su pequeña nariz en aquella incógnita. Si se enteraba de que el experimento había salido exitoso, desearía conocerlo todo tanto como yo. Y eso podría ponerla en peligro.

Así que me limité a encogerme de hombros.

Ella terminó de secar el suelo y regresó a la mesa. Cogió su pan y empezó a untar la mantequilla con una cuchara. Yo me acerqué con recato al abrigo que había dejado por la noche en el rincón. Saqué de él la jeringa y el frasco y los escondí en mi cajón de la cómoda mientras ella estaba concentrada en su desayuno. Seguidamente, me dirigí al armario abierto. Solo quedaba un frasco de elixir lleno, y otro a la mitad en mi morral.

—Mañana cogeremos los ingredientes, a ver si esta vez podemos mejorar la fórmula —dijo Emily a mi espalda. Y calló lo que sabía que siempre callaba: si supiera qué me pasaba, sería más fácil dar con una sustancia más eficiente.

Aquel elixir era lo que me permitía vivir, respirar, cuando me daban los ataques. Si lográbamos formular algo más concreto que un poderoso calmante, todo sería diferente.

El problema era que ni siquiera yo conocía el origen del dolor.

7

NO IMPORTA CÓMO



Cuando me senté en el laboratorio el lunes, me encontraba inquieta, casi frenética. El viernes, cuando había visitado al doctor Frank en su despacho con el pretexto de cuestionarle sobre algunas dudas acerca de los símbolos de alquimia, él me había echado, básicamente. Quería que lo que fuera a preguntar lo hiciera en clase el lunes. Bien, había llegado el lunes y era hora de preguntar. Y yo no me encontraba la voz.

Ni siquiera saludé a Edward más que con un breve movimiento de mano cuando pasó por mi lado. A Emily, para mi sorpresa, se le tiñeron las mejillas de rojo y le dirigió una sonrisa discreta.

Me giré sobre el asiento.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

Emily carraspeó.

—Me llevó en su carruaje, lo mínimo que puedo hacer es mostrar agradecimiento.

Me acerqué a ella para susurrarle.

—¿Qué pasó en el carruaje?

—Me dio una flor. Se la rechacé.

—¿Se la... rechazaste?

Emily tardó en hablar. Parecía necesitar organizar bien sus pensamientos antes de liberarlos, así que colocó el cuaderno, las piedras por tamaños, y los tubos de ensayo y, cuando terminó, respondió:

—No estoy acostumbrada a que me presten atención —dijo. Dio dos golpecitos con el dedo índice en el borde del cuaderno—. Le hizo gracia mi respuesta. —Otros dos golpecitos—. Se interesó por mí.

—¿Y qué le dijiste?

Emily levantó la mirada hacia la puerta y sonrió.

—Que me gustan los *Chelsea buns*.

Parpadeé.

—¿Y ya está? ¿Por qué le has sonreído cuando ha llegado?

Emily lo miró y, de nuevo sonrosada, fijó la mirada en el cuaderno.

—Hoy ha venido sin *cravat* —respondió.

—¿Y qué?

—Cuando me despedí, me di cuenta de que le hacía el cuello más corto.

—Por Dios, Emily, ¿le dijiste eso?

No respondió.

Miré hacia atrás y confirmé las palabras de Emily. Su cuello estaba al descubierto, dándole un aspecto casi desgarbado. Suerte que poseía elegancia y buen porte, otro en su lugar habría parecido un mendigo que le había robado la ropa a un duque.

En ese momento, entró el doctor Frank. Me recoloqué en el asiento instintivamente, y lo miré mientras ocupaba el escritorio y sacaba un cuaderno de su maletín. Si los aires de Edward eran ligeros y serviciales, los del doctor resultaban fríos e inhóspitos, como si no hubiera dentro de esa piel nada y solo fuera un cuerpo vacío moviéndose por inercia, aunque de forma precisa y seca. Cuando levantó la mirada, sus ojos se cruzaron con los míos, directos. Mi corazón vibró. Después, el contacto visual se rompió y relajé los músculos.

—¿Realmente no te pilló? —dijo Emily.

—Claro que no. Es imposible que supiera que era yo.

Pero cuando pasó la clase, me tragué la seguridad de esa afirmación. Después de que Emily y yo nos diéramos el lujo de

ridiculizar los conocimientos del resto de los estudiantes, el doctor Frank pronunció mi nombre. Estábamos recogiendo ya nuestras cosas cuando, de pronto, todo pareció detenerse a nuestro alrededor.

—Quédese —me pidió.

Emily vaciló entre irse o permanecer conmigo. Yo le insté a hacer lo primero.

—Si te denuncia, envía a alguien a buscarme —dijo.

—Vete ya.

Y se fue, igual que todos los demás. El laboratorio quedó entonces sumido en un extraño silencio punzante. A pesar de estar concentrada en meter las cosas en el morral, sabía que él estaba aguardando a que levantara la mirada y lo enfrentara. Tardé una eternidad en atreverme a hacerlo. Lo encontré frente al escritorio, con las manos extendidas a ambos lados de un cuaderno, apoyado. Sus ojos estaban puestos en mí.

Me preparé.

—Creía que tenía dudas —dijo, para mi sorpresa. Casi se me escapó un suspiro de profundo alivio. No me había pedido que me quedara para acusarme de robo, sino por la conversación mantenida el viernes. Me recompuse enseguida.

—Ah. Sí.

—¿Le da vergüenza hablar en público?

Me atreví a aproximarme, colocándome el morral a la espalda.

—No me gusta llamar la atención.

El doctor Frank alzó una ceja.

—Está usted estudiando alquimia, señorita Allen. A menos que sea para jugar en su casa, supongo que querrá dedicar su tiempo a una profesión relacionada. No es un ámbito solitario.

—Usted está solo.

Me mordí la lengua al instante. El doctor se quedó un momento en silencio y, después, salió de detrás de la mesa y se aproximó. Me miró con una intensidad que me puso los pelos de punta. Quise encogerme, pero, de alguna forma, logré mantener la postura erguida. Solo era su alumna, me recordé. No iba a hacerme daño. Él no era un monstruo.

—¿Cuál era su duda?

Tragué saliva cuando detuvo su avance, a un paso de mí. Ladeó la cabeza, a la espera.

—Era sobre... los símbolos.

—Esa es una pregunta muy genérica. Le pido que concrete.

Torcí el gesto ante su tono autoritario y seco. Por primera vez en mi vida, me sentí confusa acerca de la personalidad de alguien. Cada una de las personas que había conocido a lo largo de mi vida habían mostrado ciertas inclinaciones. Había visto benevolencia, amabilidad, honestidad, empatía, y también arrogancia, egoísmo, hipocresía. Cada una parecía destacar por algo en particular. El doctor Frank, sin embargo, era un nido de incongruencias.

—No lo entiendo —no pude evitar decir, intrigada.

El doctor Frank apretó la mandíbula.

—Me está haciendo perder el tiempo, señorita Allen. ¿Qué es lo que no entiende?

—¿Por qué me regaló aquellos bollos?

Él guardó silencio un momento. Me miró, como si fuera algún tipo de animalillo extraño que se hubiera atrevido a cagarle en la comida. Llevé las manos al colgante para toquetearlo, nerviosa, haciendo que la mirada del doctor se posara en él. Sus pupilas se dilataron. Se aproximó un poco más. Y, para mi sorpresa, suavizó su expresión.

—No tengo ni la menor idea, señorita Allen.

Parpadeé. Le miré los dedos, relajados en los bolsillos, a excepción de los pulgares, que descansaban por fuera. Aquellas manos habían hecho posible el nacimiento de los monstruos, habían encontrado la forma de dar vida. Y, sin embargo, ahí estaba él, de pie frente a mí como si no hubiera hecho nada de valor, como si fuera simplemente un profesor de la Golstadt, no un eminente doctor en alquimia.

Alcé la mirada hasta toparme con la suya y me atreví a estudiarlo unos segundos. Todo en él parecía medido, su postura, sus expresiones faciales, sus movimientos y el tono neutro de su voz.

—No tiene aspecto de hacer cosas sin pensar —musité.

—No. En absoluto. —Silencio—. La vi en la calle, sola, sin la compañía de la señorita Abbott y sin doncella. No es algo que esté

acostumbrado a ver en una joven soltera. Me pregunté si necesitaría algo. —Ladeó la cabeza—. Me sorprendió que me respondiera simplemente que quería comprar, sin necesidad de excusar su situación solitaria.

—No veo nada malo en ello.

—No está bien visto en sociedad. —Se aproximó un poco más. Sus pies casi rozaban el bajo de mi falda—. Ahora, haga el favor de formular su duda o salga de aquí. Tengo cosas que hacer.

Miré su escritorio y luego a él. Su expresión se había transformado. Ahora solo mostraba una desagradable ojeriza, en lugar de una atención impaciente.

Tragué saliva, repentinamente intimidada. No creo que hubiese podido encontrar entonces una pregunta coherente que expresar. Así que me aferré a las asas del morral y caminé con torpeza hacia la salida.

—No importa —dije.

Y antes de que pudiera responderme, le di la espalda y salí del laboratorio con prisa.

Abracé el vaso de vidrio que contenía la segunda ronda de vino que había pedido y lloriqueé sobre él en silencio por mi actuación de hacía ya una hora. Había provocado al doctor Frank y prácticamente me había echado de la escuela. Me lamenté también por los peniques malgastados. Emily se había marchado ya a casa después de esperar en la puerta de la escuela a que llegaran los alguaciles locales para —había dicho— defender mi inocencia si era necesario. Tras verme salir sola y agitada, había decidido darme espacio. Yo había optado por perderme en un rincón de la taberna Lion mientras me arrepentía cada vez más de mi conversación con el doctor Frank. ¿Quién era yo para decirle qué aspecto tenía? ¿Por qué había cuestionado su regalo?

Pasada una hora, quería ahogarme en el vaso. Cerré los ojos y los hundí en las manos con tanta fuerza que si apretaba un poco más casi podía sentirlos enredarse en mi cerebro, aunque fuera físicamente imposible.

—Señorita Allen. ¿Puedo sentarme?

Me quedé petrificada ante la repentina voz, y me encogí instintivamente. Poco a poco fui abriendo los ojos para contemplar la figura que me miraba con una mano sobre el respaldo de la silla del otro lado de la mesa. Parpadeé, confusa. Quizá el vino aguado se me había subido a la cabeza y aquello era una alucinación cruel para atormentarme.

El doctor Frank se había cambiado de ropa. En lugar de su vestimenta habitual de profesor, con su chaleco sencillo, su reloj de bolsillo y su bata de un blanco roto, ahora se mostraba como el caballero que era, con el mismo aspecto que tenía el sábado por la mañana, aunque todo el atuendo era ahora oscuro, incluida la camisa, el chaleco y los pantalones.

Repitió su pregunta, pero fue más bien algo simbólico, porque ya no esperó mi respuesta. Retiró la silla y tomó asiento con el mismo aire atormentado que tenía la primera vez que lo vi. Tez pálida y mirada perdida y fría. Miré a nuestro alrededor, consciente de que el bullicio había menguado repentinamente en cuanto el doctor se había acomodado en mi mesa. Varios ojos estaban puestos en nosotros. Yo me dejé resbalar por la silla para hacerme más pequeña. Él, por el contrario, no parecía darse cuenta de lo mucho que había llamado la atención con aquel acto.

—¿Puedo tutearte, Marshel? —dijo mientras llamaba al tabernero.

—Eh...

—Me gustaría disculparme por mi humor —continuó, ignorando mi lamentable respuesta—, no sé bien cómo no sonar hosco cuando hablo. —Incluso ahora parecía hosco—. No me gusta hablar, en general. —El tabernero se acercó y él pidió «lo mismo de siempre». De forma hosca—. ¿Qué dudas tienes sobre los símbolos?

Hosquedad y más hosquedad.

Torcí el gesto. Me di cuenta de que lo había hecho cuando el doctor me miró los labios. Corregí mi expresión al momento y volví a repasar la taberna con la mirada, totalmente cohibida.

—¿Es necesario que se siente aquí? —le susurré, inclinándome hacia delante.

Él pareció reparar entonces en mi postura, cada vez más amoldada a la mesa, como si quisiera formar parte de ella y fusionarme entre la madera. No pestañeó. Solo cuando el tabernero le sirvió su vaso, que apestaba a oporto, se dignó a moverse, únicamente para apartarlo de mi cara, que ya casi rozaba la mesa.

—¿Qué estás haciendo, Marshel? —preguntó cuando el hombre desapareció entre el gentío.

Mi nombre en sus labios era como una melodía hipnótica. Parpadeé, tratando de aclararme la vista y las ideas.

—Nos están mirando.

El doctor repasó entonces la estancia con la mirada como si estuviera admirando pasto para las vacas. Cuando su atención regresó a mí, lo hizo con una calma irritante. Ignoró mi comentario, como si no tuviera sentido en ese contexto, y dio un lento sorbo al oporto.

—Tu duda —insistió.

Me froté la frente. Quizá si resolvía aquella cuestión, se retiraría.

Dudas, dudas. Pensé en todas aquellas que me habían ido surgiendo a lo largo del tiempo.

—Me cuesta encontrar los símbolos adecuados —dije, atropellando mis propias palabras unas con otras—. Los conozco de forma individual, pero no sé crear algo más complejo.

—¿Qué quieres conseguir?

«Algo que evite el tormentoso dolor que lleva persiguiéndome tanto tiempo».

—Una medicina preventiva.

—No se puede evitar la muerte con la alquimia —dijo de tal forma que no daba lugar a réplica.

—No quiero evitar la muerte.

El ceño del doctor Frank se frunció ligeramente. Su expresión, de opaca, pasó a mostrar vagamente algo parecido a la incomprensión.

—¿Qué quieres evitar?

Di un tímido sorbo a mi vaso. Permití que el vino amargo se quedara un momento balanceándose sobre la lengua y, después, tragué.

—El dolor —musité—. El dolor de la enfermedad de... —Apreté la mandíbula—. De alguien que conozco.

El doctor Frank me miró un largo rato mientras perfilaba con el dedo índice el contorno de su vaso. El movimiento era tan constante y armonioso que empecé a relajarme. También influyó que la gente dejara, por fin, de lanzarnos miradas tan fugaces como venenosas, estas últimas destinadas más bien a mi persona, por ser alguien de interés para un hombre admirado en todos los sentidos. Debería haberme sentido halagada por que el doctor Viktor Frank decidiera sentarse conmigo, en lugar de desear salir corriendo de una vez de la taberna. Pero la atención la gestionaba francamente mal. Había aprendido hacía tiempo que mi supervivencia dependía de pasar desapercibida. Y, aunque ahora eso ya no importaba, puesto que el peligro del que había huido tanto tiempo me había encontrado al fin, aquella necesidad había calado en mí.

—¿De qué enfermedad? —me preguntó finalmente.

—No lo sé.

—¿Cuáles son los síntomas?

—¿Eso importa para tratar el dolor?

—No. Era curiosidad.

—Solo sé que tiene dolor. —Agité la cabeza—. Está bien si no me quiere ayudar, doctor Frank. Entiendo que el tema medicinal puede crear controversia. No suelo estudiar ese tipo de casos, pero...

—Marshel —me interrumpió. Otra vez mi nombre. Otro escalofrío. Su mirada era tan penetrante que me sentí más pequeña todavía—. Puedo darte clases particulares en el laboratorio. Te ayudaré a entender lo que no comprendas.

Parpadeé.

—¿Por... por qué haría algo así?

Él sacó del bolsillo unos peniques y se levantó de la mesa.

—Vamos —dijo—. Te llevaré a casa.

«¿A casa?».

Se dio la vuelta para dirigirse a la salida. Yo me levanté torpemente y lo seguí, tropezando con todo el mundo. Vi cómo dejaba los peniques en la barra y, después, abrió la puerta para mí. Pude sentir el peso de su mano sobre mi espalda a pesar de no

llegar a tocarme. Cuando pisamos el exterior, me abracé a mí misma inconscientemente ante el contraste de temperatura. En la calle hacía un frío invernal.

De pronto, sentí sobre mí el calor de otra ropa. El doctor se había quitado el frac y me lo había colocado sobre los hombros. Sin decir una palabra, me guio hacia su carruaje y me tendió la mano para ayudarme a subir. Sus dedos, libres de guantes, estaban cálidos, aunque ásperos. Pero no me resultó desagradable. El contacto duró apenas unos segundos, pero fue suficiente para erizarme la piel.

Era la primera vez que montaba en carruaje. El interior estaba vagamente iluminado por una lámpara de gas que prometía balancearse con el trote de los dos caballos que arrastraban el vehículo, los asientos eran amplios y estaban tapizados con un material cálido y suave, de color caoba, y unas cortinillas del mismo tono caían con gracia desde el techo hasta la parte superior de la puerta, dando privacidad al interior.

Me acomodé en uno de los asientos, contraria al sentido de la marcha, con el morral en mi regazo, mientras el doctor subía después de mí y ocupaba el otro asiento. No pude evitar pasar la mano por el terciopelo y admirar el espacio en silencio.

—¿Adónde vamos, Marshel? —me preguntó el doctor.

—Oh, a Russel Street.

El cochero pareció escucharlo, porque arreó a los caballos inmediatamente después. Casi salgo disparada al regazo del doctor Frank, pero pude hacer fuerza con el pie a tiempo para librarme de ese bochorno.

El doctor descorrió la cortina de su lado derecho y extendió el brazo sobre el respaldo de su asiento. Sus ojos se perdieron después en el exterior mientras avanzábamos por el suelo adoquinado. Guardó silencio, bajo esa expresión casi mortificada que solía adornar siempre su rostro, como si llevara encima un peso candente constante. Me pregunté si acaso tendría que ver con lo que había llamado «error», con el experimento que ahora lo perseguía para exterminarlo.

—Doctor Frank...

—Viktor.

Me aclaré la garganta.

—Viktor. —Me costó pronunciar su nombre como si se me hubiera pegado la lengua en el paladar—. ¿Por qué me está... *estás* llevando a casa? —no pude evitar preguntar.

—Porque, si no, te marcharías sola caminando —respondió sin mirarme.

—No sería la primera vez.

—Las calles de noche no son seguras.

Me miré las manos, aferradas al morral. Las relajé.

—¿Por qué quieres darme clases particulares?

—Tienes talento.

—No soy la única.

El doctor me miró al fin.

—La señorita Emily Abbott —dijo, sabiendo a quién me refería— medita cuando coge un frasco. Tú lo echas directamente en la mezcla. Si te equivocas, lo devuelves a su estado original y rectificas. Tu mente es ágil y basas los experimentos en pruebas. Y de eso trata el estudio de la alquimia. En prueba y error, hasta obtener el resultado deseado.

Arrugué el ceño.

—Porque soy imprudente e impaciente. Es algo negativo —respondí—. ¿Y si la mezcla resulta en una sustancia inflamable y salimos todos por los aires?

—Marshel, por eso los experimentos se realizan con *grains*, no con *stones*.

Torcí el morro y me callé. Descorrí la otra cortina y miré por ella, apoyando la barbilla en la mano. Resoplé y, entonces, justo cuando estábamos alcanzando ya Russel Street, lo vi. A Prometeo.

«Oh, no».

Corrí la cortina precipitadamente para que el doctor no lo viera, llamando así su atención. Se inclinó hacia mí.

—¿Te has mareado?

Tragué saliva.

—Es la primera vez que monto en carruaje —respondí de forma evasiva.

Él lo tomó como una afirmación a su pregunta porque cuando el cochero detuvo el carruaje y avisó de que ya habíamos llegado, el doctor se levantó de su asiento con intención de ayudarme a bajar.

—No es necesario —me precipité a interrumpirlo.

Prometeo. ¿Dónde estaba Prometeo?

El doctor me ignoró y abrió la puerta. Bajó el par de estribos y se detuvo entonces para extender su mano y que me apoyara en él. Cuando me colgué el morral y me asomé a la calle, vi con horror cómo Prometeo agitaba sus alas posado en un farol a su espalda. Tragué saliva. ¿Qué le haría si lo viera? ¿Lo cazaría también? ¿Pensaba que aquella ave era igualmente un error? Era un pajarillo inocente.

—¿Marshel?

El doctor hizo un amago de girarse para ver qué estaba mirando. Yo actué con rapidez, tomando su mano y pisando los estribos erróneamente para caerme a propósito, sin importar cómo. Pero el doctor fue rápido. Su cuerpo se movió y sus brazos me acogieron antes de que pudiera tocar el suelo.

Se me cortó la respiración al sentir la suya tan cerca. Su aliento acarició mi mejilla, sus manos caldearon mi cintura, fui consciente de todas y cada una de las partes de su cuerpo que estaban en contacto con el mío. Lo miré a los ojos y, por un segundo, me perdí en ellos. No recordaba siquiera cómo había acabado allí.

—¿Estás bien? —susurró.

Estaba... Estaba...

Emociones, sensaciones, todo nuevo. Todo aquello era nuevo. Los ojos del doctor brillaron por un instante. Después, su luz se apagó y se apartó de mí como si quemara, devolviéndonos a ambos a la realidad de forma brusca. Me sostuvo, sin embargo, con una mano un momento más hasta asegurarse de que no me caería.

—Estoy bien.

Y, tras esas dos simples palabras, el doctor recuperó su frac, inclinó la cabeza como despedida y se subió a su carruaje para perderse en la noche.

8
UNA ILUSIÓN OSCURA



El doctor Frank me invitó a su laboratorio al día siguiente, tras las clases. Emily había opinado que su propuesta estaba en consonancia con su persona: era un hombre peculiar, y sus actos debían ser, por tanto, igual de peculiares. Me aconsejó que aprovechara su instrucción y no le diera vueltas a las cosas.

Me quedé en el pasillo, contemplando las líneas que se retorcían por el suelo de mármol, sin atreverme aún a entrar. Todo estaba ya prácticamente vacío y, por ello, era capaz de escuchar hasta el crepitar de las velas del techo.

Recordaba las palabras del monstruo, la amenaza clara. No pude evitar mirar alrededor, encogida. Tal vez estaban allí, en algún lugar. Fuera o dentro. Aquellas criaturas habían aprendido a moverse por el mundo de forma tan silenciosa como letal. Aprovechaban las sombras, la oscuridad de la noche y la niebla. Estaba tentando a mi suerte.

—Señorita Allen.

Di un respingo ante la voz del doctor Frank. Había abierto la puerta del laboratorio y se encontraba contemplándome con la ceja ligeramente levantada. Miró alrededor.

—¿Busca algo?

Negué con la cabeza. Que regresara a las formalidades después de haberme tuteado el día anterior me distrajo de mis angustiosos pensamientos. Comprendí que el contexto de la escuela requería ese trato, así que imité su comportamiento.

—No, doctor Frank.

—Entonces, entre de una vez.

Obedecí y me colé por el hueco que había dejado su cuerpo apoyado en el marco. Cuando estuve dentro, cerró la puerta.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté.

El doctor Frank caminó entre las mesas hasta llegar al escritorio, donde descansaban varios artículos de revistas científicas. Sin mirarme, me invitó a coger una tiza. Yo dejé el morral apoyado en una mesa y me acerqué con prisa para obedecer. Jugueteé con ella cuando la tuve en la mano, lo que hizo que los ojos del doctor se clavaran en mis dedos unos segundos. Después, suspiró y volvió a fijar la mirada en el párrafo que estaba leyendo, cuyas líneas seguía con el dedo.

—Tiene varios tics nerviosos —dijo—. ¿Es usted consciente?

Aferré la tiza con una mano y detuve el movimiento.

—Sí.

—¿Me puede decir a qué se debe?

Pensé un momento.

—No me gusta la incertidumbre —terminé diciendo.

La comisura de sus labios se elevó brevemente. El gesto desapareció demasiado rápido.

—No le gusta la incertidumbre —repitió. Después, abandonó al fin la lectura y me prestó toda su atención—. ¿Estaría más cómoda si le entregase un pliego con las prácticas que realizaremos cada tarde?

Estuve a punto de volver a juguetear con la tiza.

—Creo que eso me crearía más incertidumbre aún.

El doctor Frank salió de detrás del escritorio y se apoyó en un lado para encararme. Descansó las manos sobre la superficie, a ambos lados de su cadera.

—Explíquese.

Di un innecesario paso atrás.

—No comprendería su... deferencia.

Se separó del escritorio y se acercó.

—Por eso no debe preocuparse —dijo—. La deferencia es a la eficiencia de la clase, no a usted. No me gusta perder el tiempo. —Acortó toda la distancia que nos separaba y agarró la mano que aferraba la tiza. Me la colocó en condiciones y la llevó a la pizarra—. Dibuje los símbolos elementales. Y, por favor, deje de encogerse cada vez que me acerco. No voy a morderle.

Me soltó, dejando sobre mi piel una extraña calidez. Parpadeé para aclararme la mente.

—Pero esos ya los conozco —dije.

—Ya lo sé, señorita Allen.

Aguardó sin decir nada más. Yo contuve otra pregunta ante la mirada severa del doctor y procedí a dibujar los símbolos del fuego, el aire, el agua y la tierra. Lo miré de reojo al concluir el último trazo. El doctor Frank había vuelto a apoyarse en el escritorio con la misma postura.

—Me ha dicho que le cuesta formar símbolos más complejos.

—Sí.

Me aparté de la pizarra un poco para mirarlo.

—Pero sabe que todos los símbolos de transmutación se forman a partir de estos cuatro. —Asentí. Él los señaló con un casi imperceptible movimiento de cabeza—. Dígame, aun sin saber formar el símbolo completo, ¿cuál usaría como base para transmutar aceite en vino?

—Agua —dije sin pensar.

—¿Por qué?

Me mordí el carrillo por dentro.

—¿Porque es líquido?

—Bien. —Se separó del escritorio—. ¿Y para transmutar el tiempo y acelerar así un proceso?

—El fuego.

Se acercó.

—¿Y para los minerales?

—La tierra.

Se acercó un poco más, hasta que su sombra alcanzó la pizarra. Guardó silencio un momento mientras clavaba los ojos en los míos.

Traté por todos los medios de no encogerme y de no toquetear la tiza. El doctor Frank ladeó la cabeza. Estaba segura de que podía advertir mi esfuerzo.

—¿Y para los estados del agua, señorita Allen?

Abrí la boca para responder, pero la cerré inmediatamente después.

—No...

—¿No?

Me froté la frente. Agua era la respuesta más coherente. Pero para pasarla a estado gaseoso, se requería calor. Tragué saliva y miré los símbolos, dubitativa. Aquella fue la primera vez que reparé en el olor que emanaba del doctor. Libros y madera. Inhalé sin poder evitarlo.

—¿Y bien? —insistió.

Casi di un respingo. Volví a frotarme la frente y empecé a respirar por la boca para evitar procesar su olor. Alcé los ojos para mirarlo.

—No lo sé —confesé.

—Sí lo sabe.

Miré los símbolos de nuevo. El agua era indudable. Y el fuego... tenía que emplearse para el estado gaseoso. ¿Y el aire frío para el sólido?

—Agua. —Dudé—. Fuego. Y aire.

Ante el silencio que siguió a mi respuesta, no pude evitar mirar al doctor. Una expresión cercana a la satisfacción cruzaba su rostro, una fina línea que se percibía pobremente entre el tejido estoico que lo cubría de pies a cabeza.

—Interesante caso el del agua, ¿verdad? —dijo.

Y, con cuidado, tomó la tiza de entre mis dedos, haciendo que me recorriera un escalofrío ante su tacto, y dibujó bajo los símbolos otros dos: el agua y el fuego cruzados, y el agua y el aire de la misma forma.

—De esta manera, señorita Allen —dijo, dejando la tiza en el soporte de la pizarra—, se comienza a diseñar un símbolo más complejo: el del material que se va a transmutar y el de la transmutación teniendo presente el resultado que se quiere obtener. Ahora —se separó bruscamente de mí. Recuperé la respiración que

no sabía que había perdido—, probemos su funcionalidad. Y límpiese la frente: de tanto frotarla, se la ha llenado de tiza.

Me miré la mano, y la descubrí llena de polvo blanco. Me la pasé por la falda y, después, me sacudí la frente con los dedos con tanto énfasis que la sentí arder. Abochornada, me dirigí con la cabeza gacha a la mesa que quedaba frente al escritorio y seguí las indicaciones del doctor Frank en silencio.

Probé la funcionalidad de uno y otro durante el resto de la hora. El doctor Frank se limitó a leer durante mi trabajo y a revisarlo una vez concluido. Cuando el agua se evaporó en la última práctica, él dio por concluida la clase de aquella tarde y me despidió sin mayor atención que un seco «buenas noches».

La mayor parte de la semana sucedió de la misma forma. Él me forzaba a pensar y yo resolvía fórmulas básicas que había visto en algún momento durante mi estudio pero que jamás me había parado a identificar. El doctor Frank, tal y como me había dicho, me había proporcionado al día siguiente las prácticas previstas. Se mostró paciente siempre y, aunque su trato variaba según su humor, parecía destacar en él un tono más amable que el primero. Aunque siempre me despedía con la misma sequedad.

Sin embargo, el último día de la semana fue diferente.

Cuando guardaba los apuntes que había tomado en un pliego, el doctor Frank se acercó con su maletín cerrado. Se me crisparon los dedos ante su cercanía mientras cerraba el morral.

—Señorita Allen.

Lo miré. Había dejado la bata pulcramente doblada en la mesa del fondo y ahora mostraba un aspecto ordinario. Con la camisa arremangada y sin frac ni *cravat*, podría parecer un mozo si no fuera por su postura y sus modales. Tenía el abrigo en el brazo.

—Doctor Frank.

—¿Quiere acompañarme al Lion?

Dejé el morral a medio cerrar.

—¿Al Lion? ¿Para qué?

El doctor abandonó un momento el maletín y el abrigo sobre un asiento y me ayudó con el morral.

—Me gustaría conversar con usted —dijo mientras me lo colocaba sobre los hombros después de afianzar el cierre.

Me di la vuelta.

—¿Conversar sobre qué? ¿He hecho algo mal?

—¿Es usted siempre tan negativa?

Cogí la capa del respaldo de la silla donde estaba el morral y me arropé con ella. No supe qué responder, así que me quedé callada. El doctor suspiró y se puso el abrigo. Cuando cogió de nuevo el maletín, se dirigió a la puerta que daba al pasillo. La abrió y la sostuvo para mí.

—No ha hecho nada mal.

Acepté acompañarlo.

Descubrí, en el corto trayecto que distaba de la escuela a la taberna, que no estaba acostumbrado a caminar al mismo ritmo que otra persona. Avanzaba a un paso que a mí me resultaba demasiado largo, y me vi obligada en alguna ocasión a dar varias zancadas precipitadas. Solo miró hacia atrás una vez, cuando estábamos llegando. Se detuvo tan bruscamente que a punto estuve de chocar con él debido a mi paso acelerado.

—Discúlpame, Marshel. No suelo...

—¿Ir acompañado? —lo interrumpí con la respiración agitada.

Arrugué el ceño sin poder evitarlo y lo adelanté. Sentí cómo me seguía con los ojos hasta la puerta y, después, sus pasos aproximándose antes de que pudiera abrir.

Por un momento, cuando el doctor me invitó a pasar, dudé. Sentí la necesidad de repasar los alrededores con la mirada, de buscar entre las sombras y de iluminar cada una de ellas. Si los monstruos estaban allí, si me estaban vigilando, su sospecha de que estaba en su contra y a favor del doctor Frank se confirmaría. Quizá pensarían que le había puesto en preaviso de todo, que hablábamos confidencialmente de ellos, que tramábamos su búsqueda y captura y a saber qué más cosas.

—¿Marshel?

Parpadeé y di un paso al interior con la sensación de haber recibido la punzada de más de un par de ojos en la nuca.

La taberna a esas horas estaba ya casi vacía de estudiantes, a excepción de algunos que habían decidido alargar el tiempo que pasaban allí tras las clases. Normalmente, se limitaban a charlar entre vinos y cervezas durante apenas media hora o cuarenta minutos para evitar que cayera la noche. Por ello, en aquel momento, lo que imperaba allí eran hombres de mediana edad, tal vez faroleros, mozos o cocheros.

Nos sentamos a una de las mesas del fondo después de pedir oporto y vino.

Carraspeé, incómoda, cuando el doctor se deshizo del abrigo y se arremangó de nuevo la camisa. No pude evitar estudiar el cordón de su muñeca de forma descarada.

—Tiene su utilidad —dijo. Yo retiré la mirada al instante—. Si surge la ocasión, te lo enseñaré.

Entrelacé los dedos sobre la mesa mientras llevaba los ojos a cualquier parte menos a él.

—¿De qué quieres charlar? —pregunté cuando nos sirvieron y tuve al fin algo sobre lo que concentrarme.

Viktor reposó la espalda hacia atrás y giró un par de veces el vaso de oporto antes de dar un trago y volverlo a colocar en la mesa.

—Me dijiste que empezaste a estudiar alquimia por el interés hacia lo desconocido —dijo.

—Sí.

—¿Cuál fue tu primer experimento?

Levanté la mirada del vino. Su interés parecía sincero, a pesar de que el tono de su voz se asemejaba al arrastre inerte de un saco por el barro. Me mordí el carrillo por dentro y respondí mientras recordaba lo que estaba a punto de narrarle.

—Una vez se me cayó un libro a un charco —dije—. Era un tomo antiguo que me había regalado Emily sobre creatividad. Por aquel entonces no conocía nada acerca de los símbolos y me ayudó mucho a descifrarlos. —Miré de nuevo el vino—. Emily me dijo que encontraría otro para mí, pero yo no quería perderlo. Las hojas estaban arrugadas y apenas eran legibles. —Llevé la mano a la mesa

y dibujé distraída el símbolo que había empleado para recuperarlo—. Nunca me había atrevido a usar la alquimia hasta ese momento.

El doctor Frank se inclinó hacia delante.

—El Símbolo del Retorno —dijo.

Detuve el trazo y devolví la mano al vaso.

Cuando alcé los ojos al doctor, lo descubrí mirándome los dedos como si fueran una ecuación difícil de descifrar.

—Tu primer experimento fue con uno de los símbolos más complejos de la alquimia —dijo. Y en el tono de su voz vibró entonces algo diferente, un hilo similar a la admiración.

Di un trago nervioso al vino y a punto estuve de bebérmelo de golpe. Carraspeé.

—¿Por qué te interesaste tú por la alquimia? —le pregunté.

El doctor Frank me contempló un momento más largo de lo necesario y, después, respondió como si hablara del color de la madera.

—Por mi madre.

—¿Tu madre es alquimista?

—Era.

Dio un sorbo al orujo y cambió de tema de forma radical. Supuse que se trataba entonces de un asunto personal que prefería no abordar, así que no le cuestioné. La mayor parte del tiempo hizo que le hablara de mí y de mi pasado. Lo pasé francamente mal tratando de evadir sus preguntas con respuestas vagas, puesto que no podía hablarle de todo sin descubrir aquello que me unía a él.

Le hablé de mi etapa corta como institutriz, del cambio al museo y de la decisión que tomamos Emily y yo de estudiar para sacarnos un título como alquimistas. A él no logré sonsacarle absolutamente nada. Se limitó a asentir y a escuchar como si estuviera leyendo un libro que requería concentración.

No sé cuánto tiempo pasó y cuántas copas me tomé, pero lo cierto es que cuando el doctor Frank decidió que ya era hora de irnos, sentí que había sido escurrida como una bayeta y que no me habían soltado hasta liberar la última gota.

Me desequilibré al levantarme de la silla. El doctor Frank me tomó del codo para ayudarme y me colocó el morral al hombro antes de

cubrirme con la capa.

—Le diré a mi cochero que te lleve —dijo mientras me acompañaba a la salida.

—Estoy bien —me quejé, arrastrando las palabras—. ¿Me has emborrachado a propósito?

El doctor abrió la puerta y me dejó salir primero sin soltarme el brazo. Trastabillé con un adoquín.

—Yo no he pedido el vino, Marshel —me recordó.

La puerta de la taberna se cerró entonces, arrebatándonos la luz que emitía desde el interior. Y, de pronto, sentí cómo se me helaba la sangre. Se me tensaron los músculos y me di la vuelta, completamente segura de que no estábamos solos.

—Súbete al carruaje —susurró el doctor Frank mientras me daba su maletín. Y supe, aun sin mirarle, que estaba sintiendo lo mismo que yo. Estaba segura de que tenía los ojos fijos entre las mismas sombras que yo seguía, como si pudiéramos ver entre ellas el peligro que guardaban.

En la negrura, como una ilusión oscura, se perfiló parte de un cuerpo. Pero fue tan fugaz que creí haberlo imaginado. El doctor, sin embargo, no cayó en esa incertidumbre. Cuando repitió que me subiera al carruaje, ya había dado un paso al frente, seguro de que allí había más que pared y suelo.

—Ahora —insistió sin dar lugar a réplica.

Me agarré la falda del vestido y corrí hacia el carruaje que ya se había aproximado al ver al doctor salir de la taberna. Me quedé en los estribos, sin embargo, sin atreverme a subir. Cuando miré hacia atrás lo vi echando la mano a la parte trasera del cinturón para buscar algo. Al no encontrarlo, formó un puño frustrado.

—¿Viktor? —susurré.

Él dudó. Y, finalmente, se alejó de allí deprisa, subió al carruaje, y animó al cochero a arrancar.

No tardamos en llegar a Russel. Con el vino y el corazón desbocado, me costó enormemente levantarme del asiento y encontrar la portezuela. El cochero abrió antes de que yo lo consiguiera. El doctor Frank permaneció estoico durante todo ese tiempo. Sabía que su mente se encontraba lejos, que sus

pensamientos estaban todos girando en torno a aquellos que nos acechaban, pero, al final de todo aquel abismo que en aquel instante nos separaba, vi algo más, algo que tenía que ver conmigo y que no me dio tiempo a descifrar: el doctor Frank me despidió del carruaje de la forma más amarga posible y no me volvió a mirar.

9

MUERTA NO ERES UN PROBLEMA



La semana siguiente fue particularmente extraña. El doctor Frank me había enviado un mensaje la mañana del sábado para comunicarme que se anulaban las clases particulares y, tras aquello, había decidido obviarme en cada laboratorio. No volvió a dirigirme la palabra. Me atreví a acercarme una vez, intrigada por su cambio, recibiendo por su parte una respuesta fría y seca que no daba pie a más, algo que me desalentó por completo a repetir mi atrevimiento.

Llovió todos los días; en dos de ellos, la niebla recorrió las calles por la mañana como una serpiente, envolviendo mi falda en cada paseo a Covent Garden para la compra del día. No había habido signos de que los monstruos se hubieran acercado de nuevo a los alrededores de la Golstadt.

Con la intención de evitar pensar en el doctor, alargué los paseos por el Támesis, aunque, en lugar de disfrutar del ambiente y el ejercicio, me descubrí buscándolo con la mirada en más de una ocasión. Los paseos se acabaron convirtiendo, por tanto, en una esperanza de encontrármelo, en lugar de ser un placer personal.

No volvió a darme, por suerte, ningún otro ataque de dolor. Emily había conseguido adquirir de la escuela los ingredientes para la fórmula de mi elixir, y, junto con mi sangre seca, que guardábamos

envuelta en un papel basto, habíamos empezado a trabajar en ella en los tiempos libres, que solían coincidir con los periodos después de las comidas y tras las clases.

Bajo unos tablones del suelo guardábamos nuestros utensilios de alquimia. Frascos, campanas de cristal, tubos y un microscopio antiguo que habíamos sustraído del museo antes de marcharnos. Cuando Emily estaba en casa y no desaparecía misteriosamente por horas, trabajábamos con ellos en el elixir. Cuando ella se marchaba, yo estudiaba el líquido del frasco del doctor Frank.

No había averiguado mucho. Estaba segura de que uno de los ingredientes era azogue, mercurio. El otro... parecía tener vida. Y aquello hizo que confirmara mi sospecha con más seguridad. Si iba a inyectar una sustancia con vida, el Símbolo del Retorno estaba ahí para arrebatarle la vida a otro.

Emily entró por la puerta justo en el momento en el que había hecho aquel descubrimiento. Era jueves por la tarde, seguramente cerca de las ocho. No me había preocupado por su tardanza porque esos días estaba siempre llegando a la misma hora.

—¿Te encuentras bien? —dijo, quitándose de encima la capa y dejándola caer en su cama.

No, definitivamente no estaba bien. El doctor Frank pretendía atentar contra los monstruos. Contra todos. No tenía ni idea de dónde se estaba metiendo. Me llevé la mano al pecho y me senté en una silla como un peso muerto, haciendo que la estructura crujiera.

Emily miró al microscopio y, después, a mí.

—¿Ha salido mal el elixir? —preguntó.

—No... No es... —Tragué saliva y respiré hondo—. Te voy a contar algo.

Emily se sentó en la otra silla.

—De acuerdo —dijo, colocando las manos sobre la falda.

Me tomé un momento para pensar en la mejor manera de narrar algunas verdades. Prefería que Emily supiera lo menos posible acerca de todo aquello, pero también me vi de pronto superada por la situación. Los monstruos acechaban la Golstadt, amenazando mi vida, mientras el doctor Frank trataba de darles caza. Y yo me había

visto de pronto nadando entre aquellas aguas agitadas. Necesitaba a Emily. La necesitaba.

—El doctor Frank logró crear siete monstruos en el experimento Demiurgo, Emily —dije con un hilo de voz—. Hizo el estudio, formuló las mezclas y dibujó los símbolos. Siete alquimistas trabajaron en diseñar los siete cuerpos y formarlos. Él lideró el proyecto.

Emily parpadeó, confusa.

—¿Has vuelto a entrar en su despacho para robarle los papeles?

Agité la cabeza.

—No —respondí—. Los he visto, Emily. —Me levanté y empecé a pasear por el apartamento, agitada—. Por eso empecé a estudiar alquimia. —Me froté las sienes—. ¿Cómo pudo conseguirlo? —dije—. Esa pregunta lleva rondándome por la cabeza desde entonces, como una mosca.

—¿Qué quieres decir con que los has visto?

Me detuve y la miré.

—A los monstruos. Estuve con ellos. Traté de ayudarlos. Y ahora el doctor Frank los está cazando para matarlos. —Me abracé a mí misma—. Pero él no tiene ni idea de lo que son capaces de hacer.

Emily ladeó la cabeza, intrigada.

—Marshel...

—Sé que suena a locura, pero te digo que es verdad, Emily.

—Te creo.

Parpadeé.

—¿Me crees?

—Sí. No entiendo nada, pero te creo. —Se encogió de hombros—. No sabes mentir. —Arrastró la silla para sentarse frente al microscopio y mirar por él—. ¿Qué estoy viendo?

Me quedé aturdida por un momento ante la sencillez de sus palabras. Después, me expliqué lo mejor que pude.

Le conté lo que había robado en el despacho y mis sospechas sobre aquella sustancia. Le mostré el símbolo del frasco, y ella coincidió conmigo en el uso que podría darle. Le resultó todo tan fascinante como a mí. El doctor Frank había conseguido algo espectacular, aunque ahora quisiera dar marcha atrás.

—Algo debió de pasar en ese experimento —dijo Emily cuando abandonamos al fin el microscopio y las herramientas de alquimia. Se acomodó en su cama con un pellizco de pan y miró al techo mientras balanceaba las piernas que le habían quedado medio colgando—. El doctor Frank quiere matarlos y los monstruos vengarse de él.

La miré mientras le daba vueltas a aquellas cuestiones. Casi podía verlas enredarse frente a sus ojos al mismo tiempo que ella trataba de alcanzar las respuestas que pendían de los interrogantes. Mordisqueaba el pellizco de pan, ausente.

—¿Dónde has estado? —le pregunté con intención de escapar durante unos minutos de todo aquel asunto.

Ella tardó un momento en despejar su mente y, después, me miró.

—Con Edward.

Alcé las cejas con sorpresa. En realidad, debería habérmelo imaginado. Emily, al igual que yo, no tenía a nadie. ¿Y dónde iba a pasar las tardes si no era en compañía? La única persona con la que podía estar era la única persona con la que habíamos intercambiado alguna palabra.

Me acerqué y me senté en su cama.

—¿Qué está ocurriendo con él?

Emily enderezó la espalda y empezó a darse golpecitos en los muslos.

—El lunes, cuando me fui sola, Edward me alcanzó mientras caminaba de vuelta a casa. Insistió en acompañarme, aunque yo le dije que no era necesario. —Se quedó en silencio un momento—. Me dijo que el martes pasaría a por mí, quería enseñarme otra parte de la ciudad. Me llevó por Mayfair, en compañía de una mujer de servicio, por supuesto. A Hyde Park. —Arrugó la nariz—. Estaba lleno de aristócratas. No me gustó. Pero me llamó la atención el comportamiento de Edward: no le importó que me vieran con él, con mi vestido antiguo y nada elegante. —Se quedó pensativa—. Me dio la mano. —Caviló un momento—. No me desagradó.

Abrí mucho los ojos, sorprendida. A Emily no le gustaba el contacto físico. Apenas me había permitido abrazarla a lo largo de aquel tiempo, o tomarla siquiera del brazo.

Continuó hablando:

—Saludó de pasada a conocidos, pero no dejó de mirarme. —Detuvo las palmaditas—. Ayer me llevó de nuevo a pasear. El frac azul con el que se había vestido no le favorecía. Se lo quitó y lo lanzó al suelo.

Me llevé las manos a los ojos.

—Emily. No puedes decir esas cosas.

Ella parpadeó.

—¿Por qué?

—Es una falta de educación. —Me dejé caer en la cama y llevé la mano al colgante—. ¿Qué habéis hecho hoy?

—Me ha llevado a cenar. —Se levantó como si hubiera recordado algo de pronto. Yo me erguí sobre los codos para observarla. Se dirigió a su retículo y sacó algo envuelto en papel basto. Me lo dio—. Aún está caliente.

Lo abrí con cuidado. Se trataba de un panecillo dulce con azúcar caramelizado. Estaba relleno de pasas y nuez moscada, y olía a canela. No pude evitar darle un mordisco al momento.

—Edward me lo ha dado para ti —dijo simplemente. Después, se dirigió a la cómoda para quitarse la ropa y ponerse el camisón.

Si la semana había sucedido extraña, el viernes fue más extraño aún. Ese día tocaba laboratorio, ya que la teoría y la práctica se intercalaban, habiendo tres días de Stone y dos de Frank una semana, y tres días de Frank y dos de Stone a la siguiente. No me gustó en absoluto terminar aquella con la presencia distante del doctor. Igual que los días anteriores, no me miró ni una sola vez. E, igual que los días anteriores, se marchó sin decir nada a la clase como si fuera una hoja llevada por una ráfaga de viento helada. Una hoja seca.

Edward nos acompañó a Emily y a mí a la salida. Se frotó el mentón mientras miraba hacia atrás con los ojos teñidos de intriga y cierta... ¿preocupación?

—Frank está más antipático de lo habitual, ¿no? —dijo.

—Yo lo veo igual que siempre —respondió Emily, cortando de raíz aquel tema.

Cuando salimos, una fina lluvia nos dio la bienvenida al exterior. Yo me detuve en las escaleras.

—Creo que voy a quedarme un rato.

Emily se encogió de hombros.

—Como quieras.

Se abrochó la capa, se puso la capucha y bajó las escaleras. Aceleró el paso hacia Holborn acompañada de Edward.

Yo regresé tras mis pasos para internarme de nuevo en la escuela, pero no pasé allí mucho tiempo. En un intento de encontrar la valentía para encarar al doctor Frank y su extraño comportamiento, visité la pequeña biblioteca de alquimia, paseé por sus pasillos, rebusqué entre los libros, y ojeé los artículos científicos. Al verme sumida finalmente en la misma o mayor cobardía que al inicio, decidí alejarme del despacho del doctor y perderme entre la muchedumbre del Lion otro viernes más. Había algo placentero en ver y escuchar las vidas de personas desconocidas. Había ego por todas partes, intereses amorosos, cortejos y, en ocasiones, si estaba atenta, podía encontrar algo de humildad entre tantas voces.

Ocupé la misma mesa del fondo y pedí el mismo vino que solía pedir. Medio penique. Aquel sería mi capricho de la semana.

Lamenté la decisión tres minutos después. El doctor Frank apareció para ocupar la silla contigua a la mía sin preguntar, con un vaso de oporto en la mano. Me sobresalté al sentir su presencia. Después, parpadeé, completamente aturdida.

—Marshel —fue lo único que dijo mientras se sentaba, haciendo parpadear la llama de la vela que descansaba sobre la mesa. En su defensa, diré que parecía esforzarse por encontrar otras palabras más allá de mi nombre.

No las encontró.

Fijé la mirada en el reflejo de la llama sobre mi vaso, con los hombros tensos.

—Doctor Frank —terminé respondiendo, a cambio.

Después, al ver que no decía nada más, decidí que, en realidad, no me apetecía en absoluto escucharlo. Me encontré navegando de

pronto en una emoción que pocas veces me había inundado: la rabia. Me terminé de beber por ello lo que me quedaba de vino y me levanté de la mesa.

Su mano envolvió mi muñeca antes de que pudiera alejarme siquiera un palmo.

—Por favor, siéntate —dijo.

El sonido de su voz era como un hilo a punto de romperse. Lo que fuera que pendiera de él parecía estar a unos segundos de hacerse trizas contra el suelo. ¿Qué sería? ¿Su paciencia? ¿Contención? Su aspecto resultaba melancólico y apagado. Lo miré a los ojos, él me invitó a sentarme de nuevo con los suyos.

Me dejé caer en la silla, desinflándome de golpe por la indignación y convirtiéndome en una masa inquieta y confusa. No me había prestado atención en toda la semana, ni siquiera me había mirado. Y ahora se encontraba allí, a mi lado, pidiéndome que me quedara. Me removí en el asiento y me alisé la falda. Tuve la amarga sensación de que ocurría algo, lo que me hizo sentir más inestable. Presioné el suelo con los pies.

—No suelo dar explicaciones sobre nada de lo que hago —dijo de pronto—. Normalmente. Pero me temo que no sería justo interrumpir las clases particulares de forma repentina y sin ninguna razón.

Se detuvo un momento. Yo miré hacia la ventana, que alcanzaba a ver en parte entre el gentío repartido por el Lion. El cristal, empañado, devolvía ya una imagen nocturna de Bloomsbury Square.

Tragué saliva. Se me había hecho tarde.

—No es necesario que me dé una razón, doctor Frank —dije de pronto, sin pensar. Una pequeña arruga en su entrecejo, casi imperceptible, fue lo único que señaló el desconcierto que sintió al escucharme regresar a las formalidades—. Tiene derecho a retractarse. —Me levanté de nuevo y cogí la capa del respaldo de la silla. Por poco se me cae al suelo antes de conseguir echármela a los hombros—. Tengo que irme.

Me di la vuelta y me alejé. El doctor no volvió a detenerme.

Zigzagueé entre la multitud para alcanzar la barra y dejé el medio penique como pago por la copa de vino. El tabernero me devolvió la

moneda y me dijo que ya lo había pagado el doctor Frank. Me sentí de pronto indecisa. Valoré la idea de regresar tras mis pasos para darle las gracias, pero cuando la puerta se abrió, arrastrando consigo un viento helado que apagó las velas de tres mesas cercanas, aparté la idea de mi mente y me envolví en la capa.

Antes de salir del Lion, miré al doctor Frank una última vez. Una sombra cruzaba su mirada mientras daba un trago a la copa.

Agité la cabeza y salí.

Comencé a caminar hacia casa con paso rápido, iluminada solo por los faroles de la calle. Aquella noche, en Drury Lane, había varios apagados. Encontré al farolero subido a una escalera, estudiando el mecanismo de uno de ellos. Aquello me intrigó. Los faroleros salían al atardecer para abrir el gas de los faroles y encenderlos y regresaban al amanecer para apagarlos. Si aquel pobre hombre continuaba allí significaba que llevaba al menos una hora tratando de solucionar el problema. Cuando me acerqué a preguntar con curiosidad, me dijo que alguien había roto la llave del gas de todos ellos.

Tragué saliva y me alejé con un mal presentimiento. Apresuré el paso para llegar cuanto antes al apartamento, pero, en cuanto alcancé mi puerta de Russel Street, alguien me agarró de la capa y me obligó a darme la vuelta. Cerré los ojos instintivamente y levanté los brazos para defenderme. Escuché la voz del Sexto Monstruo contra la nariz.

—Te dije que te alejaras —rugió, llevándome contra la pared. Me agarró violentamente del brazo, haciendo que se me entumeciera—. ¿Qué le has dicho? ¿Qué habéis hablado?

La garganta se me cerró. Me agité para tratar de liberarme, pero eso solo provocó que me sujetara más fuerte.

—Nada —dije—. Lo prometo. No he dicho nada. Solo hablamos de alquimia.

Él tiró de mí hasta estamparme contra su pecho. Sus labios me hablaron con furia tan cerca que por un momento sentí la punta de mi nariz internarse en su boca.

—Vas a arruinarlo todo.

—Por favor —le pedí, gimiendo—. Suéltame. Me estás haciendo daño.

Pero él, en lugar de soltarme, llevó su otra mano a mi garganta.

—Te compadeces de él —dijo con la mandíbula apretada. Hundió sus dedos en mi tráquea—. Te estás compadeciendo.

—Por favor...

Él apretó más.

—Muerta no podrás prevenirle. Muerta no serás un problema.

Sentí los dedos hundirse aún más hasta que se me empezó a nublar la visión. Quise pedir ayuda, pero no tenía voz. Golpeé su brazo, lo arañé, me revolví todo lo que pude. Se me comenzó a adormecer el cuerpo, me sentí débil, las fuerzas me fallaron, las piernas se me doblaron.

Y, entonces, un disparo iluminó la noche. Los dedos del monstruo se aflojaron, llenándome de nuevo los pulmones de aire, la fuerza regresó a piernas y brazos. Busqué al tirador, con las manos en el pecho, tratando de controlar la agitación, pero apenas me dio tiempo a identificarlo cuando ya guardaba la pistola y se lanzaba hacia el enorme cuerpo que acababa de caer al suelo como un saco lleno de plomo.

El doctor Frank sacó una jeringa y se la inyectó en el cuello.

10

LAS CICATRICES



Tardé minutos en procesar todo lo que acababa de pasar y lo que estaba sucediendo en ese mismo instante delante de mí. Olía a pólvora, notaba cierto regusto a sangre en la lengua, y aún me estaba recuperando del intento de asfixia del monstruo que yacía ahora mismo a mis pies, definitivamente muerto. Tras la inyección, sus cicatrices se habían abierto, como si se hubiesen descosido desde dentro, todo su cuerpo se descomponía, poco a poco, y yo no podía dejar de mirarlo. Antes era un todo, ahora solo era las partes que lo habían conformado una vez. Trozos sin vida, desligándose uno a uno.

El doctor Frank me recogió la mejilla y me obligó a apartar la mirada de aquella imagen repugnante. Pasó su dedo pulgar por mi labio. Decía algo sobre la sangre del monstruo, me había salpicado. Pero yo me encontraba en un estado mezcla de confusión y pánico. No escuchaba. Solo podía ver muerte.

—Marshel. Mírame.

Parpadeé. Muerto. Estaba muerto. El doctor lo había matado.

—Marshel.

Alcé los ojos hacia los suyos, encontrando en su mirada una extraña preocupación. Me di cuenta entonces de que estaba

aferrada a su chaleco, rígida, de que había decenas de personas congregadas alrededor, de que Emily no estaba en casa, porque si no, habría bajado la primera al escuchar el disparo.

Me llevé los dedos a la boca y me limpié la sangre. Pero no pude hacer desaparecer el olor a pólvora.

—Ven. Te acompañaré arriba.

Me colocó la mano en la espalda, instándome a caminar. Yo moví los pies por inercia hacia la puerta, abrí y subí los escalones hasta el apartamento. El doctor Frank me acompañaba sin alejarse de mí un palmo, como si temiera que fuera a desfallecer en algún momento. Cuando entré en casa y me senté en la cama, dejándome caer como un peso muerto, él volvió a hablar.

—Quédate aquí —dijo, quitándome la capa. Me liberó también del morral con suavidad y lo dejó en un rincón—. Voy a hablar con los vigilantes nocturnos, con los gritos han llegado dos. —Dudó—. Volveré a subir.

Y desapareció.

Yo me quedé mirando al suelo, ausente. No sabía cómo pretendía explicarle lo sucedido a las fuerzas de la ley, pero aquel era el menor de los problemas. La escena del cuerpo del Sexto Monstruo descomponiéndose giraba a mi alrededor, mostrándome cada vez más detalles. El color de la piel se había tornado gris, el cabello se había ido desligando poco a poco de la cabeza partida por la mitad, y, por extraño que parezca, no había habido gran cantidad de sangre en todo aquel conjunto de carne descuartizada. El hedor a putrefacción, sin embargo, había sido horrible. Una vez devuelto a su forma original, todas aquellas partes que conformaban al monstruo se habían convertido en lo que eran: trozos de cadáveres.

Me incliné hacia delante y vomité.

Una lágrima descendió por mi mejilla mientras volcaba el poco contenido del estómago. Y, después, me quedé allí, doblada, con el rostro hundido entre las manos. No sé cuánto tiempo pasó hasta que el doctor Frank volvió a aparecer en mi puerta. Sentí sus pasos apresurarse hasta la cama y una mano amable acariciarme la cabeza.

—Marshel, siento que hayas tenido que ver eso. —Me agarró con delicadeza por las axilas y me ayudó a levantarme para llevarme a una silla, lejos del vómito, al que pareció preferir no prestar atención. Yo me sentía mareada y exhausta, así que me dejé guiar sin resistirme—. Ven, deja que te limpie.

Lo miré mientras se movía por mi apartamento con seguridad, como si fuese un cirujano a punto de abrir en canal a una persona, confiado en lo que tenía entre manos y lo que debía hacer con ello, cada corte, cada extracción, cada sutura. Cogió el paño de la cocina y lo humedeció un poco con el agua de una jarra. Se acuclilló después frente a mí y me lo pasó por la mejilla, me perfiló la mandíbula y me acarició, por último, los labios con suavidad. Me sirvió seguidamente un vaso de agua que bebí con apenas dos tragos largos.

—¿Sabes por qué te ha atacado? —me preguntó con la voz llena de una gentileza que no había percibido en él hasta ahora—. ¿Te ha dicho algo, Marshel?

«Muerta no podrás prevenirle».

Podría habérselo contado en aquel momento, todo. Pero corría el riesgo de que indagara más. Y no podía permitirlo.

Giré el vaso entre las manos, que aún tenía entumecidas. La última gota de agua que quedaba fue deslizándose por los bordes del fondo en sentido contrario.

—Ese era uno de los errores que perseguías, ¿verdad? —musité, en lugar de responder a sus preguntas. Levanté la mirada a tiempo de ver la suya oscurecerse a un palmo de mí.

—Sí —dijo—. Es uno de los resultados de un experimento que jamás se debió llevar a cabo. —Se levantó—. Pero hace tres años mi única aspiración era romper los límites de la alquimia. Había conseguido dar vida a Prometeo. ¿Por qué no intentarlo con algo más grande? —Su rostro acogió la expresión atormentada que acostumbraba—. Formé un equipo de alquimistas reconocidos. Siete, para ser exactos. Diseñamos la composición de cada uno de los monstruos que construirían y, después, aplicaríamos las mismas fórmulas de alquimia que yo había empleado para dar vida a Prometeo. —Se perdió un instante en sus recuerdos, y habló

después como si se hubiera transportado a ese momento—. No fui partícipe de la creación. Ya había pasado por ello con Prometeo y no deseaba presenciar el proceso. Lo único que hice, cuando el jefe de equipo me mandó un mensajero para avisarme de la culminación del trabajo, fue visitar la casa donde estaba teniendo lugar el experimento para aplicar el último paso que daría vida a los monstruos que se encontraban en la sala de operaciones, un secreto que no quise compartir siquiera con ellos. Terminada mi tarea, fui a ver el resultado. —Se apoyó en la mesa y se presionó los ojos con el pulgar y el índice de su mano derecha—. Todos los alquimistas estaban muertos. Los monstruos habían desaparecido.

Se me encogió el pecho. Viktor emitió una larga exhalación. Parpadeó y dirigió los ojos hacia la ventana, pero no miró hacia abajo, sino hacia el cielo. Podría haber pensado que evitaba revivir así sus actos contra el monstruo cuyos restos quizá yacían aún en la calle, pero su expresión no mostraba ningún remordimiento por ello. Parecía satisfecho, liberado quizá de parte de aquel tormento que lo mortificaba.

Iba a acabar con todos. Estaba dispuesto a hacerlo, aunque tuviera que llevarle toda la vida. No descansaría hasta corregir su error.

—Gracias por ayudarme —dije.

Él regresó al dormitorio desde cualquiera que fuera el lugar donde lo había transportado su mente. Estudió mi aspecto, recuperado de la conmoción, y asintió al verme de nuevo lúcida.

—No vuelvas a caminar sola de noche sin compañía, Marshel. Ya sabes cuál es el peligro.

El peligro... Me di cuenta entonces de que Viktor debía de haberme seguido a la salida de la taberna. Si no, no habría podido salvarme la vida a tiempo. ¿Por qué habría hecho algo así? ¿Quizá quería alcanzarme para decirme lo que yo me había negado a escuchar en el Lion?

Abrí la boca para preguntar, pero él pareció decidir que ya era hora de marcharse. No sé si acaso intuyó lo que yo iba a decir y prefirió evitarlo o si de verdad tenía prisa por algún motivo. Fuera lo que fuese, logró hablar antes que yo:

—Debo irme. —Miró a su alrededor—. Si los vecinos descubren que estoy aquí contigo, empezará a haber rumores sobre nosotros. No quiero perjudicarte. —Inclinó la cabeza de forma breve y se alejó hacia la puerta—. Buenas noches, Marshel.

Después, se marchó.

Mis manos cayeron, rendidas, a ambos lados del cuerpo. Me quedé mirando la puerta lo que me pareció una eternidad, hasta que me di cuenta de que el suelo seguía manchado de vómito. Cogí la fregona y la humedecí, la pasé por el suelo una y otra vez, incluso después de que no quedara ya ni una gota de suciedad. La pasé y la pasé. Y me encontré de pronto llorando.

Me dejé caer al suelo, junto a la cama, y hundí el rostro entre la colcha, aún con el palo de la fregona entre las manos. Cuando logré secar en parte las lágrimas, alcé los ojos hacia el espejo de pie que descansaba en la esquina. Descubrí en él mi figura ovillada. Solté la fregona y gateé hasta allí sin apartar la mirada de aquellos ojos rojos que me contemplaban. Mi pelo era una maraña deshecha, mi vestido estaba sucio.

Llevé los dedos a la *chemisette* y, casi sin ser apenas consciente de lo que hacía, tiré de ella un poco, después un poco más, y seguí tirando cada vez con más fuerza, más furiosa, rompiendo a llorar de nuevo con mayor energía, hasta que conseguí arrancarla de mi cuerpo. Me deshice del resto de las telas con violencia y rabia y, desnuda, me observé. Todo estaba en su lugar, todo era corriente, casi aburrido, todo excepto las dos largas cicatrices que partían en dos mi espalda y mi cuerpo, una desde la parte baja de la nuca hasta las nalgas; otra, envolviendo mi cintura, pasando por debajo de las costillas y por encima del ombligo.

—¿Marshel?

Cogí el vestido y me cubrí al instante ante la confundida voz de Emily, pero no fui lo suficientemente rápida. En sus ojos vi con claridad cómo procesaba lentamente lo que acababa de ver hasta llegar a la única conclusión que cabía. Pensé que gritaría, que palidecería o incluso que se desmayaría de la conmoción. Pero, para mi sorpresa, Emily cerró rápidamente la puerta del apartamento,

cogió una manta y se apresuró a colocármela sobre los hombros. Después, me enjugó las lágrimas y me abrazó con fuerza.

La calidez de sus brazos rodeando mi cuerpo me caldeó el pecho. Me acurruqué en su regazo y lloré en silencio.

«Emily —quise decirle—, yo soy el Séptimo Monstruo de Viktor Frank».

Pero las palabras no me salieron, y poco después, allí, en ese pequeño rincón a salvo del mundo, me quedé plácidamente dormida.

Tomé un sorbo de la manzanilla que me había preparado Emily. Ella se sentó a un lado de mi cama y me apoyó la mano sobre la pierna, que aún se encontraba extendida debajo de las sábanas.

Me había despertado hacía media hora. Recordaba vagamente cómo Emily me había ayudado a ponerme el camisón y me había acompañado a la cama para recostarme en ella. Me había arropado y se había echado a mi lado para acompañarme toda la noche. Había amanecido renovada. Pero sabía que debía explicaciones, y no tardé en contarle a Emily todo cuanto había vivido desde que despertara en la fría sala de operaciones de Viktor Frank hasta el día de ayer.

Trasladarme a aquella noche fue tan doloroso como liberador.

—Cuando abrí los ojos —dije—, lo primero que vi fue la luz de un relámpago. El techo de aquel lugar tenía una ventana abierta, y dejaba pasar una corriente gélida. Recuerdo que había una estructura de hierro en el centro de la enorme sala circular, y que su punta afilada atravesaba la ventana con la intención de alcanzar las nubes. Del bajo de la estructura, nacían siete hilos de metal que recorrían los suelos como raíces hasta alcanzar cada una de las camillas que se repartían en el espacio como si fueran los rayos de un sol dibujado en el suelo. —Di un sorbo a la manzanilla y cerré los ojos—. Fue extraño. Acababa de nacer y, sin embargo, en mi cabeza, estaba almacenada toda la información necesaria para comprender cada detalle del exterior. Sabía que olía a óxido quemado, que lo que me hacía tiritar era el frío, y que deseaba, por

todos los medios, cubrir mi cuerpo desnudo con una sábana. —Abrí los ojos y parpadeé—. Pero de todo eso me percaté después. Junto a la luz del relámpago, sentí el rayo que cayó sobre nuestras cabezas y un ardiente fuego que hizo hervir mis sienes. Tenía enredado entre el cabello alambres que llegaban de aquellas enredaderas conectadas a la estructura que había absorbido el impacto del rayo. Me deshice de aquel aparato y me erguí sobre los codos. Lo que vi inmediatamente después fue sangre y muerte. A mi alrededor, seis hombres desnudos, llenos de suturas, atacaban sin contemplaciones a siete personas diferentes. Cuatro mujeres y tres hombres. Tres de las primeras estaban tendidas en el suelo, con los ojos abiertos y la mirada perdida, sobre enormes charcos de sangre.

Temblé. La mano de Emily me apretó la pierna de forma reconfortante.

—No tienes por qué contármelo todo hoy.

Yo negué con la cabeza y continué.

—Los mataron —dije—. A todos. —Suspiré y me hundí en la cama —. Los monstruos acabaron con ellos entre chillidos de dolor, de unos y de otros. No comprendía por qué ellos gritaban hasta que el dolor me sacudió a mí también. Me atravesó primero la nuca y, como si fuera un puñal, descendió por mi espalda hasta clavarse en los riñones. No pude evitar chillar también. Entonces los monstruos se dieron la vuelta y me descubrieron en la camilla, abrazándome a mí misma, rompiendo a llorar. —Bajé la mirada hacia la manzanilla—. Yo no comprendía nada de lo que había pasado. Ellos me recogieron, nos pusieron a salvo lejos de allí y me lo contaron todo. Cómo se había despertado el Primer Monstruo, cómo le habían explicado los alquimistas su situación y le habían hablado del milagro de Viktor Frank, y cómo un repentino dolor le había hecho perder el control. Nos habían creado para sufrir, dijeron. —Miré a Emily y abracé su mano con la mía—. Emily —dije—, no sé de dónde viene el terrible dolor que experimentamos, pero estoy segura de que el doctor Frank no quería eso. Algo debió de salir mal.

—Yo tampoco lo creo —respondió—. ¿Qué pasó después?

—Querían venganza. Querían que él sufriera tanto como ellos —respondí—. No buscaron ningún remedio para el dolor, así

recordarían lo que él les había hecho. Yo, en cambio, me sentía agradecida. Lejos de aquella tormenta y de aquel lugar, me encontré deseando conocer más. Quería encontrar algo para remediar mi dolor y vivir después la vida que me habían regalado. Quería descubrir el mundo, los sabores dulces, los olores de las rosas, la suavidad del terciopelo, el afecto de una amistad, pero también los sabores ácidos, el hedor a estiércol, la aspereza del yute, la ira y el miedo. —Respiré hondo—. Me escapé una noche de su lado y busqué mi propio camino. Parte de esa vida ya la conoces, por eso empecé a estudiar alquimia, por eso sentía curiosidad hacia el doctor Frank, por eso ansiaba conocerlo.

Emily asintió.

—¿Todos sus monstruos son como tú? —quiso saber.

Yo negué con la cabeza, abrazándome más a la taza cálida. Recordé vagamente los diferentes bocetos y anotaciones de algunos de los pergaminos que nos habíamos llevado de aquella sala.

—El doctor Frank dio libertad a sus alquimistas para que nos diseñaran como desearan —respondí—. Algunos solo se preocuparon por la funcionalidad y no por el aspecto, que tuvieran órganos para vivir y extremidades para moverse. Buscaron entre decenas de cadáveres las mejores partes, y con ellas los crearon. —Me miré los dedos sosteniendo la manzanilla—. Otros se implicaron más en la apariencia, empleando apenas un par de cuerpos para armonizar la estructura. —Me limpié una lágrima de la mejilla—. Supongo que tuve suerte.

Emily retiró de mi regazo la taza de manzanilla y la dejó sobre la mesita.

—Está bien por hoy —dijo, dándome dos palmaditas en la cabeza.

Yo sorbí por la nariz.

—¿Crees que soy un monstruo?

Ella arrugó el ceño.

—No —respondió—. No importa dónde, cuándo y cómo hayas nacido, Marshel. Eres igual de humana que yo, con sentimientos nobles. Eres buena y cariñosa. —Torció el gesto—. Los monstruos son ellos. Cualquier ser humano sería un monstruo si fuera capaz de hacer lo que ellos hicieron. —Hizo una pausa—. ¿Qué pasó anoche?

Le expliqué todo, y también le hablé del doctor Frank, de los encuentros que habíamos tenido y del extraño calor que me inundaba por dentro cada vez que estaba con él. Le conté que me había salvado, que había matado al monstruo sin remordimientos.

La mirada de Emily se perdió por un instante.

—Tienes que dejar la escuela —dijo finalmente—. Y alejarte del doctor Frank. —Me miró—. Si descubre lo que eres, Marshel, no dudará en matarte a ti también.

11

UNA VIDA POR UNA MUERTE



Me encerré en casa y no salí en toda la semana. Emily opinaba que tal vez debíamos mudarnos a otro lugar, ya que el doctor Frank sabría dónde hallarme si fuera necesario. Accedió a seguir yendo a la escuela, aunque yo la abandonara, al menos unas semanas más. Ella se encargó a partir de ese momento de salir a comprar al mercado para evitar que me encontrara de nuevo con él por alguna caprichosa casualidad del destino, y empezó a hablar allí con mujeres para enterarse de cualquier habitación o apartamento que pudiera estar disponible. Entraríamos a servir en una casa de ser necesario.

En todos aquellos días yo me limité a realizar las tareas domésticas que antes hacía Emily. Bajaba al patio a llenar jarras y cubos de agua en la bomba manual para beber y para el aseo diario, y cargaba con la ropa sucia hasta el lavadero común para frotarla y colgarla después en las cuerdas del patio si encontraba un hueco. Descubrí que debía madrugar para asegurarme de que fuera así y para evitar las colas, y también que el jabón del lavadero estaba asqueroso. Decidí, al quinto día, preparar el mío propio. Con ceniza de madera dura en un barril y agua caliente, hice la lejía para mezclarla después con grasa animal derretida en una olla grande.

Añadí después lavanda para darle algo de aroma y removí hasta que los brazos se me adormecieron.

Me senté a esperar.

Entonces, un movimiento en la ventana atrajo mi atención. Cuando me asomé, vi a Prometeo agitando sus alas antes de ocupar un rincón en el alféizar. Abrí el cristal y acerqué la silla para sentarme de nuevo y recostar la cabeza a su lado. El pájaro me miró y abrió y cerró el pico un par de veces. Después, caminó de lado hacia mí y apoyó su cuerpo en mi mejilla. Cerré los ojos y, por un instante, me sentí en paz con mi condición. Prometeo no era un monstruo, y yo tampoco, comprendí.

En ese momento llegó Emily del mercado. Giré la cabeza, apartándome así de Prometeo, que emitió un sonido quejumbroso, y miré la hora en el antiguo reloj de la mesilla. Arrugué el ceño al ver que había estado fuera una hora más de lo habitual. Antes de que preguntara nada, las mejillas coloradas de Emily y su mirada evasiva revelaron la respuesta.

Dejó la cesta con la compra del mercado en la mesa y carraspeó mientras empezaba a sacar una cantidad desorbitada de productos que no podíamos permitirnos. Me levanté de la silla y me acerqué con curiosidad. Mermelada de moras, membrillo, queso Stilton, huevos, pan blanco, *brioches*, mantequilla fresca, uvas, castañas asadas y un pastel de carne medio envuelto en papel de estraza que aún liberaba una hilera de vapor delicioso. También había algo envuelto en papel basto cerrado con una fina cuerda. Por su olor, podría asegurar que se trataba de una pieza de tocino.

Sonreí.

—Ha sido Edward, ¿eh?

Emily carraspeó mientras colocaba cada producto en los estantes de forma ordenada, perfectamente alineada y por categorías.

—Me lo encontré en el mercado —dijo—. No sé qué hacía en Covent Garden alguien como él. —Se encogió de hombros—. Si hubiera sido una joya, la habría rechazado. Pero no nos viene mal la comida. Hay pastel. —Señaló el bulto envuelto en papel de estraza —. Me sorprendió que quisiera consentirme con eso en lugar de comprarme algo ostentoso y que no me serviría para nada. —Se dio

unos toquecitos en la barbilla mientras buscaba hueco para el membrillo—. Creo que me conoce un poco.

—Emily —me reí—, te presta una atención desmedida. Claro que te conoce. Almacena en su cerebro toda la información que sueltas por la boca como si fuera un saco gigantesco.

—Es posible. —Cambió de sitio el queso y lo colocó junto a los huevos—. Me descubrió haciendo cola en un carro de panes y decidió acompañarme en mi ruta por todos los puestos después de pagar al vendedor por un pan blanco y dos *brioches*. —Cogió los tres productos y los miró—. Los iba a rechazar. —Los acercó a su nariz y respiró hondo—. Pero huelen bien.

—¿No los rechazaste por el olor?

—Sí. —Colocó el pan y los bollos sobre una tela en la mesa y dio un pellizco a uno de los *brioches* para llevárselo a la boca—. Me dijo que también era para ti, que seguro que te haría feliz comer mejor por unos días. Me pareció bien.

Sonreí y di yo también un pellizco al bollo. Entonces Emily dirigió la mirada a la ventana y alzó una ceja.

—¿Ese es Prometeo?

Me giré. El ave estaba asomada al apartamento, con una patita dentro y otra aún en el alféizar. Un segundo después echó a volar para acomodarse en el respaldo de una silla. Su cuerpo se hizo una bola y su cabeza se hundió para descansar.

—Sí.

De pronto, llamaron a la puerta. Por un momento, pensé que se trataría de Edward, que había seguido a Emily hasta allí para darle algún otro regalo comestible. Pero fue la voz del doctor Frank quien habló tras dos golpes precisos en la madera.

—Señorita Allen —dijo—. Me gustaría hablar con usted.

—Marshel no está, doctor Frank —respondió Emily al instante sin alterarse lo más mínimo mientras se acomodaba en la silla y daba otro pellizco al *brioche*.

Una larga inhalación resonó al otro lado de la puerta.

—Señorita Abbott, he escuchado dos voces ahí dentro. A menos que esté ensayando alguna obra de teatro, dándose respuesta a usted misma, lo cual dudo, hay alguien más con usted, y no creo

que me equivoque si aseguro que se trata de su compañera de apartamento. —Una pausa—. Le espero abajo, señorita Allen.

Después, silencio. Igual de sigiloso que había venido, se fue. Ni siquiera escuchamos sus pasos alejarse.

Emily me miró.

—No deberías hacerlo —dijo.

—Volverá a subir si no bajo.

—No sabes lo que quiere. Quizá ya ha descubierto lo que eres y, en cuanto bajes, acabarás hecha trizas como ese monstruo, con una jeringa en el cuello.

La perspectiva de que aquello pudiera ser una opción casi hizo que me encogiera.

—Eso no va a suceder. Al menos, no hoy. —Me dirigí a la cómoda y abrí el cajón para sacar un vestido—. Solo será un minuto. Lo echaré de aquí en cuanto lo vea.

—Puedes echarlo desde la ventana —propuso.

Yo negué con la cabeza y tiré de la primera tela que encontré. Lino verde musgo. Me quité de encima el vestido desgastado con el que me había ocupado de las tareas domésticas y, usando la misma ropa interior, me vestí con la nueva prenda. Me calcé las botas, cogí la capa y me dirigí a la puerta con la mirada resignada de Emily puesta en mí.

—Estaré vigilándote desde la ventana —dijo.

Yo resoplé y bajé las escaleras corriendo. Pero me detuve en el rellano antes de alcanzar la puerta que daba al exterior. El recuerdo del doctor deshaciéndose del Sexto Monstruo como quien se quita de encima una mota de polvo me hizo dudar. Sus estudios me habían dado la vida, y sus estudios me la podían quitar de una forma horripilante. ¿De verdad iba a arriesgarme?

Abrí sin pensar y salí, chocando de lleno con su pecho.

—Marshel —dijo.

Su brazo rodeó mi cadera, pero pareció ser un acto inconsciente ante el impacto, porque lo retiró bruscamente un segundo después. Se alejó de mí un paso y me dirigió un breve saludo inclinando la cabeza.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

Su gesto era serio y distante. Pero algo en sus ojos contenía vida y una extraña emoción que no pude identificar.

—No has asistido a clase en toda la semana.

—Estoy enferma —me apresuré a decir. En cierta manera, así era.

El doctor estudió mi rostro y complexión con detenimiento.

—No. No lo estás. —Se acercó. Yo temí que Emily lanzara algo pesado por la ventana, directo a su cabeza—. No debes temer a la alquimia por lo sucedido el sábado.

—Yo no temo a la alquimia.

Parpadeó, confuso. Yo me encontré de pronto extrañamente perdida. Estaba distinguiendo en él, en ese breve encuentro que apenas alcanzaba los dos minutos, más emociones que en las pocas semanas que hacía que le conocía.

—He estado tratando de procesar lo que vi —terminé diciendo.

El doctor llevó la vista al cielo y resopló, de pronto hastiado. Después, sin previo aviso, me tomó de la mano.

—Demos un paseo —dijo, y tiró suavemente de mí para que lo acompañara—. Te iluminaré entonces con lo que necesites.

No parecía en absoluto contento ni cómodo con su actuación, como si no estuviera acostumbrado a hacer ese tipo de cosas, como si fuera más un sacrificio para él que lo que suele ser una atención corriente para el resto del mundo. Pero sí parecía decidido. Aquello hizo que me dejara llevar sin queja, abandonando así la vigilancia de Emily. Dirigí la mirada a la ventana para instarle tranquilidad. Ella torció el gesto y cerró.

Para mi sorpresa, en lugar de dirigirnos a Drury Lane, la calle más abierta, el doctor Frank me llevó hacia el sur por Brydges y viró después hacia Exeter. No me soltó la mano en todo el camino, a pesar de que estaba claramente dispuesta a acompañarlo. Aflojó los dedos, pero los mantuvo ahí, rodeando los míos como si temiera que de pronto decidiera irme corriendo.

—¿Qué quieres saber? —dijo con sequedad, en contraste con su delicado tacto, una vez cruzamos The Strand para dirigirnos a las orillas del Támesis.

No sabía si molestarme por su tono de fastidio o deleitarme en sus dedos desnudos y cálidos abrazando los míos. Terminé agitando la

cabeza para aclararme.

—No eres un alquimista corriente —musité—. Los científicos no actúan como tú lo hiciste anoche, no están preparados para ningún tipo de acción. Y, sin embargo, abatiste a aquel hombre como si estuvieras habituado a hacer cosas así.

—Eso no era un hombre. Era un monstruo —respondió. Sentí una punzada en el corazón ante el tono despectivo—. Estuve en el ejército. Mi padre y yo luchamos en las guerras napoleónicas. Él murió en el campo de batalla, a mi lado, un mes antes de que se firmara el tratado de paz —continuó, y, a pesar de la dureza de lo que me iba narrando, su tono resultaba neutro, vacío de emoción, como si estuviera hablando del aspecto de la nieve en invierno, en lugar de la muerte—. Yo tenía diecisiete años.

Su mano, por un momento, pareció apretar la mía. No me atreví a devolverle el apretón, creyendo haberlo imaginado.

—Lo siento mucho —dije, sin embargo.

Él me miró. En sus ojos pasó fugaz un brillo de agradecimiento. Devolvió después su mirada al frente y repasó en silencio la extensión del río. Habíamos alcanzado una zona vacía, lejos de puertos y pasos peatonales. Teníamos ambos las botas hundidas en el fango. El dobladillo de mi falda había empezado a teñirse de motitas marrones, fruto de nuestros pasos, que salpicaban barro en todas direcciones.

Se detuvo en un área más seca y respiró el aire húmedo que llegaba del río. Era desagradable y pastoso, como si el lodo de la zona baja se colara por la nariz y se pegara al paladar. Hedía a descompuestos industriales. Lo cierto es que era repugnante. Y, sin embargo, a ninguno de los dos nos importó. En aquel lugar, lejos del ruido pesado de Londres, se estaba extrañamente en paz.

—¿Qué estaba diciendo? —preguntó, distante.

—Tenías diecisiete años cuando la guerra terminó.

—Ah. Sí. El monstruo. —Hizo una pausa—. Cuando regresé con mi madre a la casa familiar, todo me resultó vacío y doloroso —continuó —. Me empecé a obsesionar con la idea de que, de haber conocido bien la materia, podría haber salvado la vida de mi padre con la alquimia. Era joven e ingenuo, y creí sin duda alguna que la alquimia

no podía tener límites. Estudié durante muchos años, Marshel, experimenté con cosas que en su momento escandalizaron a los alquimistas más brillantes. Pero mis descubrimientos empezaron a llamar la atención. Y alcancé el reconocimiento absoluto con el experimento de Prometeo.

—El pájaro al que diste vida.

Asintió.

—Si demostraba que podía dar vida a algo, demostraría que había alguna forma de evitar la muerte. Era, en mi opinión, más complejo otorgar vida que mantenerla. —Contempló nuestras manos unidas un momento—. Pero las leyes de la naturaleza son algo curioso. Puedes dar una vida que se ha acabado. Pero ¿qué puedes dar a cambio de algo constante como evitar la muerte cada día? No hay nada constante en esta vida, Marshel. De eso, lamentablemente, me di cuenta cuando fue demasiado tarde. —Me miró—. Prometeo nació de aves que yo mismo había cazado, un símbolo trazado con su sangre. El monstruo que te atacó...

Tragué saliva.

—¿Qué mataste, Viktor? —pregunté, temerosa—. ¿De quién era la sangre que usaste para crearlo?

Él me soltó la mano y dio un paso hacia el Támesis, dándome así la espalda.

—De mi madre.

12

MENTIRAS



Di un paso atrás, completamente trastornada ante aquella revelación. El sacrificio de su madre me había dado la vida. Nos la había dado a todos. Su madre. Había matado a su madre. Tras otro paso atrás, eché a correr de forma instintiva. Pero el doctor Frank era más grande y rápido, y me atrapó enseguida. Me cogió en volandas mientras yo pataleaba y trataba de deshacerme de sus manos, algo que me resultó imposible. Iba a morir, en ese lugar y en ese momento. Iba a morir.

—¡Suéltame!

Chillé pidiendo ayuda, pero nadie acudió. Me tapó la boca con la mano.

—Tranquilízate, Marshel, no es lo que crees —dijo. Me seguí revolviendo, le mordí la mano, pero él no me soltó—. Mi madre ya estaba prácticamente muerta. Una enfermedad estaba a punto de llevársela. Sus dolores eran insoportables, sufría cada día, cada hora. Me rogó que terminara.

—¡¿Y decidiste acuchillarla?! —grité.

—Por extraño que parezca, no me gusta la sangre. —Sus labios en mi mejilla, mientras me hablaba, comenzaron a tranquilizarme—. La dormí, y, poco a poco, fui drenando su cuerpo hasta que murió. No

pretendí jamás usar su sangre para ningún experimento. Pero el miedo de perder todo cuanto quería empezó a enloquecerme. Había desechado su sangre el mismo día que había fallecido, pero algo en mi interior, algo oscuro, hizo que conservara un frasco. Una esperanza, quizá. —Sus manos fueron liberándome, dejándome de nuevo en el suelo, pero se mantuvieron en torno a mi cintura, sobre la cicatriz que escondía bajo la ropa, y sus labios, sobre mi oído—. Fue entonces cuando decidí llevar a cabo el mayor experimento de mi carrera. La creación de los siete monstruos con forma humana. —Un breve silencio—. He pasado casi tres años tratando de acabar con cada uno de ellos, tratando de resarcir mi error. —Hundió su frente en mi cuello—. Vivo en un tormento, ahogado en una culpabilidad eterna. Siete familias destrozadas por siete muertes que llevan mi nombre. No podré descansar hasta que no termine con el crimen que cometí.

Tragué saliva.

—Tú no tienes la culpa —susurré. «Yo no soy como ellos —quise decir—. Tú no creaste monstruos, ellos se crearon a sí mismos».

Sus brazos abrazaron más mi cuerpo.

—Mis alquimistas seguirían vivos de no ser por mí.

Tuve que ahogar mis palabras para no sincerarme. Me quemaron como ácido en la garganta, pero el instinto de supervivencia las retuvo a pesar de ello. Si hablaba, estaría muerta. En aquel mismo instante. Así que lo único que hice fue respirar hondo y quedarme quieta, ofrecerle mi cuerpo como soporte mientras el tormento que sufría trataba de tragárselo. ¿Cuánto tiempo había permanecido silenciando aquella culpa, guardándola para sí mismo?

Su aliento poco a poco se fue dulcificando y aliviando, hasta que recuperó la serenidad habitual. Entonces, como si se hubiera despertado súbitamente de un trance, se apartó de mí de golpe.

—Lo lamento —dijo mientras me giraba para mirarlo—. No debí abrazarte. No ha sido correcto. —Miró hacia el suelo y se aclaró la garganta, llevando las manos a su espalda y recuperando su estado estoico—. Tu amiga es hábil rastreando —dijo, y alzó los ojos para observar algo a mi espalda.

Yo me di la vuelta, confusa, y descubrí a Emily tras el tronco de un árbol, tratando de ocultar su identidad de forma patética bajo un amplio sombrero y un pañuelo atado a la nuca que le cubría parte del rostro. Puse los ojos en blanco. Había llegado tarde para salvarme cuando el doctor me había atrapado en mi intento de huida, pero a tiempo de interrumpir lo que fuera que acabara de pasar entre él y yo. Me descubrí lamentando la súbita lejanía de su cuerpo sobre el mío. Cuando volví a mirarlo, ignorando la presencia de Emily, descubrí que se había recuperado ya por completo.

—Regresa a la escuela —me pidió—. Retomaremos las lecciones particulares.

Y, dicho eso, inclinó la cabeza y se marchó, sin esperar una respuesta. Supongo que creyó que, una vez explicada su violenta actuación con el monstruo, ya no tendría miedo de él, de pisar su clase ni de su compañía.

Lo vi alejarse con la elegancia y serenidad que lo caracterizaban mientras los pasos de Emily se aproximaban a mí desde el otro lado.

—Te estaba abrazando —observó, quitándose el pañuelo. Lo enredó en su muñeca y se levantó el sombrero. Le pesaba tanto en la cabeza que se escurría por su frente una y otra vez. Terminó por quitárselo también—. Le has dejado acercarse demasiado.

Yo respiré hondo y me froté los ojos.

—Estaba... triste —dije—. Creo que ya sé de dónde vienen los dolores, Emily —añadí.

Eché a caminar en dirección a casa mientras le contaba todo lo que me había narrado el doctor. La sangre que me había dado la vida provenía de una persona enferma llena de dolores. Si el dolor que sufríamos se debía a eso, tal vez podría revertirse el error.

—Así que quieres regresar a la escuela para tantearlo —dijo al llegar a casa.

—No tiene forma de saber quién soy.

—Solo tiene que mirarte la nuca para encajar las piezas. Con tu vestido de cuello bajo se puede ver el comienzo.

Me llevé allí la mano de forma inconsciente.

—En todo el tiempo que llevamos conviviendo, jamás te habías dado cuenta de la existencia de la cicatriz. —Me dejé caer en una

silla—. Me parece que soy perfectamente capaz de ocultarla —dije—. Además, con ese vestido siempre llevo el pelo suelto.

Llegado el lunes, creí que, durante la clase de laboratorio, el doctor Frank me dirigiría alguna mirada de complicidad por lo sucedido junto al Támesis, pero nada más lejos de la realidad. Si yo pensaba que habíamos compartido algún tipo de intimidad, él, con su actitud fría y distante, parecía querer dejar claro que lamentarse de un error en el hombro de una alumna no era nada del otro mundo. Cuando nos quedamos solos, sin embargo, sus ojos mostraron un brillo más cálido.

—Prepare los utensilios, señorita Allen —dijo—. Vamos a hacer pigmentación usando un símbolo temporal. El tinte que aplique a la galena deberá desvanecerse en media hora.

Asentí, tomé el mineral, el frasco con el tinte azul, y la campana de cristal donde realizaría la mezcla e incluiría el símbolo de alquimia. El doctor Frank me acercó entonces la tiza y me pidió que pintara antes el símbolo que iba a dibujar.

Me acerqué a la pizarra, dubitativa, y tracé el símbolo temporal que conocía, adaptado al tiempo que el doctor había indicado: un reloj de arena partido en dos por una línea horizontal. El reloj simbolizaba comúnmente una duración de una hora. Incluyendo la partición, el tiempo se reducía a la mitad. Teóricamente.

Él dibujó una breve sonrisa antes de borrar el símbolo con la manga de su bata. Después, me miró.

—Vuelva a intentarlo.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué este no sirve?

—Le habría dejado averiguarlo si tuviéramos por delante varias horas, pero la lección dura una y no quiero malgastarla. —Llevó las manos a su espalda—. Piense, señorita Allen.

Miré la pizarra y coloqué la tiza sobre ella, a la espera de hallar una respuesta clara. ¿Qué problema había con el símbolo temporal universal? Me quebré los sesos durante al menos cinco minutos antes de caer en el error. Por supuesto.

—No he tenido en cuenta el material a pigmentar.

—No. No lo ha tenido. —Se acercó a mí—. El símbolo es correcto, pero le falta el trazo ligado al mineral que vamos a emplear. Sin él, no hay exactitud. No puede usar un símbolo universal sin ningún tipo de especificación.

—Lo siento.

—No se disculpe y rectifique.

—Sí.

Me apresuré a dibujar el nuevo símbolo. Cuando me dio el visto bueno, tomé la galena y, con otro trozo del mismo mineral, tracé el dibujo en la superficie a teñir con el pigmento del frasco. Después, eché la galena a la campana de cristal, la rellené de agua y encendí el mechero de alcohol sobre el que se encontraba suspendida. Una suave llama acarició la superficie del cristal.

Aguardé en silencio a que la galena comenzara a adquirir el color deseado y se le restara dicha tonalidad al otro trozo. Mientras, el doctor Frank se dedicaba a leer y a escribir en su escritorio. Suspiré y me dejé caer en una silla. Cinco minutos después, el mineral tomó al fin un tono azulado. Me precipité a coger con un trapo la campana y a volcar el contenido en una pila. Apagué la llama del mechero y dejé la galena sobre la mesa. Miré el reloj: las seis y veinte. El color debería desaparecer a las siete menos diez.

Volví a tomar asiento y fijé los ojos en el mineral, atenta a cualquier cambio que pudiera indicarme que había cometido algún error. Pronto noté la presencia del doctor junto a mí. Cuando alcé la mirada, descubrí que no estaba prestando atención en absoluto a mi trabajo, sino a mis dedos, que se encontraban en ese momento acunando mi barbilla con aburrimiento.

Me enderecé y me miré las manos.

—¿Qué pasa?

—No ha usado guantes, ¿verdad?

—Eh...

El doctor resopló y me cogió de la muñeca con delicadeza para invitarme a levantar de la silla. Después, me acercó un cubo de una mesa y me obligó a meter las manos en un agua más fría que el

hielo. Emití un grito ridículo y las saqué al instante, pero él volvió a introducirlas.

—Déjelas ahí cinco minutos o tendré que amputarle los dedos —dijo, regresando a su escritorio.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Ha entrado en contacto con un tinte modificado con alquimia. Es tóxico y puede producir gangrena. —Cogió el libro que estaba leyendo y lo abrió—. El efecto alquímico se corta con frío.

Tomó asiento y retomó la lectura como si no acabara de decirme que por poco había perdido las manos. Lo miré, aturdida ante la falta de gravedad en su tono.

—¿Qué mira, señorita Allen? —me preguntó sin apartar los ojos del libro.

—¿No tiene sangre en las venas, doctor Frank?

Alzó la mirada.

—Tengo sangre en las venas —respondió—, pero probablemente no circule de forma tan frenética como la suya.

Suspiré. Me contemplé las manos hundidas en el agua y las moví vagamente para despertarlas del entumecimiento. Después, hablé casi sin ser consciente.

—¿Por qué me contó todo eso el viernes?

El doctor Frank volvió a mirarme. Esta vez, guardó silencio un momento. Me satisfizo ver que al menos aquella pregunta le había provocado cierta sorpresa. Lo había pillado desprevenido.

—No lo sé —respondió. Se levantó de la silla y se dirigió a mí—. Supongo que me transmite cierta calma y confianza, señorita Allen. Usted me permite liberarme de alguna forma que soy incapaz de dominar.

—¿Quién conoce la historia, doctor Frank?

—Nadie más que usted, los monstruos y yo.

—¿Tanta confianza le aporta una mujer que apenas conoce como para confiarle algo que nadie sabe?

Se posicionó a mi espalda, muy cerca, pero sin llegar a tocarme. Me sentí ridícula con las manos metidas en agua y me entró la incipiente necesidad de darme la vuelta. Pero no tenía nada que ver

con la cicatriz, que tenía bien resguardada bajo mi larga cabellera. Era algo diferente, como un imán.

—Llevo haciéndome esa pregunta desde la primera vez que chocaste conmigo en el Lion, Marshel —susurró en mi oído—. Tus enormes ojos contemplan el mundo de forma diferente. Brillan con curiosidad e impaciencia, como si todo a tu alrededor pudiera desvanecerse en cualquier momento y necesitaras por ello descubrir cada particularidad que te rodea.

Tragué saliva.

—Me gusta... vivir.

Me arrepentí al momento de decir semejante estupidez extraña, pero él no pareció tomarlo como una rareza. Escuché junto a mi oreja el débil sonido de una risa fugaz y el aliento que arrastró consigo. Se me erizó la piel del cuello.

—Ya puede sacar las manos, señorita Allen.

Lo hice al instante. El doctor prendió entonces el mechero de alcohol más cercano y me lo aproximó para que me caldeara los dedos.

—Gracias.

Tomó asiento en su escritorio de nuevo.

—Dígame, señorita Allen, ¿por qué nos siguió el viernes su amiga, la señorita Abbott?

Me quedé por un instante muda.

—Quería... Quería saber qué ocurría —terminé diciendo.

Él dibujó una breve sonrisa en su rostro que fui incapaz de descifrar. Relajó la espalda en el respaldo de la silla y entrelazó las manos.

—¿Y qué podría haber ocurrido?

«Que me mataras».

—Eso se lo tendrá que preguntar a ella —dije, evitando la pregunta.

Se inclinó un poco hacia delante en su asiento.

—¿Por qué? —dijo—. Creo que usted lo sabe o se lo imagina. La señorita Abbott sabía que iba a verse conmigo. Entiendo que usted sospechará las razones que le llevaron a comportarse así.

Volví a quedarme muda. ¿Qué demonios quería que le dijera?

—Le interesaba el motivo de su visita —respondí, confusa.

Él volvió a sonreír de esa forma que resultaba una incógnita para mí.

—¿A qué conclusiones llegó su amiga, señorita Allen?

«A que debía alejarme de ti lo más pronto posible».

—A que se había acercado demasiado a mí. —Retiré las manos del fuego, repentinamente acalorada—. Le vio abrazándome, doctor Frank.

—¿Qué excusa le dio?

Mi corazón empezó a palpitar frenéticamente. Si continuaba con aquel dichoso interrogatorio, se me agotaría el ingenio para esquivar las preguntas con medias verdades.

—Que estaba triste. —Enderecé la espalda—. ¿Por qué este cuestionario? ¿Adónde quiere llegar? —pregunté, decidida a acabar con ello.

Él guardó silencio. Después, volvió a recostarse en la silla y cogió el libro que estaba leyendo. Antes de regresar su atención a él, me respondió con voz monótona:

—Quería saber si pensó que le cortejaba —dijo—. Puede asegurarle que no.

Después, retomó la lectura y no volvió a pronunciar una palabra.

13

IGUAL DE MONSTRUO QUE ELLOS



Salí del laboratorio frustrada, enfadada y confusa. Había conseguido que la galena mantuviera su tinte durante media hora exacta, pero no había siquiera intentado tantear al doctor sobre las reversiones de algunas fórmulas. Después de aquel interrogatorio y de su rotundidad al afirmar que no me cortejaba, dándome a entender, además, que jamás lo haría, me había dejado un regusto amargo que no me había permitido pensar en nada más que en él.

Quizá no quería que sus breves acercamientos y atenciones hacia mí me hicieran pensar algo que no era. No tenía ese tipo de interés y jamás lo tendría. ¿Por qué me afectaba tanto aquello?

El enfado se me fue de golpe al ver a su cochero aguardándome a las puertas. Sabía que me aguardaba a mí porque no me dio siquiera tiempo a pensar. Cuando mi cerebro quiso reaccionar, el cochero ya estaba abriéndome la puerta del carruaje e invitándome a subir.

Dudé.

—Señorita Allen —insistió el hombre.

Podría haberme negado a aceptar su favor de acercarme a casa, pero la lógica me hizo mover los pies hacia el carruaje. Viktor no quería que tuviera otro encontronazo con un monstruo, y yo tampoco. Subí por los estribos y me acomodé en el interior. En

cuanto el cochero se instaló en el pescante, se puso en marcha enseguida.

Suspiré y me abracé al morral. Supuse que el carruaje regresaría después a por Viktor. No quise pensar que su ausencia tenía que ver conmigo. Quise creer que había preferido hacer tarde en su despacho para trabajar en algo o estudiar algún libro. Fracasé estrepitosamente. Cuando llegué a casa, estaba convencida de que había preferido no acompañarme a propósito.

Emily se encontraba junto al brasero cuando entré. Giró la cabeza al escuchar la puerta.

—Estás viva.

—Claro que estoy viva.

Volvió a atender al guiso.

—Y también enfadada.

No respondí. Tiré el morral a la cama, me quité las botas y empecé a desvestirme. Ella se limpió las manos en un trapo y se dirigió al armario donde guardaba los frascos de elixir.

—He terminado —dijo—. Ha dado para cuatro frascos.

Alcé las cejas con sorpresa y culpa.

—Oh, Dios, había olvidado... —Resoplé con alivio y cogí uno de los frascos—. No sabía que habías continuado con él. Lo había olvidado por completo. Yo...

—Has estado ocupada tratando de sobrevivir. —Cerró el armario —. No te preocupes. Ahora, dime, ¿por qué hueles a chamusquina?

Resoplé y me despojé del vestido.

—Deben de ser las mangas. He trabajado con un mechero de alcohol.

Lo eché al rincón de la ropa sucia. Continué después con las enaguas finas, las medias molestas y el corpiño asfixiante mientras Emily regresaba a la cazuela y removía el contenido. Olía deliciosamente a puerro y patata.

Me acerqué, cubierta con la camisola, la única prenda que aún tenía encima, e inhalé el aroma que liberaba la sopa. Quise probar, pero Emily me apartó y me dijo que, si no me daba prisa, el agua para el baño se enfriaría. La idea de volver a zambullir una parte de

mi cuerpo en agua fría me hizo olvidar al momento la comida y dirigirme al barreño para asearme. La encontré templada.

Mientras me restregaba con ahínco la pastilla de jabón por el cuerpo tras el estrecho biombo, no pude evitar volver a pensar en Viktor. Tampoco durante la cena, ni durante el sueño. Permaneció en mis pensamientos a cada minuto que se asentaba un silencio entre Emily y yo. Quise contarle lo que me había dicho él en el despacho, pero me vi de pronto callando, como si solo la palabra *cortejo* fuera tan escandalosa como un pecado carnal.

No descansé bien.

Al día siguiente, cuando regresé con el doctor al laboratorio tras la clase del profesor Stone, él me miró como si me hubiera crecido un cuerno en la frente.

—No ha descansado en absoluto —dijo desde su escritorio.

—Estoy bien.

—No. No lo está —respondió, cortante—. Si quiere dar conmigo una lección, le recomiendo que venga habiendo tenido un sueño reparador. —Señaló la puerta—. Por favor, regrese mañana con todos los sentidos en su lugar.

Me quedé pasmada.

—¿Cómo dice?

—Le estoy pidiendo que se marche, señorita Allen. No va a tocar mi laboratorio en ese estado.

—Le he dicho que estoy bien.

Su expresión se ensombreció. Se levantó de su asiento y se acercó a mí, como si fuera de pronto un depredador. Me sentí un ratón arrinconado.

—Y yo le digo que sus pasos son torpes, su mirada está ausente y el movimiento de sus manos resulta impreciso. Hoy me hará perder el tiempo.

Parpadeé, confusa e intimidada por su repentina cercanía. Yo era tan pequeña que a él no le costaba en absoluto ocupar casi por completo mi espacio personal por encima de mi cabeza. Me pregunté por primera vez si acaso había diseñado a sus monstruos de menor altura precisamente para encontrarse él siempre en ventaja. Aquello me irritó.

—No me amenace —dije, molesta, y me dirigí a la salida.

Tiré del picaporte para marcharme, pero la puerta se cerró de golpe en cuanto se abrió un palmo. Creí que había sido por alguna corriente de aire. Luego descubrí la mano del doctor sobre ella, sobre mi cabeza.

Me di la vuelta y me crucé de brazos.

Él se apretaba el tabique nasal con la otra mano, con los ojos cerrados con fuerza.

—¿Cómo se te ocurre que te pueda amenazar, Marshel?

—Estabas prácticamente encima de mí.

Abrió los ojos y se apartó.

—No era mi intención. No soy consciente de mi envergadura y mucho menos de lo que puedo provocar con ella.

Aquellas palabras me hicieron dudar entre salir o quedarme, pero su voz se deshizo al instante de mi titubeo:

—De acuerdo —dijo mientras apartaba una silla de un puesto para acercarla a su escritorio—, me disculpo por mi genio. —Tomó asiento en su silla y me invitó a mí a ocupar la otra que había movido—. Por favor, siéntate. No vas a tocar mi laboratorio, pero podemos aclarar dudas de forma teórica.

Aquellas palabras me alentaron al instante a aceptar su invitación. Estaba dispuesto a responder preguntas. Yo estaba dispuesta a formular todas las que se me pasaran por la cabeza.

Cuando tomé asiento, sin embargo, dudé un momento. Hacía días que no me atormentaba el dolor y temí por un momento que fuera a regresar de golpe durante aquella charla. Pero la mirada del doctor, extrañamente receptiva, hizo que dejara de darle vueltas a ese posible escenario. Me aclaré la garganta y fui directa a ese tema en particular, al que más me atormentaba.

—¿Recuerdas que te hablé del dolor de una persona cercana a mí?

—Sí.

—Te dije que quería ayudarle a prevenirlo.

Él asintió con el gesto repentinamente ensombrecido.

—Lo recuerdo. Y también recuerdo que no sabías qué enfermedad era la que provocaba aquel dolor.

—Dijiste que eso no importaba.

—Dije que no importaban los síntomas. Pero sí es crucial saber algo: si la enfermedad es terminal, no hay nada que pueda hacerse. —Se inclinó suavemente sobre la mesa y entrelazó las manos—. Te conté que mi madre sufría. ¿No crees que, si hubiera habido un remedio, habría evitado su dolor y su muerte?

—Oh. —Me incliné hacia delante yo también—. ¿Por qué depende del resultado de la enfermedad?

—Si el dolor tiene un final, también debe tener un principio. La alquimia se trata de compensar la naturaleza. —Relajó de nuevo la espalda en el respaldo—. Conseguir algo tan grande conlleva un sacrificio del mismo peso.

Asentí lentamente.

—Entonces...

Viktor suspiró.

—Entonces, si quieres prevenir el dolor de esa persona de forma permanente, deberás pasarle ese dolor a otro ser vivo. Y dudo que quieras hacerle eso siquiera a un ratón. A menos que esa persona sea tan importante para ti como para pasar por encima de todos tus principios.

Exhalé con amargura.

—No —confesé—. No es tan importante.

Por supuesto que no lo era. ¿Cómo iba a cederle un dolor así a un pequeño roedor o a cualquier otro animal? Aunque, quizá a un criminal desalmado y cruel... Tragué saliva.

—Pero —dije— en el hipotético caso de que deseara hacerlo, ¿cuál sería el ritual?

—Con el Azoth de Vitalidad, por supuesto. Serviría para transmutar el dolor a algo material, ya que lo captaría como una distorsión energética, y, de esta forma, poder entregarlo a otro ser vivo.

Me deprimí más si cabía ante aquella revelación. El Azoth. ¿Cómo iba yo a emplear el Azoth si era incapaz de hacerme siquiera con él? Lo había visto decenas de veces, pero ni una sola había sido capaz de capturarlo.

—Eso es...

—¿Complejo? —Entrelazó las manos—. Sí, así es. La naturaleza es sabia, Marshel. Cualquier loco puede teñir una galena, pero solo alguien inteligente y cualificado puede alcanzar algo tan puro. Normalmente, ese tipo de personas suelen tener dos dedos de frente, ¿no te parece?

Me quedé un instante callada y pensé que él no había tenido dos dedos de frente al crear a todos sus monstruos.

—Normalmente —terminé respondiendo—. Sí.

El doctor dibujó una discreta sonrisa y giró la silla para acercarla a la mía. Sus rodillas rozaron mi falda.

—Una respuesta cruel. Jamás lo habría esperado de ti.

—Yo no he dicho...

—Lo has pensado. Has pensado en mis actos del pasado y en mi locura al jugar a ser Dios.

Alcé el mentón.

—Está bien —le concedí—. Sí, lo he pensado. Lamento el tormento que te causaron tus decisiones, pero no he podido evitarlo. De hecho, creo que tú mismo has querido buscar mi reacción con tus palabras sobre tener dos dedos de frente.

Clavó la mirada en mí durante tanto tiempo que por poco hizo que me encogiera.

—Cuando me sinceré contigo —dijo al fin—, te comportaste como una dama comprensiva. —Se acarició la barbilla—. Admito que sentía curiosidad por saber lo que pensabas realmente, lejos de aquel momento en el que me derrumbé y tú supiste sostenerme con rigidez.

—Bien, pues ahora ya lo sabes.

—¿Crees que soy igual de monstruo que ellos?

Se me formó un nudo en la garganta cuando escuché aquella pregunta. No pude evitar por ello mirarlo fijamente a los ojos, bucear en ellos hasta encontrar de nuevo aquella oscuridad que lo consumía por dentro, de la que en aquel momento no parecía haber ni un ápice. Pero ahí estaba, oculta tras capas de otras emociones que no sabía discernir.

—No —respondí, por tanto—, no creo que seas un monstruo. Creo que el dolor de la pérdida puede trastornar a cualquiera.

Sus hombros, que parecían haberse tensado durante mi silencio, se relajaron al instante, y su mano, con cuidado, me acarició suavemente los dedos de forma tan fugaz que creí haberlo imaginado.

—Gracias, Marshel —susurró. Después, se levantó de forma brusca y retiró su silla para devolverla al escritorio—. Te veré mañana, que descanses.

Estaba tan aturdida por su reciente contacto que tardé un momento en percatarme de que me estaba echando. Esta vez, sin embargo, sus palabras, aunque rotundas, fueron más amables. Así que le deseé lo mismo y salí de allí con mejor humor que el día anterior.

14

SÉ CUÁL ES EL RIESGO



Pasaron los días y la dinámica no parecía cambiar. Viktor seguía siendo austero la mayor parte del tiempo, estricto con sus lecciones y antipático de forma natural. Sin embargo, era paciente, atento y mostraba verdadero interés en mis avances. Aunque casi todas las horas las pasaba sentado a su escritorio leyendo, al concluir mis experimentos y recibir de él correcciones o felicitaciones por el trabajo, me daba cuenta de que me había estado prestando atención todo el tiempo.

Emily me preguntaba cada noche al llegar si algo había cambiado y me recordaba que él era el cazador y yo, su presa. A mí se me ponían los pelos de punta, hasta que entraba al laboratorio con Viktor y nos quedábamos a solas. Entonces era incapaz de ver el peligro.

Al llegar a mitad de trimestre, las lecciones particulares, para mi desgracia, se interrumpieron de golpe.

—Me marcharé al Congreso de Alquimia de Hamburgo durante dos semanas —me dijo mientras guardaba sus pertenencias en su maletín. Era la primera vez que recogía al mismo tiempo que yo—. Retomaremos las lecciones después.

Cerró el maletín y se dirigió a la puerta sin mirarme. Me permitió salir en primer lugar y, después, echó a caminar hacia la salida principal de la escuela. Iba a acompañarme a casa.

—¿Qué se hace en los congresos de alquimia? —pregunté con una marcada curiosidad mientras nos aproximamos al carruaje.

Él me ayudó a subir y, cuando ambos estuvimos acomodados, respondió:

—Los alquimistas reconocidos presentan sus experimentos recientes. También hay demostraciones prácticas, exposiciones con material histórico, debates y eventos sociales.

El cochero se puso en marcha y yo me incliné hacia Viktor, más intrigada. Corregí la postura de inmediato en cuanto fui consciente de la cercanía.

—¿Y tú vas a presentar algo? —dije.

—No.

No volvió a hablar en todo el trayecto. Yo suspiré y miré por la ventana. Drury Lane a esas horas seguía viva debido a una función en el teatro. Supuse que, al haber remitido la lluvia por primera vez en tres días, la gente había decidido aprovechar la oportunidad para salir de sus casas el mayor tiempo posible. La puerta del teatro estaba atestada, en las tabernas de alrededor también había movimiento, y los faroles iluminaban rostros risueños por todas partes. Hasta que entramos en Russel.

Me aclaré la garganta y me levanté del asiento cuando el cochero abrió la puerta.

—Buenas noches, doctor Frank —dije.

Él me deseó lo mismo de forma distraída y yo salté al suelo adoquinado. El frío hizo que me envolviera en la capa mientras comenzaba a formarse en mi interior una sensación extraña. Sentía que dejaba atrás algo de valor y una incipiente y absurda necesidad de darme la vuelta empezaba a hacerse con el control de mis pisadas. En dos semanas no vería a Viktor ni una sola vez.

Agité la cabeza y me obligué a caminar más rápido, a llegar a casa cuanto antes para no hacer ninguna ridiculez. Pero antes de poder descansar a salvo en el rellano del edificio, alguien interrumpió el

movimiento natural de la puerta, que estaba a punto de cerrarse para guardar así mis espaldas.

Me volví con un repentino pánico y lancé el morral a quienquiera que fuera el intruso. Descubrí a Viktor mirando el objeto que yacía a una distancia decepcionante de él, a varios pasos.

—Quizá, entre lección y lección, podríamos arreglar también eso —dijo, refiriéndose indudablemente a mi puntería.

Respiré con profundo alivio. Por un momento había temido que fuera otro monstruo. Corrí hasta el morral y lo recogí entre los brazos.

—¿Qué haces aquí?

—Quiero invitarte al congreso.

La penumbra del rellano no me permitió ver con claridad su expresión. Apenas entraba la luz de los faroles del exterior, y la lámpara de las escaleras estaba apagada. No supe discernir por ello si quería realmente que lo acompañara o era algún tipo de atención obligada.

—¿Por qué? —pregunté.

Viktor se acercó.

—No esperaba esa respuesta.

—No sé qué podría aportar yo allí.

—No asistirías para aportar, Marshel, sino para aprender.

—¿Y no molestaría?

Se aproximó un poco más.

—¿Por qué ibas a molestar?

—Tendrás que estar pendiente de mí.

Viktor inspiró profundamente y espiró.

—Eso no es una molestia. —Después, se dio la vuelta para marcharse—. Si solo tienes ese inconveniente, pasaré a recogerte el lunes por la mañana. Ten el baúl preparado.

No me dio tiempo a replicar. Salió a la calle y cerró la puerta. Yo me quedé prácticamente a oscuras, dudando entre perseguirle para negarme a hacer algo así o subir a casa y contarle a Emily los nuevos planes. La primera opción no era para mí siquiera una opción, pero la segunda me daba reparo. Sabía cuáles serían las palabras que saldrían de su boca.

Suspiré y comencé a subir agarrada al pasamanos. La lámpara de nuestra planta estaba prendida como cada noche, cosa de Emily. Cuando entré, me miró sobre las cubiertas del libro que estaba leyendo. Se encontraba sentada en la cama, apoyada en la pared.

—Estás colorada.

—¿Qué?

Dejé la capa y el morral en mi cama. Prometeo estaba apoyado en el biombo. Emily volvió a hundir su rostro en el libro.

—Tus mejillas están rosas. ¿Estabas con el doctor Frank?

Apreté los labios.

—Me ha pedido que lo acompañe al Congreso de Alquimia de Hamburgo.

Emily volvió a mirarme. Dejó el libro a un lado y se inclinó hacia delante.

—¿Hamburgo? —repitió.

—Solo serán dos semanas.

—Te puede dar un ataque de dolor. Y el doctor Frank puede encontrar los elixires —dijo sin comprender.

Me dejé caer en la cama.

—Sé cuál es el riesgo —respondí.

—¿Y por qué vas a ir?

—Quizá averigüe cosas. Tal vez en alguna exposición haya algún libro sobre el Azoth. Podría ser una oportunidad.

Emily alzó una ceja.

—No creo que el Azoth sea la razón prioritaria.

—¿Qué?

Volvió a coger el libro. Por primera vez desde que la conocía parecía realmente enfadada.

—He visto cómo miras al doctor Frank en clase.

Fruncí el ceño.

—¿A qué te refieres?

Abrió el libro y fingió leer. Sus dedos temblaban, igual que su voz.

—El doctor Frank es atractivo. Puedes sentirte atraída por él. No hay nada de malo en eso. Excepto porque te quiere muerta —dijo. Volvió a dejar el libro sobre la cama con más fuerza de la necesaria —. No deberías ir a Hamburgo.

Iba a responder que en absoluto me sentía atraída por él, pero lo cierto era que me gustaba su compañía, me agradaba su atención, y hacía arder cada parte de mi piel que tocaba, aunque solo fuera un roce. Sí, tal vez Emily tenía razón. Tal vez sentía atracción, tal vez me gustaba. Y aquella realidad hizo que me sintiera por primera vez como una joven corriente. Era la primera vez que experimentaba atracción, y en cierta forma resultaba placentero. ¿Tan malo era dejar que esa emoción agitara sus alas en mi vientre con precaución?

—De acuerdo, haré una cosa —dije—: si me doy cuenta de que corro algún peligro, dejaré las lecciones al volver a Londres, incluso la escuela de ser necesario.

Emily me miró fijamente.

—Si sucede cualquier cosa, nos iremos de Londres el mismo día que sospeches que algo va mal. Prométemelo.

Tragué saliva y asentí.

—Te lo prometo.

15

UNA ROSA HECHA DE SANGRE



Apenas vi a Emily el fin de semana. Parecía tener oficialmente un noviazgo con Edward, y eso me asombró y alegró más de lo que esperaba. Edward había pasado más de un mes y medio tratando de alcanzar su corazón y, finalmente, había conseguido algo parecido. El amor entre ellos apenas comenzaba a caldearse, como un hogar lleno de musgo seco encendido y preparado para hacer arder la leña. Pero ahí estaba, en el brillo de los ojos de Emily, algo que no había visto hasta entonces.

El domingo me invitó a comer con ellos en un pícnic al aire libre, en una de las propiedades de Edward. El cielo estaba encapotado, pero aún no había roto a llover desde el viernes. La hierba estaría seca y el frío, aunque molesto, no sería un problema si nos abrigábamos en condiciones.

El carruaje de Edward pasó a recogernos a primera hora para llevarnos hasta Mayfair y reunirnos allí con él, pues tenía que hacer antes algunos recados. Después, nos trasladaría a todos cerca de Cobham, en el condado de Surrey, a Rosewood Manor, una de sus casas de campo. El trayecto duraría unas horas.

—Me alegra que te hayas animado a venir, Marshel —me dijo Edward cuando nos pusimos en marcha.

Lo cierto era que arruinar su intimidad no me hacía gracia, pero creí que el campo me vendría bien para pensar en Viktor y en Hamburgo. Aún estaba a tiempo de enviar a un mensajero para rechazar su ofrecimiento, y quería estar segura de poder afrontar el riesgo.

El camino hacia Surrey, aunque largo, fue ameno. Mientras Edward y Emily charlaban sobre la mitología japonesa (algo que, por la forma de hablar, intuía que ya habían tratado con anterioridad), yo me regocijé en los paisajes que se iban abriendo a nuestro alrededor. Nos habíamos alejado del corazón de Londres poco a poco, de las calles adoquinadas y las hileras de casas apretadas, para adentrarnos por caminos más anchos y salpicados de árboles, y el bullicio de la ciudad se había ido apagando para cederle el paso al murmullo constante del viento entre los campos abiertos. Estos se extendían hasta donde alcanzaba la vista, tan verdes que parecían irreales, punteados en ocasiones de flores silvestres. A lo lejos, algunas granjas dispersas emitían suaves hilos de humo cuyo olor traía de vez en cuando la brisa para mezclarse con el aroma a tierra húmeda.

En un momento del trayecto, Edward se dirigió a mí.

—¿Qué tal las clases con el doctor Frank? ¿Te trata de forma agradable? —se interesó.

—Supongo.

—¿Está más hablador?

Sonreí.

—No. En absoluto. Sigue siendo una estatua inerte sentada en una silla.

Edward sonrió con cierta lástima.

—Ya veo.

Extendió el brazo por el asiento, por detrás de la cabeza de Emily, que se limitó a seguir el movimiento en silencio. Cuando pareció segura de que Edward no la envolvería en un abrazo, se atrevió a apoyar la cabeza en él. Edward se inclinó para darle un beso fugaz en la frente. Algo a lo que Emily reaccionó con un alzamiento de ceja.

—¿No hay nadie en tu casa? —pregunté pasado un rato.

—No. Mis padres no están y mi hermano nunca pasa tiempo en el campo.

Lo miré.

—No sabía que tuvieras un hermano.

Edward sonrió con cierto reparo, quizá culpa.

—Porque es como si no lo tuviera.

La cabeza de Emily rodó de pronto hasta su hombro. Nos dimos cuenta entonces de que se había quedado traspuesta. Él se quedó contemplándola como si fuera un objeto sumamente valioso, y yo no pude evitar preguntarme si alguna vez me vería alguien de la misma forma, como un cristal único.

Suspiré y miré al cielo. Entre las nubes había retazos de un azul brillante. Me pregunté qué estaría haciendo Viktor, si ya tendría preparado el equipaje, si recordaba siquiera que me había invitado a acompañarlo.

—Tú que llevas más tiempo en la escuela —le dije a Edward—, ¿qué has escuchado sobre el doctor Frank? Debe de haber rumores o anécdotas que se cuenten por los pasillos.

Él se rio y se frotó el pelo de la nuca.

—Sí... —dijo con algo de reparo—. Se habla mucho de él.

Me incliné hacia delante, interesada.

—¿Y qué dicen?

El carruaje se balanceó de forma brusca al pasar por un desnivel. Emily soltó un quejido perezoso y, sin abrir los ojos, se acomodó más aún en el regazo de Edward.

—Cosas absurdas —dijo, bajando la voz, supongo que para no molestarla—. Que es huraño porque una mujer lo traicionó, que es viudo, que lleva una vida paralela como alguacil. —Suspiró—. Absurdeces. —Se quedó pensando—. Lo que sí que es cierto es que jamás había tenido a un alumno o alumna en tutoría. Tú eres la primera.

—¿En serio?

—Sí. El doctor Frank es bastante práctico. Supongo que no le gusta perder el tiempo, y dar una hora de su vida a una persona no debe de hacerle mucha gracia. —Sonrió—. Tienes algo, Marshel, que a él le aporta en lugar de restarle.

—Pero solo soy... —Me froté la frente—. Solo soy una chica cualquiera.

—Todas las personas son alguien cualquiera para otros y alguien especial para solo unos pocos. —Miró a Emily—. Ella puede no tener valor para nadie, Marshel. Pero para mí y, sobre todo, para ti, es única y especial. —Volvió a mirarme—. El doctor Frank ha visto algo en ti. Quizá sea eficiencia, inteligencia, agudeza. Aptitudes destacables para él. —Sonrió y recostó la cabeza sobre la de Emily —. Solo... aprovéchalo.

Asentí y me eché hacia atrás. Tenía razón. ¿Por qué no aprovecharlo? La alquimia me resultaba fascinante, no solo por ser el motivo por el que estaba viva, sino por la materia en sí. Me gustaba investigar, exprimir mi mente con lo complejo, y la placentera sensación de dar con la solución a un problema que me llevaba tiempo resolver. La alquimia requería creatividad y experimentación. Era casi como un arte. Ir al Congreso de Alquimia de Hamburgo de la mano de alguien como Viktor Frank sería un sueño para cualquier estudiante. Y él me había escogido a mí.

—Gracias —le dije a Edward. Y, a partir de ese momento, me permití disfrutar sin pensar más en mi decisión.

Al final del camino de grava, tras unos grandes muros de un blanco inmaculado, se alzaba la casa de campo de Edward.

Rosewood Manor era colosal. Esa fue la única palabra que pudo encontrar mi cerebro para reflejar lo que mis ojos vieron al apearme del carruaje.

La casa tenía una fachada tan sobria como majestuosa, y estaba adornada con columnas clásicas que sostenían un pequeño frontón. Las altas ventanas de guillotina reflejaban los rayos de sol que lograban escaparse de vez en cuando entre las nubes. Alrededor, un amplio jardín estaba delimitado por setos recortados con precisión y caminos de flores ordenadas. A ambos lados de la entrada principal, dos figuras de mármol extendían sus brazos de forma protectora. El olor a rosas flotaba en el aire. Comprendí el nombre del lugar en cuanto inhalé el aroma.

—Qué bonito —dijo Emily.

Yo miré hacia atrás para comprobar que Edward siguiera hablando con el cochero.

—¿Por qué has querido que venga? —susurré—. Podrías haber disfrutado de esto con él sin mí.

Emily se aclaró la garganta.

—No quería que estuvieras sola en Londres.

Edward llegó entonces y nos interrumpió. Nos invitó a entrar a la casa con el rostro iluminado por una amplia sonrisa. Emily y yo lo seguimos hasta la entrada. Las altas figuras parecían observarnos a medida que avanzábamos, como si quisieran asegurarse de que no suponíamos para el anfitrión ningún peligro. Temí por un momento que se lanzaran a por mí, pero nada de eso sucedió. Las dos figuras continuaron siendo lo que eran: piezas de mármol sin vida, aunque talladas de forma exquisita.

Atravesamos la casa sin reparar mucho en ella. Apenas tuve tiempo de atisbar una sala adornada con tapices y una hilera de puertas a un lado y a otro mientras nuestros zapatos reproducían un eco sobre el suelo de mármol. Había cuadros que cubrían las paredes de las escaleras, retratos quizá de antepasados, pero no pude ver ninguno con claridad.

En el exterior, nos aguardaban dos mujeres de la servidumbre. Habían preparado una mesa en el amplio porche, protegida bajo una carpa de lino blanco atada a postes de madera por si nos sorprendía de pronto la lluvia. Sobre el mantel, aguardaban platos, vasos y cestas de mimbre llenas de fruta. A un lado, un carrito guardaba la comida, servida en bandejas sencillas: empanada de carne, queso Stilton, lonchas de jamón y bizcocho.

Tras admirar lo que sería la comida, desvié la mirada hacia el horizonte. Tres escalones separaban el porche de una amplia pradera verde que no parecía tener fin. A un lado había una arboleda espesa de robles y fresnos, y, al otro, un pequeño jardín lleno de rosales en flor de colores diversos. Rojos, blancos, rosas. Di un paso hacia allí, intrigada, deseando pasear entre el olor que emanaba de ellos, pero Emily me detuvo antes de que pudiera alcanzar el primer escalón.

—Vamos a empezar a comer. —Miró hacia el jardín—. ¿Adónde ibas?

—Quería... oler las rosas.

Miró hacia Edward, que hablaba en ese momento con el servicio, y después, a los rosales.

—Yo también quiero olerlas.

Comprendí demasiado tarde que lo que quería era quedarse a solas conmigo. En cuanto pisamos el camino de grava que serpenteaba entre los rosales, empezó a soltarme un eterno soliloquio. Acostumbrada a escuchar de ella únicamente frases escuetas, no pude evitar prestarle atención plena.

—Te he metido el cuchillo de la cocina en el baúl —dijo tranquilamente—. Duerme con él debajo de la almohada. Y si ves que el doctor empieza a comportarse de forma extraña, sube al primer barco que vaya a Londres. Te he metido también un saco con dinero de sobra. Edward está siendo extremadamente atento, y más de una vez ha pagado por mí la comida en Covent Garden, así que tenemos más peniques de los que esperábamos. —Se quedó pensando—. Supongo que el doctor Frank no permitirá que pagues nada, pero te pueden servir para escapar en caso necesario. —Se inclinó para tomar entre las manos una de las flores e inhalar su aroma—. Las rosas florecen en primavera y verano —dijo. Después, miró alrededor, en busca de algo. Se agachó finalmente para contemplar unos tallos secos de caléndula y pensamiento.

Me agaché junto a ella.

—Las alimentan todo el año con alquimia, robándole vida a otras que florecen en otoño e invierno —comprendí.

—Sí. —Se levantó y miró al cielo—. Me apetece un *Chelsea bun* —murmuró.

Después, se dio la vuelta y caminó de regreso a la carpa.

Yo me quedé allí un momento más, rodeada de aquella belleza arrebatada. Los rosales se erguían hermosos en la superficie, pero, si te aproximabas, si te fijabas con atención, podías ver la muerte que los acompañaba.

Tragué saliva y reculé, sintiéndome de pronto una rosa más llena de espinas. Pero a mis pies no había flores secas, sino sangre.

16

HALLAR A LOS MONSTRUOS



El lunes amaneció tan oscuro que por un momento pensé que seguía siendo de noche. Como cada día, fue el sonido de la ciudad el que me despertó, el bullicio, los carros y el ir y venir de la gente. Cuando abrí los ojos, Emily seguía dormida, hasta que las campanas de la iglesia de St. Paul hicieron que se irguiera sobre los codos, como siempre.

Me levanté bostezando para poner la tetera a hervir. Lo que menos esperaba era que el cochero de Viktor llamara a la puerta tan temprano.

—Señorita Allen, vengo a recogerla —dijo.

Emily me miró. Yo parpadeé y me froté los ojos.

—E-eh... —balbuceé—. De acuerdo. Solo... Solo un momento.

—La espero aquí.

Cuando hubo silencio, me precipité hacia el biombo, donde había colgado el día anterior la ropa que me pondría para el viaje. Me desnudé y me enjaboné de forma fugaz antes de empezar a vestirme. Emily se levantó de la cama adormilada para ocupar mi lugar en el brasero y preparar el té. Apenas me había abrochado el corpiño cuando el cochero volvió a llamar.

—¿Señorita? El doctor Frank está aguardando ya en el muelle.

—Ya. Ya voy.

Emily me contempló mientras yo me metía el vestido por los pies y tiraba de él hacia arriba, soltando sonidos quejumbrosos. Cuando terminé de vestirme, me recogí el cabello con unas trenzas improvisadas. Una horquilla se me cayó al suelo antes de poder sujetar el último mechón. Emily se acercó al fin para ayudarme. Terminó de peinarme y me contempló.

—¿Has metido los elixires?

—Sí.

—Si el doctor Frank vuelve sin ti, haré de su vida un infierno —se despidió.

Después, se dirigió a la puerta y abrió. El cochero de Viktor, que se encontraba apoyado en la pared, aguardando, rectificó al instante su postura y preguntó por el baúl. Me dijo que fuera acomodándome en el carruaje mientras él se encargaba de subir mis pertenencias a la parte trasera.

Yo asentí, miré a Emily una última vez, y bajé las escaleras con una extraña emoción en el pecho. ¿Era aquello expectación? ¿Nervios? Jamás había experimentado nada parecido. Y cuando el carruaje se puso al fin en marcha, aquella sensación se acrecentó. Me asomé por la ventanilla para despedirme de Emily, que agitó la mano una vez desde la ventana, con Prometeo apoyado en su hombro, y traté de relajarme desde ese momento en adelante.

El trayecto hasta los London Docks me pareció rápido. A pesar de durar cerca de una hora, el tiempo pasó volando. Supe que nos aproximábamos ya a los muelles cuando el olor a tierra mojada dio paso a algo más denso, una mezcla de salitre y humo, y el bullicio de los vendedores y transeúntes se apagó, llenando el ambiente del ruido molesto de caballos y voces más graves y bastas.

Me asomé por la ventanilla. El ajetreo era totalmente diferente, más urgente. Había hombres con ropa sucia de trabajo cargando barriles y cajas, gritando, ordenando, y, más allá, el graznido constante de las gaviotas. Parecía que me hubiera transportado a otro mundo.

Cuando al fin nos detuvimos, me encontré de pronto con unos altos muros de ladrillo. Antes de que pudiera abrir la puerta, alguien

lo hizo por mí. El rostro lúcido de Viktor me dio la bienvenida mientras me tendía su mano enguantada para ayudarme a bajar del carruaje.

—Tenga cuidado con el suelo, señorita Allen. Es resbaladizo. Alguien ha debido de derramar vino —dijo, y, seguidamente, se dirigió a su cochero para hablarle.

Yo me quedé quieta, contemplando todo a mi alrededor. Unas verjas abiertas daban paso al interior del muelle, al otro lado de los grandes muros, de donde parecían venir los olores a alquitrán y pescado. El movimiento era continuo, frenético. Me sentí completamente fuera de lugar. Viktor, sin embargo, a pesar de su porte y elegancia, de alguna forma encajaba con aquella escena. Sus gestos eran secos, igual que su voz. Todo tan áspero como lo que nos rodeaba.

El cochero asintió a una orden y se dirigió a la parte trasera del carruaje para bajar mi baúl. Viktor se acercó a mí.

—Sígame —fue lo único que dijo antes de echar a andar.

Yo me recogí el vestido y miré hacia atrás una vez. Habían subido mi baúl a un carro lleno de muchos otros. Intuí que acercarían así los bultos al barco que nos trasladaría hasta Hamburgo. Sin darle más vueltas, seguí a Viktor hacia la verja con cuidado de no caer. El empedrado estaba sucio y húmedo, y no era llano del todo.

Pasamos entre bidones, cajas y maderas, hasta que finalmente alcanzamos los muelles. Me quedé un momento detenida admirando el desastroso paisaje. Estaba frente a una especie de cuadrado inmenso inundado por el agua del Támesis, que se abría paso a través de un pasillo por donde parecían entrar y salir los barcos. Y, en ese extenso mantel de agua, descansaban todos ellos, grandes y pequeños, cada uno aguardando plácidamente junto a su muelle de piedra. Los mástiles se alzaban imperiosos hasta el cielo, una imagen que me perturbó por un momento, reflejo del recuerdo de la noche en la que desperté. El crujido de una grúa a mi espalda hizo que me sobresaltara.

—Marshel.

Viktor esperaba a varios pasos de mí con su reloj de bolsillo en la mano. Me disculpé y eché a andar de nuevo, esquivando como pude

a cargadores y marineros, hasta alcanzarlo. Lejos de oídos curiosos, había dejado los formalismos atrás. Yo hice, por tanto, lo mismo.

—¿Cuál es el nuestro? —pregunté.

Él señaló dos muelles más allá. Un bergantín de tamaño mediano se mecía suavemente con el movimiento de las aguas. La madera que lo vestía era oscura y el nombre (Northwind), pintado en letras plateadas en la proa, se mostraba ya desgastado. Las velas estaban aún recogidas en sus dos mástiles, lo que me permitió ver un grabado en la madera que llamó mi atención.

—¿Es eso un símbolo alquímico?

Viktor siguió mi mirada. Asintió una vez y me invitó a caminar por delante de él para llegar de una vez por todas al muelle. Nos recibió allí el encantador capitán. Se llamaba West, o al menos así lo llamaron todos durante el tiempo que pasé en su barco y en su compañía. Era un hombre de unos cuarenta años, tosco, pero de trato amable y alegre. Su cuerpo era grueso y parecía costarle hablar de forma muy seguida, quizá por el tabaco, que fumaba en ese momento en pipa.

—Bienvenido al Northwind, doctor Frank. —Me miró—. Usted debe de ser la señorita Marshel Allen, pasajera de última hora. —Respiró y dio una calada a la pipa. Después, sonrió—. Quiero que sepa que es un placer conocer a una amiga del doctor.

—Soy... soy su estudiante.

Él agitó la mano.

—Nimiedades. Vamos, acomódense, que pronto zarpamos.

Viktor me cedió el paso, dirigiéndole un breve agradecimiento al capitán, y me ayudó a subir al barco, donde nos esperaba un tripulante para guiarnos a nuestros camarotes. El camino era fácil de recordar: unas estrechas escaleras bajaban al interior desde cubierta e iban a parar a un pasillo angosto donde el techo bajo obligaba a Viktor a caminar con la cabeza agachada. A ambos lados del pasillo había puertas de madera marcadas con números pintados a mano. Después de que nos indicara cuáles nos habían asignado, el tripulante se marchó.

Antes de entrar al que sería mi aposento durante los tres o cuatro días que duraría el viaje hasta Hamburgo, me volví hacia Viktor.

—Quiero que me digas por qué han dibujado ese símbolo en el barco —susurré.

Él suspiró con cansancio.

—Acomódate, Marshel —respondió—. Pasaré a buscarte antes de zarpar y te contaré todo lo que quieras saber.

Se marchó. Entré al camarote y cerré la puerta a mi espalda.

El lugar era sumamente pequeño, apenas cabía una cama estrecha. Ni siquiera estaba segura de que fuera a entrar bien mi baúl una vez lo subieran a bordo. Y, de entrar, me obligaría a sortearlo continuamente mientras me moviera por el espacio. Sin embargo, no me quejé: habían colocado un espejo a un lado y tenía a mi disposición una pequeña ventana por la que podría contemplar todo el mar del Norte. Sonreí sin poder evitarlo.

Me senté, sin nada que hacer, y aguardé. Tal como había prometido, Viktor llamó a mi puerta cinco minutos después. Sus ojos parecían sumamente amargados. Fruncí el ceño.

—¿Te arrepientes de haberme invitado? —dije sin salir al pasillo.

—¿Cómo dices?

—Estás resentido por algo.

Viktor se apretó el tabique nasal.

—¿Y por qué iba a ser contigo? —Agitó la cabeza—. Ven, hablaremos en el despacho del capitán.

El lugar en cuestión se encontraba en popa, junto al camarote de West, bajo la zona del timón. Era un espacio pequeño, con un escritorio modesto, alguna silla y un sillón que parecía incómodo. El escritorio estaba ocupado por toda clase de artilugios de navegación y un mapa detallado con las rutas marítimas del mar del Norte.

—¿Podemos entrar aquí sin más?

—Siéntate, Marshel.

Me senté. Él ocupó seguidamente otro asiento frente a mí. Miró el reloj una vez antes de guardarlo en su bolsillo. Me di cuenta entonces de que se había quitado el frac y los guantes.

—El símbolo que has visto —dijo— se talló con el agua del mar del Norte. El agua se congeló para crear un cono y poder dibujar con la punta. La mayoría de los barcos que verás tienen símbolos parecidos

para protegerlos en las travesías. —Entrelazó las manos en su regazo—. Dime, ¿recuerdas cómo era?

—Sí.

—¿Sabrías decirme contra qué protege?

Evoqué el dibujo en mi mente. Se trataba de un círculo abierto que contenía el símbolo elemental del agua, con un tridente invertido en el centro y un ojo cerrado sobre él. Entre las puntas del círculo abierto había un sol y una luna escudando a un reloj de arena.

—¿Contra las tormentas del mar del Norte? —Me aclaré la garganta—. El tridente representa a Poseidón, invertido sugiere dominio sobre el mar, y el ojo cerrado tal vez sirva para invisibilizar el barco contra su fuerza. El reloj de arena indica el tiempo que dura la protección. —Me tomé un momento para pensar—. Como hay un sol y una luna, entre las puntas del círculo, intuyo que el tiempo se aplica desde el inicio de la travesía hasta el fin.

Viktor sonrió.

—Has estado estudiando.

Me alisé el vestido.

—No me cuesta descifrar —respondí—, sino crear. De haber tenido que idear yo la protección, no lo habría hecho utilizando a Poseidón. Me habría complicado más.

Viktor se acarició la barbilla.

—Una vez te dije que la alquimia se trataba de prueba y error. —Se inclinó hacia delante y colocó los antebrazos en sus rodillas—. En ocasiones, eso no es posible. Es necesario saber con certeza que algo funcionará, igual que sabes sin ninguna duda que el símbolo del fuego encenderá las astillas de una hoguera.

—Pero...

—Ese conocimiento se adquiere con el tiempo. —Entrelazó las manos—. Dime, ¿has navegado antes? —dijo, dirigiendo la mirada hacia la ventana.

—No. No he salido nunca de los alrededores de Londres.

Él asintió, distraído.

—Es posible que lo odies profundamente. Pero también es posible que te enamores. No suele resultar indiferente a nadie.

—¿Tú lo odias?

Me miró.

—No me gusta. Me resulta desagradable. El movimiento, el ruido, los gritos y las noches. No descanso bien a bordo.

—¿Y por qué has querido ir a Hamburgo?

—No habría aceptado la invitación de no ser necesario. Pero hay una persona a la que quiero visitar, y sé que la encontraré en el congreso.

—¿Y qué tiene esa persona de interés?

—La certeza de un símbolo que necesito.

Fruncí el ceño.

—¿Un símbolo? —pregunté, confusa—. ¿Tan importante es como para realizar un viaje así?

Viktor respiró hondo y guardó silencio un instante, como si dudara entre sincerarse o no.

—Es un símbolo de hallazgo para los monstruos —respondió finalmente—. Los que he empleado hasta el momento no han sido exactos y me han proporcionado localizaciones difusas. Sabía que uno estaba en Londres. Pero fui incapaz de hallar el lugar concreto donde se escondía. Sé que hay otros dos cerca. Estoy cansado de probar.

Con cada palabra me sentí palidecer cada vez más. Traté por todos los medios de no parecer repentinamente aterrada y agradecí en silencio que Viktor volviera a mirar por la ventana para perderse en sus recuerdos. Empecé a respirar con dificultad. Iba a conseguir un símbolo de hallazgo certero y preciso. Y yo iba a estar a su lado en cuanto él lo probara.

Tragué saliva y envolví con fuerza una mano con la otra. No sabía quién era esa persona que le facilitaría el símbolo, pero sí tenía clara una cosa: tenía que hacer lo imposible por que nunca se encontraran en los días que durara el congreso.

17

CUALQUIERA DIRÍA QUE NO ES HUMANA



El barco zarpó unos minutos después. Y lo supe por estar mirando por la ventana de mi camarote, ya que apenas aprecié el movimiento ni entendí lo que decían allí afuera sobre las velas. Me habían traído el baúl hacía media hora y, tal como había esperado, ocupaba la mayor parte del suelo junto a la cama. Ese trasto gobernaba mi dormitorio.

Suspiré y decidí pasar en mi cuarto el máximo tiempo posible, lejos de la presencia de Viktor. Temía que pudiera darse cuenta de mi estado neurótico. Sus palabras giraban y giraban a mi alrededor como perros hambrientos. Estaba en peligro. No debería haber aceptado venir a este viaje. Pero allí estaba, sin nada que me protegiera, con mi supervivencia dependiendo de mis propias manos.

—Señorita Allen.

Llamaron a la puerta. La voz era desconocida, así que supuse que era un tripulante más de la embarcación. Hablé sin abrir.

—¿Sí?

—El capitán y el doctor me han enviado a buscarla para el almuerzo —respondió la voz.

Resoplé. Bien. No podía negarme. Estaba segura de que atraería la atención de Viktor si me negaba a acudir por encontrarme mal. Él vendría a verme y...

El dolor me sacudió de pronto con tanta fuerza que caí de rodillas sin poder evitarlo. Me quedé sin aliento. Apreté los labios para no chillar mientras sentía el terrible ardor de un hierro candente arañándome la espalda. Casi podía oler la piel quemada. La sensación no era real, pero me asfixiaba como si lo fuera. Gateé como pude hacia el baúl y, mientras las mejillas se me inundaban de lágrimas y mi garganta gemía, busqué desesperada uno de los frascos de elixir.

—¿Señorita Allen?

El hierro parecía haberse detenido al final de mi columna vertebral. Sentí que comenzaba a hundirse, abriendo un agujero, atravesando piel y carne hasta alcanzar hueso. Me llevé la mano a la boca y me mordí el puño, ahogando un grito. Cerré los ojos con fuerza mientras con la otra mano seguía buscando en el baúl.

Encontré al fin un frasco. Abrí los ojos y me deshice del tapón con urgencia. Bebí parte del contenido con un único trago y me dejé caer después al suelo, exhausta.

El dolor remitió casi al instante. Respiré hondo y me limpié las lágrimas.

—Voy —dije con la voz poco clara. Carraspeé y volví a hablar—. Deme un momento.

Me levanté con esfuerzo, ayudada por el baúl, y me contemplé un instante en el espejo. Me recoloqué el modesto moño trenzado en la nuca y eliminé por completo el rastro de lágrimas en aquel rostro de pronto demacrado. Tenía los ojos rojos, pero eso no podía solucionarlo. Me alisé el vestido y abrí la puerta.

—Bien. Vamos.

El tripulante asintió sin prestarme mucha atención y me guio hacia el pequeño comedor mientras yo me abanicaba con la mano. Empezaba a sospechar que los ataques de dolor se debían a un estado de nervios alterado últimamente relacionado con Viktor. Agité la cabeza para dejar de pensar en ello mientras el tripulante llamaba

una vez a la puerta. Alguien nos abrió desde dentro. Encontré al doctor sentado a la mesa leyendo un libro, pero ni rastro del capitán.

—Salga de aquí —le dijo al hombre que me había abierto, sin levantar la vista de su lectura.

Él se marchó sin rechistar, cerrando la puerta a su vez.

Tragué saliva. Aquello no era una encerrona. Estaba a salvo. Me repetí aquello cien veces mientras me aproximaba a la mesa.

—Aún no ha llegado el capitán —volvió a hablar Viktor, de nuevo sin alejar la atención del libro—. Siéntate, Marshel.

Dudé sobre qué lugar ocupar. La mesa era rectangular, y Viktor ocupaba uno de los lados más largos. Entendía que el capitán presidiría la comida, así que decidí sentarme frente al doctor.

Me removí en la silla pasados un par de minutos, incómoda ante el silencio. Decidí finalmente sacar un tema que me intrigaba.

—¿Es necesario que mantengas las formalidades conmigo estando en presencia de otros?

Viktor levantó al fin la mirada. Su expresión era completamente opaca. No pude identificar ni una sola emoción.

—Sí. Es necesario.

—¿Por qué?

Cerró el libro y me dedicó toda la atención.

—Porque podría dar lugar a equivocación —respondió—. El tuteo entre un hombre y una mujer que solo comparten amistad o compañerismo no es correcto.

—Así que es una máscara para cumplir con las normas sociales.

—Sí.

—¿Y por qué no cumples las normas sociales en privado?

—Porque contigo, a solas, no necesito ninguna máscara.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué no?

—Porque no vas a malinterpretar mi trato. —Ladeó la cabeza—. ¿Tienes alguna otra pregunta?

—No.

—Bien.

Volvió a abrir el libro y retomó la lectura.

—Pero no lo entiendo.

Viktor resopló. Volvió a cerrar el libro y lo abandonó sobre la mesa. Después, entrelazó las manos y me miró.

—¿Dónde te has criado, Marshel?

Aquella pregunta me pilló desprevenida.

—En varios sitios.

—¿En qué ambiente? ¿Tenías institutriz? ¿Tutora? Me sorprende que te hagas esa clase de preguntas. La sociedad cumple con las normas sin cuestionarse nada.

—No. Nadie... nadie me enseñó.

Había despertado conociendo cada detalle del mundo, pero supongo que saberlo de forma innata no era lo mismo que haberlo aprendido desde la niñez, interiorizándolo desde muy temprano y, sobre todo, experimentándolo. Quizá aquella era la diferencia.

—Lo leí en un libro —añadí.

—¿Qué libro?

—*Evelina*. De Fanny Burney.

—Una crítica social. —Sonrió—. Eres una joven peculiar, Marshel.

—¿Eso es bueno?

Viktor suspiró.

—Sí. Desgraciadamente para mí.

Quise preguntar a qué se refería, pero el capitán apareció en ese momento. Con una actitud alegre y su pipa en la mano, tomó asiento y ordenó que trajeran la comida.

—Ya hemos salido de los muelles y estamos navegando por el Támesis hacia Southend-on-Sea, donde alcanzaremos el mar del Norte —nos informó—. Será una travesía tranquila hasta allí.

—¿No lo será por el mar? —pregunté.

—Oh, eso no lo sabremos hasta que nos adentremos en él.

Aquella respuesta hizo que me alterara. Viktor pareció darse cuenta porque enseguida me recordó que el navío estaba protegido. El símbolo había convertido la madera y la tela de las velas en algo más robusto. Ninguna tormenta podría romper un mástil o rasgar un tejido. Había adquirido similitudes con el mar, habiendo tallado el símbolo con sus aguas, y por ello este trataría al Northwind como un igual.

Pero no era eso lo que me preocupaba. Las tormentas me aterrorizaban. Si una me sorprendía en cubierta, era capaz de quedarme paralizada y caer por la borda. Y no sabía nadar.

Había tantos contras dentro de ese barco que a punto estuve de pedir que dieran la vuelta para quedarme en tierra.

—Señorita Allen, no se apure —dijo el capitán—. Este trasto ha soportado todas las brutalidades que pueda imaginar.

Aquello no me tranquilizaba. Ni lo más mínimo. Se me quitó el apetito de golpe. Aunque debo reconocer con vergüenza que regresó al instante cuando trajeron la comida de las cocinas. Lentejas y carne salada. Mi estómago rugió, obligándome a coger la cuchara en cuanto me sirvieron el plato. Quise comer con delicadeza, pero estaba tan hambrienta por no haber desayunado que apenas pude contener mis ansias. Devoré las lentejas y devoré mi trozo de carne mientras bebía de cuando en cuando la sidra diluida que me habían servido en una copa de vidrio grueso.

Terminé de comer mucho antes que ellos. Con una servilleta me limpié los labios y me disculpé. La respuesta del capitán fue una sonora carcajada.

—¡Cualquiera diría que no es humana!

Me quedé pálida y miré a Viktor. Él comía ignorándonos a ambos. Ni siquiera parecía haber prestado atención al comentario, para mi alivio. Me prometí a mí misma tener más cuidado a la hora de comportarme. Después, cogí con prudencia una pasa seca de la bandeja del centro de la mesa.

La comida continuó amena. El capitán nos habló de la ruta que seguiríamos, cercana a la costa, y aseguró que, como mucho, la travesía duraría cinco días antes de alcanzar el puerto de Hamburgo, ubicado en el río Elba. Uno de los más grandes que, decía, había tenido el gusto de pisar.

Las ganas de llegar a la ciudad se multiplicaron después de escucharlo hablar.

Cuando terminamos de comer, el capitán decidió quedarse en su despacho un rato. Viktor me propuso pasear por cubierta. Acepté demasiado rápido.

Abrí los ojos maravillada cuando pisamos el exterior y pude contemplar el colosal Támesis, abierto a nosotros sin barreras. Me sentí libre, como una gaviota que surca los cielos. Avanzábamos con lentitud, pero de forma casi majestuosa. A ambos lados, edificios y fábricas perfilaban el camino. El humo apenas nos alcanzaba, así que solo se percibía el olor del agua, salobre y terroso, y el del propio barco, a madera y cuero.

Me situé en proa y admiré las vistas. Viktor se colocó a mi lado, con las manos entrelazadas tras su espalda y el mentón alzado.

—Creo que esta es la única parte que me gusta —dijo—. El avance hacia la desembocadura y el primer contacto con el mar.

—¿Cree que a mí me gustará toda la travesía, doctor Frank?

Viktor me miró.

—Sí —dijo, tan serio como habituaba—. A menos que haya una tormenta.

—Si hay tormenta, me encerraré en mi camarote y me haré un ovillo bajo las mantas hasta que pase.

—No creo que las mantas la protejan del miedo, señorita Allen.

—¿No debería tratar de calmarme, en lugar de deshacerse así del único escudo que tengo?

Viktor sonrió y me miró entonces de una forma que nunca antes había visto. Por un momento, creí que iba a decir algo... Algo diferente o especial. Pero pronto corrigió su gesto y decidió marcharse. Antes de hacerlo, sin embargo, sus dedos rozaron con calidez los míos.

18
UNA COMPAÑÍA INDESEADA



Los tres primeros días pasaron sin mucho alboroto. Una vez alcanzamos el mar del Norte, todo se volvió monótono. Tomé como hábito pasear por cubierta al menos tres veces al día, acompañábamos al capitán en todas sus comidas, y Viktor pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su camarote. Tal como había dicho, no parecía gustarle en absoluto navegar. Y, tal como lo había vaticinado, yo sí lo estaba disfrutando desde el primer minuto.

Apenas lo vi a solas. Solo una vez, cuando decidió acompañarme en uno de los paseos, pero no habló más que unas pocas palabras y después volvió a retirarse a su camarote. Aquello me entristecía. De alguna forma, disfrutar de él en privado se había convertido en una necesidad asfixiante. No quería que me afectara así, pero no tenía remedio. Renuncié, sin embargo, a la idea de obtener de él más atención hasta pisar tierra firme.

Por otro lado, a pesar de desear llegar a Hamburgo para que Viktor recuperara la serenidad, lejos del mar, yo empezaba a aterrorizarme. Llegar supondría el encuentro del doctor con ese colega que le ayudaría a localizar a sus monstruos. Por mucho que le daba vueltas, no veía la forma de evitarlo. ¿Qué podría hacer yo durante siete largos días para desviar su atención de algo tan

importante para él? ¿Enfermar? ¿Romperme un brazo? ¿Rompérselo a él?

Cada vez que paseaba por cubierta, enumeraba en mi mente varias opciones, cada una más absurda que la anterior. Llegado el cuarto día, decidí abandonarme a la suerte e improvisar sobre la marcha.

Esa noche, después de cenar, me acomodé en mi camarote más en paz.

Hasta que la luz de un relámpago iluminó el espacio con un halo blanco antes de que un estruendo hiciera temblar la llama de la lámpara de aceite que tenía prendida en el suelo. La paz se disipó al momento para dar lugar al miedo. El barco se zarandeó, primero con suavidad, luego, con violencia. Se me agarrotó el cuerpo y las manos, que se aferraron a las sábanas por inercia. Otra luz, otro estruendo, otro zarandeo. Me aovillé y cerré los ojos con fuerza. Me coloqué la almohada encima de la cabeza para amortiguar el sonido de los truenos. Empecé a temblar.

Cada vez que escuchaba el estruendo era como si volviera a sentir la quemazón de los alambres en el cerebro, el dolor punzante de mi nacimiento.

«Que pare. Por favor, que pare».

Pero no se detuvo. Y lo único que pude hacer, mientras los relámpagos se sincronizaban con los truenos, avisándonos así de que teníamos la tormenta encima, fue aferrarme a la almohada entre gemidos.

Entonces, llamaron a la puerta.

—Señorita Allen.

Erguí la cabeza.

—¿Viktor?

—¿Se encuentra bien? Le he traído lúpulo. Por la tormenta.

Su voz me produjo un alivio instantáneo dentro del pánico. Me levanté corriendo de la cama y abrí la puerta para tirar de él hacia el interior. Después, sin pensar, me abracé a su cuerpo con fuerza, sin importarme volcar el contenido que llevaba en un vaso de vidrio.

Lo cierto es que por un momento pensé que se separaría de mí y saldría de mi camarote alegando que sería un escándalo si alguien lo

descubría allí. Pero no lo hizo. De hecho, no hizo absolutamente nada. Se quedó ahí, quieto como una estatua, mientras yo lo usaba para sostenerme, igual que había hecho yo aquella ocasión cuando se sinceró sobre su culpa cerca del Támesis. Supongo que pensó que me lo debía.

De cualquier forma, lo agradecí en silencio. La respiración se me fue sosegando y el cuerpo dejó de temblarme. Entonces, para mi sorpresa, los brazos de Viktor me rodearon.

—No durará —me aseguró.

Eché hacia atrás la cabeza y lo miré.

—¿Cómo lo sabes? —musité.

Él bajó la mirada.

—No lo sé —confesó—. Pero, sinceramente, no se me ocurre qué otra cosa decir para calmar tu miedo.

Yo fui a responder con un agradecimiento, de alguna forma sarcástico, pero otro estruendo volvió a tensarme y hundí el rostro en el pecho de Viktor. Él me pasó la mano por el cabello enredado, con delicadeza, apaciguando mis temores.

—Una tormenta me hirió —susurré.

Él no respondió. Continuó acariciándome, como si fuera un animal al que tuviera que amansar. Cuando la tormenta pareció empezar a alejarse, Viktor me separó suavemente de su cuerpo. Me aferré a su vestimenta. Me di cuenta entonces de que estábamos ambos con la ropa de dormir. Él, con una camisa suelta y unos pantalones amplios. Yo, con un camisón de manga larga que se extendía hasta mitad de las espinillas.

Me invitó a caminar hacia la cama sin fijarse en mi atuendo.

—Vamos, Marshel, recuéstate.

Me llevó hasta el colchón, esquivando con una irritante sencillez el baúl, y me ayudó a tumbarme. Yo me hice un ovillo mientras él me echaba la manta por encima. Después, se sentó en el baúl y dejó el vaso de vidrio en el suelo.

—¿Por qué has venido a verme? —dije.

Él frunció el ceño de forma fugaz, como si no hubiera comprendido la pregunta.

—Estaba con West cuando ha comenzado la tormenta. —Miró el vaso—. Creí que necesitarías algo para conciliar el sueño.

Sonreí, pero inmediatamente después me acurruqué entre las mantas cuando en la lejanía se escuchó otro trueno. Me cubrí hasta la nariz.

—Eres mejor de lo que aparentas —dije cuando se apagó el sonido—. O de lo que crees.

Viktor suspiró y, para mi sorpresa, sonrió de pronto de forma fugaz. Se pasó la mano por la nuca antes de responder con cansancio.

—No me considero un hombre bueno, Marshel —confesó.

—Has pensado en mi bienestar.

Negó con la cabeza mientras colocaba parte de una de las mantas que me arropaban. Sentí su tacto cerca del costado.

—Eso no está relacionado con mi bondad. —Apartó las manos de mí para entrelazarlas, y, con los brazos apoyados en las piernas, me miró—. Si fuera bueno, si tuviera conciencia real, ni siquiera habría llamado a tu puerta. Mi acercamiento solo puede traerte problemas.

—¿Qué quieres decir?

Suspiró.

—No puedo permitirme tener amistades cercanas o personas que me importen, Marshel.

—¿Por qué no?

—Porque esos monstruos buscan herirme, y quizá pongan el ojo en aquellos que pueden provocarme sufrimiento —respondió—. Por eso interrumpí las clases particulares. Aquella noche cuando salimos de la taberna, sabía que uno de ellos había sido testigo de nuestro tiempo en el Lion. Creí que debía poner al instante distancia para que apartaran sus ojos de ti. —Se pasó la mano por el pelo—. He aprendido a vivir en soledad, no necesito la cercanía de nadie.

—Eso es triste.

—No. No lo es.

—Todo el mundo necesita afecto.

—Yo no tengo ese derecho. —Se levantó del baúl—. Al menos no hasta que acabe con todo. —Se aclaró la garganta—. Me voy.

Descansa, Marshel. Mañana llegaremos a Hamburgo. Será un día largo.

Asentí y le deseé buenas noches. Él apretó la mandíbula y, después, abrió la puerta y se perdió finalmente por el pasillo.

Divisamos el puerto de Hamburgo a las once de la mañana.

Si la noche había sido turbia y oscura, el día había amanecido cubierto de un azul que pocas veces había visto. Las tres nubes que navegaban por el cielo eran blancas, lejos del gris lluvioso de Londres. No pude evitar expandir mis labios en una ancha sonrisa, a pesar de que el frío era más pesado y penetrante.

—Sus ojos brillan, señorita Allen —dijo el capitán West con diversión, que se encontraba al timón. Yo había subido las escaleras para ver desde popa el paisaje y me había posicionado a pocos pasos de él.

—Es la primera vez que viajo. Nunca había visto todo tan despejado.

No. Definitivamente. Era como otro mundo para mí, colorido y musical. Mientras nos adentrábamos en el río Elba no podía parar de mirar alrededor. Las casas parecían más claras, sin la oscuridad del hollín que caracterizaba las paredes de los edificios que bordeaban el Támesis, el olor del río era más dulce que salado, más turquesa que marrón, y el bullicio sonaba más armonioso y no tan basto. Aunque quizá era solo mi impresión, sugestionada por la emoción de pisar otro lugar.

Pensé en Emily, en lo que me hubiera gustado compartir con ella aquella experiencia. Tal vez habría propuesto que nos quedáramos. Deseé poder llegar cuanto antes para poder escribirle la primera carta. Todo iba bien, le diría, y le narraría lo sucedido en la travesía y nuestra llegada. Le hablaría de Hamburgo, me extendería hasta quedarme satisfecha.

No tardamos en alcanzar el puerto. Aquel sí me pareció un calco del de Londres. Supuse que, al fin y al cabo, todos debían de tener el mismo aspecto, con sus grúas elevando cargamentos y el bullicio

de descarga de los barcos y de carros que iban y venían. Aunque el sol le proporcionaba cierto grado de júbilo.

El capitán ordenó la maniobra de atraque y varios cabos fueron lanzados desde cubierta hacia el muelle para que los estibadores los atasen a los norayes, haciendo girar el barco con suavidad, poco a poco, hasta aproximarnos por completo al muelle de madera.

Los siguientes minutos fueron algo caóticos. Yo me moví por inercia, siguiendo a unos y a otros, mientras buscaba con la mirada a Viktor, pero no lo hallé por ninguna parte. Cuando me guiaron al carruaje que nos esperaba fuera del puerto, me encontré de pronto sola y desamparada. Ocupé un asiento, confusa, y aguardé lo que me pareció una eternidad. En un momento determinado, el cochero ayudó a subir a una mujer al carruaje. Debía de tener unos cuarenta años. Por su aspecto pulcro pero humilde, supuse que se trataba de una mujer de servicio. Me saludó con respeto y mantuvo la cabeza gacha y las manos entrelazadas en su regazo.

—Disculpe, ¿quién es usted? —pregunté.

La mujer me miró y frunció el ceño. No hablaba mi idioma. Estupendo.

Me eché hacia atrás, inquieta, y empecé a toquetearme el colgante. Estaba a punto de salir del carruaje cuando Viktor hizo al fin su aparición. Gritó al cochero algo en alemán y nos empezamos a mover.

—Señorita Allen —me dijo después—, esta mujer es la señora Greta Bauer, la acompañará en todo momento. Puede que en Londres no le importe moverse sola, pero en el congreso las apariencias importan, y una señorita no puede estar con un hombre sin compañía.

—Pero... no habla nuestro idioma.

—No necesitará hablar con ella. Solo será su sombra.

—Eso es injusto. Se aburrirá.

—Para eso le pagan.

Fruncí el ceño.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—A Neustadt —dijo sin prestarme atención. Miraba por la ventana, pensativo.

—¿Dónde está eso?

—Cerca. No tardaremos más de treinta minutos.

—¿Y dónde nos alojaremos allí?

—En casa de un amigo que también asistirá al congreso.

—¿Qué tipo de casa?

—Una villa.

—¿Y esta mujer es del servicio de ese amigo?

—Sí.

—¿Ha sido idea de él o suya ponerme a esta mujer como compañera?

Finalmente, me miró. Guardó silencio un momento, y, después, se inclinó hacia mí.

—¿Le interesa de verdad o está tratando de provocarme con tanta pregunta?

Apreté los labios para sostener una sonrisa.

—Me interesa de verdad.

Él sonrió. Un gesto demasiado breve.

—Fue idea mía —respondió—. No puedo permitir que la vean llegar conmigo sola.

—Qué absurdo. He viajado con usted sola.

—Eso nadie lo sabe más que la tripulación, usted y yo. Para la burguesía, ha venido acompañada con una dama que ha regresado a Londres después para atender otras obligaciones, y que volverá para acompañarla de vuelta dentro de unos días.

—Esa historia no se la creerá nadie.

—Me basta con que lo crean las personas oportunas durante el tiempo que estemos aquí. —Volvió a inclinarse hacia mí—. Y ni se le ocurra darle esquinazo.

—¿Por quién me toma?

Él se acarició el mentón.

—No estoy seguro —respondió—, pero, por algún motivo, la veo capaz. —Recostó la espalda de nuevo en el asiento—. Así que no haga ninguna estupidez. ¿Me ha entendido?

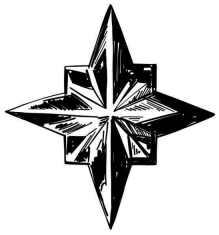
—Sí. Le he entendido.

—Bien. Ahora, guarde silencio, necesito pensar —dijo.

Y yo, por toda respuesta, volví a cruzar los brazos y cerré la boca el resto del trayecto.

19

LE HA DADO ESQUINAZO



La villa burguesa del profesor Kraus, el colega de Viktor, era casi idéntica a todas las que perfilaban por igual el canal que bordeaba el lago Alster. Sólida, de líneas rectas, con una fachada de piedra clara y el tejado oscuro a dos aguas. El jardín era pequeño, comparado con la entrada a la casa de campo de Edward, pero suficiente para albergar tres olmos plantados de forma aleatoria sobre un césped que olía a humedad.

Confieso que no me gustó en absoluto, pero el interior me pareció agradable. No estaba recargado con objetos caros, sino con cosas de utilidad.

El mayordomo, un hombre algo mayor que Viktor, nos recibió con amabilidad.

—Buenos días, doctor Frank, bienvenido de nuevo a Hamburgo. El profesor le espera en el salón —dijo en un inglés perfecto mientras recogía su abrigo.

Me fijé en sus dedos enguantados, finos y elegantes, en sus patillas recortadas con pulcritud, y en su perfil definido y perfecto. Todo en él desprendía disciplina y excelencia. Parecía tallado por un artista metódico.

Viktor inclinó la cabeza y se adelantó. El mayordomo me miró.

—Usted debe de ser la señorita Allen. —Recogió mi capa—. Mi nombre es Anthony, y estoy a su servicio para lo que necesite.

—Gracias, Anthony. —Me froté los brazos para adecuarme a la temperatura de la casa—. ¿No es usted de aquí?

—No, señorita. —Caminó para acompañarme al salón. La mujer de servicio que había venido con nosotros en el carruaje se internó por otro pasillo—. Me crie en Northampton.

—¿Y cómo fue a parar aquí?

—El profesor Kraus me ofreció empleo —respondió—. Él solía ir a la ciudad cuatro veces al año con su familia. Mis padres fabricaban calzado para los suyos.

Extendió una mano para invitarme a entrar al salón. Las puertas estaban entreabiertas y podía escuchar las voces de Viktor y otro hombre hablando en alemán. Me atreví a entrar despacio, casi pidiendo permiso, pero la puerta se abrió de golpe, haciendo que diera un respingo.

Anthony resopló a mi espalda ante la brusquedad de su señor.

—Señorita Allen —dijo el que debía de ser el profesor Kraus—, es un verdadero placer. —Me tomó la mano e inclinó la cabeza con cortesía.

Debía de tener la edad de Viktor e imaginé que, tal vez, habían estudiado juntos. Pero no podían ser más diferentes. La frialdad de uno parecía compensarse con la cercanía del otro. Los dos eran guapos a su manera, pero la calidez de Kraus, envuelta en ese cabello rubio y unos amables ojos verdes, la verdad, debía de hacerlo más atractivo para las mujeres. Para mí, sin embargo, Viktor...

—Anthony —dijo entonces el doctor, interrumpiendo mis pensamientos—, ¿puedes mostrarle a la señorita Allen cuál será su dormitorio?

El aludido asintió.

—Sí, doctor Frank —respondió mientras dejaba nuestros abrigos a una mujer del servicio—. Acompáñeme.

El cochero apareció a tiempo con mi baúl para seguirnos.

La segunda planta estaba más vacía que la primera, si cabía. No había un solo cuadro ni un solo adorno más allá de los candelabros

que salpicaban cada varios pasos las paredes sin ninguna vela encendida aún. La luz que iluminaba el pasillo venía de una ventana abierta al final. El resto eran todo puertas cerradas a un lado y a otro.

Anthony abrió una y me cedió el paso. Permití que el cochero metiera primero el baúl y lo dejara en un rincón antes de entrar yo. Cuando lo hice, Anthony me recordó que podía disponer de su servicio cuando lo deseara y, después, cerró la puerta, dejándome a solas en aquel lugar desconocido.

Di un par de pasos hacia el centro del enorme dormitorio. Lo único que llamó mi atención, aparte de la gran cama que gobernaba el espacio, fue el amplio balcón donde reposaba la copa de uno de los olmos. Salí al frío de Hamburgo y observé la ciudad que alcanzaba a ver desde allí, respirando la humedad del jardín.

Me encontraba en una ciudad nueva, muy lejos de Londres y de los monstruos que allí acechaban. A pesar del peligro que suponía el colega de Viktor, que le proporcionaría la fórmula para hallar a sus creaciones, me sentí por primera vez a salvo. Y, tal vez por ello, me invadió de pronto una extraña felicidad. Aquello hizo que entrara de nuevo corriendo para escribir a Emily con emoción. Me senté en el tocador con una pluma y uno de los pliegos que me había llevado de Londres y comencé a narrarle todo.

Cuando terminé, doblé la carta y salí del dormitorio con la intención de buscar a Anthony para saber cómo podía enviarla. Di un sobresalto en cuanto pisé el pasillo: la señora Bauer se encontraba junto a la puerta sin moverse.

—¿Qué hace aquí? —le pregunté—. ¿Me está vigilando?

Obviamente, no me respondió.

Me dirigí al piso de abajo para buscar a Viktor y Kraus y pedirles explicaciones a ellos. Los encontré en la biblioteca, después de buscar en varios salones, sentados a una mesa mientras revisaban algunos libros. De pronto, me quedé paralizada por una sospecha. ¿Era este el hombre que conocía el símbolo del hallazgo?

Entré a la biblioteca sin pedir permiso, seguida de los pasos de la señora Bauer, algo que sorprendió a Kraus, y que hizo llevar a Viktor

los dedos a su tabique nasal. Entendí que una intrusión así no era apropiada. No me importó.

—¿Usted es el hombre que conoce el símbolo del hallazgo? —pregunté.

Kraus me miró con confusión. Viktor se levantó de su asiento.

—No. No es él —respondió, y se acercó a mí—. Señorita Allen, ¿necesita algo? —De pronto, como si hubiese reparado en algo, se inclinó ligeramente hacia mí para hablarme más en confidencia—. ¿Estás bien, Marshel?

Asentí con torpeza, olvidando por un momento dónde estaba. Viktor se encontraba tan cerca de mí que me fue imposible no inhalar su aroma, dulce y fresco. Me descubrí analizando, casi sin ser consciente, unos rasgos que nunca me había atrevido a admirar tan de cerca. Los pómulos marcados por la luz del exterior, la mandíbula fuerte y tensa, la fina línea que perfilaba sus labios, la curva sutil de su nariz, y la frente ensombrecida por un par de mechones marrones. Había, además, una dureza en cada gesto, que, de alguna forma, se aliviaba al mirarme. ¿Eran acaso imaginaciones mías?

—Supongo que busca cómo enviar esa carta —intervino el profesor. Di un respingo y salí de la ensoñación. Lo miré y él me sonrió con amabilidad—. Si me la facilita, le pondré el sello y Anthony la enviará junto con mi correspondencia.

Yo asentí con agradecimiento y se la entregué. Después, salió de la biblioteca.

Viktor dio entonces un paso atrás y se pasó la mano por la sombra de la barba que ya empezaba a asomar. No se la había rasurado desde hacía dos días. Me descubrí pensando con vergüenza que le quedaba mejor así.

—No puedes entrar de esa forma, Marshel —dijo en cuanto Kraus abandonó el lugar.

Tragué saliva y agité la cabeza, deshaciéndome de la intrusiva imagen de mis dedos acariciando su mandíbula.

—¿Por qué está pegada a mí esa mujer? —pregunté, señalándola. Se hallaba en ese momento con las manos entrelazadas, junto a la pared—. No tiene sentido que esté de pie en la puerta de mi dormitorio. Parece mi carcelera.

Viktor respiró hondo.

—No es... —Se presionó los ojos con cansancio—. Estás en una casa con dos hombres.

—Soy una invitada.

—Y por eso necesitas una dama de compañía.

Me crucé de brazos.

—¿Y qué pasa con sus comidas o con su descanso?

—Se cambiará por una compañera en esos momentos.

—Así que voy a estar asfixiada hasta que regresemos a Londres.

Viktor tensó la mandíbula.

—¿Por qué lo haces tan difícil? Tener una dama de compañía es un privilegio.

—Para mí es un castigo. No tengo libertad.

—Tienes la misma libertad que en Londres. La única diferencia es que alguien está a tu lado.

—Vigilándome.

—Por el amor de Dios, Marshel.

—¿Y si quiero perderme por las calles de Hamburgo, respirar la vida de la ciudad, estar en paz conmigo misma?

—No va a estar pegada a ti. La señora Bauer caminará varios pasos por detrás. —Emitió una larga exhalación y colocó su mano en mi brazo—. Marshel, sé que no estás acostumbrada, pero te facilitará tu estancia aquí, te ayudará con lo que necesites y te cuidará.

—Si ni siquiera habla mi idioma, ¿con qué demonios me va a ayudar?

La puerta se abrió de repente y Viktor y yo nos alejamos el uno del otro de forma brusca. El profesor Kraus nos miró a uno y a otro con la ceja alzada y con un atisbo de sonrisa que prefirió guardarse para sí mismo ante la mirada hostil de Viktor.

—Si escribe otra carta, señorita Allen —me dijo—, no dude en entregármela.

Me alisé el vestido y forcé una sonrisa. Sin decir nada, salí de allí aguantando la tentación de cerrar de un portazo.

Lo único que pude destacar positivamente de aquella discusión fueron dos cosas. La primera, que Viktor era un ser humano normal

y que su austeridad se evaporaba cuando le sacaba de quicio. La segunda, que nunca había sentido una emoción tan intensa como el enfado que cargaba en aquel momento sobre mis hombros. Eso me alegró de alguna forma confusa dentro de la ira. Desde que había despertado en aquel lugar frío, mi único deseo había sido descubrir todo del mundo. Y las emociones eran lo que más ansiaba conocer. Poder sentirlo todo me recordaba que estaba viva. Así que disfruté del enfado, me deleité con él, y dejé que calara hasta lo más hondo, hasta que se tejió en mi mente una idea tan absurda como liberadora, a la que decidí dar forma por la tarde.

La comida tuvo lugar en el amplio comedor del lado este de la casa. Me senté a la mesa con una calma que pareció llamar la atención de Viktor. Sin duda, no esperaba, tras la discusión, que lo saludara con tanta amabilidad. Creo que fue en ese momento cuando comenzó a sospechar.

—Mañana será el primer encuentro del congreso —dijo Kraus.

—¿Y en qué consistirá? —pregunté tras dar un sorbo al consomé de ternera.

—El magíster Étienne Vallois hará una demostración de apertura —respondió Viktor, tal vez tanteándome—. Tendrá lugar en el ala norte de la Akademie der Wissenschaften —la Academia de Ciencias — a las nueve de la mañana.

—¿Una demostración de qué tipo?

—El magíster es conocido por sus estudios sobre transmutación de líquidos —respondió Kraus—. Apostaría a que hará algo llamativo visualmente en lugar de interesante académicamente. —Kraus se inclinó hacia mí y me susurró—. Es un teatrero —dijo y me guiñó un ojo. Yo me reí.

Viktor carraspeó de forma sonora, haciendo que Kraus recuperara la postura.

—El magíster trabaja con agua —me explicó—. Todo lo que haga con ella, teatrero o no, lo encontrará interesante, señorita Allen. El uso que hace de los símbolos es algo diferente a lo que está habituada a ver.

—¿Eso qué quiere decir?

—Lo verá mañana —se precipitó a decir Kraus—. No avancemos acontecimientos. Si no, no disfrutará de la experiencia. Y, la verdad, me gustaría que la disfrutara al máximo. —Me sonrió—. La etapa de estudiante es fascinante.

Seguimos conversando durante la comida sobre la dinámica que tendría el congreso el resto de los días. La clausura parecía consistir en un evento social con música de violines, bandejas de comida y disfrute entre colegas de alquimia. Me preocupé por cuál de mis sencillos vestidos me pondría para el acontecimiento, pareciendo este tan formal. Me mordisqueé la uña del pulgar y pensé en revisarlos todos al día siguiente.

Cuando nos sirvieron el ganso asado, la conversación menguó, y, durante el postre, prácticamente desapareció para poder degustarlo a gusto. Manzanas al horno rellenas de nueces, pasas y miel. Sin duda echaría de menos todos aquellos sabores al regresar a Londres.

—Disculpen —dije, levantándome al terminar mi plato. Ambos me imitaron—. Me retiro a mi dormitorio para descansar del viaje.

Asintieron y volvieron a sentarse cuando ya alcanzaba la puerta. Sentí la mirada de Viktor clavada en mi espalda. Cuando cerré tras de mí, me recogí la falda y eché a correr escaleras arriba con la pobre señora Bauer tratando de seguir mi paso. Pero me tragué la lástima y no me detuve hasta alcanzar el dormitorio. Me encerré en él y descansé un momento la espalda en la puerta.

No había hecho nada parecido antes a lo que me proponía hacer en aquel momento, pero siempre había una primera vez. Me acerqué al baúl y rebusqué en él mis viejos pantalones y el gabán negro. Preparé las ropas en la cama y cogí un libro cualquiera antes de echarme un rato a esperar. Aún faltaba para la puesta de sol y, probablemente, me llamarían para la cena antes. Pero yo ya no estaría allí.

Me quedé dormida al poco rato, con el libro en el regazo. Cuando desperté, lo hice sobresaltada. La luz del día se había tornado rojiza y se había levantado viento, que empujaba de cuando en cuando los cristales, lo que había hecho que saliera de mi sueño.

Me levanté corriendo y me desvestí apresuradamente, dejando solo sobre mí la camisola. Me puse los pantalones, me abrigué con el gabán, y me dirigí al balcón. Resultaba una imprudencia pretender bajar por el olmo hasta el jardín y pasear después por las calles de Hamburgo a esas horas sin conocer la ciudad. Pero supongo que se trataba de alguna forma de un acto de rebeldía. No estaba acostumbrada a sentir ese tipo de emociones desagradables y tal vez buscaba calmarlas de la peor forma posible. Sin cabeza. Y, dado que no había allí ningún monstruo, no tenía constancia de ningún peligro que pudiera retenerme.

El frío del atardecer me caló los huesos cuando pisé el exterior. Me metí la camisola por debajo de los pantalones y me hundí más en el abrigo. Me asomé para mirar al suelo. No me encontraba a una gran altura, pero sí la suficiente como para romperme una pierna. Estudié el olmo. Las ramas parecían algo delicadas, pero el tronco principal era grueso y robusto.

Pasé una pierna por la baranda y me quedé ahí un momento, a horcajadas, valorando la idea. Agité seguidamente la cabeza y pasé la otra pierna, quedándome sentada, muy cerca del árbol. Me aproximé más y más, hasta que las ramas me envolvieron las piernas. Después, con una mano aferrada a la baranda, me separé poco a poco del balcón para alcanzar una de las ramas más fuertes que encontré. Y, sin pensar, salté. Me amarré al tronco con fuerza mientras clavaba las botas en la corteza, buscando sostenerme de alguna manera. Tuve que contener las ganas de reír con energía cuando me di cuenta de que había conseguido liberarme del dormitorio. La emoción y la felicidad me inundaron, haciendo que me dejara caer poco a poco, impaciente, por el tronco, hasta pisar el suelo. Después, salí corriendo hacia las verjas.

Pero unos brazos me agarraron por detrás antes de que pudiera alcanzarlas, y me llevaron en volandas hasta la sombra del olmo que acababa de dejar atrás.

—Me aseguraste que no le darías esquinazo a la señora Bauer —susurró la voz de Viktor en mi oído—. Pero se lo has dado, Marshel.

Se me erizó la piel del cuello.

—¿Cómo lo has sabido? —gruñí, frustrada.

—Esperaba que salieras por la puerta de servicio.

Forcejeé para liberarme de sus brazos. Él me soltó y yo lo encaré. Me observaba con interés, de pies a cabeza.

—¿De dónde has sacado esas ropas?

—Tuve unos inicios difíciles.

Me recoloqué el gabán y me dirigí al tronco del olmo.

—¿Qué haces, Marshel? —dijo con voz cansada.

—Regresar a mi dormitorio.

—¿Y se puede saber por qué no entras por la puerta? —preguntó. Yo volví la cabeza iracunda mientras me abrazaba al árbol. Mi gesto pareció iluminarlo—. No quieres que la señora Bauer se entere de lo que has hecho —comprendió.

—Déjame en paz.

Salté y traté de moverme hacia arriba, pero, naturalmente, era más complejo que dejarse caer. Apenas avancé tres dedos en el eterno silencio que se hizo entre Viktor y yo.

—La señora Bauer no está contigo para vigilarte —insistió con voz monótona—. No se sentirá mal si regresas a tu dormitorio como una persona normal. Probablemente lo tomará como una travesura.

Seguí subiendo en silencio. Empecé a encontrarle el truco poco a poco. La fuerza debía ejercerla en los pies, no en los brazos. Me impulsé más hasta alcanzar una rama. Y luego otra. El ascenso se hizo más sencillo así. Hasta que una rama crujió y perdí el equilibrio.

No me dio tiempo siquiera a gritar. Cuando quise darme cuenta, ya estaba cayendo y Viktor recogiéndome entre sus brazos. Me quedé sin aliento. Su rostro, cerca del mío, pareció imperturbable. Comprendí que había estado esperando mi caída desde el primer momento.

—¿Quieres volver a intentarlo? —susurró.

Sentí su aliento en los labios, algo que me aturdió por completo. Sus manos rodeaban mi cadera y mis piernas y yo era incapaz de moverme. Sentía el peso de su piel sobre la mía, cálido, agradable. Mi mano se movió de pronto como si tuviera vida propia, atraída por él. Desde mi regazo, se aproximó con suavidad a la camisa desabotonada de Viktor, y trepó despacio por su pecho. Sus ojos se encendieron ante la lenta caricia y sus manos se tensaron. Mis

dedos llegaron hasta la piel de su cuello. La encontré suave y, después, áspera por la barba incipiente. Dos texturas agradables, a pesar de ser opuestas.

Viktor me acercó más a su cuerpo y colocó su frente sobre la mía.

Se me subió el corazón a la garganta cuando sus labios rozaron los míos. El contacto fue tan fugaz que me encogió el pecho. Mi cuerpo reaccionó antes de que mi mente pudiera comprender lo sucedido. Me temblaron las manos y se me aflojaron las piernas. Viktor me dejó en el suelo casi al instante y me separó de él. De no haber sido por el árbol, no habría podido sostenerme en pie.

—No —dijo.

Yo parpadeé, totalmente confusa, incapaz de controlar mi respiración. Di un pequeño traspiés hacia atrás, haciendo que la corteza áspera del olmo me raspara las yemas de los dedos.

—¿Qué? —fue lo único que alcancé a decir.

—No puedo.

Y, para mi desgracia, después de esa concisa respuesta, su rostro apagó toda expresión. La obstinación cubrió como un velo los ojos de Viktor, y este, sin decir una palabra más, se dio la vuelta y se encaminó a la entrada de la casa, dejándome sola en el jardín.

20

EL CONGRESO



Aquella noche no cené. Y no lo hice por no desear encontrarme con Viktor. No cené porque dudaba que fuera a digerir cualquier alimento tras la extraña escena que había vivido momentos antes. Le di vueltas en la cama una y otra vez, me acaricié los labios, tratando de rememorar aquel roce que aún ardía. Pero cuanto más intentaba revivir aquel instante, más surrealista me parecía. Resultaba imposible pensar siquiera en que él se hubiera atrevido a besarme, o al menos a intentarlo. Más imposible aún que hubiera *querido* hacerlo.

No descansé absolutamente nada. Cuando llegó el alba, parecía que no hubiera dormido ni siquiera una hora. Me sentí agotada, torpe al levantarme y casi desorientada. Cuando la señora Bauer llamó a mi puerta, agradecí por primera vez su existencia desde que me la presentaran el día anterior.

Abrí corriendo y la invité a entrar. Necesitaba su ayuda para prepararme. Se lo solicité con señales imprecisas que entendió al instante y, gracias a su eficiencia, pude estar vestida y peinada para el desayuno. Me había puesto un vestido sencillo de manga larga de un tono marrón apagado y recogido el pelo en un moño bajo. No

estaba despampanante, ni mucho menos, pero no fue aquello lo que me hizo dudar antes de entrar al comedor.

Tragué saliva. ¿Cómo debía saludar a Viktor? ¿Como si no hubiera ocurrido nada? Habíamos tenido un acercamiento, y yo me había descubierto a mí misma anhelando más. Pero Viktor me había apartado de él después como si quemara. Las preguntas brotaban por ello ahora como setas: ¿había sido yo la que se había aproximado a sus labios? ¿Estaba equivocada? ¿Tenía yo la culpa? Quizá él jamás había pensado en hacer algo así y yo...

—Señorita, espero que haya dormido bien.

El profesor Kraus apareció con una espléndida sonrisa. Detrás de él, Anthony se desviaba hacia lo que supuse que serían las estancias del servicio. Me dedicó una inclinación de cabeza cortés.

—Buenos días, señorita Allen —dijo antes de desaparecer por el pasillo.

Kraus, sin prestarle la más mínima atención a su mayordomo, me abrió la puerta del comedor para que pasara.

Encontré a Viktor mirando por una ventana al jardín de atrás, una pequeña extensión verde tan pobre en adornos como el de delante. Allí, sin embargo, no había olmos. Ni nada. Estaba tan vacío como él.

—Viktor —saludó Kraus.

—Heinrich —respondió mientras se daba la vuelta. Después me miró—. Señorita Allen —dijo. Su mandíbula se tensó y apretó los labios un instante. Su rostro me pareció de pronto una robusta casa armada con unas puertas pesadas cerradas con cuidado, pero decididas a no dejar pasar ni el silbido del viento. Comprendí que Viktor no permitiría que echara ningún vistazo a su interior. Fuera lo que fuera que pensara de lo sucedido anoche, estaba decidido a guardárselo para él.

No abrí la boca durante el desayuno. Me limité a escuchar a los alquimistas hablar sobre la materia, sin aportar nada. Solo en una ocasión Kraus quiso incluirme en la conversación, pero la austeridad de Viktor me confundía cada vez más.

Me levanté antes de terminarme el té y decidí esperarles ya preparada con mi bandolera de estudiante en un banco del recibidor

para marcharnos a la Akademie. La pobre señora Bauer permaneció de pie a mi lado de forma rígida. No me había dicho nada sobre mi extraña aparición de ayer fuera del dormitorio. Aunque tampoco es que pudiera quejarse, yo no habría entendido nada.

Toqué un lado del banco para que se sentara, pero ella negó con la cabeza cortésmente y se mantuvo en la misma posición. Emitió, sin embargo, una discreta sonrisa que me hizo sonreír a mí también.

Anthony dobló la esquina en ese momento. Cuando me vio, corrigió la dirección que llevaba a la biblioteca y se acercó a mí.

—Señorita Allen, ¿necesita algo?

Negué con la cabeza.

—Estoy esperando.

—¿Lleva aquí mucho tiempo? —Encogí los hombros. Él puso los ojos en blanco—. Iré a buscar al profesor Kraus.

Regresó un minuto después con él, que se unió a mí con una disculpa y mucho entusiasmo. Viktor, sin embargo, lo hizo con acritud.

Salimos al jardín, al camino de tierra, y nos montamos en el carruaje, que ya nos estaba esperando. Kraus me tendió la mano para ayudarme a subir, e, inmediatamente después, Viktor me siguió para ocupar el asiento a mi lado. Kraus quedó por ello en diagonal a mí. Se sentó con una extraña sonrisa, que dirigió al doctor cargada de un significado que no pude comprender. Le dijo algo en alemán, un comentario que hizo que Viktor abriera la cortinilla del carruaje con un movimiento seco y lo ignorara deliberadamente. Aquello, por algún motivo, provocó una carcajada en Kraus.

Miré a la señora Bauer, tratando de entender qué acababa de suceder, y la descubrí alternando la mirada entre Viktor y yo con curiosidad. Cuando me vio frunciendo el ceño, ella fijó rápidamente los ojos en sus pies.

Me crucé de brazos, sintiéndome absolutamente excluida.

El trayecto sucedió la mayor parte en silencio. Viktor parecía decidido a ignorarnos y Kraus me habló en un par de ocasiones para decirme que el mundo de la alquimia era traicionero, que había envidias y rivalidades, y que no debía, bajo ningún concepto, aceptar la charla de un tal Wilhelm Meyer.

—¿Por qué no? —pregunté, intrigada.

—Es un cínico y un manipulador —respondió—. Y normalmente habla de asuntos que ni él mismo conoce.

—¿Qué asuntos?

Kraus dirigió una breve mirada a Viktor. Él parecía concentrado en las calles de Hamburgo, pero tenía el semblante tenso.

—Cree que tiene derecho a opinar sobre experimentos de otros, de los que no ha sido testigo —dijo. Se alisó el frac y se quitó el sombrero para pasarse la mano por el cabello. Parecía indignado—. Simplemente —continuó, colocándose el sombrero de nuevo—, si se dirige a usted, señorita Allen, discúlpese y retírese de su presencia.

Parpadeé, confusa, pero asentí.

—De acuerdo.

Llegamos a la Akademie quince minutos después.

Se trataba de un edificio imponente de fachada de mármol gris. Su extensión podía ocupar sin duda quince casas adosadas. Tenía tres puertas de entrada, una de ellas principal, de enormes dimensiones, en el centro, y las otras dos en el ala oeste y el ala este correspondientemente. Estas, aunque eran más pequeñas, no dejaban de ser igualmente extraordinarias. Las tres estaban salvaguardadas cada una por dos columnas de piedra blanca adornadas con todo tipo de elementos que reunían artes de literatura y pintura, conocimientos de física y matemáticas, y ciencias místicas como la alquimia. Los detalles estaban cincelados de forma que unos se unían con otros con delicadeza, como si fueran un todo.

—Creí que la Akademie solo albergaba ciencia —dije cuando pude admirar más de cerca las líneas. Había hecho que los tres se detuvieran para esperar a que terminara de estudiar los grabados. Había centrado los ojos en los libros, pergaminos, cuadros y pinceles.

—La ciencia no existiría si no supiéramos escribir, señorita Allen —dijo Kraus, dirigiendo la mirada hacia los mismos grabados que miraba yo—. Y la alquimia tampoco sin el arte.

Enderecé la espalda.

—Nunca lo había pensado.

Kraus sonrió y me invitó a continuar caminando. La puerta principal estaba abierta al público.

Aguanté una exhalación de asombro al entrar.

El *hall*, todo de mármol, era despampanante. Un elegante tono gris recorría paredes y suelo, pero el techo circular era una obra de arte. Reconocidos científicos y artistas de la historia estaban retratados de forma minuciosa en una escena campestre. Estoy segura de que, de alguna forma, narraban una historia. Pero el paso ininterrumpido de Viktor hacia las grandes puertas del ala norte no me permitieron contemplarlo como merecía.

Caminé con paso rápido, tratando de seguirle el ritmo, pero al ver que Kraus lo dejaba alejarse, reduje la velocidad para caminar al paso de este. La señora Bauer pareció agradecerlo a mi espalda con una prolongada exhalación.

—¿Qué le pasa al doctor? —le pregunté a Kraus.

—Conociéndolo, diría que está meditando sobre algo.

—¿Y medita a esa velocidad?

—Oh, no, señorita. Lo que quiere es quitarse de encima nuestra presencia.

«Fantástico».

Atravesé las puertas de entrada al ala norte con los dientes rechinando. Pero el enfado se vio obligado a retirarse a un lado cuando tuve que detenerme en seco para no chocar con la multitud. Esa parte de la Akademie estaba abarrotada.

—Mire, por allí está el salón de actos —me dijo Kraus, señalando a algún lugar a la derecha.

—No veo nada.

—Oh. Claro —dijo, como si se acabara de dar cuenta de mi tamaño—. ¿Me permite? —preguntó seguidamente, ofreciéndome su brazo para que yo pudiera engancharme a él.

Y así lo hice. Miré hacia atrás para asegurarme de que la señora Bauer pudiera seguir nuestro paso, y empezamos a abrir camino. Kraus saludó a bastante gente mientras avanzábamos entre la multitud. La mayoría, alemanes, pero también a dos ingleses y un francés. Me pregunté entre presentación y presentación dónde estaría Viktor, pero no hallé respuesta hasta que no entramos al

salón, que solo estaba ocupado por el momento por una pobre docena de personas, incluido él. Podría haber parecido mucho si se encontraran dentro de mi casa en Londres, pero ese espacio debía de contener al menos quinientos asientos.

El salón de actos no era impresionante por su estética, como el *hall*, sino por su tamaño. Cinco filas de cien asientos cada una (así parecía indicarlo la numeración de los respaldos) dibujaban una semicircunferencia que encaraba el escenario, más abajo. Las filas estaban dispuestas en escalones, y unas escaleras atravesaban todas ellas por la mitad hasta el punto más bajo del salón.

Nos dirigimos a la penúltima, donde se encontraba Viktor con una postura relajada y la mirada fija en la mesa que contenía, al parecer, todos los utensilios con los que el magíster Étienne Vallois realizaría la demostración de apertura del congreso. Había una jarra de agua, varios frascos con líquidos de distintas tonalidades, algún mineral, y toda clase de pipetas, campanas de cristal, tubos, etcétera. Sentí una incipiente curiosidad por saber qué haría. Viktor y Kraus habían comentado que el magíster empleaba los símbolos de forma diferente y estaba deseando presenciar cómo.

Cuando alcanzamos nuestros asientos, Viktor nos ignoró deliberadamente. Así que yo decidí sentarme a su lado con la misma deliberación. Kraus tomó asiento junto a mí, y la señora Bauer junto a él.

Me incliné hacia Viktor cuando los cuatro estuvimos acomodados.

—Doctor Frank —susurré.

—Señorita Allen —respondió. Tenía las manos cruzadas en el regazo, y aprecié en ellas una tensión repentina ante mi cercanía. No me miró, sin embargo.

—¿Puedo saber por qué está tan arisco? —dije con una sonrisa.

Él pareció hacer un gran esfuerzo por no girar el cuello en mi dirección. Se pasó la mano por la barbilla y, por un pequeño instante, pensé que respondería, pero finalmente decidió seguir guardando silencio. Yo sentí un pinchazo de frustración en el pecho. Traté de controlarme, pero lo cierto era que lidiar con emociones con las que no estaba acostumbrada resultaba francamente difícil. Abrí la boca para mandarlo al diablo, pero la repentina presencia de alguien

frente a nosotros me distrajo. Era un joven de la edad de Emily, con una sonrisa encantadora y unos ojos azules llenos de expectación. Si hubiera tenido que apostar, lo habría hecho a que era un estudiante como yo.

—Hola, profesor Kraus —dijo, y después miró a Viktor—. Usted es el doctor Frank, ¿verdad? Es un gusto conocerle —saludó con una voz jovial. Su actitud eliminó de golpe mi enfado y me contagió de la misma ilusión que emanaba—. Soy Luke Stone, el nieto del profesor Stone. Da clases en la Golstadt en Londres.

—Oh, sí, es mi profesor —respondí antes de que cualquiera de mis acompañantes pudiera devolverle el saludo como correspondía. Al instante supe que no debería haberlo hecho. Las normas sociales eran un fastidio.

El joven pareció aturdido por mi respuesta. Vi de soslayo cómo Viktor se llevaba los dedos al tabique nasal mientras Kraus emitía una suave risa y se levantaba de su asiento.

—Luke —dijo—. Permíteme presentarte a la señorita Allen.

Sonreí avergonzada mientras me levantaba. Aunque el que pareció avergonzarse de pronto fue él. Sus mejillas se pusieron coloradas y se inclinó torpemente ante mí. Tanto, que por poco se le cae el sombrero. Viktor se levantó, haciendo que Luke se enderezara de golpe y apartara de mí su atención.

—Un gusto, joven Stone —dijo con voz monótona. No parecía sentir gusto en absoluto—. Su abuelo es un gran colega y mejor alquimista. —Aquello, sin embargo, pareció expresarlo con sinceridad.

Luke sonrió. Me miró una vez más y, después, se sentó delante de mí. Viktor le clavó la mirada en la nuca.

Poco a poco, los asistentes fueron ocupando el resto del salón. Varias personas se acercaron a saludar, y yo me ceñí, esta vez sí, a las normas en cada una de las ocasiones. Me presentaron a tanta gente que se me olvidaron los nombres de todos. Solo recordé uno, el de una mujer mayor con un peinado impecable que caminaba ayudada por un bastón, una de las pocas que había en el congreso. La doctora Teressa Green. El respeto que mostraron tanto Viktor como Kraus por ella hizo que me causara una gran impresión. Kraus

me explicó después que aquella mujer había sido una de las pocas en conseguir capturar el Azoth de Vitalidad fuera de su contenedor. Lo había eliminado un minuto después para evitar que la sustancia cayera en manos indebidas.

Cuando el salón estuvo lleno, cerraron los ventanales que iluminaban la parte de atrás y mantuvieron únicamente los más cercanos al escenario. Quedamos así en una especie de penumbra discreta.

Sentí de pronto la pierna de Viktor hacer contacto con la mía. Se me tensó todo el cuerpo. Pero él no reaccionó. No parecía ser consciente de que estaba rozando algo más que mi falda. Tragué saliva e intenté concentrarme en el magíster, que acababa de subir al escenario.

El discurso de apertura se me hizo eterno, pero cuando el experimento comenzó, no pude evitar inclinarme hacia delante para ver mejor. Por lo que pude apreciar, el magíster pretendía cambiar de color el agua. Yo había hecho un experimento parecido con Viktor en el laboratorio. Me sentí francamente decepcionada. Dejé caer la espalda en el respaldo y me crucé de brazos.

—Marshel —susurró Viktor en mi oído. Se me erizó la piel del cuello—. Presta atención. El magíster no va a realizar una transmutación corriente.

Lo miré, aturdida por su repentina cercanía. Volví a inclinarme hacia delante y a prestar atención. El magíster llamó entonces a cinco voluntarios. Dibujó en sus manos con claridad una línea al primero, un círculo al segundo, una cruz al tercero, un cuadrado al cuarto y un triángulo al quinto. Después, en el interior del símbolo del agua, incluyó los cinco con los que había marcado a los voluntarios, además de otro que no supe identificar y que, supuse, sería el encargado de transmutar. Introdujo seguidamente un poco de agua en una cavidad cuadrada de cristal, y la calentó con un mechero de alcohol. El agua se evaporó poco a poco y comenzó a ascender por un tubo hasta llegar a una campana de cristal, donde se tornó líquida de nuevo sin variar el aspecto. Fruncí el ceño.

Estaba a punto de preguntar qué acababa de pasar cuando el magíster les solicitó a los voluntarios que escribieran en un pliego de

qué tonalidad veían el agua.

Me quedé estupefacta.

El primero había indicado esmeralda. Cuando el magíster buscó entre las piedras y levantó la esmeralda, mostró que bajo ella había una línea pintada. Con el segundo pasó lo mismo. Había visto un tono azulado, y el cuarzo azul tenía pintado un círculo. Cada uno de los cinco voluntarios estaba viendo en el agua el color del mineral que el magíster había querido que vieran.

Estaba fascinada. La alquimia podía personalizarse. Los símbolos podían hacerse personales.

21

FUEGO EN LA OSCURIDAD



Cuando el magíster acabó el experimento, vinieron otros. Todos me resultaron extraordinarios. Estuve atenta a cada uno de ellos para ver si podría emplear algo para mi elixir, pero, a pesar de encontrar en ellos otras utilidades que desconocía (defensa y ataque en la lucha, algo que podría servirme en un futuro lamentablemente próximo), no hallé en ninguno nada de valor para mi dolor.

Cuando terminaron, cerca de la hora del almuerzo, el salón empezó a vaciarse. Nosotros fuimos de los primeros en salir, y comprendí entonces que quizá Viktor había seleccionado aquellos asientos a propósito. Nos dirigimos con la multitud a un nuevo recinto.

Yo caminaba expectante mientras Kraus me explicaba la cantidad de comida que servirían en diferentes bandejas a lo largo y ancho de aquel nuevo salón, más grande incluso que el que acabábamos de abandonar. Viktor, por su parte, caminaba saludando por inercia y con claro desinterés a todo aquel que se dirigía a él y, para mi sorpresa, aun siendo así de antipático, las adulaciones le llovían igual. Me pregunté qué era lo que Viktor Frank tenía de especial como para que las personas lo admirasen y apreciasen a pesar de todos sus defectos sociales. Luego me di cuenta de que yo era una

de aquellas personas y me sentí francamente descontenta conmigo misma. Decidí ignorarlo el resto del día para que no me fastidiara el congreso. Así que, una vez llegamos a un rincón junto a una mesa, le di la espalda y admiré el lugar.

Todo el salón estaba forrado. Las paredes, llenas de tapices relacionados de una forma u otra con la alquimia; el suelo, inundado por una moqueta granate que amortiguaba los pasos de la multitud; y el techo, cubierto por una capa del mismo color que la moqueta. Los ventanales eran enormes y llenaban de luz la estancia sin necesidad de prender ni una sola lámpara. Olía a comida, pero también aprecié, entre aquellos aromas a embutidos, algo más artificial, tal vez incienso.

—Señorita Allen.

La voz de Luke Stone hizo que me volviera. Se había quitado el sombrero, dejando al descubierto un cabello castaño escrupulosamente peinado hacia atrás.

—Señor Stone.

—Está usted muy sola. ¿Me permite acompañarle?

Me di cuenta en ese momento de que me había alejado de la mesa mientras admiraba el salón. No había rastro ni de Viktor ni de Kraus, solo de la señora Bauer, que parecía abrumada por el ambiente.

—Claro —respondí mientras me encaminaba hacia una zona menos concurrida para el bienestar de la pobre mujer.

—Dígame —me dijo Luke mientras seguía mi paso a mi lado—, ¿lleva mucho tiempo estudiando en la escuela de Londres?

—No. Solo un par de meses. —Sonreí—. Pero ha sido tiempo suficiente para comprobar que su abuelo es un profesor excelente.

—Sí. Sí que lo es. Él me lo enseñó todo, ¿sabe? Se alegró mucho cuando me interesé por la materia. Mi padre es un hombre de letras, e ignoró por completo a mi abuelo cuando quiso enseñarle. Yo, sin embargo, le escuchaba siempre, desde muy pequeño, maravillado por las cosas que podía hacer. —Guardó silencio un instante—. ¿Cómo se decidió usted a estudiar alquimia?

—Digamos que nací por y para ello.

—¿Así que no tuvo que ver ningún familiar en su interés?

—No. Me causaba curiosidad simplemente. Así que empecé a leer sobre ello. —De repente, tuve una idea—. Me surgen todavía, sin embargo, muchas dudas, sobre todo en cuestiones medicinales.

Nos detuvimos junto a uno de los ventanales. La señora Bauer pareció suspirar aliviada mientras se pasaba con recato la mano por la frente húmeda de sudor.

—Dígame. Quizá pueda ayudarle —respondió Luke con predisposición.

—Tengo entendido que, para prevenir los dolores de una enfermedad, es necesario inducírselos a otro ser vivo —dije—. ¿No habría otra manera?

—Me temo que no. ¿De qué enfermedad se trata?

Suspiré.

—De algo permanente, por desgracia.

Definitivamente, la única opción que quedaba era destilar Azoth y emplearlo contra alguien que mereciera sufrir lo que yo sufría. Aquel pensamiento me llevó a Teressa Green. Quizá podría buscarla y preguntarle.

Alcé la mirada y repasé el salón, pero me crucé antes con los ojos de Viktor que con ella. Para mi sorpresa, estaban fijos en mí, a pesar de encontrarse en un grupo reducido de personas que parecían deseosas de obtener su atención. Sentí las mejillas arder ante aquella mirada tan profunda. Retiró entonces los ojos de mí para dar un sorbo a su copa y centró de nuevo la atención en aquel que estaba hablando en ese momento. Su mirada parecía deslizarse por el rostro del alquimista como si buscara un hueco para escapar. Daba la impresión de estar realmente atrapado en una conversación que no le interesaba en absoluto. Terminó sucumbiendo a la necesidad de desechar a su interlocutor con toda la cortesía que fue capaz.

—¿Sabe? —dijo Luke de pronto, arrastrándome de vuelta a mi lugar, lejos de Viktor. Parpadeé, por un momento aturdida—. Dicen que es la primera vez que alguien acompaña al doctor y al profesor en el Congreso de Alquimia de Hamburgo. Debe de ser usted muy buena estudiante.

Cambié el peso de un pie a otro y estiré las comisuras de los labios, forzando una sonrisa que no me apetecía dibujar. Sus palabras contenían un pesado matiz receloso que parecía censurarme por algún motivo. Había hablado con amabilidad, me había tratado con amabilidad, y, sin embargo, esas últimas palabras estaban teñidas de otra emoción amarga.

—Supongo que sí —respondí.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce al doctor Frank?

Me froté las manos, repentinamente nerviosa. ¿Estaba siendo juzgada?

—Un par de meses.

—Ha debido de impresionarle mucho si ha decidido traerle con él.

—Yo... no lo sé. Eso debería preguntárselo a él.

Luke sonrió. Pero su sonrisa parecía una cárcel en la que estaba encerrado todo aquello que quería decir y no podía. Quise preguntar, pero el brazo de la señora Bauer hizo contacto con mi espalda e interrumpió mis intenciones. Luke me dedicó una última mirada a mí y otra dirigida a Viktor, inclinó su cabeza y se alejó.

Fruncí el ceño y me giré hacia la señora Bauer, que observaba el paso del joven con gesto severo.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunté, confusa.

Ella me miró y pareció percatarse entonces de lo cerca que se encontraba, porque se separó al momento y dijo algo en alemán con los ojos fijos en el suelo. Supuse que sería una disculpa, pero no me dio tiempo a decir nada. Viktor se acercó con una pequeña arruga en su frente que cuestionaba decenas de cosas y, a la vez, ninguna. Le habló en alemán a la señora Bauer, quien respondió con monosílabos para, después, alejarse un par de pasos y darnos privacidad.

—¿Qué le has dicho? —susurré.

Viktor dirigió la mirada hacia el lugar por donde había desaparecido Luke.

—¿Qué te ha dicho Stone? —dijo sin mirarme.

—Estábamos hablando de alquimia.

—La señora Bauer opina que no estaba empleando un tono amigable.

Alcé una ceja.

—Dudo que la señora Bauer haya dicho todo eso con dos palabras.

Viktor me miró al fin.

—No. Lo he dicho yo y ella lo ha confirmado. Qué hablabas con Stone.

Me encogí de hombros.

—Me ha dicho que nunca os había acompañado ningún estudiante en el Congreso de Alquimia de Hamburgo, ni a ti ni a Kraus.

—Y qué le has respondido.

—¿Por qué importa tanto?

Viktor respiró hondo y me miró con tanta intensidad que hizo que me encogiera. Se dirigió a la señora Bauer después y le habló al oído. Ella asintió y se quedó mirándome como si esperara algo de mí.

—Regresas a casa de Kraus —dictaminó Viktor con una inclinación de cabeza como gesto de despedida, y se giró para marcharse.

Mi mano adquirió entonces vida propia y se enredó en su muñeca. Apenas había tocado su piel cuando Viktor se deshizo de mi contacto. Un segundo. Solo sentí su calidez un segundo. Después se volvió hacia mí con el ceño tan fruncido que parecía a punto de estallarle en los ojos.

—Por Dios, Marshel, no vuelvas a hacer algo así —dijo, y me arrastró consigo hacia un rincón con tanta delicadeza y naturalidad que no me di cuenta de que nos movíamos hacia el amparo de una columna hasta que se fusionaron nuestras sombras con ella—. Tienes que entender algo —dijo con seriedad—: en este congreso hay personas importantes e influyentes. Si quieres labrarte un futuro como alquimista, no seas necia. La gente puede hablar, y con una sola palabra, pueden hundir tu reputación para lo que te queda de vida.

—No lo entiendo.

Viktor suspiró y miró a nuestro alrededor. Nadie parecía prestarnos atención.

—Marshel —dijo con suavidad—, si alguien te pregunta sobre las razones por las que te he traído al congreso, remítelos a mí y corta

la conversación —me pidió—. Las envidias son corrosivas y no dudarán en soltar un rumor sobre nosotros. Eres una estudiante brillante, y mereces estar aquí por eso, no por...

—¿Por...?

Guardó silencio. Tensó la mandíbula y cerró los ojos en un esfuerzo por contener algún otro tipo de reacción. De haber sido una tetera, probablemente habría esperado que empezara a echar humo. Pero Viktor era demasiado correcto y pulcro. Se alisó el chaleco, respiró y abrió los ojos de nuevo, esta vez con un aire distinto. Si antes me había hablado con suavidad, ahora su tono salió rotundo e inevitable:

—Regresa a casa.

Y, entonces, algo sucedió. Primero fue un olor ácido, un hilo que serpenteó desde mi nariz hasta la garganta, algo cítrico y desagradable. Después fue la oscuridad. Como un telón, cayó sobre el salón, opacando la luz de las ventanas. El silencio se hizo con el lugar como si fuera una bestia capaz de tragarse cada voz.

Sentí el cuerpo de Viktor rodear el mío. Quise hablar, pero no pude. Él tomó una de mis manos con la suya y empezó a trazar líneas en la palma. Al principio pensé que solo trataba de calmarme. Luego me percaté de que estaba trazando un símbolo.

«No te muevas».

Di un respingo al escuchar su voz en mi cabeza mientras trazaba el símbolo una y otra vez, una y otra vez, sin despegar la yema de su dedo de mi piel. Me percaté de que se trataba del símbolo de conexión. Como no tenía tinta a mano, debía trazarlo constantemente para que se mantuviera activo. El símbolo de conexión era uno de los más sencillos por un motivo: no necesitabas nada. El equilibrio radicaba en poder escuchar los pensamientos del otro igual que el otro podía escuchar los tuyos. Solo se requería que fuera uno de los interlocutores quien trazara el símbolo. Muchas personas se lo marcaban en la piel de forma indefinida para nunca romper la conexión.

«¿Qué está ocurriendo? —pregunté mientras un repentino temor arañaba mi nuca—. ¿Son los monstruos?».

Sentí un pellizco en la piel de la espalda. Tuve que tragarme la súplica para que no me golpeara el dolor en aquel momento; Viktor podía escuchar todo lo que pasaba por mi cabeza.

«No —respondió—. Es el Consejo».

Silencio. Solo había silencio.

«¿Cómo lo sabes?».

«No es la primera vez que entran sin llamar para asegurarse de que se esté siguiendo la ley en el congreso».

«¿Y es necesaria tanta teatralidad?».

«Nadie sabe quiénes son, y debe seguir siendo así. Revisarán lo que les plazca y, después, se marcharán bajo el mismo silencio con el que han venido».

«Pero... si nadie lo sabe, podría ser cualquier persona de este salón».

«Sí. Ni siquiera se conocen entre ellos mismos».

Me arrimé más a él, hasta que mi mejilla dio con su pecho. Viktor no se apartó, y aquello me dio más miedo que si lo hubiera hecho.

«¿De qué me proteges?».

«Al Consejo no le gustan las novedades».

Apenas terminé de escuchar la última palabra cuando sentí que una fuerza intangible tiraba de mí hacia atrás. Pero la mano de Viktor fue más rápida. Antes de que ese extraño tirón pudiera apartarme de él, me agarró de la muñeca y me llevó a su espalda. La oscuridad se levantó de golpe, casi enfurecida, robándome el aliento. Ya no estábamos en el salón, sino en una pequeña sala de juntas cubierta por una penumbra rojiza. La única luz que iluminaba el espacio provenía de una ventana alta cubierta por una cortina del color de la sangre que proyectaba una sombra pesada y fría. Era una sala circular, sin adornos, con una única mesa de madera negra ovalada en el centro, pulida hasta brillar aun sin luz. Alrededor de ella, cinco sillas altas y rectas estaban ocupadas por lo que deduje que era el Consejo.

Viktor no me soltó la muñeca y no permitió que se viera más que un cuarto de mi cuerpo, situado tras él. Me asomé, sin embargo, con una curiosidad punzante. Los cinco integrantes del Consejo parecían pertenecer más a una secta que a un órgano de la alquimia. Todos

estaban cubiertos por capas negras y máscaras que ocultaban por completo su rostro, cada una distinta de las demás. La que más llamó mi atención fue una de metal reluciente con los símbolos esenciales alquímicos grabados con fuego. La persona que estaba tras esa máscara, presidiendo la mesa, fue la primera en hablar con una voz modulada.

—¿Quién es la chica?

La pregunta iba dirigida a Viktor, así que me limité a escuchar.

—Es una estudiante de la Golstadt —respondió.

A pesar de encontrarse frente al poder de aquellas personas, su voz sonó casi autoritaria. No le daban miedo, ni siquiera le provocaban respeto, o, al menos, eso parecía. Comprendí que, si ya se había saltado la ley una vez con el experimento Demiurgo, poco le debía de haber importado nunca el Consejo, mucho menos ahora.

—Su nombre.

—No creo que sea necesario —dijo con sequedad—. Está bajo mi protección. Yo respondo por ella.

—Eso, doctor Frank —intervino otra voz, igual de modulada, pero menos firme. La máscara de aquel desconocido, a la derecha del primero, era gris, lisa como la porcelana—, no nos aporta tranquilidad.

—Su nombre —insistió el otro.

Casi pude sentir cómo Viktor sopesaba las opciones que tenía delante. No comprendía por qué tenía tanta aversión a responder aquella simple cuestión, pero los motivos debían de ser lo suficientemente pesados como para que se planteara incluso echarme de allí: las yemas de sus dedos me acariciaron la muñeca, comenzando a trazar el símbolo del aire. Aquel era la base para transmutar un sólido en algo volátil y poder transportarlo. Pero, de pronto, interrumpió el trazo y me liberó.

—Su nombre es Marshel Allen —respondió—. Se quedará en el congreso hasta dentro de dos días, cuando regresaremos a Londres.

—Desconocemos sus aptitudes.

—Anulad el cierre.

Por eso se había interrumpido. Miré a nuestro alrededor. Nos habían encerrado allí de alguna forma que era incapaz de apreciar.

Viktor se había dado cuenta. ¿Cómo? Me acerqué más a él si es que eso era posible, y mi falda abrazó sus piernas. Sentí una garra recorrerme la nuca hacia abajo, una caricia de advertencia.

«Ahora no. Por favor, ahora no, endemoniado dolor».

Me retorcí los dedos y cerré los ojos con fuerza tras la espalda de Viktor.

—No haremos tal cosa hasta que no se exponga —dijo otra voz—. Señorita Allen, haga el favor de dar un paso al frente.

Viktor cubrió más mi cuerpo.

—No me gusta repetir las cosas —dijo. Su voz vibró con una amenaza que nunca había escuchado—. Anulad el cierre.

El integrante que presidía la mesa se levantó. Y algo en el ambiente cambió.

Viktor me empujó hacia la pared, haciendo que cayera al suelo, mientras, en el aire, trazaba con la mano con precisión el símbolo del fuego al mismo tiempo que el consejero se deslizaba hacia un lado para valerse de otro símbolo como protección. El impacto del fuego contra la barrera intangible que había levantado el integrante del Consejo fue tan brutal que el cristal de la ventana estalló y el techo tembló. El resto del grupo no se inmutó. Yo, sin embargo, me arrinconé en una esquina. Jamás había visto nada parecido. Una transmutación instantánea, el aire convertido en otro elemento, destinado a la lucha. El fuego de Viktor resultaba hipnótico mientras revoloteaba alrededor de su mano, dejando a su paso una estela gris. Sus ojos estaban inyectados en sangre, pero su cuerpo permanecía imperturbable, su respiración, controlada, su paso, cuidado. Parecía la sombra de la muerte, deseando deleitarse con un alma podrida.

El silencio estaba roto por el crepitar del fuego y por la respiración agitada del consejero. Intentaba mostrar la misma serenidad que Viktor, pero su cuerpo lo delataba. No podía enfrentarse a él, y no quería.

Alzó la mano y la deslizó por el aire como si quisiera espantar una mosca molesta. Viktor cerró su puño y deshizo el fuego. Después, me cogió del brazo y me ayudó a levantarme.

—Gracias —fue lo único que dijo antes de salir por la puerta.

22

AL DIABLO LAS NORMAS SOCIALES



No estábamos en la Akademie. Cuando Viktor me guio hacia el exterior por un pasillo tan angosto como oscuro, nos encontramos de pronto con un páramo negro desde donde apenas se apreciaba a lo lejos la luz difusa de Hamburgo. Estábamos a las afueras, y había caído la noche. Atrás dejábamos un edificio estrecho y alto. Las paredes de ladrillo negro estaban cubiertas por una capa de enredaderas que parecían tratar de volcar la construcción. Los cristales, casi opacos, empañaban el interior. Tuve que pegar la cabeza a la nuca para alcanzar a ver el tejado a dos aguas que, en lugar de servir como techo para el edificio, se me antojaba más una mano que luchaba para hundirlo.

Viktor me colocó el frac sobre los hombros. Me di cuenta entonces de que estaba temblando.

—Ven —me dijo, tomándome de la mano, y caminamos en silencio hasta alcanzar una distancia prudente del edificio del Consejo. Entonces Viktor me indicó que permaneciera quieta mientras, con una piedra, se hacía un corte en el antebrazo sin inmutarse, como si aquello fuera algo corriente.

—¡¿Qué haces?! —exclamé.

Él no me permitió acercarme. Dibujó un amplio círculo a mi alrededor con la piedra humedecida en sangre. Dentro de él, a mis pies, hizo el símbolo básico del aire y, en su interior, el retazo de un hogar a base de espirales, que representaban el retorno.

Entró en el círculo conmigo y, con suavidad, colocó su mano en mi cintura, bajo el frac, sobre mi cicatriz. Me quedé sin aliento cuando, poco a poco, sus dedos fueron deslizándose hacia mi espalda y, una vez allí, me atrajeron hacia su cuerpo. Sus ojos, vagamente iluminados por la luna despejada, me contemplaron con una expresión indescifrable.

—Te llevaré a casa —susurró.

Yo asentí. Me aferré a su chaleco y él tiró la piedra fuera del círculo. Aseguró su otra mano también sobre mi espalda y no permitió que me separara de él ni un palmo cuando, de pronto, la misma fuerza que nos había arrastrado a la sede del Consejo tiró de mí para llevarme a otro lugar. De no haber sido por el peso sólido de las manos de Viktor, me habría perdido en mi propio cuerpo, incapaz de sentir ni una sola extremidad.

Pero, entonces, un destello vibró, y volví a sentir pies, manos, piel y corazón. Pisé suelo y me embriagó un baño de calor. El salón de Kraus se dibujó a nuestro alrededor, al principio como un espejismo; después, como un lugar real.

—No sé por qué intuía que llegaríais por la ventana.

Kraus nos miraba desde el sillón, con una mueca divertida y curiosa tras una taza de té. Anthony se encontraba próximo a él, bajando el brazo para acomodarlo tras su espalda, como si lo hubiera tenido apoyado un segundo antes en el respaldo del sillón.

Viktor miró al profesor con el gesto contraído con desagrado. Me liberó, dejando dos huellas heladas en mi cintura, y encaró a su amigo mientras se llevaba la mano al cuello para arrancarse el *cravat*. Cubrió la herida que se había hecho con la piedra y apretó la tela con un fuerte nudo después de darle varias vueltas alrededor del brazo.

—Al Consejo no le ha gustado la presencia de la señorita Allen. Regresaremos a Londres antes de lo previsto.

—El Consejo puede besar mi culo alemán. —Sonrió—. No deberías haberlo hecho —añadió, señalando la sangre.

Viktor se arremangó con cuidado.

—No me han dejado opción —respondió mientras se dirigía a una bandeja llena de licores y se servía un dedo de uno en particular en un vaso corto de vidrio.

—Lo dudo mucho.

—Nos habían encerrado —intervine.

Kraus se inclinó hacia delante para dejar la taza en una mesita y apoyó los antebrazos en las piernas. Me contempló con inquietud. A mí y al frac de Viktor.

—Una molestia demasiado grande por una joven estudiante. —Miró a Viktor—. ¿Frank?

Él bebió un trago y, con una mano en el bolsillo, admiró el fuego de la chimenea antes de responder.

—Creen que alguien más sobrevivió aquella noche —respondió, estoico—. Buscan un testigo para condenar mis actos. Sin testigos, no hay delito.

Se me erizó la piel del cuerpo.

—Y piensan que la señorita Allen podría ser una de las alquimistas que formó parte del experimento. —Kraus se levantó del asiento y se estiró con cansancio. Le dedicó una sonrisa a Viktor mientras se servía también una copa. Yo traté de no temblar ante el asunto de la conversación—. Qué retorcidos. ¿Cómo pueden pensar algo así de una joven inocente? Solo es la primera vez que alguien te acompaña bajo tu protección y cuidado. ¿Quién se va a imaginar que la razón podría ser que quizá guarda un secreto tuyo que debes asegurar?

Viktor alzó una ceja brevemente con un aire molesto ante la ironía de Kraus, lo que provocó que este soltara una carcajada. Vi a Anthony poner los ojos en blanco antes de retirarse a un lugar más reservado, cerca de la puerta.

—¿Alguien sobrevivió? —me atreví a preguntar en voz baja, temiendo que el tono delatara mi miedo.

Los dos me miraron.

—No —dijo Viktor—. Ni uno solo de los alquimistas salió vivo de esa sala.

Me pasé las manos por el vestido, secando el sudor acumulado, y me quité el frac de Viktor, que Anthony recogió con amabilidad.

—¿Y entonces por qué piensan eso?

Viktor dejó el vaso en la mesita de los licores.

—Porque fui yo quien soltó el rumor —respondió—. Sabía que esos monstruos buscarían matarme igual que a los demás. Si yo era el único, no tardarían en darme caza después de arrebatarme todo cuanto quisiera. Siendo dos, no estarían todos sus esfuerzos puestos en mí.

Parpadeé. Jamás me habían hablado los monstruos de aquella otra persona. Pero, ahora, conversaciones del pasado comenzaban a cobrar un sentido del que en aquel momento carecían. Casi podía escucharlos discutir sobre la forma de morir de cada alquimista. Insistían en las gargantas arrancadas, los cráneos aplastados, dudaban y se enfurecían. Por aquel entonces había creído que solo se recreaban en la masacre. Ahora comprendía que trataban de recordar si los habían matado de verdad o cabía la posibilidad de que alguno hubiera sobrevivido. Tras conversar sobre aquello, habían llegado a la conclusión de que era imposible que alguien hubiera salido vivo de allí.

El recuerdo de las muertes, de la sangre y del olor de aquella noche hizo que me encogiera.

—Creo... creo que iré a descansar.

Viktor dio un paso hacia mí, pero no le di tiempo ni a preguntar ni a acercarse. Salí por la puerta con un sabor agrio en la lengua. Me recogí la falda del vestido y corrí por las escaleras hacia mi dormitorio, con una incipiente sensación de malestar. La señora Bauer, que aguardaba a las puertas, pareció respirar con alivio al verme. Le dediqué una única mirada amable y me interné en la habitación con urgencia. Un gemido trepó entonces por mi garganta casi desesperado antes de que el dolor me hiciera doblarme por la mitad.

Chillé en silencio, ahogada, mientras sentía el desgarro recorriéndome la columna vertebral, trepando desde abajo, atravesando cada espacio entre los huesos como si los estuviera arrancando uno a uno. La respiración se me volvió errática, caí al

suelo y traté de ver algo entre las lágrimas. El elixir. Necesitaba el elixir.

—Señorita Allen.

Viktor. No...

Otro desgarro. Me llevé la mano a la boca para amortiguar el grito de dolor. Ardía, la piel de mi espalda ardía y la sentía abrirse como las páginas de un libro. Me arrastré a trompicones hasta el baúl. El mundo se estrechó y se llenó de puntos negros. Palpé la superficie de la ropa, busqué entre las telas, bajo ellas. La caja.

Con torpeza y urgencia agarré un frasco.

—Señorita Allen, ¿está bien?

Me lo llevé a los labios y bebí. El líquido me recorrió la garganta y el interior hasta llegar a la cicatriz, donde se posó con amabilidad para calmar todo el dolor. Me dejé caer al suelo y cerré los ojos, exhausta, bajo un sudor frío, y con la ácida sensación de ser solo carne ensamblada en lugar de un ser humano. Pero dentro de aquella oscuridad, una luz oscilaba con suavidad, deslizándose frente a mí como las olas del mar. Me di cuenta entonces de que la señora Bauer había dejado una lámpara de aceite en el tocador, prendida para mi llegada.

—Señorita Allen, hábleme.

Parpadeé y me incorporé con esfuerzo. Coloqué apresuradamente la caja dentro del baúl y tiré el frasco al interior de cualquier forma antes de cerrarlo. Después, me alisé el vestido, me limpié el sudor de la frente y me acerqué debilitada a la puerta. Me aclaré la garganta antes de hablar.

—¿Qué desea, doctor Frank?

—Parecía espantada cuando ha salido del salón. Quiero saber si se encuentra bien.

Apoyé la frente en la madera y respiré hondo.

—Sí.

Casi pude escucharlo dudar.

—¿Por qué ha salido corriendo?

Tragué saliva.

—No me gusta hablar de sus monstruos.

—Le aseguro que no volverán a hacerle daño.

El recuerdo del disparo resonó como un eco por todo el dormitorio. Viktor me había salvado de morir asfixiada por su sexta creación. Después, la había desintegrado con una de las jeringas que tenía destinadas para cada monstruo, sin saber que tenía frente a él a otra de ellos.

—Eso no puede asegurármelo.

Lo sentí de pronto más cerca de la puerta. Pensé que trataría de abrir o que insistiría, pero nada de eso sucedió. Guardó silencio lo que pareció una eternidad, y lo imaginé igual que a mí, con la frente apoyada, los ojos cerrados y rezando por poder atravesar la madera y abrazarme a él. Pero la cicatriz aún palpitaba. No me atreví a moverme. Y él, finalmente, me deseó buenas noches y se marchó.

No dormí. El sonido del viento era molesto y la cama me resultó más incómoda que el día anterior. El dormitorio, con toda su amplitud, se me antojó minúsculo. Terminé levantándome para encender la lámpara y escribir a Emily bajo aquella tenue luz. Le narré todo lo sucedido aquel día sin saltarme un solo detalle. Le hablé de la capacidad de Viktor de usar la alquimia como si fuera un ser de otro planeta, del Consejo y de su persecución al doctor, de los experimentos que se habían expuesto en el congreso. Y de mis miedos. Tras desearme buenas noches y marcharse, me había percatado de la verdadera razón por la que no le había abierto la puerta a Viktor. No había sido por sentir aún la cicatriz viva; había sido por temor a él. Si llegaba el momento de tener que defenderme, después de contemplar aquella demostración de poder con el fuego, tenía claro que no iba a salir viva del enfrentamiento. Si Viktor descubría quién era, estaba definitivamente muerta.

Hundí el rostro entre las manos con cansancio. Tendría que haber seguido el consejo de Emily y haberme quedado en Londres, lejos de él.

Me levanté y me dirigí a la puerta con la lámpara. Necesitaba caminar y pensar. Cuando salí al pasillo, la señora Bauer no estaba. Ni ella ni ninguna otra persona. Arrugué el ceño ante aquel rincón vacío. Tal vez Viktor me había dado tregua, quizá por el desagradable suceso. Tal vez no quería que tuviera algo que me incomodara también en aquella casa.

Sonreí con cansancio y me recoloqué la lámpara para asirla mejor.

Miré a ambos lados del pasillo, indecisa, y terminé bajando las escaleras para dirigirme a uno de los salones pequeños en busca de algún libro. Los tramos de suelo que estaban desprovistos de alfombra helaban mis pies desnudos. Caminé con paso rápido hasta que alcancé la cálida moqueta que cubría el pasillo de las habitaciones del lado este del piso bajo. Me fui asomando en cada una, en busca de alguna cálida. Pero antes de que pudiera encontrarla, la voz de Viktor me golpeó en la espalda como la picadura de una avispa. Di un respingo y me volví cuando me preguntó qué hacía allí.

Sus ojos parecían agotados, y su aspecto distaba mucho de la elegancia que lo había caracterizado durante el congreso. Llevaba una camisa suelta arremangada, dejando al descubierto la herida del antebrazo, que alguien había suturado y limpiado, y unos pantalones anchos. Su figura seguía siendo recta y serena, pero parecía más... humano.

—No... no puedo dormir —respondí con un hilo de voz—. Buscaba algo para leer.

Mi mente gritaba peligro, pero mi cuerpo respondía a otras señales. Respondía a su paso cuidado, su cercanía amable y la calidez con la que envolvió mi mano y retiró de la otra la lámpara para guiarme por el pasillo. Me dejé llevar, como si fuera inevitable, como si solo existiese aquella posibilidad y la negación no formara parte de mi vocabulario.

—Kraus tiene una pequeña biblioteca que no suele visitar —dijo. Y continuó hablando de temáticas y cosas nada relevantes para mí en aquel momento. Solo podía admirar su perfil y sentir sus dedos sobre mi piel. Cuando abrió una puerta y me invitó a pasar a mí primero, no tenía ni idea de qué era todo aquello que me había estado contando. Recé por que no preguntara y me interné en la biblioteca ya libre de su contacto.

La tenue luz de la lámpara iluminó un espacio sencillo. Dos únicas estanterías cubrían las paredes haciendo esquina y un sillón abrigado por una manta de terciopelo parecía aguardar con impaciencia a un lector junto a la ventana. Al lado, una mesita, quizá

para el té, quizá para una vela. Mis pies descansaban sobre una moqueta de lana marrón.

Cuando me di la vuelta, encontré a Viktor mirándome.

—¿Necesitas algo más? —me preguntó en voz baja mientras dejaba la lámpara en la mesita.

Me alisé el camisón y me abracé para frotarme los brazos.

—¿Por qué estás tú despierto?

Él miró hacia la ventana, hacia la oscuridad de los jardines. El cristal devolvía el reflejo de nuestros cuerpos encarados, iluminados por la luz cálida de la lámpara, pero Viktor no parecía reparar en ellos, sino en la noche. Yo, sin embargo, no pude evitar compararnos. El cabello negro me caía hasta el final de la espalda, enredado y caótico, y el camisón, largo hasta debajo de las rodillas, era demasiado grande para mi pequeño cuerpo. Viktor, por el contrario, a pesar de su pelo revuelto y las ropas anchas, resultaba imponente. Era alto y ancho de hombros, fuerte, y parecía inquebrantable.

—Tengo demasiado en que pensar —respondió, cansado.

Tragué saliva y me acerqué. Sus ojos parecían igual de atormentados que la primera vez que lo vi en la taberna. Había llegado a ver luz en ellos, pero ahora... ahora solo había algo taciturno en sus profundidades.

—No sabía que pudieras emplear así la alquimia —dije, tratando de espantar por un momento sus fantasmas.

Él parpadeó y me miró.

—La sangre es el mayor sacrificio que puedes entregar. Si sabes emplearla bien, la naturaleza te dará lo que le pidas. —Se acercó a mí despacio y me mostró el cordón negro que llevaba siempre en la muñeca—. Observa con atención.

Cogí su brazo con cuidado y me incliné para ver más de cerca. Acaricié el cordón, en busca de algo. Allí, entre los hilos que lo conformaban, había un alfiler.

—Así creaste el fuego —comprendí.

Se había pinchado. Sabiendo dónde se encontraba el alfiler, solo necesitaba llevar el dedo de la mano contraria allí y presionar una

vez para emplearlo como tinta. Había teñido el aire con su sangre de una forma tan delicada como efectiva.

—Pero entonces —susurré—, ¿por qué no se emplea siempre la sangre en la alquimia?

—Porque la sangre oscurece la transmutación. Y puede traer consecuencias a largo plazo, como corroerte por dentro. Por eso a Kraus no le gusta que la utilice. —Se pasó la mano por el pelo—. Además, es ilegal.

Volví a posar la mirada en la pulsera y a pasar el dedo pulgar por el cordón. La piel de Viktor se sentía suave y cálida. No pude evitar deslizar el dedo más abajo, acariciar la línea con la que daba comienzo la palma de su mano. Entonces, esta se movió rápido, y, con un giro, atrapó mi muñeca y me atrajo hacia él. Me quedé sin respiración.

—No debería estar aquí —dijo, más para sí mismo que para mí. Aun así, no se movió. Casi le rocé el pecho con la barbilla cuando alcé la cabeza para mirarlo.

—No... —respondí con un hilo de voz.

Su mirada parecía torturada. Su mandíbula, sumamente tensa. Coloqué la mano con cuidado sobre su pecho, sobre su respiración, sobre su corazón, que latía al mismo ritmo que el mío. Y, entonces, el brillo de sus ojos cambió. Dio un paso hacia delante, haciendo que yo reculara hasta la estantería.

Su aliento se mezcló con el mío. Sus dedos me acunaron la mejilla.

—No debería estar aquí —repitió, acariciándome con el pulgar el labio de abajo—. No es correcto...

Sentí cómo el corazón se me detenía un momento. Y, después, se me nubló la mente por completo.

—Al diablo las normas sociales —susurré con hambre.

Silencié lo que fuera a decir uniendo mis labios con los suyos.

23

UNA TRANSMUTACIÓN CONVERTIDA EN SANGRE



La primera reacción de Viktor ante el contacto fue alejar su rostro del mío. Pensé que lo había espantado, pero lo que vi en sus ojos distaba mucho del miedo. Me contempló como si fuera la respuesta a su pesar, la luz del oscuro mundo en el que llevaba sumido mucho tiempo. Viktor Frank me miró con una intensidad que inundó de calor mis mejillas. Y, después, volvió a unir nuestros labios con un hambre voraz.

Con una mano envolvió mi mejilla y con la otra, mi cintura. Me llevó tras la puerta, que aún permanecía abierta, en un rincón oculto al resto del mundo. Mi cuerpo respondió. Me puse de puntillas y me abracé a su cuello mientras abría la boca para recibir la caricia de su lengua contra la mía. Sabía a licor dulce, tan en consonancia a su beso que creí por un momento que me fallarían las piernas ante cada estímulo. Todo era nuevo, todo era poco. Quería fundirme con él, besarlo hasta saciarme. Su lengua me provocó un escalofrío. Gemí sin poder evitarlo. Y, entonces, Viktor se separó con suavidad de mí de nuevo, apenas un poco, sin que sus labios dejaran de rozar los míos. Parecía tan exhausto como yo.

—No... —susurró.

Su pecho subía y bajaba erráticamente mientras sus dedos dibujaban líneas imprecisas en mi cintura. Me acarició la comisura de la boca con el pulgar de la mano que me acunaba la mejilla. Y, después, llevó los labios a mi frente en un suave recorrido por mi piel.

—No puedo ofrecerte nada, Marshel. No por ahora —se lamentó.

Mis manos descendieron por su pecho para aferrarse a su camisa.

—Ya lo sé. No me importa —susurré, sin aliento—. Quiero que me beses otra vez.

Lo sabía. Sabía por qué no podía, por qué no quería. Sus creaciones estaban sueltas y amenazaban todo a su alrededor.

Viktor apartó los labios de mi frente y me miró. Su cuerpo seguía caldeando el mío. La mano que tenía en mi cintura se deslizó hacia mi espalda. Los dedos que antes me acunaban la mejilla ahora llevaban un mechón de mi cabello tras la oreja.

—Bésame otra vez, Viktor —repetí.

Y él me besó. En esta ocasión, el beso fue más medido, como si quisiera conocer con precisión cada uno de los rincones de mi boca. Su mano se hundió en mi cadera, su cuerpo se apretó contra el mío. Yo me perdí en todas las sensaciones que despertó en mi interior. La parte baja de mi vientre estaba en llamas. Quería más. ¿Qué más podía darme? Mi cuerpo parecía insatisfecho de alguna manera que no llegaba a comprender.

Trastabillé con la estantería que quedaba a nuestro lado, haciendo que los libros se tambalearan y que uno cayera al suelo. Viktor se aferró a un estante mientras profundizaba el beso y, entonces, escuché unos pasos acercándose.

Él reaccionó antes que yo. Se separó de golpe y ambos nos quedamos quietos. Yo, fuera de mí. Él, con una calma que envidié por completo. El único signo que delataba que había formado parte de una escena inapropiada era el cuello de la camisa que yo había tenido la poca vergüenza de descolocar. Yo, por el contrario, sentía los labios hinchados, la respiración acelerada y las mejillas rojas.

Viktor se llevó el dedo a los labios, instándome silencio.

Los pasos avanzaron por el pasillo con familiaridad, con la única compañía de lo que parecía la luz de una vela. Se colocó la camisa,

alisó las mangas de mi camisón y, tras dedicarme una fugaz caricia en la mejilla con el dorso del dedo, franqueó la puerta, cogió la lámpara de la mesita, y me miró una última vez con la mandíbula apretada antes de cerrar y dejarme sumida en la oscuridad.

La voz de Kraus llegó entonces a mis oídos, amortiguada por la pared. Le dijo algo a Viktor en alemán que obtuvo como respuesta un monosílabo seco. Después, los pasos de ambos se alejaron y yo apoyé la espalda en la puerta tras una larga exhalación, aún con el corazón desbocado.

Me llevé la mano a los labios. Nunca me habían besado.

Estaba pisando un terreno peligroso. Estaba acercándome demasiado. Pero me resultaba imposible escapar. Me aproximé a la ventana cuando empecé a acostumbrarse a la oscuridad, y contemplé el cielo estrellado. Viktor Frank era una maraña de pasadizos y laberintos que escondían garras capaces de destruirme de las formas más dolorosas, y yo, como una estúpida, estaba segura de que al final, lejos de todo aquel peligro que él suponía para mí, hallaría un arco celestial tras el que podría descansar en paz, a su lado, sin amenazas.

Ilusa.

Me cogí un mechón de pelo y empecé a amasarlo como si pudiera dar forma a una decisión. Podría dejarlo estar, podría ignorar lo sucedido, ignorarle a él y centrarme en el conocimiento que estaba aportándome el congreso. Podría regresar a Londres, abandonar la academia y la ciudad y mudarme al campo para disfrutar mi vida. Podría hacer decenas de cosas para alejarme de Viktor Frank. Pero ninguna de ellas me hacía feliz. Estaba dispuesta a hacer peligrar mi existencia por compartir mi tiempo con la persona que estaba decidida a destruirme. ¿Cómo podía anteponerlo a él por encima de mi bienestar? ¿En qué se basaba aquella decisión tan distante al instinto de supervivencia?

Volví a llevarme la mano a los labios. Una emoción fina, afilada como la hoja de un cuchillo recién estrenado, empezó a revolverse en mi interior, sesgando a su paso cualquier signo de duda. Había algo en mí dispuesto a defender lo que fuera que estuviera sintiendo. Partió por la mitad vacilaciones, destripó miedos, amenazó

decisiones y escudó el recuerdo del sabor de los labios de Viktor como si fuera la joya más valiosa.

Regresé a mi dormitorio aquella noche con la necesidad opresiva de contarle todo aquello a Emily. Pero, tras encender una vela y sentarme frente al tocador, no fui capaz de revelarle ni uno solo de mis pensamientos e inquietudes.

Cuando la señora Bauer llamó a la mañana siguiente a la puerta de mi dormitorio, yo sentía que no había dormido en absoluto. El cuello me sudaba y, tras incorporarme y sentarme al borde de la cama, me sentí mareada y agotada.

Me levanté despacio, diciéndole a la mujer que esperase un momento, aunque sabía que no iba a entenderme, y me acerqué a la mesita que contenía la jarra con agua y un vaso. Mientras bebía, dirigí la mirada a mi reflejo en el cristal del tocador. Lo primero que vi fue una tez gris y enfermiza que no había visto hasta entonces. Lo segundo, un hilo colorado a un lado del cuello. Me giré un poco para ver qué era y, si mi piel estaba antes gris, se tornó pálida al momento. Tenía el cuello empapado en sangre. Me llevé la mano a la nuca con urgencia mientras sentía la habitación inclinarse, y, abandonando el vaso y trastabillando con la mesa, me acerqué al cristal para analizarme más de cerca. Descubrí con espanto que parte de la cicatriz se me había abierto.

Se me cortó la respiración. Y la señora Bauer volvió a llamar.

—No...

Corrí hacia la puerta. Con dedos torpes, cerré con llave. Me temblaban las manos, y la sangre, aunque seca, ahora que la había visto, pesaba como plomo. Me dirigí al barreño, ahogada en náuseas, y traté de limpiarme la herida lo mejor que pude. La cicatriz se me había abierto durante la noche, pero, al palparme bien, me di cuenta de que se había vuelto a cerrar en algún momento. Yo, que pensaba que estaba nadando en sudor, en realidad nadaba en sangre. Me quité el camisón, teñido de rojo, igual que las sábanas, e hice una bola con él para abrazarlo con desesperación. ¿Qué podía hacer? El corazón me latía en las sienes

y, por mucho que miraba a mi alrededor, no encontraba una vía de escape a aquella situación.

La señora Bauer llamó otra vez y dijo algo en alemán. Después, escuché sus pasos alejarse. Iba a avisar a alguien. Seguro que sería a Viktor. Empecé a pasear por el dormitorio, con las uñas hundidas entre los dientes. Terminé por echar el camisón al barreño y por arrancar las sábanas de la cama y la almohada para hundirlas también en agua. Un símbolo. Necesitaba un símbolo. Diría que lo había echado todo a lavar porque estaba menstruando. Pero primero necesitaba borrar la sangre del cuello del camisón, de la almohada y de los bordes de la sábana.

Cogí el jabón y clavé las uñas en él sin dejar de pensar mientras caía de rodillas junto al barreño.

Había decenas de símbolos de aceleración. Conocía el de solidez, el de evaporación, el de fusión, incluso el de reproducción. Pero para lavar... ¿qué se usaba para lavar? Siempre había empleado las manos, siempre había frotado. Emily y yo nunca habíamos usado la alquimia para lavar la ropa.

Sentí la urgente necesidad de echarme a llorar.

«Piensa, maldita sea, Marshel».

Llamaron a la puerta. La voz de Viktor sonó preocupada cuando habló.

—Señorita Allen, ¿se encuentra bien?

Tragué saliva, respiré hondo. El jabón apenas era capaz de mantenerse estable entre mis manos.

—Sí. Solo... necesito un momento.

Entonces recordé el Símbolo del Retorno. Eso era lo que necesitaba. Pero había que usarlo con precaución. El Símbolo del Retorno devolvía el material a su forma original. Si las sábanas eran de algodón, las desharían hasta convertirlas en meros hilos, por lo que necesitaba añadir una marca para que retornara al momento oportuno. Un estado. Solo necesitaba deshacer un estado. Así que, después de frotar el jabón hasta hacer espuma, dibujé en la superficie del agua el símbolo, añadí también el del tejido para especificar el material a tratar y, a su lado, el número uno romano. Después, hundí la mano izquierda en el agua y, con ella, el símbolo

hecho con espuma. Entre el jabón, la sangre pareció vibrar. La fórmula estaba usándola como compensación.

—Si me necesita, estaré aguardándola aquí mismo.

Me mordí la lengua para no responderle con un agradecimiento, pues la sentía entumecida y torpe mientras contemplaba con impaciencia las telas. Fueron dos segundos eternos. Entonces, la sangre comenzó a liberarse del camisón, las sábanas y la almohada con lentitud, tiñendo el agua hasta hacerla parecer vino.

Liberé una exhalación de alivio tan larga que sentí los pulmones exprimidos hasta casi tocarse una pared con otra. Me levanté del suelo con el esfuerzo de quien pasa días en la misma postura, débil y exhausta, y me envolví en una bata de seda negra que me resultó más pesada y fría que el invierno en el cuartucho.

Me dirigí a la puerta, dubitativa, y giré despacio la llave. Abrí apenas lo suficiente para ver y ser vista.

Encontré a Viktor mirando su reloj de bolsillo, lúcido, como si llevara tiempo vestido y atareado. La señora Bauer se encontraba a su lado, con las manos entrelazadas en su regazo. Nada más abrir, ambos rostros se alzaron para mirarme. Viktor dijo algo en alemán que hizo que la señora Bauer se perdiese por el pasillo. Después, se acercó, con una única arruga en su ceño como muestra de preocupación.

—Estás enferma.

Tardé un momento en responder, perdida por un instante en el movimiento de sus labios. Casi podía sentirlos de nuevo contra los míos. Me ruboricé sin poder evitarlo y agité la cabeza, cerrando un poco la puerta para evitar exponer el color de mis mejillas.

—Solo... —me pasé la mano por el pelo— me he mareado al levantarme—. Me aclaré la garganta—. Estaré bien.

Viktor se acercó un paso más, hasta que cubrió por completo el pasillo con su cuerpo y dejé de poder ver otra cosa que no fuera él. No me creía.

—Si es por lo que sucedió anoche —susurró, mirándome los labios —, lamento muchísimo mi atrevimiento, Marshel.

—Yo no —respondí demasiado rápido.

Me di cuenta entonces de que tenía la mano tan aferrada al picaporte que se me habían puesto los nudillos más pálidos de lo que tenía ya la propia piel. No me atreví a aflojar el agarre, temiendo que los dedos se tomaran el atrevimiento de aferrar a Viktor del *cravat* y arrastrarle al interior del dormitorio. Así que, con una mano en el picaporte y la otra sosteniendo la lazada de la bata, tragué saliva y contemplé el rostro dubitativo de Viktor. Era la primera vez que veía en él una clara inseguridad, pero verdaderamente no parecía tener idea de cómo proceder. La profundidad de sus ojos mostraba un enredo de posibilidades, y su cuerpo se encontraba a una intención de perderse en el mío. Nos habíamos inclinado el uno hacia el otro sin ser conscientes. Casi respiraba el aire que Viktor expulsaba.

La mano que tenía enredada en la lazada de la bata pasó a enredarse en su chaleco. Viktor colocó la mano sobre la mía, y unió nuestras frentes con suavidad, haciendo que la puerta se abriera más.

—¿Es esto lo que quieres, Marshel?

Asentí. Y, entonces, Viktor dio un paso atrás. No entendí su reacción, hasta que escuché unos pasos aproximarse por el pasillo. Me recoloqué la bata y el pelo torpemente, como si acabase de cometer un delito y tuviera que fingir inocencia. Viktor, por el contrario, permaneció sereno, igual que la noche anterior. No sabía de dónde había sacado tanto estoicismo, pero era urgente que me transmitiera esa habilidad si yo pretendía que sus labios estuvieran pegados a los míos varias horas al día.

Inclinó suavemente la cabeza hacia mí.

—Señorita Allen —se despidió.

Una pequeña arruga en la comisura de su boca fue lo único que me confirmó que había comprendido mis deseos y que estaba dispuesto a contentarlos. Cuando la señora Bauer entró en escena, él ya se alejaba por el pasillo en dirección a las escaleras.

La dejé pasar, sumida en una extraña nube de felicidad. Hasta que la señora Bauer emitió un extraño ruidito antes de pronunciar un cuidadoso «¿miss?» a mi espalda.

Recordé de pronto lo que había dentro del dormitorio.

Cerré corriendo y me dirigí inquieta a la mujer, que contemplaba el barreño. No fue necesario, sin embargo, que explicara nada. Me señaló el vientre, intuyendo que se trataba de la menstruación y procedió a llevarse el barreño sin aguardar una respuesta.

Yo lo seguí con la mirada mientras el agua teñida de sangre se balanceaba en su interior. Me pasé las manos por la cara. La cicatriz estaba curada. Ambas, espalda y cintura, llevaban siendo apenas un hilo rosado desde hacía casi dos años. Y, sin embargo, la primera se había abierto, igual que lo habían hecho las del Sexto Monstruo hasta convertirse en trozos inservibles de carne.

Me acerqué al tocador y me bajé un poco el cuello de la bata para mirarme la parte alta de la espalda. Toqué con los dedos aquella línea suave e imprecisa. Lo único que podía haber hecho que se abriera era la alquimia. Si alguien en esta casa había hecho alguna transmutación durante la noche, esta me había afectado de alguna forma. Necesitaba saber qué había sucedido.

No esperé a que la señora Bauer regresara. Me quité la bata y me empecé a vestir.

24

LA DEMOSTRACIÓN DEL PROFESOR KRAUS



Cuando terminé de vestirme, tuve claro que el problema de haber venido a Hamburgo era mayor de lo que en un principio creía. No solo estaba en riesgo que Viktor descubriera quién era yo con ayuda de su colega y el dichoso símbolo de localización, sino que, además, había comprobado que algún tipo de reacción desconocida podía hacer que se me abriera la espalda, literalmente, y que empezara a sangrar. Por no hablar del Consejo y su manía persecutoria, que buscaba una prueba del delito del doctor Frank. Una prueba que habían tenido delante de sus narices.

No estaba a salvo. De ninguna manera.

Y, sin embargo, cuando me reuní con Viktor en el *hall*, su mirada me abrazó de tal manera que me sentí más a salvo que si estuviera en Londres a seiscientas millas de allí.

—Señorita Allen —dijo, tendiéndome la mano para ayudarme a bajar los últimos escalones—. ¿Está preparada para el segundo día del congreso?

Me apoyé en sus dedos como si fueran más un sostén que un gesto amable nada funcional. Si él se dio cuenta, no dijo nada.

—¿Qué veremos hoy? —le pregunté cuando pisé el mármol.

—A mí —dijo Kraus a nuestra espalda. Tenía la mirada iluminada por la ilusión propia de un niño y la picardía de un adulto descarado. Lo único que llevaba consigo era una tiza que lanzaba al aire de forma distraída. Anthony lo seguía por detrás con su abrigo—. Espero que esté preparada para contemplar la alquimia en todo su esplendor.

Miré a Viktor con una pregunta silenciosa.

—El profesor Kraus tiene una habilidad particular que le encanta demostrar —me explicó, con la voz de quien ha repetido la misma historia decenas de veces.

Arrugué el ceño.

—¿Qué habilidad?

Kraus me dedicó una sonrisa torcida.

—Vamos a amplificar la potencia de la alquimia, señorita Allen —dijo, guiñándome un ojo.

Yo miré la tiza, que se alzaba en ese momento. El movimiento pareció ralentizarse de pronto mientras comprendía el significado de sus palabras. Seguí la tiza casi en trance, bloqueada por una sospecha, hasta que cayó de nuevo a su mano. Hablé sin ser apenas consciente:

—¿Estuvo practicando anoche, profesor Kraus? —susurré.

—No pensará que iba a presentarme en la Akademie sin haber asegurado el conocimiento.

—No. Claro.

Forcé una sonrisa como bien pude y me dejé guiar hacia el carruaje que ya nos esperaba en el exterior. Cuando estuvimos acomodados, me removí en mi propio asiento, intranquila. No pude evitar preguntar otra vez por la demostración de Kraus.

—Y... ¿qué experimento potenciará exactamente? —dije, alisándome la falda del vestido varias veces.

—El Retorno —respondió. Tuve que entrelazar las manos para no enredarlas con una fuerza desesperada en la falda—. Es de lo más sencillo y, aun así, visual. Por supuesto, solo será una fase. No queremos que la ropa se convierta en hilos ni la piel de animal de algún abrigo en tejido muerto. —Rio—. Se preparará a los asistentes, manchando sus trajes con un poco de tizne antes de

entrar al salón de actos y asegurándonos de que ninguno haya sufrido en algún momento de su vida una fractura o lesión interna. Eso es algo que no podríamos salvar.

Tragué saliva.

—Y... ¿no es arriesgado? —dije—. Podría afectar a los viandantes próximos a la Akademie.

—No se apure, señorita Allen. Solo afectará a todo aquel que se encuentre en el salón.

Miré a Viktor, que contemplaba la calle en silencio. Me aclaré la garganta y me atreví a lanzar un comentario para tantear la situación:

—¿No cree que es interesante, doctor Frank? Podría usarlo contra sus monstruos.

Él respondió distraído:

—No los mataría. La alquimia tiene sus límites en lo que a muerte y vida se refiere. Para quitar vida, es necesario emplear el cuerpo físico de la víctima. Si no fuera así, cualquier loco podría acabar con la vida en la tierra. —Me miró—. La naturaleza es astuta, señorita Allen. El Retorno amplificado solo abriría las cicatrices que unen cada parte, y, como cualquier herida, se volverían a curar después. Con el experimento de Kraus ni siquiera durarían un minuto abiertas. Hará una demostración temporal.

Dicho todo aquello, volvió a mirar por la ventanilla.

Yo guardé silencio. No podía entrar en el salón. No podía decir que tenía una cicatriz, no podía mentir, no podía... Traté de respirar hondo y guardar la calma. Me concentré en el traqueteo irregular del carruaje, en el sonido del agua de los charcos salpicando la calzada cuando las ruedas pasaban por encima, en el murmullo constante de la gente y en el repiqueteo incesante de las herraduras de los caballos sobre los adoquines mientras nos transportaban a trote por las calles de Hamburgo.

Miré por la ventanilla hacia el cielo oscuro de mediados de otoño. El gris parecía absorber todo el color de la ciudad. No había verdes, lilas ni celestes. Las mujeres vestían en tonos marrones, los hombres, con negros y marinos. Ni siquiera el tapizado rojo de los

asientos del carruaje tenía color. El terciopelo no era más que un granate sin vida. Todo estaba muerto.

Cerré la cortina y mantuve la mirada fija en las manos entrelazadas con fuerza mientras Kraus abría una conversación con Viktor cada uno hablando en su lengua natal.

Decidí regresar al problema que se me había presentado.

Librarme de aquello sin una mentira iba a ser complejo. Sopesé la idea de salir corriendo en cuanto el carruaje se detuviera, pero las explicaciones que tendría que dar más tarde serían peores que mentir previamente.

Me mordí el labio para no llorar ni chillar.

El carruaje se detuvo. Mi instinto de supervivencia me gritaba que huyera. Pero cuando Viktor me tendió la mano para ayudarme a bajar, yo la tomé como una inconsciente. En sus ojos no había peligro. No me sentía un ratón frente a un depredador, sino algo de valor que proteger. Su mirada se mostraba atenta y cálida conmigo, a pesar de dirigirse de forma taciturna a todo el que se detenía a saludarlo una vez entramos en la Akademie.

Sus respuestas secas y su tono frío se disolvieron cuando se quedó a solas conmigo y la señora Bauer, que permanecía a un par de pies discretos. Kraus nos había dejado y se había adelantado para prepararlo todo.

—Está inquieta por algo, señorita Allen —dijo Viktor.

—No estoy inquieta. —No. Lo que sentía era pavor. Me aclaré la garganta—. Hay muchos alquimistas con demostraciones interesantes —dije—. Pero no veo nada que no pueda hacerlo otro de peor o mejor forma. ¿Por qué exponen sus experimentos?

—Las demostraciones conllevan una investigación previa. No demuestran solo su capacidad de hacerlo, sino que es posible hacerlo. Los científicos siempre buscan nuevas formas de reinventar la alquimia. Nadie antes había pensado en potenciar las fórmulas hasta que Kraus comenzó a investigar esa posibilidad y halló la forma de aplicarlas masivamente. Es sumamente útil para quien necesite realizar alguna tarea que tenga que replicar después. Con el descubrimiento de Kraus podrá ahorrar tiempo.

—Ya veo.

Se detuvo. Yo interrumpí mi paso de forma abrupta y lo miré. Viktor repasó con los ojos el espacio y, después, me habló en voz baja.

—Marshel, ¿seguro que no hay ningún problema?

Me mordí el carrillo por dentro. Su mirada me acunaba y acariciaba, me calmaba de una manera sobrecogedora. Tal vez no pasaría nada si se lo contaba. Tal vez me seguiría mirando así, como si fuera capaz de arrancar de raíz por mí cualquier inquietud y malestar que me atormentara por muy profunda que estuviera internada en la tierra, como si pudiera interponerse entre una fiera y yo. Tal vez...

—Viktor...

—Doctor Frank, señorita Allen.

La voz del joven Stone interrumpió mis palabras. Viktor apretó la mandíbula y dirigió al intruso una mirada de aversión.

—Disculpen, ¿interrumpo algo?

Sonrió. Y supe a ciencia cierta que lo había hecho a propósito. Este caballero no se parecía a su abuelo. Ni mucho menos. Comprendí entonces que lo que me había dicho Viktor el día anterior era cierto: a Stone no le interesaba hacer amigos; le interesaba mi relación con el doctor Frank. ¿De verdad buscaba hundirme solo por haber venido como estudiante invitada por él mismo? ¿Tan terrible era la envidia?

—¿Qué quiere, Stone? —preguntó Viktor con una voz cargada de hastío.

—Me gustaría unirme a ustedes en la demostración de su amigo. Creo que puedo aprender de sus comentarios, doctor Frank.

—No habrá comentarios —espetó. Después, me miró—. Señorita Allen —dijo, invitándome a continuar andando.

Yo obedecí. Decidí no dedicarle ni una sola mirada a Stone. Viktor no le volvió a dirigir la palabra y ambos nos alejamos por el pasillo en dirección al salón. Lo noté, sin embargo, muy cerca, como si se propusiera seguirnos hasta los mismísimos asientos. Me sentí repentinamente enfurecida, y a un paso estuve de darme la vuelta y rugirle. Viktor, por el contrario, parecía relajado. Tal vez Stone lo desquiciaba tanto como a mí, pero sabía guardar sus emociones si la

situación lo requería. Y parecía claro que mostrar irritación en aquel momento era un claro signo de culpabilidad. Así que me tragué el enfado y seguí caminando, con el paso acelerado para no perder el suyo. Pero solo cuando alcanzamos las puertas del salón pude desligarme por completo del problema que suponía Stone para centrarme únicamente en el incipiente terror que iba a vivir allí dentro.

Un hombre de servicio se encontraba a un lado, marcando de tizne las ropas, sombreros, abrigos, etcétera, de los asistentes. Algunos se habían quedado a las puertas, lamentando un esguince por la caída de un caballo u otras lesiones que les imposibilitaban la entrada a la demostración.

Podría decirle a Viktor que había sufrido una fractura en algún momento, o que me encontraba enferma desde esta mañana y no había querido preocuparlo. Podría excusarme de una decena de formas. Pero no tenía aquella capacidad. La mentira era un lujo del que yo carecía. Podría ser algo positivo desde el punto de vista moral, pero lo cierto era que me hacía complicada la existencia.

Me dejé tiznar el vestido y los zapatos. Pensé en la ropa interior, pero supongo que Kraus permitiría que los asistentes aguardaran a que todo regresara a la normalidad antes de salir del salón.

Viktor me permitió el paso en primer lugar, y me guio después hacia los mismos asientos que habíamos ocupado el día anterior. Yo lo seguía como si fuera una extensión de él, sin pensar, bloqueada por el miedo y la incertidumbre. ¿Qué pasaría cuando empezara a sangrar?

Trastabillé con uno de los asientos y por poco caí sobre Viktor. Logré sostenerme en el respaldo de uno antes de chocar con su espalda.

Cuando Viktor me permitió pasar en primer lugar hasta mi asiento, me temblaban las manos y me castañeteaban los dientes, como si la temperatura del salón hubiera descendido de golpe hasta rozar el invierno nevado de Londres. Me senté al borde del asiento, cayendo por poco al suelo.

Sabía que Viktor me estaba mirando. Sabía que sus pensamientos giraban en torno a mi extraño comportamiento. Podía sentir sus ojos

clavados en mí, su cuerpo inclinado suavemente hacia el mío, como si quisiera que supiera que estaba ahí si lo necesitaba, a mi disposición. No iba a volver a cuestionarme por mi estado, de eso estaba segura. Y no haría falta. No en cuanto Kraus activara el símbolo.

El salón se fue llenando poco a poco, un goteo que más bien parecía la arena de un reloj vital a punto de llegar al final. Por cada persona que entraba, por cada asiento que se ocupaba, un grano caía, vaciándolo de tiempo. Tragué saliva y miré hacia Kraus, que ya tenía todo dispuesto, retorciéndome los dedos de las manos.

Cuando regresé la vista al salón, ya casi se había completado el aforo.

Me llevé la mano al borde del vestido, al comienzo de mi espalda, pero inmediatamente después corregí el gesto y miré de reojo a Viktor. Parecía concentrado en sus propios pensamientos. Con el codo sobre el respaldo, muy cerca del mío, y el tobillo cruzado sobre su rodilla, la imagen que proyectaba era segura y relajada. Ni siquiera Stone, que se había sentado a su lado, parecía sacarlo de dondequiera que se hallara su mente.

Las puertas se cerraron de golpe, haciendo que diera un respingo.

Me hundí en el asiento hasta que di con la nuca en el respaldo, en el extremo más alejado de Viktor. Si empezaba a sangrar, tal vez podría ocultarlo momentáneamente, allí, entre la penumbra de la zona de los asientos del salón de actos. Hasta que se cerrara la herida de nuevo. Y luego...

Kraus comenzó a hablar. Empezó a exponer su investigación, la teoría, y, después, la práctica. Seguí el trazo de la tiza con agonía, como si, en lugar de estar pintando una espiral en la pizarra estuviera envolviendo mi cuello con una soga.

Y, entonces, antes de que pudiera terminar el último trazo, una idea me alcanzó como una flecha. Deslicé los dedos sobre el tizne del vestido y me ensucié la cicatriz en el mismo momento que Kraus activaba la fórmula.

Un tirón en mi nuca casi hizo que chillara.

25

LA TORTURA NO ES ILEGAL



Fueron apenas tres segundos y, después, la sensación desapareció. Con recato, me llevé los dedos al interior del cuello del vestido, a la cicatriz, para descubrir con alivio que seguía cerrada y sana, pero ya no había rastro de suciedad. Sentí una descarga tan grande de angustia que no pude evitar echarme a reír. El tizne había desaparecido de mi ropa también. Una fase. Había retornado una fase. La cicatriz debía de estar tan impecable como tres segundos antes.

Viktor me miró ante mi repentina diversión. Las cabezas de los alquimistas se fueron volviendo una a una hacia mí como si hubiera enloquecido. Los ojos de Viktor me contemplaron primero con sorpresa y, poco a poco, su expresión fue cambiando para dar paso a una emoción similar a la mía. Mi risa era tan fresca y sincera que empecé a contagiarlo. Su estado estoico se convirtió en algo más vivo, llegando a dibujar incluso una sonrisa preciosa y llena de luz. Otro en algún otro lugar del salón empezó a reír también. Y después otro, y otro.

El salón se transformó en ruidos de risas, exclamaciones de sorpresa y murmullos incesantes sobre lo sucedido. La mayoría de las personas sentirían quizá algún cambio en su ropa interior, o tal

vez una peluca, si es que había alguna, se había deshecho. El salón de actos también había cambiado, la pintura de las paredes se había corroído, los asientos se habían desanclado del suelo, la moqueta parecía haber sido despedazada por ratones. Mis razones para reír eran otras, pero se mezclaban como una más entre la multitud.

Viktor se inclinó hacia mí.

—Es la primera vez que la escucho reír, señorita Allen —dijo.

Yo me llevé los dedos a la boca, tratando de calmarme.

—No he podido evitarlo.

Me removí en el asiento. Sentía mi túnica interior y mis medias como marañas de hilos sin tejer, sumamente incómodos. Pensé en la señora Bauer y en la suerte que tenía de haberse quedado fuera.

—Tampoco le había visto sonreír así nunca, doctor Frank.

—Me ha contagiado usted.

Apreté los labios. Podría vender mi alma al diablo si con ello consiguiera que aquella expresión risueña permaneciera siempre en sus ojos. Y él parecía pensar lo mismo: su mirada se intensificó y se clavó en mis labios, que aún tenían la huella de la risa que había liberado. Casi parecía desear devorarla, y yo podría haber saltado en aquel mismo instante a sus brazos. Su mano, apoyada en su asiento, se cerró sobre sí misma con fuerza. Su mandíbula se tensó. Su nuez subió y bajó.

Abrí la boca, no sé exactamente por qué ni con qué intención, y aquello pareció entregar a Viktor la fuerza suficiente como para liberarse de lo que fuera que estaba a punto de arrastrarnos a la imprudencia. Giró la cabeza y devolvió su atención a Kraus. Una voluntad para la que yo necesité todo el minuto que dio el profesor para recuperar el tizne de nuestras ropas y el aspecto glorioso del salón de actos.

Cuando la demostración concluyó, Kraus dispuso todo para el siguiente científico y se dirigió a nosotros, que habíamos terminado más lejos el uno del otro de lo que al menos yo había pretendido.

—Joven Stone, ¿me permite? —dijo Kraus, invitándole a liberar aquel asiento que había sido suyo el día anterior. Stone podría haberse negado, pero habría llamado la atención por negarle algo a un profesor de aquella talla.

—Claro —dijo, por tanto, y con el gesto contrariado, se alejó para ocupar otro lugar.

Kraus se desplomó en el asiento junto a Viktor.

—¿Le ha gustado, señorita Allen? —me preguntó.

—Me ha sorprendido su investigación. Jamás habría pensado que el material con el que se crea la fórmula alquímica pudiera tener una capacidad así de amplificación.

Kraus expuso la tiza y la miró.

—Puede que ya se lo haya dicho Frank, pero el material lo es todo. —Me tendió el trozo de amonio aglutinado con resina. Yo lo cogí con cuidado. Estaba suave al tacto y cálido—. La sal de amonio calcinada actúa como vector de expansión. La tiza libera esa sal y reacciona con el aire. El amonio actúa como transporte, llevando el símbolo a cada rincón del salón cerrado.

—¿Cómo se les ocurren estas cosas? —pregunté, admirando la tiza entre mis dedos.

—Conociendo bien los elementos de la naturaleza —respondió—. Nunca sale a la primera, por supuesto. Ya ha escuchado que estuve a punto de darme por vencido después de usar toda clase de combinaciones para la tiza. —Se inclinó hacia mí, casi cayendo en el regazo de Viktor—. Probé hasta con polvo de coral seco, pensando que su origen marino lo haría sensible a la vibración del aire, que lo seguiría como si fuera una marea más. —Sonrió y continuó con tono burlón—. Lo único que logré fue dejar humedades rosas por todo mi despacho. Frank envió por aquella época varias cartas con olor a mar cuando se quedaba en casa.

—Sí. Gracias, Kraus.

El aludido soltó una carcajada. Yo le tendí la tiza para devolvérsela, pero me dijo que me la ofrecía como regalo por haber sido testigo de su hazaña, algo que ocuparía durante largo tiempo las revistas de ciencia. Viktor sonrió ante la verborrea engreída de su amigo.

Después, comenzaron el resto de las demostraciones de la primera mitad de la mañana. De vez en cuando Kraus y él intercambiaban alguna opinión que yo escuchaba encantada. Me sentí afortunada de

poder presenciar todo aquello y me juré a mí misma que haría todo lo posible por traer a Emily en la próxima ocasión.

Cuando acabaron las demostraciones, la multitud se dirigió a otro salón. Viktor decidió, sin embargo, no formar parte de la reunión.

—Me gustaría enseñarle Hamburgo a la señorita Allen —le dijo a Kraus.

—Y no te fías del Consejo.

—Y no me fío del Consejo.

—Ya veo. —Kraus me sonrió—. Señorita Allen, la veré en casa. No deje que Frank la convenza de que Hamburgo tiene peor carácter que Londres. Le aseguro que la gente es más cercana.

—Le creo, profesor.

Me subí al carruaje emocionada. La expectativa de pasar tiempo con Viktor me hacía sentir más viva que nunca. La garganta se me cerraba por el deseo de reír y mi piel se volvía sensible al contacto, como si deseara acoger cuanto antes los dedos de Viktor. Entendía que la presencia de la señora Bauer hacía aquello algo improbable, pero a mi cuerpo no le importaba.

Viktor se sentó frente a mí y, con un zapato, rozó el mío. La señora Bauer, a mi lado, dirigió la mirada al exterior, quizá para darnos toda la privacidad que le era posible.

Viktor dio dos golpes en el techo y el carruaje comenzó a moverse.

—¿Adónde vamos?

—Primero, a comer. Después, ya veremos.

—¿Cree de verdad que el Consejo habría vuelto a molestarnos?

Viktor se acarició la barbilla.

—Prefiero prevenir.

—¿No sabe quiénes pueden ser?

—Sospecho de algunos, pero no tengo ninguna certeza.

Me acerqué un poco, intrigada.

—¿Cómo los eligen? —pregunté—. Es decir, ¿cómo han llegado hasta ahí esas personas?

—Cuando se formó el Consejo por primera vez, se hizo a votación —respondió—. Cada uno de esos científicos escogidos seleccionó a su sucesor escribiendo su nombre en una carta cerrada con su sello.

A su muerte, la carta llegaba a esta persona junto con su máscara. Y así ha sido hasta día de hoy.

—Me cuesta creer que ni siquiera se lo hayan confesado a un amigo o familiar.

—Una vez tomas la decisión de llevar la máscara, una fórmula de alquimia grabada en ella contiene el secreto. No importa si lo has revelado antes, durante o después. Las palabras se deshacen en el aire, la tinta se evapora y los recuerdos se emborronan —me explicó.

—Entonces, ¿existe la opción de negarte?

—Sí. Si te nombran sucesor, puedes rechazarlo, tachando tu nombre y poniendo otro en su lugar. La nueva carta con la máscara llegará a esa nueva persona y tú no recordarás nada.

—¿Cómo han conseguido mantener viva esa fórmula tanto tiempo? ¿A nadie se le ha ocurrido tratar de sabotearla?

—¿Por qué iban a querer sabotearla?

—Tienen demasiado poder.

—Sí —respondió—. Y gracias a eso, la alquimia se controla, señorita Allen. Merezco ser perseguido y condenado por lo que hice, aunque no me entusiasme la idea. Los delitos deben castigarse. Si no, el mundo se hundiría bajo el peso de la alquimia y su poder. La existencia del Consejo es necesaria, y el secreto de los integrantes, también. Se evitan con ello chantajes y sobornos.

—¿Y si alguien es inocente, pero han decidido condenarlo?

—Raras veces condenan sin pruebas.

—Pero *pueden*.

—Sí. Pueden. —Se inclinó y apoyó los antebrazos en las piernas—. Señorita Allen —dijo con el tono de quien sospecha que va a ser testigo de un asesinato—, no piense en hacer ninguna absurdidad.

—No iba...

—No —me cortó con rotundidad—. Porque tratar de atentar contra el Símbolo del Consejo está castigado con la muerte.

—Un castigo demasiado severo.

—Señorita Allen.

—No voy a tratar de hacer nada. —Resoplé—. Solo pienso que no debería ser así.

Viktor no respondió. Sabía que estaba en parte de acuerdo conmigo, pero él era más práctico: las sombras llegaban más rápido a los delitos que un alguacil cuestionando a un sospechoso de frente. Era imposible esconder tus actos a un fantasma. Incluso a Viktor lo habían cazado, a pesar de no quedar de aquella sala de operaciones más testigo de lo ocurrido que él mismo. Y los monstruos. Pero dudaba que estos fueran a exponerse y arriesgarse a ser perseguidos.

—¿Dónde vamos a comer?

—Cerca de la villa de Kraus, en un Gasthaus próximo al canal Alsterfleet.

—¿Qué es un Gasthaus?

—Un restaurante. Quiero que pruebe el *eintopf*. Es un guiso tradicional alemán.

Me quedé callada mientras su mirada se perdía entre los viandantes, con una repentina sospecha que se internó entre mis pensamientos como aguja e hilo tratando de enredarse entre ellos. Me aclaré la garganta y me atreví a preguntar con un susurro:

—¿Cree que yo le delataría, doctor Frank?

Él me miró.

—No —dijo con seguridad—. Ese es precisamente el problema.

Me removí en el asiento, incómoda.

—¿Qué quiere decir?

Se inclinó hacia mí con tanto ímpetu que pensé por un momento que me cogería por los hombros y me zarandearía con frustración.

—El Consejo pregunta una vez —dijo—. Si cree que la respuesta es una mentira, se limita después a sacar la verdad a la fuerza.

—¿Con tortura? Eso... eso es ilegal.

—La ley es diferente en los casos relacionados con la alquimia. —Agitó la cabeza y miró de nuevo por la ventanilla—. No comprende el problema, señorita Allen.

Empecé a ponerme nerviosa.

—¿Y si... me arrestan? ¿Y si no está usted?

—No la dejaré sola.

—En Londres sí.

—Entonces dirá lo que sabe —respondió sin mirarme, con el tono de quien está cansado de caminar varias yardas sin llegar a ningún destino.

Me quedé callada un momento. El miedo por verme envuelta en una situación así hacía que el corazón me aporreara el pecho, desesperado por huir. La cicatriz me palpitaba, casi preparada para desgarrarse si aquello llegaba a suceder. Sin embargo, encontré que algo más profundo, más cálido, sería capaz de amortiguar los golpes en mis costillas y aliviar, de alguna forma, el dolor punzante de la herida abierta llegado el momento. Supe en ese instante que por Viktor Frank podría soportar una tormenta.

—No pienso decir nada —comprendí.

Él apretó la mandíbula.

—Discutiremos esto en otro momento.

Podríamos discutirlo las veces que quisiera. Mi respuesta seguiría siendo la misma.

Llegamos al restaurante unos minutos después. El gesto de Viktor se había transformado hasta adoptar una expresión taciturna que invitaba a todo menos a hablar. Sus ojos mostraban irritación y preocupación, afectando incluso a la pobre señora Bauer, que se quedó tres pasos por detrás, pero parecían luchar verdaderamente por manifestar amabilidad cuando se fijaban en mí.

Entramos por la puerta guiados por un hombre de mediana edad elegantemente ataviado que nos llevó a los tres a una mesa apartada junto a la pared.

El lugar demostraba distinción por donde quiera que miraras, pero lo que más llamó mi atención fue el paisaje que se hallaba tras los cristales de los amplios ventanales que iluminaban el lugar. El agua del canal se deslizaba con lentitud, reflejando el mundo como si fuera la puerta a otro paralelo. Algunas embarcaciones rompían aquella imagen, dejando a su paso ondas suaves que terminaban deshaciéndose, como si nunca hubieran existido. Por algún motivo, me sentí en consonancia con ellas, pero de forma inversa, como si yo fuera aquellas ondas, naciendo de la más absoluta nada.

—Frank.

Parpadeé y regresé al salón. Un hombre se había presentado junto a nuestra mesa, haciendo que Viktor se levantara. El saludo que le dirigió al desconocido fue frío y cortante, casi como si quisiera espantarlo. El hombre, sin embargo, expuso una sonrisa que pretendía ser gentil, aunque más parecía cargada de veneno. Era alto y su espalda se encontraba ligeramente encorvada, igual de torcida que sus maneras de dirigirse a Viktor, pero, de alguna manera, lograba transmitir elegancia.

Me miró de una forma que no me gustó.

—Usted debe de ser la señorita Allen —dijo, tendiéndome la mano.

Viktor se movió con calma y se colocó entre él y yo, casi como si no lo hubiera planeado, como si hubiera sido por accidente, antes de que yo pudiera responder a su saludo.

—Doctor Meyer —dijo—, si no quiere armar un escándalo, le aconsejo que ocupe su mesa ya.

Meyer. Wilhelm Meyer. Kraus me había recomendado no acercarme a ese hombre.

Apartó sus ojos de mí y enfocó la mirada en Viktor. En ella había una oscuridad escalofriante, pero a Viktor no pareció afectarle ni lo más mínimo. Permaneció estoico, a pesar de su reciente amenaza, como si esas palabras no hubieran salido de él.

Meyer sonrió.

—Me alegro de verte, Frank, aunque no lo creas. Eres un científico brillante y siempre es un gusto saludarte —dijo. Su voz parecía el siseo de una serpiente—. Es una pena que sigas cometiendo errores —añadió, dedicándome una mirada fugaz.

Viktor se movió, pero yo fui más rápida. Antes de que pudiera hacer una estupidez, me levanté de la silla y enredé la mano en la parte de atrás de su frac.

—Doctor Frank —dije.

Su mandíbula se tensó, pero no hizo nada más. Meyer, satisfecho con lo conseguido, se dio la vuelta y se alejó hasta una mesa donde lo esperaban cuatro comensales.

Yo relajé los dedos y dejé caer la mano.

—¿Por qué ha dicho eso? —pregunté.

Viktor me miró y me señaló la silla para que volviera a tomar asiento. Después, ocupó el suyo. Se apretó el puente de la nariz con cansancio antes de responder.

—Meyer se encontraba esperándome en mi laboratorio aquella noche —dijo—. Cuando regresé de la sala de operaciones después de llevar a cabo el experimento Demiurgo, él supo que había sucedido algo.

Tragué saliva.

—¿Conocía el experimento?

—No. Pero sospechaba que estaba incumpliendo la ley. Por supuesto, estaba deseando pillarme.

—¿Fue él quien le habló al Consejo sobre ello?

Viktor lo miró. Se había sentado dándonos la espalda.

—No me cabe duda. —Respiró hondo y me miró—. Ahora, vamos a disfrutar del *eintopf*.

26

UNA CERTEZA INSTINTIVA



Viktor me habló de su colega Dimitri Petrov durante la comida, Profesor Extraordinario de la Escuela de Medicina y Cirugía de San Petersburgo, un hombre cercano a los sesenta años, respetado y valorado tanto en el mundo de la física como en el de la química. Había quedado con él al día siguiente, el único día que asistiría al congreso. El profesor Petrov sería el que le mostraría el símbolo de localización. Y era esencial que lo hiciera en persona, puesto que requería cierto ritual.

No logré terminarme el estofado ante aquella noticia. El estómago se me revolvió y a punto estuve de vomitar en el trayecto de vuelta a la casa de Kraus. Podía sentir la muerte respirando sobre mi nuca, letal e inevitable. Mañana sería el último día que pasaríamos en Hamburgo antes de regresar a Londres, y lo más probable era que yo no realizara el viaje de vuelta.

Miré a Viktor mientras solicitaba al servicio una infusión de jengibre para mí, ya en casa de Kraus, y me pregunté si de verdad sería capaz de clavarme esa jeringa y destruir mi cuerpo. Cuando sus ojos me miraron, mi interior me gritó que era imposible; que era imposible que aquel brillo de atención, de preocupación y de dedicación se oscureciese con aversión.

—Lamento que le haya sentado tan mal el guiso, señorita Allen —me dijo, ofreciéndome su brazo para ayudarme a subir las escaleras y acompañarme al dormitorio—. De haberlo sabido, no habría insistido en que lo probara.

—El *eintopf* es inofensivo, Frank —intervino Kraus, que nos había recibido al llegar. Subía detrás de nosotros con paso tan ágil que terminó por adelantarnos y esperarnos en lo alto de las escaleras—. Debió de impresionarle Meyer. ¿No es así, señorita Allen? ¿Se le indigestó ese imbécil? —preguntó con tono burlón.

—No... —respondí. Me sentía pálida y débil. Mi mente iba y venía entre opciones. Tenía que regresar a Londres. O quedarme y explicarme. O escribirle una carta y despedirme, desaparecer en algún lugar recóndito, quizá en el Polo Norte.

—Tal vez no debí hablarle de Petrov —dijo Viktor. Me tensé. Sabía que lo decía porque creía que yo temía a los monstruos desde el encuentro que presenció con el Sexto aquella noche. Pero, aun así, no pude evitar temblar. Recé en silencio por que no me preguntara.

—¿Vas a verlo mañana? —le preguntó Kraus.

—Sí. Así es.

Llegamos al pasillo y caminé por inercia mientras Viktor intercambiaba otras palabras con nuestro anfitrión. No escuché nada. Las paredes parecían cerrarse a mi alrededor y el techo descender hasta rozarme la parte alta de la cabeza. Respiré hondo. Aún tenía tiempo para pensar.

Cuando llegué a la puerta, me liberé de Viktor y, con una rápida disculpa, me interné en el dormitorio y me dejé caer al suelo. Pensé que llegaría el dolor en algún momento, resultado del pánico, de la ansiedad y de la desesperación. Pero no lo hizo. Me llevé la mano al pecho y respiré de nuevo. Un sudor frío se deslizó por mi cuello, se internó entre la tela del vestido y me recorrió la espalda. Cuando me toqué la parte alta de la cicatriz, descubrí mis dedos manchados del tizne del experimento de Kraus. Exhalé, agotada. Aquella mañana me había salvado por los pelos, pero ¿podría hacer lo mismo al día siguiente?

Me levanté y me liberé del vestido y del corpiño, dejando únicamente la camisola interior. Después, me apoyé en el tocador y

me contemplé. Me pregunté con angustia si, de haberme creado con deformidades, habría sido igual de noble. Tal vez, al no poder tratar con la sociedad por mi aspecto, me habría hundido en el mismo pozo oscuro en el que se encontraban los demás. Pero el Cuarto y el Primero habían sido diseñados con la misma pulcritud que yo y, aun así, habían decidido bucear en las mismas aguas de venganza que el resto de los monstruos de Viktor.

Exhalé, cansada, y me desenredé el pelo hasta que no quedó entre los mechones ni una horquilla. Entonces, llamaron a la puerta.

—Señorita Allen, ¿se encuentra mejor? —dijo la voz de Viktor—. Le traigo la infusión que ha pedido.

Tragué saliva y me puse la bata. Abrí la puerta un poco. La mirada de Viktor viajó directa a un espacio concreto de mi hombro, casi descubierto. Me recoloqué la bata, aturdida por su mirada, y extendí la mano para coger la taza.

—Gracias. Yo... —Me llevé la infusión al regazo—. Estoy mejor.

Él asintió.

—Quédese aquí mañana. Volveré a medio día y partiremos a Londres después de almorzar.

Quería negarme, pero no había razón. Así que callé mientras mi mente empezaba a trazar las líneas de un plan que aún era incapaz de distinguir. Viktor me deseó un buen descanso y se alejó por el pasillo. Una parte de mí quiso detenerlo, pero otra, una más instintiva, me obligó a regresar al interior y cerrar la puerta de nuevo.

Quizá quedarme era lo mejor.

Me senté en la cama, con la taza entre las manos, y pensé. Sin duda, Petrov debía de haber avisado a Viktor sobre cuándo se verían. Quizá esa carta se encontraba en su dormitorio. O tal vez Kraus había intercambiado también correspondencia con el profesor y esta se encontraba en su despacho. Sea como fuere, en algún lugar, debía de haber una dirección acerca de dónde se alojaría Petrov en Hamburgo o dónde se había alojado en otras ocasiones. Si lo encontraba, si le visitaba antes de su marcha al congreso, podría convencerlo tal vez de que no compartiese su conocimiento con Viktor. Quizá podría evitarlo.

Dejé la taza en el tocador después de dar un par de sorbos y me aovillé en la cama con la mirada fija en el cielo que se extendía como un manto gris tras la ventana. Aguardé lo que me pareció una eternidad hasta que al fin llamaron a la puerta para anunciarme que ya estaba lista la cena. Pedí a la empleada que me disculpara con los hombres y me puse un vestido sencillo de corte imperio. Después, me senté en el taburete frente al tocador y esperé. Me levanté cuando consideré que ya debían de estar sentados a la mesa, y, cargada solo con una vela en un brillante candelero, salí descalza para dirigirme a hurtadillas al dormitorio que ocupaba Viktor.

El pasillo de esa parte de la casa estaba vacío y en completo silencio. Mis pisadas resonaban por ello como tambores. La llama de la vela temblaba, y en más de un paso temí que se me cayera a la moqueta y la prendiera fuego.

Me detuve al llegar a la puerta de Viktor y traté de calmarme antes de atreverme a entrar. Sentía la respiración tan acelerada como las noches malas de Londres, cuando había tenido que correr en zigzag a lo largo de decenas de manzanas por las calles embarradas para huir de los vigilantes. Había sufrido, había llorado, había gritado, pero había sobrevivido. Y tenía que volver a hacerlo.

Llevé la mano al pomo y abrí con cuidado. La puerta se movió con sigilo, como si me ofreciera el interior en secreto. Me atreví a dar un paso e iluminé el espacio con la vela. El dormitorio estaba vacío en todos los sentidos. Viktor no estaba, y su baúl se encontraba ya cerrado y preparado para trasladarlo mañana. La ropa que usaría al día siguiente estaba doblada y dispuesta sobre la cómoda. No había allí nada más que indicase que el dormitorio había estado ocupado.

Tragué saliva y di otro paso para internarme por completo en la habitación. Cerré a mi espalda y me dirigí al escritorio. Sobre la mesa había un pergamino en blanco, los cajones, vacíos. La correspondencia que tuviera debía de estar ya en el baúl. Me arrodillé frente a él y traté de abrirlo, pero estaba cerrado con candado. Maldije por lo bajo y sopesé la idea de usar la alquimia para manipularlo, pero solo me venía a la mente un símbolo para fundir el metal, algo que me delataría al instante.

Me levanté y di una patada de frustración mientras toqueteaba nerviosa el colgante de Emily. Tendría que visitar el despacho de Kraus.

Volví sobre mis pasos y abrí con precaución. Me asomé y, cuando estuve segura de que no había nadie, salí al pasillo y cerré la puerta. Corrí hacia mi dormitorio de nuevo y, justo cuando estaba a punto de entrar en él, la voz de Viktor hizo que diera un respingo.

—Marshel.

Me volví, con la mano en el pecho. Viktor estudió mi aspecto desde el pelo caótico hasta mis pies desnudos. Alzó vagamente una ceja, una pregunta silenciosa que no respondí. Dio un paso hacia mí.

—Veo que te encuentras mejor.

Miró hacia la oscuridad del pasillo que acababa de abandonar. Yo trastabillé hasta que mi espalda dio con la puerta. ¿Por qué no estaba cenando con Kraus?

—Sí.

Dio otro paso más. La sombra que proyectaba con la luz que venía de la planta baja me rozó los pies.

—¿Me estabas buscando? —preguntó.

Yo me quedé callada. Él miró hacia atrás y, cuando comprobó que no había nadie, terminó de acortar la distancia que nos separaba. Se me cortó la respiración. Mis pies se empinaron sin que me diese cuenta. El candelero se tambaleó entre mis dedos. Viktor alzó la mano y rodeó la mía para asegurarlo. Una emoción casi primitiva se apoderó entonces de mí hasta el punto de desear saltar a sus brazos sin importarme nada ni nadie. Los ojos de Viktor parecieron arder de pronto, como si fuese capaz de leerme, y sus dedos se afianzaron más sobre los míos. Se me olvidó dónde estaba y por qué.

—Me... me gustaría besarte —susurré sin apenas voz.

Su mirada se encendió aún más si cabía, apretó la mandíbula y su nuez subió y bajó. La mano que sostenía la mía tiró de mí con cuidado. Sentí entonces cómo la otra se deslizaba junto a mi cintura para llegar hasta el pomo de la puerta y abrir sin un solo titubeo. Me obligó a dar un par de pasos hacia atrás, hasta que ambos nos internamos en el dormitorio. Después, cerró. Me quitó el candelero

con suavidad y lo dejó sobre la cómoda antes de volver a encararme.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Le rodeé el cuello con los brazos y apreté los labios contra los suyos, presa de una necesidad hasta hacía poco desconocida para mí. Pensé en el día siguiente, pensé en que, en unas horas, podría estar entre sus brazos por un motivo completamente diferente, para morir en lugar de para vivir. Y dejé por ello que mi cuerpo hablara.

Viktor me rodeó la cintura y me atrajo hacia él, hasta que nos alineamos y encajamos. Me abrazó, deslizando una mano hasta la parte alta de mi espalda y la otra hasta la parte más baja, asegurándome contra él. Abrió la boca, como si quisiera devorarme. Deslizó su lengua por mis labios, se internó entre ellos y acarició la mía, un roce que sentí en mi vientre, más abajo. Apreté mi cadera contra la suya sin poder evitarlo, como si un hilo invisible tirara de mí con fuerza tratando de engancharme de alguna forma a él.

Viktor me separó un poco de su cuerpo, liberándose con cuidado de mis brazos, sin aliento.

—Marshel. —Cerró los ojos con fuerza mientras colocaba la frente sobre la mía. Parecía estar conteniéndose, tratando de recuperar el control—. No voy a traspasar otro límite más.

Parpadeé, confusa, aún con el sabor de su lengua impregnado en la mía.

—¿Límite? —susurré, humedeciéndome los labios—. ¿Qué... límite?

Él deslizó con lentitud su mano a lo largo de mi brazo hasta alcanzar la altura de mi cadera. Aproximó después el pulgar hasta rozar la parte baja de mi vientre, a un palmo de mi cicatriz. Temblé ante el contacto y, de nuevo, mi cadera trató de aproximarse, pero Viktor la mantuvo fija en su lugar.

—El deseo... —susurró sobre mis labios. Atrapó el de abajo entre los suyos como si estuviera degustando un dulce. Yo gemí. Su boca paseó por la comisura de mi boca, por mi mejilla, hasta el lóbulo de mi oreja—. No sabes cuánto te deseo. —Sentí su aliento en mi cuello, erizándome la piel.

Me encontré de pronto entumecida, los dedos de las manos me cosquilleaban, los labios me ardían.

—¿Deseo? —murmuré mientras los labios de Viktor, abiertos, saboreaban la piel de un punto entre mi cuello y la mandíbula. Quería moverme, quería acercarme, pero las manos de Viktor eran como dos bloques sólidos que me impedían rozar su cuerpo. Y no podía concentrarme en nada más que en el mundo de sensaciones en el que me había introducido.

Él alejó los labios de mi piel para devolverlos a los míos.

—No debería tocarte... —dijo, negando con la cabeza, casi más para él que para mí—. No debería permitirlo.

Respiré hondo. Me puse de puntillas y apreté más los labios contra los suyos, deshaciéndome del tortuoso roce.

—Viktor... —Enredé las manos en su camisa—. Necesito...

—Ya lo sé —me cortó, llevándome hacia la pared para encerrarme entre su cuerpo y ella—. Ya lo sé.

Volvió a besarme. Volvió a internar su lengua en mi boca, acariciando cada rincón, lamiendo la mía mientras su mano perfilaba mi cintura y abrazaba mi espalda, tan abajo que podía sentir dos dedos acariciando el principio de mis nalgas. El vestido era tan fino que lo sentía todo. Cuando su mano se convirtió en un puño, enredando en él mi falda, el bajo se deslizó hacia arriba por mi pierna, haciendo que la levantara por instinto y apoyara la rodilla en la parte alta de su pierna.

Viktor gimió y se apretó contra mí. Algo duro se instaló entre mis piernas, inundándolas de calor.

Se alejó al instante.

—No.

Tragué saliva, con la respiración completamente desbocada. Me llevé una mano al vientre mientras con la otra trataba de colocarme el vestido. Me sentí de pronto avergonzada. Una sensación extraña se despertó entre mis piernas, un pálpito continuo que clamaba mi atención. Agité la cabeza.

—Lo siento —dije precipitadamente—. No sé qué me ha pasado. Yo no... no quería...

Viktor se pasó la mano por el pelo. Miró un momento al techo, recuperando poco a poco la calma, y se alisó la camisa.

—Eres demasiado inocente, Marshel —dijo. Y dibujó una preciosa sonrisa cuando sus ojos se encontraron de nuevo con los míos. No pude evitar sonreír yo también.

Se acercó de nuevo y me acarició la mano derecha, que tomó después entre las suyas para aproximarla a sus labios y besarme los dedos.

—Cuando sonríes, Marshel, iluminas mi mundo entero —susurró.

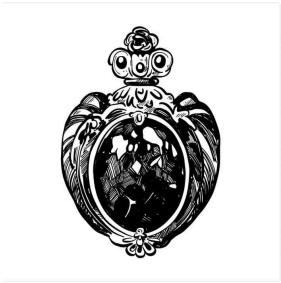
Yo me mordí el labio y, mientras dejaba caer mi frente sobre su pecho, exhalé con una extraña felicidad. Recordé la primera vez que había probado un *currant bun*. Recordaba haber sentido placer y gozo, dichosa por poder saborear algo tan sencillo pero delicioso al paladar. Recordaba a Emily con la nariz llena de azúcar y a mí llorando por ser incapaz de detener la risa. Lo que me hacía sentir Viktor era mucho más que aquello.

Y me negaba a perderlo.

Algo oscuro oprimió mi pecho, una seguridad primitiva que alejó de mis principios la diferencia entre lo correcto y lo incorrecto. Solo quedó en mi interior una certeza instintiva: Dimitri Petrov no iba a arrebatarme aquello. Y para ello sería capaz de cualquier cosa.

27

CORRE Y NO MIRES ATRÁS



Viktor se marchó de mi dormitorio después de que yo me asegurara de que no había nadie en el pasillo. Me dio un último beso, apenas una caricia fugaz de sus labios sobre los míos, y desapareció entre la penumbra del pasillo. Me quedé aguardando, con la puerta entreabierta, a escuchar el sonido de la suya al cerrarse y, cuando estuve segura de que ya no saldría, me escabullí de nuevo de mi dormitorio con el candelero en la mano para bajar al despacho de Kraus.

Mis movimientos carecían por completo de duda, como si mi cuerpo se hubiera propuesto colaborar para mantener a su lado la presencia de Viktor, y me llevó por ello por los pasillos como un guía. Me detenía cuando escuchaba pasos, me hacía retroceder, me corregía el ritmo, y así continuó hasta que alcancé la puerta oportuna.

El silencio no era profundo. El servicio aún trabajaba, y estaba segura de que Kraus todavía no se había retirado a su dormitorio. Estaba en algún lugar de la casa, y solo podía rezar por que no se hubiese encerrado en su despacho. Respiré hondo y golpeé la puerta dos veces con los nudillos. Silencio.

Me atreví a abrir.

El despacho estaba oscuro y parecía vacío. Me deslicé al interior con cuidado y eché un último vistazo al pasillo para comprobar que nadie fuera testigo de mi asalto. Después, cerré.

Iluminé el lugar de forma cauta, como si, a pesar de encontrarme sola y encerrada, pudieran ver mis movimientos o escuchar mis pasos. Sentía una presencia más aparte de la mía, pero, por mucho que paseé la vela por cada esquina, no vi nada. Asocié la sensación a mi situación comprometedora y me puse a trabajar. Dejé la vela en el escritorio para dirigirme en primer lugar a los papeles y las cartas que yacían sobre él. El correo era abundante y me llevó al menos cinco minutos revisar cada remitente. No había rastro de Petrov.

Abrí seguidamente los cajones. Otra pila de cartas se encontraba anudada. Liberé el cordón y empecé a leer de nuevo los nombres de los remites. Encontré cartas de científicos que había conocido en el congreso, incluso una de Meyer que me esforcé enormemente por no leer, ya que Kraus había decidido ignorarla y el sello estaba intacto.

Me senté en la silla, nerviosa. No había ni rastro de Petrov. Empecé a morderme el carrillo por dentro y a toquetearme el colgante con una incipiente desesperación. Entonces, una idea iluminó la oscuridad en la que me estaba sumiendo. Quizá alguien del congreso le había hablado a Kraus de él.

Empecé a abrir las cartas que tenían el sello ya roto de aquellos cuyos nombres conocía, pero no fue hasta una remitida por Viktor cuando encontré lo que buscaba. Hablaba de su llegada el día anterior al inicio del congreso y de sus intenciones de encontrarse con Petrov para conocer el símbolo de localización que le había traído por el camino de la amargura durante tanto tiempo. La carta estaba fechada un mes atrás. La siguiente parecía responder a otra enviada por Kraus. Viktor le hablaba de que llegaría a su casa conmigo («mi estudiante Marshel Allen»), y le contestaba a alguna pregunta que debería de haberle hecho Kraus en su carta. Por el contexto, comprendí que quería saber si Petrov necesitaría alojamiento.

«Sobre el profesor, no te apures. Se instalará en casa de Vogelmann».

Vogelmann.

Rebusqué entre el resto de las cartas hasta encontrar aquel apellido. Matthias Vogelmann. Se encontraba en Rotherbaum. ¿Dónde estaba eso?

Me levanté de la silla y traté de dejar todo como estaba, excepto la carta remitida por Vogelmann, en la que aparecía su dirección. Aquella la mantuve conmigo en todo momento, mientras salía a escondidas del despacho de Kraus en dirección a mi dormitorio.

No pude evitar detenerme, sin embargo, cuando pasé junto a la puerta entreabierta de la biblioteca y escuché voces. Kraus y Anthony estaban charlando en el idioma natal del último.

—No creo que sea prudente que vayas —le decía Anthony con voz autoritaria.

Un sillón desplazándose me indicó que alguno de ellos lo había desocupado.

—¿Cuándo he hecho yo algo prudente? —respondió Kraus con sorna.

Anthony exhaló con hastío.

—Madura, Heinrich.

Unos pasos se dirigieron a la puerta. Yo reculé, alarmada. Pero se detuvieron abruptamente.

—Vamos, ven aquí —dijo la voz de Kraus—, no seas cascarrabias.

—Eres realmente agotador.

—¿Sí? —Se escuchó un beso—. Podría agotarte de otras formas —susurró de forma traviesa.

—¿Te importaría, por favor, volver a abrocharte el botón?

Agité la cabeza y me alejé, de pronto invadida por la culpabilidad. No debería haber roto su privacidad. Comprendí que hablaban en inglés para evitar oídos curiosos de la servidumbre, que solo entendía el alemán. No habían pensado en que yo pudiera inmiscuirme en sus asuntos.

Me dirigí a las escaleras con prisa mientras mi mente saltaba de ellos a la carta y de la carta a ellos. Por alguna razón, había intuido cierta cercanía entre ambos desde el inicio, una extraña y diferente. Pero no había pensado que pudieran estar relacionados de forma romántica. Sin embargo, no me sorprendió, y me satisfizo más de lo

que esperaba, como si tuviera sentido. Kraus, con su jovialidad, y Anthony, con su formalismo. Encajaban de alguna manera irónica.

Sonreí sin poder evitarlo antes de que mis pensamientos se oscurecieran de nuevo al recordar por qué estaba allí.

Alcancé mi dormitorio con la respiración agitada. Me calcé unas botas, me abrigué con una capa y cogí mi retículo con un par de monedas de plata que me había cambiado Viktor por peniques. Me escabullí finalmente por la puerta del servicio al frío de la noche de Hamburgo.

Necesitaba un transporte.

Metí la carta en el retículo y salí a las calles vacías en busca de un carruaje. El suelo empedrado resbalaba cuanto más me aproximaba al canal, el silencio era casi absoluto. Solo el viento gélido, golpeando los cristales de las casas, era capaz de romperlo. Más allá, el rugido del metal de algún farol balanceándose y el goteo del agua de las canaletas me perseguía con más recato.

Traté de orientarme por el recorrido que habíamos seguido con el carruaje en todos nuestros trayectos. Tuve que detenerme en un par de ocasiones para pensar. La noche era diferente, más confusa y llena de rincones y esquinas que parecían desaparecer con la luz del día.

Conseguí al fin apreciar algo más entre el murmullo de sonidos de la noche tras atravesar otras dos calles. Había sido un solo golpe, el del metal de una herradura. Suficiente para que respirara con alivio.

Me envolví más en la capa y seguí el trazo de aquel eco. Entonces, voces aisladas comenzaron a llenar la noche, junto con el arrastre de bultos y relinchos. Estaba llegando.

Me detuve justo antes de exponerme y me asomé por la esquina para analizar la escena. Había tres carruajes, y otros dos más apartados. Uno de los cocheros fumaba en pipa bajo la sombra de un tejadillo, sin quitarles ojo a sus caballos. Parecía solo y aburrido, pero distaba mucho de la condición ebria del hombre que acariciaba el hocico del caballo de otro carruaje.

Amarré con fuerza el retículo y miré a un lado y a otro de la calle. El riesgo era absurdo. Tal vez me robara, y todo por tratar de llegar a una casa a la que no sabría cómo acceder y donde me sería casi

imposible encontrar a Petrov. ¿Cuántas habitaciones habría? ¿Cómo saber quién era él si nunca le había visto? Mi única pista era que se trataba de un hombre de cerca de sesenta años.

Agité la cabeza y eché a andar. Me pegué a la pared y me acerqué al cochero. Su primera reacción fue ocultar la pipa a su espalda, a saber por qué razón. Pero cuando logró distinguirme entre la oscuridad pareció respirar con alivio y volvió a sacar la pipa. Me dijo algo en alemán.

—Disculpe, yo no... no sé alemán.

Él levantó la mirada, dejando la pipa suspendida a una intención de sus labios, y alzó una ceja. Yo saqué la carta con las manos temblorosas y señalé la dirección. Después, le mostré una de las monedas de plata.

El hombre miró ambos objetos y alzó aún más la ceja. Fijó los ojos en mí lo que me pareció una eternidad antes de buscar algo a mi espalda.

—¿Sola? —dijo torpemente con un acento marcado.

Dudé y asentí.

El hombre suspiró, tomó la moneda, y negó con la cabeza, como si pensara tal vez que yo había huido de casa y no se pudiera creer que estuviera siendo capaz de aceptar colaborar en mi travesura. Me guio en silencio hasta el carruaje y me abrió la puerta. Traté de no pensar en absoluto durante todo el trayecto hasta allí. Solo me fijé en las calles y traté de memorizar el camino, por si tuviera que regresar sola, por si algo no saliera bien.

Di un respingo cuando el coche se detuvo al cabo de unos minutos. Me bajé antes de que el cochero pudiera ayudarme. Cuando pisé el suelo, el hombre me señaló una casa que hacía esquina con la calle perpendicular a la que se había detenido. Era una casa sencilla, totalmente contraria al hogar de Kraus. Tenía dos pisos, y cada uno parecía entrar en su comedor cómodamente, así de pequeña era. No me costaría trabajo entrar a la fuerza.

Miré al cochero y le mostré la otra moneda. Después, le pedí que me aguardara allí de la forma más clara que pude. Él asintió y sacó su pipa. Cuando apoyó la espalda en el carruaje, comprendí que había entendido mi petición.

Encaré la casa, que estaba adosada a otra. En ninguna de ellas había ni una sola luz prendida. Eso me facilitaría las cosas. Me aproximé a la puerta y analicé la cerradura. La alquimia tenía infinidad de utilidades, pero ninguna facilitaba la apertura de una puerta, a menos que no importase el resultado y aceptaras que acabara deshecha en el suelo como si fuera líquido.

Me llevé la mano a la cabeza para quitarme una horquilla del recogido, casi de forma instintiva. Y entonces recordé que tenía la melena suelta. Se me quedó la mano suspendida en el aire.

«Maldita sea».

Volví a observar la casa. Las ventanas de la parte delantera estaban cerradas a cal y canto. Bordeé las paredes, buscando una vulnerabilidad, y me encontré con que, en el lateral, pegada al nivel del suelo, apenas a un palmo de los adoquines, había una estrecha ventana alargada que daba al sótano. El cristal estaba sucio, cubierto por una película de polvo, y no se podía apreciar nada del interior.

Me agaché y tanteé el marco con los dedos. No estaba cerrado. Empujé un poco hacia dentro y el cristal cedió, dándome paso como una boca abierta. Dudé y miré alrededor. Después, me arrodillé y apoyé una mano en el suelo húmedo. El barro caló la falda del vestido mientras me acercaba y agachaba para empezar a internarme. Metí primero el brazo para abrirme paso, el hombro y la cabeza. El sótano era oscuro, pero la luz de los faroles iluminaba en parte el espacio desde otra ventana gemela a la que yo estaba atravesando. Contemplé cajas y barriles y una colección de vinos que ocupaba una pared al completo.

Metí una pierna y, después, poco a poco, me fui dejando caer. Aterricé con un golpe sordo sobre una superficie de piedra, levantando una nube de polvo, que se quedó suspendida en el aire, motitas apenas visibles en los tenues haces de luz que se adentraban por las ventanas.

Respiré hondo y me quité la capa, que abandoné en un rincón junto con el retículo. Después, me recogí el vestido y me dirigí a la puerta del sótano.

La casa estaba en silencio, y era tan sencilla como prometía el exterior. Recorrí el piso inferior con cuidado bajo la suave luz de los faroles que llegaba del exterior. Solo contenía un salón biblioteca y un comedor recatado con una puerta que daba acceso a la pequeña cocina. Las escaleras que conducían al piso superior eran estrechas y estaban pegadas a la pared lisa. Subí despacio, con el corazón en la garganta. ¿Qué iba a hacer? Cuanto más me aproximaba a aquella planta, más confusa estaba y más me percataba de la gravedad de mis actos. Había salido a hurtadillas por la noche, me había subido sola a un carruaje en Hamburgo, una ciudad completamente desconocida, a merced de un hombre cualquiera, y me había colado en una casa.

Me detuve en el rellano. El piso superior constaba de tres puertas que apenas podía apreciar: el pasillo era corto y carecía de ventanas. Miré hacia las escaleras. La tenue luz de los faroles que había dejado atrás parecía impaciente, como si deseara que regresara cuanto antes y me alejara de la oscuridad.

Me llevé los dedos a los labios, presa del súbito recuerdo de los besos recientes. Viktor. Estaba allí por Viktor. Apreté los dientes y me obligué a dar un paso al frente. Cogí el primer pomo y lo giré. La puerta estaba cerrada con llave. Acerqué el oído, pero no escuché nada en el interior, así que me dirigí a la siguiente puerta, casi a tientas, y abrí. En aquella ocasión, la puerta cedió, dando paso a la luz de una vela casi consumida, que iluminó mi asalto con claridad. Me sentí cazada como una ladrona y a punto estuve de salir corriendo. Pero, entonces, descubrí una figura recostada sobre la cama. Era un hombre de la edad de Viktor y Kraus. Reculé torpemente hasta salir de allí y cerré.

Entonces, una voz dijo algo en ruso a mi espalda.

Di un respingo y me giré. Aquel que me encaraba no podía ser otro más que Petrov. Tras la luz de la lámpara de gas con la que me señalaba de forma casi amenazadora, había un hombre que, en otros tiempos, debía de haber sido imponente. Ahora, sin embargo, a pesar de esos ojos oscuros que me contemplaban como un depredador, su aspecto parecía cansado, y su mano temblaba mientras sostenía la lámpara.

—Lo... lo siento.

Dio un paso hacia mí.

—¿Quién es usted? —exigió saber con un marcado acento.

Miré a mi alrededor, buscando una ayuda que jamás llegaría. La primera opción que pasó por mi cabeza fue huir, pero, antes de que pudiera llevarla a cabo, mi mente se retorció para anclarme a aquel suelo.

—Soy una estudiante de alquimia —me atreví a decir, colocando con recato el pie derecho hacia atrás, preparado para correr, en caso de ser necesario—. Quería hablar con usted.

Petrov me miró de arriba abajo. Su mirada se afiló.

—Tú no eres una estudiante de alquimia. —Me cogió del brazo con fuerza tan rápido que fui incapaz de reaccionar—. Tú eres una ladrona.

Tiró de mí con violencia para llevarme a la planta baja. Yo traté de liberarme.

—¡No soy una ladrona!

No respondió, me arrastró sin ningún cuidado hacia el salón. Supe al instante que lo que pretendía era avisar a las fuerzas de la ley, cualesquiera que existieran en Hamburgo. Podría haberme expulsado simplemente de la casa. Pero no lo hizo. Me dejó junto a las estanterías con rudeza y se dispuso a condensar el aire a mi alrededor para encerrarme con un símbolo. Yo entré en pánico. Había sobrevivido cerca de tres años con esfuerzo, y todo aquello podría terminar en un momento. Mi vida, mis anhelos, mis proyectos.

No lo pensé.

Cogí la lámpara que había dejado en una mesita y la estallé contra su cabeza, haciendo que cayera al suelo, completamente inerte.

Me arrepentí al instante. Mientras mi mano aflojaba el agarre, haciendo que la lámpara cayera y se hiciera trizas contra el suelo, mis ojos se quedaron fijos en el hilo de sangre que empezó a brotar de la cabeza de Petrov. Mis pies retrocedieron solos hacia la salida. Pero fui incapaz de atravesar la puerta. Me miré las manos, temblando. ¿Qué había hecho? Un monstruo. Yo era... era un monstruo. Igual que los demás.

Una mano se colocó sobre mi hombro. Antes de que pudiera gritar, el rostro de Kraus apareció en mi campo de visión y me instó a que guardara silencio.

—¿Qué...? —fue lo único que acerté a decir.

No me hizo ningún caso. Se agachó junto a Petrov y estudió su estado. Después, me miró.

—Marshel —dijo. El tono risueño habitual había desaparecido de su voz en favor de una gravedad oprimente—. Vete de aquí.

—Pero...

—Yo me ocuparé, y luego hablaremos. Ahora, corre. Sal de aquí y no mires atrás.

No me lo tuvo que decir dos veces. Cuando un sonido en la planta superior pareció indicar que Vogelmann había despertado, me recogí el vestido, me dirigí al sótano para recuperar mis cosas, y deshice mis pasos para regresar al lugar seguro de donde había venido.

28

AYUDA



Di tantas vueltas en mi dormitorio que acabé mareada y agotada. Pero no pensaba dormirme sin respuestas. ¿Qué hacía allí Kraus? ¿Me delataría? ¿Qué pensaría de mí?

Me senté en la cama y me volví a levantar. Miré en dirección al dormitorio de Viktor, tentada de ir a verlo, de confesarle mis actos antes de que Kraus pudiera relatarle lo que había visto, de darle alguna explicación, la que fuera. Pero me quedé quieta. Hundí el rostro entre las manos y volví a dejarme caer en el colchón. Desesperación. Una emoción horrible, agonizante. Necesitaba gritar, hacer algo, lo que fuera, para desprenderme de ella.

Me levanté. Y, por fin, llamaron a la puerta.

—Marshel —susurró la voz de Kraus—. Reúnase conmigo en el despacho.

Se marchó antes de que pudiera responder. Sabía que estaba despierta, por supuesto. Tragué saliva y esperé. Me temblaron las manos cuando sostuvieron el pomo de la puerta para abrir y salir al pasillo. Temía tanto el momento de enfrentarme a la verdad que más de una vez estuve a punto de regresar corriendo al dormitorio. Pero mis actos habían sido graves y Kraus tenía derecho a saber a quién tenía hospedada en su casa. Así que, con el corazón

agarrotado, bajé las escaleras y me dirigí al despacho mientras buscaba alguna explicación que me permitiera ocultar los motivos reales por los que había asaltado a Petrov. Pero no hubo cabida a esa oportunidad, porque el saludo de Kraus en cuanto entré al despacho y cerré tras de mí fue imposible de evadir:

—Sé quién eres.

El suelo pareció inclinarse, pero los ojos de Kraus lo enderezaron casi al momento. No parecían repelerme. De hecho, se mostraban comprensivos. Abrí la boca para decir algo, pero él se apoyó en el escritorio y volvió a hablar.

—Lo sospeché casi al conocerte. Me sorprende que Frank no haya sido capaz de verlo. —Sonrió—. Verás, la vida que se crea con alquimia es diferente a la que nace de forma natural. Prometeo era un pájaro peculiar, no solo por su aspecto, sino por su comportamiento, por el extraño aura que lo envolvía. Miraba al mundo con cuidado, como si este fuera capaz de arrebatarle la vida que le había dado. Y así era. Si el equilibrio que te ha dado la vida se rompe, entonces tú desapareces. Y eso es lo que pretende hacer Frank con sus monstruos. —Suspiró—. Tuve la mala suerte de cruzarme una vez con uno de ellos, hace alrededor de dos años. —Se bajó el cuello de la camisa, exponiendo varias cicatrices—. Trató de matarme. Con una sola mano. Hundió los dedos en mi carne como si fuera un bollo recién salido del horno. Frank me contó todo el tema del experimento Demiurgo después de quitármelo de encima y matarlo.

Matarlo. Viktor había matado a otro monstruo antes. ¿A cuál de ellos? Me encontré deseando desesperadamente que fuera el Primero.

Tragué saliva, sin atreverme a preguntar por su aspecto.

—Lo siento.

—Lo sé. —Volvió a sonreír—. Y sé que sientes lo sucedido con Petrov.

—Yo no quería. Lo prometo —me apresuré a decir—. Pero él...

—Él iba a darle a Frank la herramienta para descubrirte. —Se acercó un paso a mí—. Tus instintos de supervivencia son mayores que los nuestros simplemente porque tu vida tiene mayor riesgo de

quebrarse. —Fijó sus ojos en mí con seguridad—. Marshel, compartes decenas de cosas con esos monstruos. Pero no eres uno de ellos.

Me retorcí los dedos.

—¿Él está bien? —me atreví a preguntar.

—Sí. No te recordará. Transmutar recuerdos se me da realmente bien. —Sonrió—. Tengo varios que dar a cambio que no me sirven para nada.

Asentí y luego, una duda hizo que mis hombros se tensaran.

—Si sospechabas lo que era... ¿por qué experimentaste con el Símbolo del Retorno en la casa? ¿Por qué expusiste ese experimento en el congreso?

—Oh, para confirmarlo, por supuesto. No te apures, no soy retorcido. Sabía que por la noche solo te escocería un poco, y me daría oportunidad de averiguar si realmente tenías alguna cicatriz. Cuando encontré la ropa de cama en el barreño, no me cupo duda. Sobre el congreso, ya me había encargado de protegerte. La señora Bauer preparó el interior de tu ropa interior con ungüentos para que se adhirieran a tu piel y, dondequiera que estuvieran tus cicatrices, estas no pudieran abrirse.

Negué con la cabeza y me froté la frente.

—¿Cómo sabías que había ido a ver a Petrov? —pregunté.

—Te seguí.

Arrugué el ceño.

—Pero estabas en la bibl...

Me callé al instante y me puse inevitablemente colorada. Kraus alzó una ceja.

—¿Biblioteca?

Me mordí el labio y me encogí.

—Lo... lo siento.

En lugar de enfadarse, la expresión del profesor, para mi sorpresa, se tornó juguetona.

—Así que la pequeña Marshel ha estado haciendo cosas indebidas detrás de las puertas —dijo.

Negué frenéticamente con la cabeza.

—Solo... sentí curiosidad. Y... no esperaba... —Retorcí la tela del vestido—. Lo siento mucho, de verdad.

—Curiosidad —repitió—. ¿Tan evidentes hemos sido?

—No.

Kraus se inclinó hacia delante y sonrió.

—La curiosidad siempre viene impulsada por algo.

Me mordisqueé el pulgar.

—¿El doctor Frank lo sabe?

—Sí.

De pronto, la puerta se abrió. Por un momento, mi cuerpo se tensó, pensando que sería Viktor. Pero cuando me di la vuelta, descubrí a Anthony.

—Señor, disculpe, creí que estaba solo.

Kraus sonrió.

—No hace falta fingir, Anthony. La señorita Allen lo sabe todo. —Dio unos golpecitos en su pierna con gesto travieso—. Ven, no seas tímido.

Anthony se limitó a poner los ojos en blanco y se dio la vuelta.

—Te espero en la cama —dijo—. Buenas noches, señorita Allen.

Después, cerró la puerta, y volvió a dejarnos a solas. Kraus me miró.

—¿Por dónde íbamos? Ah, sí. No te seguí. Esperaba que hicieras alguna tontería, así que me trasladé directamente a casa del profesor para aguardarte en cuanto saliste por la puerta. El aire es un carruaje más rápido cuando conoces la forma de fusionarte con él con la alquimia.

Hundí la cabeza entre los hombros con una larga exhalación.

—¿Se lo vas a decir a Viktor?

Kraus se levantó del asiento.

—No —dijo—. Pero tú sí deberías. Si lo descubre, Marshel, va a ser mucho peor. Conozco a Frank, tiene verdadero interés en ti. Algo, por supuesto, que se negará a hacer público hasta que esté seguro de que no corres peligro.

—No lo entenderá.

—No lo entenderá si se lo escondes. La verdad siempre se descubre. Más tarde o más temprano. —Comenzó a alejarse hacia la

puerta—. Petrov no le mostrará ningún símbolo porque no asistirá al congreso. Vuestro barco zarpará antes de que Frank tenga oportunidad de visitarlo.

El alivio que sentí fue instantáneo. Me golpeó con tal fuerza que a punto estuve de echarme a llorar.

—Marshel —dijo, por último, antes de abrir la puerta—, puede que hayas nacido de una forma diferente, pero eres tan humana como nosotros. Mereces una vida larga y feliz. No lo olvides nunca.

Respiré hondo y, cuando abandonó la estancia, entonces sí, me eché a llorar.

Decirle a Viktor que era una de sus creaciones no iba a ser tarea fácil. Pero Kraus tenía razón. Tarde o temprano lo descubriría y sería peor. Darle vueltas a aquella tarea y los remordimientos de mi actuación de aquella noche tuvo como consecuencia un ataque de dolor tormentoso. No dormí en absoluto y, cuando amaneció, tuve que obligarme a bajar al comedor a desayunar para que no surgieran preguntas.

Viktor y Kraus ya estaban allí.

—Señorita Allen —me saludaron ambos al unísono.

—¿Qué tal ha dormido? ¿Ha descansado bien? —me preguntó Kraus con tono burlón.

Le dediqué una sonrisa tensa.

—Sí, gracias.

Viktor retiró una silla para que me sentara a su lado. Su estado era distante y pensativo. Parecía estar lejos, muy lejos de allí. En sus ojos había un grado de tormento mayor al acostumbrado.

—¿Doctor Frank? —dije—. ¿Está bien?

Tomó asiento después de mí.

—Ha llegado un mensajero hace media hora —respondió—. El profesor Petrov no podrá atenderme. Está indispuesto y no asistirá al congreso.

Aquello fue lo único que dijo en todo el desayuno.

Kraus, sin embargo, charló como si le hubieran dado cuerda. Se rio, parloteó sobre algún químico y el peloteo hacia él, y tarareó una

canción que me sonaba y no sabía de qué. Logró con ello que no pensara en lo sucedido la noche anterior.

Cuando salimos hacia el congreso por última vez, encontré que nuestros baúles ya estaban preparados en el vestíbulo para ser trasladados al barco. Debían de haber recogido mis cosas mientras desayunábamos. Agradecí no haber sacado la caja de elixires del baúl en ningún momento.

La llegada a la Akademie fue tensa. Viktor se encontraba apático, pero eso no impidió que Stone y Meyer se acercaran a saludar, haciendo el ambiente completamente incómodo. Con el primero, Viktor sostuvo un formalismo que rozaba lo antipático. Con el segundo, Kraus tuvo que intervenir para que no le partiera la cara.

—Doctor Frank —susurré, una vez nos apartamos a una esquina —. Podemos irnos si lo necesita.

La señora Bauer se mantuvo a nuestro lado; Kraus, sin embargo, permaneció junto a Meyer con una sonrisa que dudaba mucho que reflejara el tono de su conversación. No entendía alemán, pero podría jurar que lo estaba amenazando de alguna forma.

—Kraus no debería meterse —dijo.

—¿Por qué no?

—Meyer tiene poder. Podría hundirlo si quisiera.

—Creo que a Kraus le importa un pimiento —dije—, probablemente lo mismo que le importaría a usted de estar en su lugar.

Viktor descendió la mirada para fijarla en la mía. Su gesto serio se suavizó.

—Espera demasiadas cosas buenas de mí, señorita Allen. Y le he dado infinidad de motivos para lo contrario.

Apreté los labios.

—¿De verdad?

Viktor repasó el entorno de forma fugaz. La marea de científicos se arremolinaba alrededor de la puerta de entrada al salón de actos. Nadie parecía prestarnos atención, ni siquiera Kraus y Meyer, que seguían hablando como si se estuvieran intercambiando halagos. Se atrevió por ello a acariciarme la mano con el reverso de sus dedos.

—Lamento mucho no poder darte todo lo que mereces —susurró.

Dudé.

—Viktor... —musité—. Tengo que decirte algo. Si pudiéramos hablar luego, yo...

—Señorita Allen —me interrumpió la voz de la doctora Teressa Green. Di un brinco como si me hubiera pillado haciendo algo indecente. Ella sonrió y miró a Viktor—. Doctor Frank. Tengo entendido que es su último día en el congreso.

—Así es, doctora Green —respondió él con calma.

—Señorita —se dirigió después a mí—, me gustaría tener la oportunidad de conversar con usted. Venga a visitarme a la Royal Institution algún día en Londres. Estaré por allí en una semana.

Antes de que pudiera responder, la doctora se dio la vuelta y se alejó. No necesitó abrirse paso entre la multitud, puesto que todos allí le cedieron espacio como si se tratara de una reina.

—La doctora Green es maestra de química en la RI —me explicó Viktor.

—¿Y qué querrá de mí?

—Eso tendrá que averiguarlo usted, señorita Allen —respondió. La gente había empezado a moverse para entrar al salón de actos y habíamos sido rodeados por varios cuerpos. Había oídos por todas partes—. Yo no rechazaría una invitación de la doctora Green. Es una mujer inteligente y sin ningún tipo de filtro. Me recuerda bastante a usted y a su falta a las normas sociales.

—Respeto las normas sociales que tienen sentido.

—Créame, señorita Allen —me susurró en el oído mientras aguardábamos a que se despejara la entrada—, no respeta ninguna, tengan sentido o no. —Me mordí el labio, tratando de aguantar una sonrisa. Él volvió a hablar—. Por cierto, ¿qué quería decirme antes?

Mi corazón brincó. Por suerte, Kraus apareció para librarme de un incipiente tartamudeo.

—¿Vamos? —dijo.

Viktor no insistió y yo me dejé llevar. Ocupamos los mismos asientos que los días anteriores, pero encontré que Viktor se posicionaba más cerca de mí. Durante cada experimento, me explicaba lo necesario para comprenderlo. Yo trataba de prestar atención a sus palabras, pero mi concentración se desviaba hacia las

sensaciones que despertaba su aliento sobre mi mejilla. Viktor pareció darse cuenta de lo cerca que estaba cuando un escalofrío me recorrió la espalda y me agitó la respiración. Se alejó de mí, sin embargo, con suavidad, como si sus movimientos no fueran premeditados, sino algo natural. Lo único que me hizo pensar lo contrario fue la contracción de los dedos de su mano derecha, que formaron un puño sobre su muslo.

Cuando el primer experimento concluyó, sentí la necesidad de salir del salón para respirar. La señora Bauer me siguió, pero Viktor se quedó. Supongo que creyó que sería demasiado descarado que, después de haber estado una hora pegado a mí, saliera conmigo de allí.

Dejé caer la espalda en la pared y me acaricié la mejilla. Por un momento, había estado a punto de dejarla caer sobre sus labios.

Me froté las manos y me retorcí los dedos. Pensé en mi obligación de sincerarme, de perder aquello que me entregaba tantas sensaciones placenteras. Y pensé en mis actos contra Petrov, la maldad con la que había actuado solo por mi beneficio. Podría haberlo matado.

Me apreté las sienes. Tenía que arrancar de mí esa oscuridad.

Apoyé la cabeza en la pared y cerré los ojos. Podría sincerarme allí, en Hamburgo, quizá en presencia de Kraus para evitar que Viktor saltara a por mí. O podría hacerlo en Londres, en mi hogar, para que, en caso de morir, al menos lo hiciera en la ciudad que amaba, después de despedirme de Emily.

—Señorita Marshel Allen —dijo una voz desconocida frente a mí.

Abrí los ojos demasiado tarde.

La oscuridad ya había caído y no me dio tiempo a alarmarme siquiera. Algo tiró de mí y desaparecí de la Akademie bajo el eco lejano del grito de la señora Bauer, un «*hilfe!*» borroso que, por algún motivo, supe interpretar. Ayuda. Estaba pidiendo ayuda.

29

UNA DICHA FUGAZ



Supe hacia dónde estaba siendo arrastrada en cuanto sentí el tirón. Temblé en cada fragmento de segundo que duró el viaje, con la mente circulando en torno a la palabra «tortura». Viktor me había dicho que dijera la verdad si se proponían herirme. Pero pensar siquiera en perjudicarlo me resultaba repugnante. Resolví, antes de que la sala circular se materializara a mi alrededor, que respondería a las preguntas que me fuera posible, pero a ninguna más. Así que tragué saliva y junté una mano con otra para sostenerme de alguna forma, dispuesta a enfrentar lo que me esperara.

Las cinco figuras enmascaradas me miraron al unísono en cuanto mis pies tocaron suelo firme. Aquel que presidía la mesa se levantó de su asiento. Me sentí completamente expuesta, y aquella sensación no me gustó en absoluto.

—Bienvenida de nuevo, señorita Allen —dijo.

La ventana que había estallado durante el fugaz enfrentamiento de Viktor con él ya estaba reparada. El ambiente volvía a ser denso. Estaba segura de que me habían encerrado.

Respiré hondo.

—Me han secuestrado —respondí—. No creo que sea bienvenida.

A pesar de que la máscara le ocultaba por completo el rostro, pude intuir de alguna forma una sonrisa tras ella.

—«Secuestrar» es una palabra demasiado grave. Digamos que la hemos tomado prestada. —Extendió una mano—. Por favor, tome asiento.

Me di la vuelta. Una silla muy próxima a la pared esperaba a ser ocupada.

Volví a mirarlo.

—Prefiero quedarme de pie.

Devolvió la mano a la mesa y la entrelazó con la otra.

—Como desee.

Otro de los integrantes del Consejo se inclinó hacia delante.

—Es usted una estudiante del doctor Frank —dijo sin preámbulos —. ¿Cuánto tiempo lleva en su clase?

Pensé un momento antes de responder, pero no vi problema en contestar con sinceridad. Así que eso hice.

—Un par de meses —dije.

—¿Y ha sido capaz en tan poco tiempo de llamar su atención como alquimista?

Tragué saliva. No lo había visto venir.

—Llevo estudiando de forma autodidacta más tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —intervino otro.

Me retorcí los dedos. ¿Debería responder? ¿Iban a usar la respuesta en contra de Viktor de nuevo?

—¿Por qué importa todo esto? —terminé diciendo.

—La alquimia no es para todo el mundo, señorita Allen.

Me sequé las manos de sudor en el vestido.

—Y si deciden que no es para mí, ¿qué harán? —pregunté con cuidado—. ¿Me encerrarán para que no pueda aprender por mí misma?

El Consejo guardó silencio. Sabía que acababa de adentrarme en un terreno peligroso. Aun así, continué. La voz escapó entre mis labios como un hilo resquebrajado que trataba de sostener una carga muy pesada.

—No quieren evaluarme por eso.

El que presidía la mesa pareció tensarse. Sus hombros se alzaron un poco y su postura se tornó rígida. Me dio la sensación de que se impacientaba. Eso hizo que me encogiera.

—No conoce al doctor Frank desde hace dos meses —dijo.

—En persona, sí —me apresuré a responder.

—¿Y previamente?

—Le conocía como... como científico. Es un renombrado alquimista. Todo el mundo le conoce.

—Si le conocía desde mucho antes, debe de conocer también sus experimentos —intervino el más próximo a mí. Su voz era más tranquila y pacífica que la de sus compañeros—. Díganos, ¿sabe qué es Prometeo?

—¿Por qué...?

—Conteste.

Apreté los dientes.

—Sí.

—¿Y sabe que el doctor Frank replicó su experimento cambiando el material y el resultado?

Quise mentir. Quise gritar que aquella afirmación era una falacia sin fundamentos. Lamenté no poder hacerlo y me pregunté por primera vez si Viktor nos había creado con esa condición a propósito. Me retorcí los dedos y alcé el mentón.

—No pienso decir una palabra más.

—¿Formó parte del experimento, señorita Allen? ¿Ayudó al doctor Frank a crear vida?

—Me gustaría marcharme de aquí.

El presidente de la mesa se levantó de su asiento.

—El doctor Frank ha cometido un delito —dijo. Su voz era afilada, la amenaza era clara—. Dudo que quiera formar parte de ello. Dudo que quiera obtener el mismo castigo que le espera a él.

Escuchar la amenaza hacia Viktor me inundó de un valor que no había hecho acto de presencia desde el inicio del interrogatorio. Di un paso hacia delante y apreté los puños.

—Y yo dudo que vayan a aplicar algún castigo —dije—. El doctor Frank no es un alquimista cualquiera. No pueden hacerle lo que quieran sin tener pruebas de ese delito del que hablan.

De pronto, el suelo tembló. Me vi obligada a sujetarme a la silla sobre la que me había negado a sentarme para no caer. El Consejo no se inmutó, como si estuviera esperándolo.

—Las molestias que se toma el doctor Frank por usted son inquietantes —dijo el presidente, casi hastiado—. Resulta cuanto menos sospechoso que quiera protegerle a toda costa de nosotros. ¿Quizá para que guarde sus secretos?

La estancia volvió a sacudirse. Viktor estaba tratando de atravesar el muro intangible que habían levantado a nuestro alrededor.

—Piense lo que le dé la gana.

El Consejo guardó silencio. Después, uno de ellos se levantó y se dirigió hacia mí. No pude evitar recular. El hombre me agarró del brazo y yo pensé que en cuestión de segundos tendría la cabeza metida en agua para obligarme a hablar. Pero, en lugar de eso, el hombre se inclinó sobre mí y me habló, con la máscara rozándome la nariz:

—Dígale al doctor Frank que volveremos a vernos las caras.

Y, entonces, me empujó. Cuando mi trasero dio en la silla, me encontré de pronto cayendo al suelo de la Akademie donde se habían encontrado mis pies antes de que el Consejo decidiera secuestrarme. Una mano apareció en mi campo de visión, tendida para ayudarme a incorporarme. Me pareció curioso que pudiera reconocer los dedos de Viktor sin necesidad de mirarlo a él. Coloqué la mano sobre la suya y tiró de mí con suavidad. Sus ojos estaban empañados por una ira y preocupación que no había contemplado hasta el momento.

—¿Te encuentras bien? —dijo.

Miré alrededor. La señora Bauer era la única que se encontraba en el rellano con nosotros.

—Sí.

Él asintió.

—Nos vamos.

Empezó a caminar con la mano apoyada en mi espalda, invitándome a seguirlo. Yo miré a la señora Bauer. Después, a la puerta del salón de actos, que permanecía cerrada.

—¿Adónde?

—Al barco. Aguardaremos allí a que zarpe de regreso a Londres. Ha sido un error traerte al congreso.

—¿En Londres no tienen jurisdicción?

—Sí. Pero su sede está en Hamburgo. No les resultará tan sencillo molestarnos.

Tragué saliva y asentí. Cuando salimos de la Akademie, nos encontramos a Kraus junto a un carruaje, aguardando nuestra llegada. Su expresión era amarga mientras conversaba en alemán con el cochero. Cuando nos vio salir, abrió inmediatamente la puerta.

—Trataré de obtener una vista con el Supremo —dijo—. Le explicaré la situación.

—¿Supremo?

Viktor me ayudó a subir al carruaje mientras me respondía.

—Es la persona que tiene máxima autoridad, por encima del Consejo. Interviene únicamente en asuntos complejos o cuando el Consejo está en desacuerdo con algo. —Miró a Kraus—. Escríbeme.

Él asintió. Cuando ambos estuvimos en el carruaje, uno frente al otro, se apoyó un instante en la ventanilla y me miró.

—Señorita Allen, ha sido un placer conocerla. —Sonrió—. Cuídese.

Dicho eso, se separó del carruaje, junto con la señora Bauer, y nosotros nos alejamos por las calles adoquinadas, rumbo al muelle.

Mientras Viktor miraba su reloj de bolsillo, yo contemplé por última vez Hamburgo. No había visitado de la ciudad más que la villa de Kraus, la Akademie y el Gasthaus donde había probado el *eintopf*. Me encontré lamentando haber perdido la oportunidad de conocer algo más allá de Londres, pero me tranquilizó pensar que dejaba atrás a un amigo al que poder visitar en un futuro, tal vez, de nuevo, de la mano de Viktor.

Lo miré. Se encontraba frente a mí, en sentido contrario a la marcha. Su gesto era serio, pero su bota, rozando mi zapato a propósito, me instaba calma. A pesar de la complicada situación, estaba conmigo, me concedía atención y cuidaba mi tranquilidad.

Me incliné hacia delante.

—Estarás bien —dije.

—No temo por mí —respondió al instante sin mirarme—. No me gusta que estés en el ojo del huracán. El Consejo no tenía derecho a

sacarte de la Akademie.

—No me han hecho nada. Ni siquiera me han amenazado para que hable.

Me miró.

—Me llevan persiguiendo casi tres años —dijo—. Esta es la primera vez que creen haber encontrado un hilo suelto. No lo dejarán pasar fácilmente, Marshel. Volverán a molestarte. —Guardó el reloj y se estiró el frac—. No debería haberte dejado marchar sola del salón. No dejaré que te toquen de nuevo.

—Viktor. No tengo miedo.

—No comprendes la gravedad de la situación.

—Comprendo que será menos grave en Londres.

Exhaló con amargura y se apretó el tabique nasal con dos dedos.

Yo me atreví a moverme. Abandoné mi asiento y ocupé el hueco a su lado. Él no se inmutó. Dejé que mi mano se deslizara sola hacia la suya enguantada mientras admiraba de nuevo las calles de Hamburgo por la ventanilla. Los dedos de Viktor rodearon los míos con calidez antes de alzarlos hacia sus labios para depositar un beso sobre ellos. Sonreí y suspiré. Su determinación por protegerme me llenaba de sosiego, hasta que recordaba que yo era uno de aquellos monstruos que él había jurado destruir. Cerré los ojos ante el pensamiento amargo y eché hacia atrás la cabeza. En Londres. Se lo diría en Londres. Y, hasta entonces, absorbería de él cada grano de cercanía y atención que me dedicase, cada beso y cada caricia. Si iba a perderlo, al menos me llevaría conmigo aquella dicha fugaz.

30

EL VESTIGIO DE LA VIDA



La llegada al Northwind fue confusa. El capitán West aún no estaba disponible (según escuché entre bultos y barriles, estaba tomándose una última jarra a salud de la Confederación Germánica, puesto que no regresaría en una temporada), y nadie parecía saber qué hacer con nuestra llegada.

Un hombre de la tripulación terminó por tomar el mando ante la mirada autoritaria de Viktor y nos guio a bordo, hacia los camarotes que habíamos ocupado en el viaje de ida. Pero el doctor decidió que íbamos a esperar al capitán en el comedor. El joven no se atrevió a contradecirlo y, tras mirarnos a uno y a otro, salió de la estancia con paso torpe.

—Creo que ya tienen de qué hablar durante la travesía —dije, dejándome caer en una silla.

Viktor se aproximó a las ventanas para contemplar el Elba y los barcos que se balanceaban en sus aguas.

—West tardará —dijo, más para sí mismo que para mí.

—¿Cómo lo sabes?

—Habíamos quedado a la una. —Miró su reloj un momento y lo volvió a guardar inmediatamente después.

—¿Y qué haremos hasta entonces? Faltan cuatro horas.

—Cuando sepa que estamos aquí, regresará. Pero me temo que esperará un poco a que se le pase la embriaguez.

Empezó a quitarse los guantes con cuidado mientras comenzaba a caminar hacia mí. No sé por qué sentí una incipiente necesidad de levantarme. Me aferré a la silla cuando franqueó la mesa, como si estuviera a punto de caer por la borda, sin quitarle los ojos de encima. Sus movimientos, precisos, se deshacían de cada dedo de los guantes con un tirón suave, robando en cada ocasión un latido a mi corazón. Cuando llegó a mi silla, ya tenía ambos guantes en una mano y yo estaba absolutamente fuera de mí sin tener idea de por qué.

Alzó una ceja.

—Marshel, si me sigues mirando así, voy a tener que cerrar esa puerta.

—¿Qué?

Se metió los guantes en el bolsillo y me rodeó la muñeca con la mano para levantarme con suavidad. Trastabillé con sus botas y acabé encima de su pecho.

—Vamos a estudiar —me dijo mientras pasaba el reverso del dedo por mi mejilla y aseguraba mi cuerpo junto al suyo con la otra mano —. ¿Recuerdas la defensa del presidente cuando nos enfrentamos en la sede?

—¿El de la máscara de metal?

Me recogió un mechón para colocármelo detrás de la oreja.

—Sí.

Asentí despacio mientras el tacto de su dedo pesaba sobre el hueco entre el lóbulo y el cuello. Quería que bajara, que me acariciara, pero me mantuve estática.

—Recuerdo que repelió el fuego —dije—, pero no el símbolo que utilizó.

—Está bien. —Acarició la comisura de mi boca—. Vamos a hacer un experimento y necesito que prestes atención. Espero que nunca tengas que utilizar la alquimia como defensa, pero llegado este punto... —Me miró a los ojos mientras me alzaba el mentón con suavidad. Su mirada era penetrante y turbadora—. Necesito que

sepas cómo defenderte del Consejo —dijo. Yo asentí—. Dime, Marshel —susurró—, ¿cómo crearías una pantalla protectora?

Tragué saliva y pensé mientras los brazos de Viktor me liberaban y despejaban con ello la mente. Pensé en lo que necesitaría, la sustancia para el trazo y el símbolo. La sustancia sería la que equilibraría la transmutación: el aire acogería la solidez de lo que empleara. Pero Viktor había usado como tinte su propia sangre para crear fuego...

—No emplearás la sangre para el trazo —dijo Viktor, intuyendo mis pensamientos. Se apoyó en la mesa y se cruzó de brazos—. Piensa, Marshel.

Me mordí el carrillo por dentro y empecé a jugar con un lazo de mi vestido.

El símbolo que debía emplear sin duda era el del aire, pero ¿cómo? Marcando dos veces los lados del triángulo, o quizá la línea horizontal que lo cruza, le daría robustez, pero no sabía si sería suficiente.

—Creo que tengo una idea —dije.

Viktor me invitó a proceder. Yo me quedé quieta.

—No sé con qué hacer el trazo —confesé—. ¿Cómo lo hizo el consejero?

—No pienses en él. Los consejeros tienen capacidades que el Símbolo del Consejo les otorga. Con la máscara, pueden emplear fórmulas que no requieran una tinta especial.

—Entonces...

—Entonces, debes pensar en algo que puedas tener contigo en cualquier momento.

—¿Un frasco con agua?

Viktor alzó una ceja.

—Marshel, dudo que lleves un frasco de agua en todo momento. Y, aunque así fuera, dudo que tuvieras la velocidad suficiente como para abrir el tapón y humedecerte los dedos para defenderte antes de que te asestaran un golpe.

—La sangre...

—No. Ya te lo he dicho, no usarás sangre. Es peligroso.

Resoplé, impaciente. Entonces, se me ocurrió algo.

—Vale —dije—. Vale. Creo que voy a probar.

Viktor cogió uno de sus guantes y aguardó mi actuación. Dudé un segundo. Entonces, me pasé el pulgar entre los labios y, con la saliva, tracé en el aire el símbolo que había meditado. Viktor me lanzó sin fuerza el guante al pecho, y este rebotó antes de que se estrellara contra mi vestido. Sonrió.

—No está mal. —Yo alcé la barbilla con orgullo y dibujé una sonrisa triunfal. Él se aproximó—. Ahora, repítelo —dijo, quedándose a una distancia que alguien ajeno a nosotros calificaría de indecorosa. Yo, sin embargo, la encontré demasiado grande. Quise dar un paso al frente para llegar hasta él, pero la expresión de Viktor dejaba claro que su petición era inflexible. Se llevó la mano al mentón y esperó a que repitiera el movimiento.

Yo lo hice. Y él atravesó entonces el espacio con la mano para colocarla sobre mi hombro. Como si no hubiera ni una sola barrera. Me atrajo hacia él y enredó el dedo en un mechón de mi cabello.

—Marshel —dijo—, la saliva está compuesta por agua en un noventa y nueve por ciento. —Mis manos buscaron inquietas un lugar donde apoyarse mientras mi cuerpo dejaba de responder. Terminaron por colocarse sobre el chaleco de Viktor—. Si la usas para crear una protección, estarás otorgando al aire solidez a partir de ella. —Pasó el dedo pulgar por mis labios, entre ellos, hasta humedecérselo—. Y un objeto pesado puede atravesar el agua.

Asentí, dispersa.

—No... no lo había pensado.

Mis manos se enredaron más en su chaleco, haciendo que su pecho se aproximara. Podía oler el aroma de su cuello, a madera; podía sentir la aspereza de su barba en mi nariz. Apoyé los labios en su garganta sin poder evitarlo. Sentí que su nuez subía y bajaba. Y, entonces, sus manos me llevaron hacia la pared para encerrarme entre su cuerpo y ella.

Quise besarlo, pero no me lo permitió. Su aliento bañó la comisura de mi boca cuando habló.

—Inténtalo de nuevo.

Bajé las manos por su chaleco para llevarlas a su cintura, bajo el frac. Me sostuve en ella con fuerza.

—Viktor.

—Marshel. Inténtalo.

Apenas era capaz de pensar. Pero el incentivo era tan dulce. Apoyé la cabeza en la pared y cerré los ojos, tratando de alejarme de mi condición. El cuerpo de Viktor ardía sobre el mío. Aflojé el agarre de su cintura y dibujé en mi mente el símbolo. El trazo debía hacerlo con algo que fortaleciera más la protección. Algo que tuviera siempre conmigo. Me llevé la mano al colgante de Emily. El óxido, la reacción química del metal con el oxígeno. Es una capa sobre la superficie, capaz de corroer algo tan duro. Podría valer. La herrumbre podría ser una tinta perfecta para el trazo. Abrí los ojos y rasqué con la uña el colgante. Viktor apartó su cuerpo del mío y ladeó la cabeza, expectante.

Dibujé el símbolo en el aire. Sentí cómo el ambiente se condensaba de pronto frente a mí. Él también pareció sentirlo, porque contempló el aire a mi alrededor como si realmente pudiera ver el escudo. Acercó con lentitud una mano a mi rostro, pero se detuvo de golpe, como si algo hubiera atrapado su muñeca para impedirle continuar.

La sonrisa que se extendió por sus labios me llenó el pecho de orgullo. La protección desapareció, y la mano de Viktor siguió su curso para acoger mi mejilla.

—Señorita Allen —susurró—, cuando quiere, es usted muy creativa.

Me puse de puntillas y lo besé. Mis brazos rodearon su cuello y Viktor respondió. Hundí las manos en su cabello mientras su lengua invadía mi boca. Abrí más los labios, enredé los dedos en su pelo, pegué mi cuerpo al suyo. Más. Quería más. Quería todo cuanto pudiera ofrecerme. La piel de todo mi cuerpo se erizó, la cima de mis pechos se tensó hasta casi rozar el dolor, el hueco entre mis piernas ardió, invitándome a abrirlas. Eché hacia atrás la cabeza, falta de aire. Viktor abandonó mis labios para deslizarse por mi mandíbula hasta el cuello, que atrapó con sus dientes, un pequeño pellizco que sentí por todas partes. Temblé y me aferré a sus hombros. Un gemido trepó por mi garganta y a punto estuve de expulsarlo con sonoridad, pero él regresó a mis labios de nuevo para

acallarlo. Los selló con un beso suave, que replicó con calma por mi nariz, mi mejilla y mi frente, donde permaneció en silencio.

Respiré hondo y me abracé a su cintura, abriéndome hueco en su regazo. Él me acogió con solidez. Y allí, entre sus brazos, me sentí segura y extrañamente completa, como si hubiera encajado en mi corazón un fragmento de mí que hasta ahora había ignorado que me faltara.

Levanté la mirada. Los ojos de Viktor parecieron perderse en los míos. Me acunó la mejilla con la mano y me contempló.

—Eres una alquimista brillante, Marshel.

Acomodé el rostro en su mano.

—Eso es porque tengo un buen profesor.

Viktor sonrió. Después, dedicó una mirada fugaz a la puerta del comedor y me liberó con suavidad. Me colocó un mechón de cabello detrás de la oreja, perfiló mis labios con el pulgar, y se estiró el frac.

Entonces, llamaron a la puerta.

—Doctor Frank —dijo la voz del tripulante que nos había acompañado hasta allí—. ¿Está ahí dentro con... —carraspeó— con la señorita Allen?

Viktor respondió sin apartar la mirada de mí.

—Pase.

El joven abrió la puerta y se asomó con recato. Titubeó.

—Quería comunicarle que uno de los muchachos ha ido a buscar al capitán y le ha dicho que estará de vuelta en una hora.

Viktor lo miró de soslayo.

—Bien —se limitó a responder.

El joven asintió y volvió a cerrar la puerta. Yo fruncí el ceño, inquieta.

—¿Ya no importa que nos vean juntos y solos? —pregunté.

—A nadie de la tripulación le interesan nuestros asuntos. —Me acarició la barbilla con el reverso del dedo índice—. El congreso es diferente. Si hablan, puede correrse el rumor. Te perjudicaría en el mundo de la alquimia, y también en el mío si llegara a oídos de esos monstruos. —Tragué saliva—. Los hombres de West, sin embargo, no hablarán.

Esos monstruos... Abrí la boca con intención de decir algo sobre ellos, o sobre mí, o sobre cualquier cosa menos eso, pero me encontré de pronto ahogada. Viktor se aproximó, cauto.

—Marshel, podemos salir a cubierta si no te encuentras cómoda aquí.

Negué con la cabeza.

—Estoy bien. No me importa. —Me alisé el vestido y traté por todos los medios de no mirarlo a los ojos. Me aclaré la garganta—. ¿Qué pasará en Londres?

—Las clases particulares siguen en pie si quieres continuarlas. —Sentí cómo se aproximaba un poco más. Alcé la mirada, topándome con una expresión precavida—. Nuestra relación, sin embargo, no traspasará el laboratorio. Tengo intención de perseguir el rastro de los monstruos desde el primer momento que pisemos Londres. Petrov me ha proporcionado indicaciones en el mensaje que me ha enviado esta mañana, y confío que con ellas pueda terminar con todo. —Volvió a fijar sus ojos en mí. Yo me había ido encogiendo con cada palabra pronunciada desde el nombre de Petrov, pero Viktor no pareció percatarse de mi incipiente angustia—. Entonces, las cosas cambiarán.

Traté de controlar la respiración antes de hablar. Llevé las manos a la espalda para retorcerme los dedos con desesperación.

—¿Qué indicaciones te ha proporcionado? —logré preguntar sin que me temblara la voz.

—Un nuevo enfoque. En lugar de localizar, seguir el rastro —dijo —. Petrov hizo un experimento hace un año. En él, demostraba la existencia de un vestigio que cada ser vivo creaba desde el momento de su nacimiento, cada uno con una forma diferente. El experimento lo hizo a lo largo de seis meses, desde que erosionó el huevo de un vencejo hasta que el ave migró. El vestigio tenía la forma de una pequeña criatura de líneas finas que podía seguirse en todo su recorrido. —Sentí las piernas flaquear—. Sé dónde comenzó todo. Sé por dónde han pasado, las veces que he estado a punto de cazar a alguno.

—Entonces...

—Entonces, estudiaré el informe del experimento de Petrov. Y, después, los buscaré. Los monstruos continúan en Londres; no será complicado rastrearlos. —Besó mi frente—. Ahora, enséñame de nuevo ese trazo en el aire. —Cogió el guante que me había tirado previamente—. La seguridad está en la velocidad. Demuéstrame lo que eres capaz de hacer, Marshel.

31

ASFIXIADA



Me dejé caer en el viejo colchón del camarote, exhausta. Durante el tiempo que había tardado West en aparecer, Viktor me había obligado a defenderme de su guante una y otra vez. Permanecía impasible, frente a mí, hasta que lo lanzaba sin previo aviso y ladeaba la cabeza con desaprobación cuando este impactaba contra mi vestido.

No había conseguido evitarlo. Ni una sola vez. Mi mente había estado ocupada girando alrededor del atormentado doctor Frank que había conocido por primera vez, de la letalidad que lo caracterizaba, con pistola o con alquimia, y del peligro que se cernía sobre mí. ¿Cuánto tiempo necesitaría estudiar alguien como él un experimento para llevarlo a cabo con éxito? Tal vez le bastaba solo con leerlo. Y, entonces, cuando empleara la alquimia en la maldita sala de operaciones donde todo había comenzado, alguno de aquellos vestigios le terminaría llevando hasta mí.

Solo era cuestión de tiempo.

«En Londres. Le confesaré todo al llegar a Londres».

Me repetí lo mismo tantas veces que no me percaté siquiera de que el barco había empezado a moverse. West había dicho que zarparíamos en cuanto recuperara el sentido, puesto que los

tripulantes y los pasajeros nos encontrábamos allí y la carga ya estaba asegurada en la bodega, así que supuse que ya había abandonado el estado de embriaguez, tal vez con ayuda de Viktor.

Me erguí sobre los codos y fijé los ojos en una mancha en la pared con la forma de un conejo con un cuchillo clavado en el cuello. Respiré hondo y me levanté para salir a cubierta.

Allí pasé la mayor parte de los días que duró la travesía hasta Londres. El interior me asfixiaba, y estar con Viktor era casi una tortura. Que me mirara a los ojos con afecto me hacía sentir mezquina y egoísta. Así que decidí casi sin ser consciente que lo evitaría cuanto pudiera. Pero Viktor me había llegado a conocer en estos dos meses, y, cuando el sol ya alcanzaba el horizonte el segundo día, se colocó junto a mí mientras contemplaba el atardecer en proa y me preguntó qué necesitaba.

—Solo... pensar —respondí.

La sombra de Viktor parecía darle la mano a la mía a nuestras espaldas. Cuando lo miré, su rostro se mostraba sereno mientras admiraba el horizonte.

—¿Quieres que te deje sola? —preguntó.

Tragué saliva.

—No. —Aparté la mirada de él y me abracé a mí misma.

—Puedo escucharte, Marshel —dijo—. Si necesitas hablar, puedo estar aquí para ti.

Cerré los ojos e inhalé el olor salado de la brisa marina que llegaba desde el norte.

—Hamburgo ha sido... intenso. —Viktor no dijo nada, dejó que siguiera hablando—. He aprendido mucho, me siento agradecida por la oportunidad de asistir al Congreso de Alquimia, a pesar de todo lo sucedido con el Consejo, y el profesor Kraus ha sido muy amable y cercano. Pero...

«Pero voy a arruinarlo todo».

«Pero faltan pocos días para que te propongas matarme».

«Pero no quiero que nada cambie».

—Pero deseas que todo vuelva a la normalidad en Londres —dijo Viktor. Giré la cabeza y lo miré—. Comprendería que no quisieras seguir conmigo de esa forma, Marshel. No es una situación justa.

—Viktor...

Recorté la distancia entre nuestras manos y estreché la suya con la mía. Él tardó tanto en responder que pensé que me rechazaría con recato por las dichosas normas sociales, pero, entonces, envolvió mis dedos con los suyos y me acarició la palma de la mano con el pulgar.

Sonreí.

—Esto no es correcto —me burlé.

—No. No lo es. —Apretó más mis dedos sin siquiera mirar alrededor para ver si alguien nos estaba prestando atención—. ¿Quieres contarme qué ocurre?

Tragué saliva y asentí.

—En Londres.

—De acuerdo. —Besó mi mano—. Cuando te sientas preparada, estaré aquí para ti.

Volvió a mirar hacia el horizonte, hacia el sol ya sumergido entre las aguas. No le importaba lo que fuera a decirle, grave o inocente, delicado o sencillo, estaría para mí. Encontré de pronto en sus palabras un brillo de aquella esperanza que, sin querer, Kraus había instalado en mí en Hamburgo. «Conozco a Frank, tiene verdadero interés en ti». Él pensaba que Viktor lo entendería, que, si se lo contaba, lo aceptaría.

Enderecé la espalda y respiré hondo. Fuera lo que fuera a venir, me sentí de pronto dispuesta y preparada a enfrentarlo. Pero primero... primero abrazaría a Emily.

West nos invitó a cenar en cubierta la última noche previa a la llegada a Londres. Al parecer, en cada viaje, la tripulación hacía un festejo por la vuelta a casa sin percances ni pérdidas. Yo opinaba que aún quedaban horas en las que podría suceder alguna desgracia, sobre todo viendo la cantidad de nubes negras que se aproximaban desde el este, tratando de cazarnos. Viktor me aconsejó que no dijera eso durante la comida, a ninguno de los presentes.

Retiró una de las sillas de la mesa y me invitó a sentarme. Ocupé el lugar junto al capitán, que se encontraba en pie, hablando con un hombre de la tripulación. Viktor se sentó al otro lado.

—No va a alcanzarnos —me susurró cuando eché un vistazo hacia atrás. Un relámpago iluminó las nubes.

Miré a Viktor.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el viento sopla desde el sur. Arrastrará la tormenta al norte.

—Así es —dijo la voz del capitán, centrando ya la atención en nosotros. Tomó asiento y alzó su copa de vino—. Por que todas las travesías sean como esta.

Brindamos a favor de eso. Yo me bebí el vino de un trago, nerviosa, dejando boquiabierto a West antes de soltar una sonora carcajada. Me llevé la mano a la boca para evitar escupirlo. Estaba terriblemente ácido.

—¡Más vino para esta joven! —pidió—. Me cae usted bien, señorita Allen.

Abrí la boca para negarme, pero el tripulante ya estaba bajando la botella antes de que pudiera quejarme. Viktor, sin embargo, actuó con habilidad. Le sostuvo la mano al joven y retiró mi copa de su lugar para dejarla a un lado.

—Traiga agua —le pidió mientras colocaba su pie junto al mío bajo la mesa.

Exhalé, aliviada y reconfortada por su cercanía. Que Viktor supiera leerme de esa forma hacía las cosas más fáciles.

Hablamos durante la noche sobre el congreso, sobre Hamburgo y sobre el deseo de regresar a casa. Mientras, los hombres de West habían empezado a tocar. Con dos violines, una concertina y una flauta, la cubierta se llenó de música. Las botas golpeaban el suelo, haciendo que los tablones de madera temblaran. Varios daban palmas y otros bailaban de forma improvisada. Yo me quedé mirándolos fascinada. Sabía lo que era la libertad, pero solo ahora la había comprendido. El mundo se movía por normas. La libertad, en sociedad, era una mentira. Pero en aquel lugar, lejos de ojos juiciosos, no importaba nada. Estábamos en medio del mar, con la

luna como único testigo. Esos hombres no se preocupaban por estudiar los comportamientos de unos y otros, sino por su propia diversión.

Me levanté de la mesa sin pedir permiso y me dirigí al grupo de músicos. Solo miré atrás una vez. Viktor continuaba conversando con West y ninguno de los dos parecía haberse molestado por mi repentina marcha.

Enfoqué mi atención de nuevo en la tripulación. Sonreí sin poder evitarlo. Reían, bebían y se tropezaban al bailar. Empecé a dar palmas para unirme al festejo. Uno de los jóvenes se acercó a mí al poco rato.

—Señorita Allen —dijo, tendiéndome un vaso. Yo lo cogí y olfateé el contenido. Olía a alcohol, pero encontré algo más, un toque dulce diferente—. Los chicos y yo le invitamos a un trago.

—¿Qué es?

—Pruébelo.

Lo probé. Sabía igual que olía. Por un momento, estuve tentada de devolvérselo. Pero el sabor final que restaba en la lengua hizo que me lo quedara.

—Está... bueno.

—Claro que sí. ¿Quiere bailar?

Miré al grupo que se movía en la cubierta.

—No sé bailar esto. —Di otro sorbo al licor—. La verdad es que me entretiene más verles a ustedes.

El joven se encogió de hombros y regresó junto a los demás. Yo me arrimé más a los músicos mientras disfrutaba del espectáculo y bebía. Me reí con las ocurrencias de algunos de los hombres que se acercaron a hablar conmigo y me divertí enormemente con ellos. El muchacho que tocaba la concertina quiso enseñarme algún movimiento, pero desistió con una carcajada al minuto al comprobar que rompía por completo el concierto.

Poco a poco empecé a sentirme más ligera, más desinhibida y menos preocupada por no saber bailar. Di un sorbo más largo al licor e hice amago de unirme a los hombres, pero la mano de Viktor envolvió mi brazo antes de que pudiera dar un paso.

Olió el contenido del vaso y lo dejó a un lado. Intenté recuperarlo, pero no me dejó.

—Vamos, señorita —dijo—. Creo que ya está bien por hoy.

Yo arrugué el ceño.

—No, pero... —respondí, arrastrando las palabras. Mi ceño se arrugó aún más al verme indispuesta para hablar. Después, me reí—. ¿Qué me... pasa?

Viktor sonrió mientras me acompañaba del brazo al interior del barco. Yo trastabillé con mis propios pies.

—Has bebido más de la cuenta —dijo. Cuando volví a trastabillar, decidió recogerme y llevarme en brazos.

Estaba tan guapo cuando sonreía... Se lo dije. De hecho, juraría que se lo repetí unas diez veces antes de que me echara sobre la cama con cuidado. Él ignoró cada uno de los halagos, guardó silencio y me arropó, como si mis palabras no tuvieran validez al encontrarme ebria.

Enredé las manos en su camisa para que no se fuera.

—Viktor... —dije.

Él me contestó, para mi sorpresa, y se sentó en la cama. Me acarició la mejilla.

—¿Te encuentras bien?

Me revolví, sintiéndome de pronto asfixiada. El corpiño. Era el corpiño.

—Me molesta... —me quejé, tratando de deshacerme de él—. ¿Me... me ayudas?

Viktor detuvo mis manos torpes, que buscaban desesperadas la manera de librarme del ahogo. Me ayudó a incorporarme con suavidad hasta que estuve de nuevo de pie. El espacio era reducido, pero encontró la manera de moverse sin molestias. Llevó una rodilla al suelo y alzó la mirada, pidiendo permiso. Yo coloqué las manos en sus hombros para sujetarme y asentí, con una extraña naturalidad. Lo primero que hizo fue quitarme las botas. Me cogió el pie con cuidado y deshizo los nudos de los cordones. Después, tiró de una bota y la dejó a un lado. Seguidamente, procedió con la otra, hasta que mis pies descansaron libres sobre el suelo, solo cubiertos por las medias.

Se levantó después lentamente para asegurarse de que mis manos siguieran apoyadas en él y no cayera. Su nuez subió y bajó antes de comenzar a deshacerse con cuidado de la parte de arriba. Llevó los dedos a las ataduras del corpiño, pidiendo de nuevo permiso. Y podría habérmelo pedido cien veces que las cien habría hecho lo mismo: asentir, expectante, y contemplarlo. Sus manos fueron ágiles para deshacerse de los lazos. Cuando tiró una última vez, el corpiño se abrió y él me lo quitó con delicadeza, exponiendo mi torso cubierto por la fina camisola de manga larga interior.

La expresión de su rostro cambió. Por un instante, todo en él se convirtió en hambre. Su torso inclinado sobre el mío, sus ojos, incapaces de permanecer estáticos sobre un único lugar de mi cuerpo, sus manos, a una intención de tocar la piel descubierta de un cuello demasiado amplio. Sus labios se abrieron y soltó una exhalación que pareció más un intento de liberación de la emoción que en ese momeno lo inundaba por dentro y que nublaba su mente. Se me tensaron los dedos sobre sus hombros. Él apretó la mandíbula y, tras otra exhalación, más larga aún que la anterior, me liberó de la falda, que cayó delicadamente hasta mis pies.

Cerró los ojos con fuerza y colocó la frente sobre la mía. Sus manos buscaron sostenerse en mi cintura. Sentí en ellas el peso de una lucha interna. Casi podía escucharlo, la sensatez del doctor Frank contra la pasión que atraía a Viktor hacia mi cuerpo. Por un momento, sus dedos se aferraron a mi camisola y un paso al frente hizo que me encontrara de pronto con su cintura sobre mi vientre. Busqué sus labios sin poder evitarlo. Pero apenas alcancé a rozarlo.

—Marshel —dijo con el esfuerzo de quien carga un pesado baúl. Evitó que lo besara sin separarse ni un dedo de mí. Inhaló y exhaló —, estás ebria. —Sacudió la cabeza, tratando de aclararse la mente —. Vamos —me dijo, dando un par de pasos para acercarme a la cama.

Quiso que me echara, pero yo me aferré a su cuello.

—No quiero dormir... —susurré despacio sobre sus labios.

Él me colocó el pulgar en la barbilla para evitar que me aproximara más.

—Estás ebria —repitió—. No voy a aprovecharme de tu condición —añadió.

Y con cada palabra, para mi desgracia, sus ojos recuperaron lucidez, sus manos, sensatez, y su cuerpo, solidez. Besó mi nariz y me obligó a recular. Trastabillé con la cama y no pude evitar sentarme.

—Estoy bien —respondí con voz quejicosa.

Viktor me acarició la mejilla y sonrió.

—Recuéstate, vamos.

—Quédate.

—Me quedaré hasta que te duermas.

Asentí y me tumbé. Metí los pies entre las sábanas y Viktor terminó de cubrirme entera con la manta. Traté de deshacerme de la trenza que tenía enredada en la nuca, haciendo que un repentino mareo me arrastrara casi fuera de la cama. Me entró un ataque de risa cuando Viktor logró sostenerme antes de que rodara. Me llevé la mano a la boca, tratando de detenerlo, pero me resultó imposible. La carcajada salió con fuerza, libre y feliz. Para mi sorpresa, contagié a Viktor. Primero, una sonrisa mucho más amplia de las que había contemplado hasta ahora. Después, una risa divertida, con la que me soltó el cabello con una delicadeza y suavidad que contrastaban con el movimiento de sus hombros mientras reía.

—Esto es horrible —me quejé sin poder parar de reír.

Él me acarició la cabeza.

—Cierra los ojos.

Los cerré. Viktor continuó paseando sus dedos por mi cabello, relajando mis extremidades, mi cuello y mi sonrisa. Me hice un ovillo y respiré hondo.

—Me gusta... que me acaricies —musité.

Él besó mi sien.

—A mí también —respondió.

Y, poco después, me quedé dormida.

32

NO PUEDES DECIR LA VERDAD



El día de llegada a Londres fue una tortura. Me levanté con un terrible dolor de cabeza y unas náuseas tan desagradables como el movimiento del barco. Agradecí enormemente el momento en el que atracó, casi llegada la noche, mientras Viktor se aseguraba de que bebiera una cantidad desorbitada de agua. La ciudad nos dio la bienvenida con un cielo encapotado y una amenaza de lluvia que, en aquellos momentos, me habría venido estupendamente.

—No tengo sed —dije. Aun así, bebí de la cantimplora.

—No es para aliviar la sed, sino tu estado —me dijo, aguardando a que prepararan la rampa de bajada con el reloj de bolsillo en la mano. La calidez de la noche anterior había menguado, arropada por su habitual compostura—. Mejorarás más rápido.

Guardó el reloj y me ofreció el brazo para ayudarme a bajar cuando todo estuvo dispuesto. Después, recorrimos el muelle igual que habíamos hecho a la ida. A pesar de mi aspecto deplorable, me encontré feliz por pisar de nuevo suelo inglés. Había añorado Londres, y hasta ese momento no me había dado cuenta de cuánto. Estaba deseando encontrarme con Emily, narrarle todo acerca del viaje, a pesar de haberle escrito ya la mayor parte de lo sucedido en cartas.

—Pararemos primero en tu casa —dijo Viktor antes de ayudarme a subir al carruaje donde estaban ya trasladando nuestros baúles.

Ocupé el asiento en dirección al sentido de la marcha. Él se sentó en el opuesto y cerró las cortinillas. Me besó antes de que pudiera llegar siquiera a pensar en por qué nos estaba ocultando del mundo. Enterré las manos en su pelo mientras mis labios se impregnaban del sabor de los suyos. Los dedos de Viktor se afianzaron en mi cintura mientras, arrodillado a mis pies, me acercaba aún más a su cuerpo. Abrí las piernas para darle todo el acceso posible a mi boca. Me mordió el labio y, después, acarició con los suyos cada espacio de mi mandíbula para terminar adorando mi cuello.

Me sostuve en sus brazos para no desfallecer ante el cúmulo de sensaciones. Viktor olía a tinta y a algo más dulce que casi podía saborear. Sus manos despertaban todas las terminaciones de mi cuerpo, que rogaba más. Cuando me aproximé casi al borde del asiento, algo duro se instaló entre mis piernas, haciendo que ardiera. Presioné con la cadera, casi por instinto, y Viktor se apretó más contra mí.

Alguien llamó de pronto a la portezuela, haciendo que se separara de mí lo suficiente para recobrar el sentido. Yo, en cambio, di un respingo.

—Doctor Frank, ya están los baúles cargados.

Viktor fijó sus ojos en los míos mientras yo trataba de recuperar el aliento. Paseó su pulgar por mis labios. Su nuez subió y bajó.

—Diríjase a Russel Street —respondió.

El cochero no dijo más. Viktor apoyó su frente en la mía cuando el carruaje empezó a moverse.

—¿Por qué me has besado? —susurré, aún con las manos enredadas en su nuca.

—Porque no sé cuándo voy a poder volver a hacerlo.

Cerré los ojos y volví a unir nuestros labios. Un acelerón hizo que Viktor tuviera que apoyar la mano en mi respaldo, junto a mi cabeza. Después, un frenazo me llevó a sus brazos. Me reí mientras trataba de recuperar el equilibrio, pero Viktor pareció decidir que estaba mejor allí, casi a horcajadas sobre sus piernas, y me sostuvo en esa posición abrazando mi cuerpo por la parte baja de mi espalda.

—Acabaré con todo pronto, Marshel —dijo sobre mis labios—. Y seré libre para que podamos caminar del brazo a la luz del día.

Yo no respondí. En su lugar, tragué saliva y asentí mientras acariciaba su mejilla, recorriendo la parte baja del pómulo, hasta la patilla. Me gustaba la aspereza de su piel, el calor que transmitía y la familiaridad con la que parecía recibirme. Su mejilla se apoyaba en mi mano en cuanto la aproximaba, como si fuera un imán.

—Podría... ayudarte —dije, porque, tal vez, si estaba presente en su progreso, podría alargar aquello. Podría alargar su rostro frente al mío sin miedo ni rechazo, sus besos apasionados, sus abrazos incondicionales. Podría...

—Esta lucha es mía, Marshel.

Dudé.

—Pero... los beneficios también son míos —probé.

Viktor sonrió sobre mis labios.

—No es negociable —respondió, sin embargo.

—¿Ni un poquito?

—No voy a ponerte en peligro.

Incliné la cabeza hacia un lado.

—Sé defenderme. Tú me enseñaste.

—Marshel, te dio el guante en el pecho cada una de las veces que te lo lancé.

—Porque no me prevenías —dije, indignada.

—De eso se trata.

Resoplé y dejé caer la frente sobre su hombro. Y allí me acomodé. Me acurruqué, con el rostro hundido en el hueco entre su cuello y su hombro, mientras sus dedos dibujaban figuras abstractas en mi espalda.

—Podríamos quedarnos aquí eternamente —propuse—. Dando vueltas por Londres de forma indefinida.

—Dudo que te satisficiera una vida tan limitada.

—¿Por qué no?

—Porque tienes un hambre voraz del mundo, Marshel. Eres inteligente, emocional, todo te cautiva. He conocido a pocas personas como tú a lo largo de mi vida. Casi todos se conforman, pero tú siempre quieres más.

Recoloqué la cabeza para alzar los ojos y mirarlo sin separarme de él.

—El mundo tiene mucho que ofrecer.

—Sí. Así es.

Me enderecé un poco. Un movimiento brusco del carruaje obligó a Viktor a apoyar las manos en mis piernas para que no me desestabilizara. Aún me dolía la cabeza por la bebida, pero allí, junto a él, me sentía casi recuperada.

Traté de no pensar en el contacto inapropiado mientras buscaba las palabras que hasta hacía un momento iba a reproducir, pero no las hallé. En su lugar, me encontré deseando por algún motivo que esas manos estuvieran debajo de mi falda, aferrándose a mi piel desnuda.

Me aclaré la garganta y Viktor retiró las manos con cuidado, como si acabara de dejar una figura de porcelana al borde de una mesa.

—¿Qué te apasiona, Marshel? —me preguntó de pronto.

Yo dudé. La respuesta más sencilla habría sido la alquimia. Pero él no quería escuchar eso. Él ya sabía aquello. Lo que Viktor deseaba era conocer más, tal vez todo. Y yo me encontré de pronto deseando lo mismo. Conocía los fantasmas de Viktor, pero no sus anhelos y sus entretenimientos.

—La lectura. La que tiene que ver con el mundo y su funcionamiento. —Me mordí el labio y empecé a jugar con su *cravat* —. ¿Cómo puede una oruga convertirse en mariposa? —musité, casi más para mí que para él.

Viktor me colocó un mechón detrás de la oreja.

—El mundo es fascinante —dijo.

—¿Y a ti? —pregunté—. ¿Qué te gusta a ti?

Él llevó la vista a la ventana, a pesar de que la cortinilla no dejara ver nada.

—Me gustaba escribir —respondió—. Memorias, pensamientos.

—¿Y ya no te gusta?

Me miró, en silencio durante un largo momento. Después, me acarició la mejilla.

—No. Ya no —dijo.

—¿Por qué?

—Porque ya no hay memorias ni pensamientos que merezcan la pena recordar. Todo cuanto conozco y disfruto está nublado por la existencia de esos monstruos. —Cubrió mi mano, que tenía en su *cravat*, con la suya—. Si pienso en volcar en el papel un suceso feliz, este se va oscureciendo después con cada palabra añadida hasta terminar convertido en pesadumbre. —Fijó sus ojos en los míos—. Antes habría hablado de ti, de tus expresiones inquietas, de tu determinación y de tu fuego interior. Habría analizado cada detalle de ti, tratando de averiguar qué es lo que te hace tan especial. Ahora solo hay muerte. —Acarició con el pulgar mi garganta—. El recuerdo del monstruo tratando de ahogarte.

Respiré hondo.

—Estoy bien.

—No lo estarías si yo no hubiera aparecido esa noche, Marshel.

Tragué saliva.

—Vas a liberarte de la carga, Viktor —le aseguré con un nudo en la garganta—. Todo va a salir bien —añadí mientras volvía a hundir mi rostro en su cuello, evitando así su mirada.

Él apoyó su mejilla en mi cabeza y me abrazó. No dijo nada más en todo lo que restó de trayecto, y yo tampoco.

Viktor me ayudó a bajar del carruaje y permaneció un momento más de lo necesario con mi mano entre la suya mientras el cochero bajaba mi baúl.

—Te veré la semana que viene —susurró.

—¿Hasta entonces no te incorporarás a la escuela?

Viktor miró hacia el cochero que se disponía a trasladar el baúl hasta mi habitación. Estaba en aquel momento arrastrándolo por los adoquines.

Devolvió la atención a mí mientras liberaba al fin mi mano.

—No. Estos días estudiaré los apuntes de Petrov. Regresaré al laboratorio el lunes.

Mi corazón se quejó, y no supe distinguir el por qué. ¿Por su ausencia? ¿O por el peligro que suponía para mí? Agité la cabeza y asentí, llevándome el retículo al regazo para retorcerlo.

—Y, por favor —añadió después—, no salgas de noche, Marshel.

—No lo haré.

—Ya no estamos en Hamburgo.

—Ya lo sé.

—Y si ves algo extraño...

—Viktor. —Puse la mano en su pecho, pero la retiré al momento—. No va a ocurrirme nada.

Él apretó la mandíbula y dio un último apretón a mi mano. Después, yo me alejé hacia la puerta y él se subió al carruaje. Sentí entonces que algo se despegaba de mí, algo tan fuerte que me vi obligada a volverme, en busca de aquello que había dejado atrás. Pero Viktor ya estaba dentro, con las cortinillas echadas. Lo imaginé mirando su reloj y moviendo su rodilla con impaciencia, necesitando tal vez llegar cuanto antes para empezar a analizar ese experimento.

Tragué saliva y entré. Subí las escaleras con agilidad, pasando de largo al cochero. Antes de llegar arriba, sin embargo, me forcé a dejar a un lado la prisa para ofrecerle ayuda, pero él no la aceptó, así que continué subiendo hasta llegar a la puerta del apartamento. Abrí el retículo y busqué la llave, pero, antes de que pudiera encontrarla, la puerta se abrió de par en par y alguien tiró de mí para estrellarme contra su pecho y abrazarme. Por un momento, creí que se trataba de otra persona. Emily rara vez mostraba cariño y pocas veces me había abrazado en el tiempo que llevábamos compartiendo. Pero su pelo olía a *Chelsea bun* y a hogar. Calor, seguridad, amor. Dejé caer el retículo y me abracé a ella con fuerza.

—Te he echado tanto de menos —dije, inhalando su aroma.

Ella me separó de su cuerpo después de un último apretón como respuesta y me analizó de un vistazo.

—Estás bien —dijo con alivio.

—Sí —dije mientras me dejaba caer en el borde de los pies de mi cama. Se sentó a mi lado—. Tengo que contarte algo.

El cochero apareció entonces con el baúl sin aliento. Me levanté rápidamente y le ofrecí un vaso de agua y un penique. El primero lo rechazó, pero el segundo lo aceptó con gratitud. Después de entregárselo de nuestra caja de monedas, se marchó, cerrando la puerta tras él. Yo me quedé de pie junto a la cómoda.

Emily me miró fijamente, aguardando.

—Viktor ha conseguido la herramienta para encontrarme —dije—. A mí y a todos sus monstruos.

—¿Qué herramienta?

—Se trata de un experimento que realizó hace tiempo su colega Petrov. —Me mordí el carrillo por dentro—. Al parecer, todo ser vivo crea un vestigio en el momento en el que nace que puede rastrearse. Cuando Viktor comprenda cómo transmutar ese vestigio en algo visible o tangible, le será fácil hallarnos siguiendo el rastro desde la sala de operaciones.

Emily ladeó la cabeza.

—Y si es posible convertir el vestigio en algo tangible, ¿no se podrá romper?

Abrí la boca para responder, pero la cerré inmediatamente después.

—Eso... —terminé diciendo— es algo que no había pensado.

Emily empezó a dar palmaditas en sus piernas. El mismo ritmo constante de siempre. El familiar sonido me caldeó el pecho, haciendo que regresara a su lado y me sentara de nuevo.

—Podría...

—La última vez que intentaste robar al doctor Frank, casi te descubre —me interrumpió, adivinando mis pensamientos.

Me aclaré la garganta.

—Tal vez, si le dijera la verdad...

Emily me miró. Las manos dejaron de moverse.

—Estás con él.

—No exactamente.

Parpadeó. No dijo nada durante lo que me pareció una eternidad. Se levantó después de la cama y se sentó en la silla mientras cogía un *Chelsea bun* de una cesta. Le quitó un trocito y se lo metió en la boca. Masticó con parsimonia.

—Tiene sentido —dijo cuando tragó.

—¿El qué?

—Vosotros.

—¿Por qué?

—A él le falta algo, tú tienes demasiado. Pero que no carezca de sentido, no quiere decir que sea buena idea. Es una idea pésima, peligrosa y absurda. —Mordió el bollo de nuevo—. No puedes decirle la verdad al doctor Frank —determinó—. ¿Has visto algo de las notas de Petrov?

—No.

—Hay que averiguar cómo romper el vestigio.

Me revolví en el colchón.

—¿Y cómo vamos a hacer eso?

Emily se encogió de hombros.

—Igual que hemos hecho siempre: leyendo —dijo. Yo asentí con energía—. Pero lo haremos mañana por la mañana. Hoy estoy cansada, y tú pareces un cadáver.

Solté una risa breve y me levanté para abrazarla. Ella se quedó quieta un segundo, luego dio una palmada suave en mi espalda.

—Tienes miga en el pelo —murmuró. Y terminó de comerse el bollo.

33

EL SEGUNDO MONSTRUO DE VIKTOR FRANK



Aquella noche soñé con el experimento Demiurgo, con Petrov y con la doctora Teressa Green. Del primero dependía la comprensión de mi existencia y la posibilidad de arrancarme el dolor que tanto me destrozaba; del segundo, mi extinción; y de la tercera, tal vez ambas cosas. Emily había dicho que podríamos averiguar mediante estudios cómo hacer del vestigio algo tangible, pero lo cierto era que el profesor Petrov había tardado años en lograr identificar el vestigio para poder realizar el experimento con el ave. Dudaba mucho que, sin ayuda, pudiéramos dar con la solución antes que Viktor conmigo. Tal vez la doctora Green podía ser un punto de partida.

Cuando llegó el sábado, le hablé a Emily de la doctora, que había coincidido con ella en el congreso y me había invitado a visitarla en la Royal Institution. Quise explicarle quién era, pero ella se anticipó.

—Logró destilar Azoth de Vitalidad y capturarlo fuera del contenedor hace once años. —Dio un sorbo sonoro al té que acababa de servirnos. Mi taza ardía. A ella no pareció importarle—. Es mejor opción que el robo.

Puse los ojos en blanco.

—Acepto que entrar al despacho de Viktor por la noche no fue la mejor idea. —Me acerqué la taza a los labios y soplé—. ¿Me

acompañarás cuando decida visitarla?

Eran las ocho de la mañana y Emily llevaba despierta ya al menos cuarenta y cinco minutos, cuando le había abierto la ventana a Prometeo y le había dado una miga de bollo. Parecía no haber dormido en absoluto. De hecho, ahora que me fijaba, parecía no haber dormido en absoluto durante bastante tiempo. En cualquier otro momento, habría dado por hecho que vendría, pero aquella mañana parecía realmente exhausta.

—Sí.

—¿Estás bien?

—Prometeo hizo caca en mi almohada tres días antes de que regresarais. He tenido que cambiarla. La nueva está dura.

—Oh. ¿Quieres la mía?

—Sí. —Me miró—. Si no te importa.

Quise preguntarle que por qué simplemente no la había lavado, pero guardé silencio. Hacía tiempo que había dejado de intentar comprender a Emily. Ahora solo la aceptaba y quería. Y su bienestar me hacía feliz. Así que me dirigí a las camas y cambié las almohadas mientras ella se terminaba el último *Chelsea bun*. Cuando regresé a la mesa vi que había dejado la mitad en mi platito del té. Sonreí.

—¿Qué sientes por el doctor Frank? —me preguntó.

La pregunta me pilló desprevenida. Me quedé pensando.

—Es una sensación diferente a cualquier otra. Cuando le veo, el corazón se me acelera, me entran unas ganas inmensas de sonreír, y siento los brazos tensos, como si quisieran llegar hasta Viktor cuanto antes para enredarse en él. —Me incliné hacia ella—. ¿Te pasa lo mismo con Edward?

Ella colocó la tetera de forma que el asa estuviera en paralelo con el de su taza.

—No. No es como lo que tú describes —respondió—. Pero me gusta estar cerca. Me calma. Y a veces me hace reír. Mucho. Pienso en él por las noches. No... no me gustaría separarme de él y no volver a verlo. —Me miró—. Y eso significa algo.

—Sí. Significa algo.

Asintió y miró el reloj de pared.

—Llegará en una hora. Vamos a salir por Hyde Park, aprovechando el día soleado. Ven con nosotros.

—¿No molestaré?

—Siempre vamos con una dama de compañía. Prefiero que seas tú.

Acepté al instante. Cuando Edward llegó, ya estábamos más que preparadas. Nos habíamos vestido con la máxima elegancia que nos podíamos permitir. Hyde Park estaba lleno de la alta sociedad londinense —aunque no tanto como en primavera o verano— y lo más probable era que destacáramos por nuestros atuendos humildes. Pero no era la primera vez que Emily paseaba por allí, y, si a ella no le importaba, a mí tampoco. Nos pusimos unos vestidos de día de muselina de corte imperio con unos chales grandes de lana del mismo color austero que los lazos que rodeaban nuestras cinturas a la altura del corte, bajo el busto. Emily se recogió el pelo, yo lo dejé suelto, con los mechones de delante recogidos hacia atrás. Cogimos unos manguitos para el frío y un paraguas por si llovía. A pesar de que el día fuera soleado, podía estropearse en un instante.

Cuando Edward llegó, me sorprendió verlo ataviado con la misma humildad que nosotras, sin *cravat* ni chaleco, con una camisa color marfil, guantes de cuero, pantalones de sarga y abrigo largo de corte sencillo sin bordados. Inclinó la cabeza como saludo y besó la mano de Emily, quien aceptó el gesto con un suave rubor. Después, nos ayudó a ambas a subir al carruaje.

—No sabía que habías regresado ya del viaje, Marshel —dijo cuando nos pusimos en marcha. Había un manto en cada lado, así que yo me cubrí con uno y Emily y él con el otro. Edward se aseguró de que ella quedara bien cubierta—. Creí que tardaríais al menos dos días más.

Cuando Edward terminó de afianzar el manto, Emily, con una lentitud medida, apoyó la cabeza en su hombro. Él no se movió.

—Hemos tenido algún problema en el congreso —respondí—. Al Consejo no le gustó mi presencia. Según el doctor Frank, no les gusta lo que no es habitual.

—Ya veo. ¿Te gustaron las exposiciones de los alquimistas?

—Sí. Mucho.

Les narré todo lo que había visto, aunque Emily ya supiera la mayor parte por mis cartas y las conversaciones desde que había llegado de Hamburgo. A Edward le fascinó cada una de las demostraciones y exprimió todos mis recuerdos hasta sacar de ellos cada detalle.

—Interesante —dijo finalmente.

Hablamos de otros temas durante el resto del trayecto. Después, olí Hyde Park antes incluso de verlo. El contraste con la ciudad era claro y, a pesar de que debía de ser mucho más agradable en primavera, encontré reconfortante el olor a madera húmeda. Abrí la cortinilla, dando paso a un viento frío que hizo que me cruzara el chal por el pecho y lo asegurara bien.

Me asomé por la ventanilla. El camino de tierra estaba lleno de charcos que reflejaban la luz del sol. Los árboles, desnudos, parecían manos esqueléticas saliendo de la tierra en busca de aire. Había gente paseando, a pesar del barro y del frío. Aquello me satisfizo. No solo yo disfrutaba de la cara desagradable del mundo. Me sentí más humana entonces, menos extraña.

Me permití cerrar los ojos un instante, con la barbilla apoyada en la mano, mientras los olores iban modificándose a medida que nos acercábamos al lago Serpentine. La madera húmeda fue dando paso a algo más mineral, y en el aire empezó a flotar un leve aroma a vegetación estancada y limo. Cuando abrí los ojos de nuevo, nos encontrábamos ya frente a él. Se me antojó una enorme mancha de pintura azul que parecía haber caído sin querer del cielo para ir a parar al medio de aquel cuadro gris. El sol se reflejaba como una perla en la superficie.

Me bajé del carruaje en cuanto se detuvo, sin esperar a que Edward me ayudara. Salté y corrí hacia la orilla. Más allá, había un pequeño muelle donde varias barquitas esperaban a ser ocupadas para un agradable paseo. Solo dos trazaban en aquel momento líneas dispersas por las aguas del Serpentine. A los remos, los hombres las desplazaban mientras conversaban con las damas a las que, supuse, estaban cortejando. Otras damas, las de compañía, permanecían en silencio mirando a cualquier parte.

—Quédate —dijo Emily mientras Edward iba a hablar con el barquero—. Sé que te incomoda la idea de estar con nosotros sola en una de esas barquitas. Quédate aquí.

Alcé los ojos para mirarla.

—No deberíais estar solos.

Ella se encogió de hombros como respuesta y se aproximó a Edward, que me miró mientras Emily le decía algo. No pareció importarle lo más mínimo la decisión de disfrutar solos del paseo, porque se encogió de hombros como ella y la ayudó a subir a la barca sin rechistar. Esta se tambaleó bajo su peso, más aún cuando Edward se unió a ella. Temí por un momento que volcaran, pero Emily no se inmutó. Miró las ondas que creaba el movimiento y se asomó para tocar una de ellas. El barquero se quedó mirando a la pareja con el ceño fruncido mientras contaba las monedas y ellos se alejaban.

Decidí tomar entonces aquella libertad repentina para pasear conmigo misma por los alrededores. Varios ojos se volvieron hacia mí mientras caminaba sin compañía, pero sus juicios no podían importarme menos. Medité durante aquellos minutos sobre todo lo vivido y sobre todas las incertidumbres de mi futuro. No me percaté por ello de los caminos que seguí, y me vi de pronto perdida cuando quise regresar al lago. Solo necesitaba preguntar, puesto que el Serpentine era una de las atracciones principales del parque, pero no había en esa zona ni una sola persona.

Eché la mirada al cielo cuando una gota me salpicó la frente. Las pocas nubes grises que se habían aproximado por el norte estaban ya emborronando el azul de aquel día de Londres.

De pronto, un crujido de ramas entre los árboles hizo que diera un respingo.

Entrecerré los ojos y miré más allá. La luz del sol se había ocultado, ensombreciendo las zonas entre los grandes robles de aquella parte del parque. No podía ver más que penumbra. Pero podía apreciar movimiento, aunque no tuviera detalle.

Di un paso atrás. La figura difusa que se aproximaba entre los troncos era grande y robusta. No fue necesario que lo viera del todo para saber de qué se trataba. Viktor había acabado con dos

monstruos, aquel que años atrás había atacado a Kraus y el que me había atacado a mí. Pero aún quedábamos cinco. Y si uno de ellos se encontraba allí... quizá no era el único.

Di otro paso atrás. Y otro más. Pero cuando el Segundo Monstruo de Viktor Frank salió de entre la oscuridad, me quedé paralizada en el sitio. Este era más grande que el Sexto, aunque su rostro se asemejaba más al de un humano corriente, habiendo unido la cabeza al completo con el resto del cuerpo. Este, sin embargo, sí mostraba deformidad. Con un hombro más alto que otro, un brazo más largo y el pecho completamente salido hacia afuera, como si sus órganos fueran mucho más grandes que su contenedor.

—Has ido demasiado lejos —gruñó.

Tragué saliva. Los ojos del Segundo me miraban con desaprobación, con asco y hostilidad. Recordaba que en el pasado había confiado en mí para limpiar sus heridas, que me había traído alimento, que nos habíamos valido el uno del otro.

—Yo no he hecho nada.

—Hiciste que mataran al Sexto.

Alcé el mentón.

—Él se lo buscó —respondí—. Me atacó.

Dio un paso hacia mí. Yo uno hacia atrás. Que hubiéramos confiado el uno en el otro tiempo atrás no significaba ya nada. Ni para él ni para mí.

—Has dejado que se metieran en tu mente, que olvidaras quién eres —dijo. Su voz era amenazadora, casi podía sentir el hormigueo de sus manos dispuestas a destruirme. Iba a saltar a por mí. En cualquier momento.

—Sé quién soy gracias a ellos.

—¿Gracias a Emily? —se jactó.

El nombre de Emily en sus labios hizo que se encendiera algo dentro de mí. Me vi de pronto dando un paso al frente con los puños apretados.

—Ni se os ocurra acercaros a ella.

El Segundo sonrió de forma casi demoniaca.

—No nos interesa ella, pequeño monstruo —respondió—. Hemos descubierto algo mucho más interesante.

Arrugué el ceño, confusa.

—¿Qué?

—Os vimos al regresar de Londres. Os vimos al llegar a tu casa.

Agité la cabeza. ¿Vernos? Era imposible. Nadie podría haber visto nuestro acercamiento en el carruaje.

—No sé qué visteis, pero...

Dio otro paso adelante, interrumpiendo mis palabras.

—Llevamos siendo testigos del comportamiento humano desde hace casi tres años —dijo—. Sabemos cómo te mira Viktor Frank. Sabemos qué significa. Y sabemos lo que sería capaz de hacer por ti.

—No sé a qué te refieres.

El Segundo volvió a sonreír.

—Entonces eres una ilusa.

Saltó a por mí.

Logré esquivarlo a duras penas. Sentí cómo sus dedos por poco alcanzaban mi chal antes de echar a correr. Me recogí la falda y agradecí en silencio haber sido creada con este tamaño. Era más ágil que el Segundo y, por ello, más rápida, a pesar de tener las piernas más cortas.

Pisé charcos y me empapé las medias, sentía resbalarme el agua estancada por los tobillos, pero no me detuve. La presencia del monstruo era pesada, sus pasos, sólidos y fuertes. Miré hacia atrás cuando dejé de sentirlo. Se había detenido y se alejaba sin apartar los ojos de mí, de nuevo hacia los robles. Miré alrededor. Estaba segura de que había más monstruos allí. Podía sentirlos cerca. ¿Estaba rodeada?

Corrí de nuevo, sin apartar la mirada de mi espalda, cuando el chispeo dio paso a una lluvia fina. Entonces choqué de frente con un cuerpo y a punto estuve de caer. Levanté los brazos, preparada para defenderme.

—Marshel. Marshel. —Me sacudió hasta que dejé de revolverme, sin aliento. Me di cuenta entonces de que la persona que me sujetaba no era ningún monstruo—. ¿Qué ocurre?

Parpadeé, confusa, con el corazón en la garganta.

—¿Viktor?

Oteó los alrededores. Yo enredé las manos en su chaleco.

—Estabas huyendo. —Me miró—. ¿Qué ha pasado?

Giré la cabeza para mirar atrás. No había rastro de ningún monstruo. Solo estábamos él y yo, y el murmullo de otras personas, de otros carruajes muy cerca de allí. Supe entonces que los monstruos tramaban algo, y que para ello no querían testigos. Eran una amenaza, ahora más que nunca, los monstruos de Viktor eran una amenaza.

Alcé los ojos hacia los suyos. Dudé. Tenía que decírselo, avisarle. Tenía...

—Estás temblando.

Se quitó el abrigo y me lo colocó sobre los hombros.

—¿Qué haces aquí? —murmuré.

Él señaló con la mirada hacia un árbol. Arriba, en una de las ramas más expuestas a la lluvia, descansaba Prometeo.

—Ya sé cómo seguir el vestigio.

Y, entonces, el ave echó a volar.

34

LA DOCTORA TERESSA GREEN



—Entiendo que huías de la lluvia —respondió Emily a la pregunta que me había hecho Viktor.

Nos habíamos reunido con ella y Edward unos minutos después y marchado en carruaje a una cafetería de Mayfair. Viktor seguía preocupado por cómo me había visto correr con espanto «como si me siguiera el mismo diablo», algo que no iba muy desencaminado. Supongo que Emily había intuido algo de lo sucedido, porque no me permitió revelar absolutamente nada.

—No le gusta la lluvia —añadió. Y dio un sorbo a su té.

Edward carraspeó y miró a Viktor. Parecía sumamente incómodo ante su presencia.

—Doctor... Frank, ¿qué tal fue el congreso? —preguntó.

Viktor nos miró a Emily y a mí un momento antes de responder con la sequedad que lo caracterizaba.

—Bien.

—¿Veremos algo de eso en el laboratorio?

—No —respondió, e hizo una pausa tan larga que creí que no diría más. Pero, después de dar un sorbo al té, se explicó—. En los congresos se ven demostraciones de alquimia avanzada. En el primer año no se hacen experimentos de ese tipo. Tendrán que

completar los cuatro trimestres para poder empezar a ver algo más interesante en el segundo año.

—El primer año es aburrido —dijo Emily, mirando por la ventana —. ¿Por qué imparte usted un trimestre en él si tiene tanto conocimiento?

Le di una patada por debajo de la mesa, provocando en ella una mirada de desconcierto. Edward tuvo que ocultar una media sonrisa ante la impertinente pregunta.

—Porque la base de la alquimia es difícil de explicar —respondió Viktor—. La mayoría del profesorado estira la cuerda más de lo que debería.

—También imparte un trimestre del último año —destacó Edward, con admiración.

Viktor lo miró con intensidad, haciendo que Edward se aclarara la garganta. Después, el doctor dio un último sorbo a la taza y se levantó del asiento. Inclinó la cabeza brevemente como despedida.

—Que tengan buena tarde —dijo.

Me miró una última vez y se esfumó después de acercarse a la barra y saldar la cuenta de los tés.

—Lo has espantado, Edward —comentó Emily como si hablara del cielo encapotado o de la interrupción de la lluvia.

—Sí, me he dado cuenta. —Se rascó la nuca—. Qué modesto.

—Te incomoda —dijo Emily—. ¿Por qué?

Edward se frotó el mentón y dejó caer despacio la espalda en el respaldo de la silla. Respondió con cuidado, como si estuviera midiendo las palabras.

—Es inteligente, un poco más mayor y sabio. —Vaciló—. Siento que me está evaluando constantemente.

—Dudo que seas tan importante como para que te preste semejante atención —sentenció Emily.

Edward sonrió.

—Sí. Tal vez tengas razón.

No alargamos mucho más aquella reunión. Cuando Edward nos dejó en la puerta de casa y se alejó con el carruaje, Emily me cogió de la muñeca y me arrastró hasta nuestro apartamento. Me

sorprendió su fuerza o mi debilidad. Cuando llegamos, cerró la puerta y me miró.

—Iremos mañana a ver a la doctora Green.

—No sabes lo que ha pasado.

Se quitó la ropa sin pudor y se dirigió al barreño para asearse, ignorándome. Apenas se ocultó tras el biombo mientras metía los pies y se acercaba el cubo de agua. Cogió la pastilla de jabón, la hundió en él hasta hacer espuma y empezó después a frotarse. Me situé en otro punto junto al biombo para darle la intimidad que ella rechazaba.

—Ha aparecido uno de sus monstruos —le expliqué—. No sabes lo que me ha dicho.

—Sé que has estado a punto de confesarle todo al doctor Frank.

—Están planeando algo y son una amenaza. Tengo que prevenirle.

Emily retiró el biombo para mirarme.

—Iremos a ver a la doctora Green —dijo, cambiando la pastilla de jabón de una mano a otra de forma constante, pero pausada, dándole una vuelta con los dedos antes de pasarla a la otra mano—. Si no hay solución, te acompañaré a relatarle todo al doctor Frank. Si la hay, te quitas de encima el vestigio y el dolor y le previenes como víctima de sus monstruos, que te han atacado, no como parte de su creación.

—¿Puedes taparte?

Se contempló un momento el cuerpo, lleno de espuma.

—¿Te molesta? —me preguntó con un tono más curioso que atento a mi incomodidad.

—Sí.

—No puedo bañarme vestida.

—Pero sí detrás del biombo. —Llevé la mano a él y cubrí la escena con un tirón seco—. Siempre haces lo mismo.

Ella guardó silencio un momento. Y, después, respondió con practicidad:

—Hueles a estiércol.

La Royal Institution se encontraba en Mayfair, en Albemarle Street. Decidimos salir el lunes a primera hora de la mañana para evitar el gentío, pero aun así tardamos a pie casi media hora en llegar. Fue necesario atravesar St. Martin's Lane, bastante concurrida ya, para llegar a Coventry y, seguidamente, Piccadilly. Caminar por esa gran avenida hasta llegar a Albemarle fue desagradable. Todo estaba lleno de carruajes y de aristócratas deseando ser vistos a pesar del mal tiempo que arrastraba Londres desde que se ocultara el sol el sábado. Emily observaba todo con una atención pulcra. Yo, en cambio, me deleitaba con los olores, a pesar del pesado y lento avance. Tabaco y perfume fino. Aquello era lo que más destacaba.

—¿Crees que aquí habrá los mismos bollos que en Covent Garden? —dijo Emily, mirando las panaderías.

—Creo que serán mejores.

—Quiero un *Chelsea bun*.

Se habían agotado el domingo y no habíamos comprado aquella mañana. Edward no nos había visitado, así que tampoco habíamos sido bendecidas por alguna cesta a rebosar. Le prometí a Emily que compraríamos dos a la vuelta. Ella aceleró entonces el paso.

Cuando llegamos a Albemarle no tuvimos que preguntar por la Royal Institution: una fachada de estilo neoclásico llamó al instante nuestra atención al final de la calle. Estaba cubierta por columnas que parecían sostener en lo alto del todo las enormes letras que conformaban el nombre del edificio «The Royal Institution of Great Britain». Entre ellas, había grandes ventanas separadas de forma simétrica. El edificio no era ostentoso, pero sí resultaba imponente.

El interior me impresionó más, a pesar de encontrarlo muy parecido a la Golstadt. Los techos eran altos y las paredes estaban cubiertas por completo de estanterías con libros, vitrinas con instrumentos, y retratos de grandes científicos. Unas anchas escaleras de mármol llevaban al piso superior, iluminadas por la luz del exterior. Había tantas puertas a nuestro alrededor que no supe adónde dirigirme.

Escuché a Emily preguntar por la doctora Green, un susurro entre el reverencial silencio que cubría el interior de la Royal Institution. A pesar de haber muchos visitantes, no se escuchaba más que el

pasar de las hojas de algún libro, el tintineo lejano del cristal de alguna pipeta o frasco y la voz amortiguada de las conferencias de algún salón.

—Está ocupada, debemos esperarla en su despacho —susurró Emily en mi oído, y comenzó a caminar sin titubeo hacia la parte de atrás.

Yo la seguí de cerca observando todo a nuestro alrededor. Encontré bustos de alquimistas en una sección concreta del piso bajo, rodeados de libros de aquella temática y símbolos alquímicos elementales. Entre todos aquellos bustos, estaba el de la doctora Green. Y, junto a ella, con aquella mirada familiar, se encontraba el de Viktor. Estuve tentada de acercarme para admirarlo de cerca, pero me contuve. El paso de Emily era rápido y no parecía preocupada por si la seguía o no. Recorrió dos pasillos y, finalmente, se detuvo en una puerta que quedaba en frente de un gran ventanal. Al lado de esta, se podía leer en un pequeño cartel el nombre de «Doctora Teressa Green».

—¿Qué vamos a decirle? —le pregunté.

—Le preguntaremos por el trabajo del profesor Petrov. Y por el suyo.

—El Azoth me da igual, no voy a traspasarle mi dolor a otro ser vivo.

—Tal vez se pueda compartir.

—¿Qué?

Emily empezó a dar palmaditas en sus piernas y se distrajo con un pájaro que se posó en la ventana.

—Si el dolor se puede compartir —dijo mientras se inclinaba hacia delante para verlo más de cerca—, entonces puedes sufrir la mitad.

Parpadeé, y de pronto comprendí lo que pretendía.

—No pienso compartir mi dolor contigo.

Ella ladeó la cabeza. El pájaro echó a volar hacia la rama de un árbol.

—¿Por qué no? —preguntó. Se dio la vuelta y me encaró. Sus ojos mostraban un interés simple, como si realmente quisiera saber cuál era el problema de aquella idea.

—Porque no voy a entregarte un dolor que no tienes, Emily.

—Pero somos amigas.

—Emily. No. Tú no tienes ni idea de cómo es. Aunque el dolor sea la mitad, seguirá siendo insufrible.

—Podemos probar.

Abrí la boca para volver a negarme, pero una voz conocida me interrumpió.

—Señorita Marshel Allen —dijo.

Emily y yo nos giramos al unísono. La doctora Green se acercaba apoyada en su bastón con paso medido. Llevaba un vestido elegante de chaqueta, todo verde esmeralda, y el pelo blanco recogido en la nuca de forma sencilla. Tenía el mismo aspecto que en Hamburgo.

—Doctora Green —saludé—. Ella es mi amiga Emily Abbott.

—Un placer, señorita Abbott. —Colocó la mano en el pomo de la puerta y abrió—. Adelante.

Nos internamos en la estancia, iluminada por varias lámparas de aceite prendidas y repartidas por las mesas. El lugar no era un despacho al uso, más bien una fusión entre laboratorio, sala de lectura, rincón de escritura y zona para el té. Emily y yo aguardamos en el centro mientras la doctora cerraba y nos invitaba a acomodarnos en los sillones de ese último lugar.

Olía a vela y a tinta, a papel quemado, a ácido y a sal. La mesa de la zona de laboratorio estaba colocada con pulcritud, con los tubos de ensayo, frascos y utensilios ordenados a pesar de encontrarse claramente en uso. Algo burbujeaba en el fondo de una campana de cristal. La doctora tapó el contenido con un corcho y, después, se dirigió a nosotras.

Me revolví en el asiento, incómoda, cuando ella ocupó el tercero, frente a ambas. Un olor a hierbabuena flotó de pronto en el aire. Emily se quedó mirando el bastón, que la doctora dejó apoyado en el brazo del sillón.

—Esperaba que tardara más en visitarme —dijo la doctora—. Apenas acabo de llegar de Hamburgo y ya me está esperando.

—Sí... Lo cierto es que vengo por algo en particular.

—Eso tiene más sentido. —Sonrió—. ¿Puedo ofrecerles té?

—No... Yo...

—Es algo urgente —intervino Emily.

La doctora la miró con interés. Yo quise darle un codazo.

—Entonces no hay tiempo que perder —dijo. Después, me miró—. ¿De qué se trata?

—¿Conoce los estudios del profesor Petrov?

—Sí, los conozco.

—¿Sobre los vestigios de los seres vivos?

La doctora ladeó la cabeza.

—Sí.

—¿Sabe cómo transmutar el vestigio en algo tangible? —volvió a intervenir Emily.

La doctora guardó silencio un momento. Nos miró a una y a otra con un interés más vivo.

—Sí. —Una pausa—. ¿Puedo saber qué valor tiene eso para ustedes dos?

—No.

Emily. Quise pellizcarle el brazo, pero la reacción amable de la doctora me detuvo. Asintió con naturalidad, como si comprendiera que no le debíamos ninguna explicación y que dejábamos a su elección ayudarnos o no bajo esa condición. Y, bueno, lo cierto era que no iba a proporcionarnos un arma letal para el mundo.

Cogió el bastón y se valió de él para levantarse del asiento con esfuerzo. Emily y yo la seguimos con la mirada mientras se dirigía a su escritorio. Tomó un pliego con cuidado y mojó una pluma en tinta. Después, dibujó algo en el papel.

—Se van a adentrar en un terreno algo inexplorado, señoritas —dijo, mientras dejaba la pluma con suavidad de nuevo en su sitio y doblaba el pliego. Regresó entonces tras sus pasos hacia nosotras—. Desconozco lo que pretenden hacer dando forma a algo tan delicado, pero deben llevar precaución. —Me tendió el pliego—. Este es el símbolo de transmutación para el vestigio.

Lo cogí y lo llevé a mi regazo.

—Gracias, doctora Green.

Ella me miró con agudeza. De no haber estado segura de que era imposible, habría jurado que lo sabía, que conocía mi naturaleza, que sospechaba lo que pretendía hacer.

Tragué saliva.

—Debe saber —me dijo— que para transmutar el vestigio que todos llevamos con nosotros deberá ir a su lugar de nacimiento, señorita Allen. Y solo aquella persona que use el símbolo será capaz de verlo. —Se acercó un poco más, obligándome a levantar la cabeza—. También debe saber que si deseara de alguna forma... *tocar* el vestigio, deberá hacerlo desde su cuerpo. Y no es tan sencillo como cree. Primero tendrá que saber dónde lo tiene anclado, algo que no es visible a simple vista.

Arrugué el ceño.

—¿No se puede... —me aclaré la garganta— *tocar* en cualquier otro lugar?

—No.

—¿Y cómo sabrá dónde lo tiene enganchado? —preguntó Emily.

La doctora Green la miró.

—Eso lo desconozco —respondió—. El profesor Petrov solo experimentó con el vestigio para rastrearlo, no para tocarlo.

—¿Hay que hacer algo más aparte de dibujar el símbolo?

—Si lo único que quiere es transmutar el vestigio en algo tangible, solo necesita la sangre del ser vivo al que pertenezca. El rastreo, sin embargo, requiere de otras habilidades.

Me incliné hacia delante con curiosidad.

—¿Qué tipo de habilidades?

—Conocer el arte de fusionar símbolos sin romperlos y el empleo de sentidos de olfato y tacto como fuente de conexión y desconexión con el hilo y de la naturaleza como impulso.

Emily empezó a dar palmaditas en sus piernas. Yo parpadeé.

—No sabía que la alquimia necesitara en ciertos casos de todo eso —dije.

—Lo necesita para todo aquello que escapa del plano terrenal. El mundo es más de lo que vemos a simple vista, señorita Allen. Los seres vivos son energía. —Dio un pequeño golpe con el bastón—. Ahora, si no tienen más preguntas, debo continuar con mi trabajo.

Emily quiso interrumpirla, seguramente para cuestionarle sobre el Azoth, pero me precipité a rodearle la muñeca con la mano y a levantarla bruscamente del asiento. Nos despedimos con respeto y salimos por la puerta mientras yo guardaba el pliego en el retículo.

—Esto va a ser complejo —murmuré, cortando la incipiente queja de Emily por mi reacción. Miré hacia atrás un instante, hacia el despacho—. ¿Crees que sabe lo que quiero hacer? Creo que cada vez que decía «tocar» se refería a «romper».

—Sí. Probablemente —respondió Emily. Después, se quedó pensando—. Creo que el olor a hierbabuena era una alucinación —dijo.

—¿Y qué?

Se encogió de hombros y echó a caminar.

35

CUANDO ESTOY CON ÉL



El regreso a las clases de laboratorio con Viktor fue extraño y, en cierta medida, incómodo. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no llamarlo por su nombre ni tutearlo y para tratarlo como profesor en lugar de alguien cercano (por decirlo de alguna manera). Me esforcé por ello en pensar más en la conversación con la doctora Green y el posterior análisis de Emily en casa que en la clase y, particularmente, en él.

Mientras Emily se comía el bollo que habíamos adquirido en Covent Garden, había enumerado con un orden y detalle escrupuloso los pasos que debíamos dar.

En primer lugar, debíamos visitar cuanto antes la sala de operaciones de la casa donde me habían dado vida, teniendo la precaución de no encontrarnos con Viktor si este decidía por una cruel casualidad del destino ir en el mismo momento que nosotras. En segundo lugar, debíamos estudiar la manera de hallar en mí el anclaje del vestigio (Emily tenía varias ideas de por dónde empezar). Y, en tercer lugar, debíamos averiguar cómo arrancarlo de mi cuerpo, algo que parecía más difícil que encontrarlo.

—Se necesita frío —escuché decir de pronto a Emily.

Mi mente regresó al laboratorio. Viktor la estaba mirando. Tenía una tiza en la mano y había dibujado un símbolo conocido en la pizarra. Por el contexto de los utensilios y minerales que teníamos sobre la mesa, unido a aquel símbolo de traspaso que debíamos emplear, deduje que la práctica de hoy trataba de invisibilizar mediante las propiedades del agua alguna de las piedras que teníamos frente a nosotras. Emily y yo ya nos habíamos entretenido antes con aquel símbolo en nuestra etapa en el museo. Habíamos traspasado las propiedades del acero a una piedra común y, después, habíamos probado a romperla. Había sido interesante. En ese caso, se había requerido calor. Ahora, Emily parecía bastante segura de que se necesitaba frío. Y, en mi opinión, no estaba equivocada.

—¿Por qué? —preguntó Viktor, alentándola a explayarse.

Supuse que Emily simplemente había respondido a una cuestión previa, probablemente por inercia, y no pretendía añadir nada más. Tardó por ello en responder.

—Es más sencillo si el agua tiene una consistencia parecida a aquello a lo que se le quiere transmitir la propiedad de transparencia —dijo—. Es más fácil si se convierte en hielo —añadió, tal vez por si alguien no la había comprendido.

Viktor se limitó a asentir casi de forma imperceptible y repasó entonces a sus estudiantes con la mirada.

—Que todas las mesas tengan encima una roca transparente cuando termine la clase —exigió. Después, dejó la tiza junto a la pizarra y tomó asiento frente al escritorio.

Un murmullo cobró vida entonces entre los puestos del laboratorio. Empezaron a tintinear pipetas, a pasarse pliegos y a removerse sillas. Yo me encontré actuando casi por instinto, como si mis manos recordaran sin necesidad de usar el cerebro cada uno de los pasos que habían dado con anterioridad para llevar a cabo aquel experimento. Mientras mis ojos contemplaban a Viktor, que en ese momento se hallaba inmerso en la lectura de unos pergaminos, mis dedos tomaron el recipiente de agua para volcar un poco en una bandeja y dibujar con ella el símbolo del frío, un sencillo copo de nieve dentro del símbolo del agua, con tres líneas cruzadas en un

mismo punto y con cada vértice dividido en tres salientes. Sentí cómo ascendía de golpe la temperatura de mi mano y bajaba como compensación la del agua de la bandeja hasta congelarse casi al instante.

Emily me cogió la mano y la metió en el recipiente de agua antes de que saliera ardiendo. Casi chillé. El agua regresó entonces a su temperatura corriente y se volvió líquida.

—Cuando miras a ese hombre, te vuelves tonta —dijo como simple apreciación.

—Gracias.

Solté una exhalación mientras Emily imitaba mis pasos, pero, en lugar de usar sus propios dedos, empleó la mecha de una vela. Esta se prendió y el agua se congeló de nuevo. Dejó la vela en el candelero y me miró.

—Ahora tú.

Saqué la mano del agua y me la sequé en la falda. Cogí entonces un trozo de aquel hielo y dibujé el símbolo del traspaso de propiedad sobre la roca. Como solo necesitaba la transparencia, añadí una cruz en el centro. La cruz indicaba color, la raya vertical el olor y la raya horizontal la superficie (suave, áspera, rugosa, blanda, dura, peluda, etcétera). La roca se transparentó tres segundos después de separar el hielo de ella. Este, a cambio, se opacó.

Apoyé la barbilla en la mano y admiré el trozo de piedra con la otra. Ahora parecía un trozo de cristal.

—Debes de haber aprendido mucho en el congreso —dijo una voz envenenada a nuestra espalda.

Emily y yo nos dimos la vuelta al unísono. Dos chicas nos miraban tras una mesa llena de piedras rotas o agrietadas envueltas en vapor. Si no me equivocaba, sus nombres eran Anna y Charlotte. Fui a responder, pero Emily fue más rápida.

—Teníais que cambiar el estado del agua a sólido, no a gaseoso —dijo, ignorando el comentario.

—No tenemos la ayuda de la tutelada del doctor Frank —dijo Anna.

—La tutelada del doctor Frank casi sale ardiendo —respondí—. Emily es la que ha cambiado el estado del agua.

Charlotte frunció el ceño.

—No debería haberte elegido a ti —escupió.

—Señorita Abbott, señorita Allen —dijo la voz de Viktor. Charlotte dio un respingo y nosotras nos giramos para mirarlo. Él había levantado los ojos de su lectura y nos contemplaba ahora con severidad—. Si han terminado el trabajo, salgan del laboratorio.

Emily se encogió de hombros y recogió su cuaderno y su morral. Yo la imité, aunque con más torpeza. A nuestro paso por el pasillo que atravesaba las dos hileras de mesas, vi a Edward mirando a Anna y a Charlotte y, después, a Viktor. Pareció estar a punto de decir algo, pero después contempló a Emily, su despreocupación, y la tensión de sus hombros desapareció. Se centró de nuevo en su práctica.

Antes de salir del laboratorio, no pude evitar dirigir la mirada al escritorio. Viktor dibujó una fugaz sonrisa sin levantar la mirada del pergamino antes de que Emily cerrara la puerta. Supe al instante que estaba totalmente dedicada a mí.

Llamé dos veces a la puerta mientras miraba alrededor con ansiedad. No quería que nadie me juzgara por visitar al doctor Frank, no deseaba que me miraran con celos y que fuera el centro de envidias. Pero tampoco deseaba abandonar la escuela sin verlo y hablar con él.

Así que cuando la voz de Viktor me invitó a pasar a su despacho, abrí la puerta y me interné en él sin dudar.

No me esperaba en absoluto que me tomara de la mano y me llevara junto a una estantería, lejos del ventanal que daba a la calle, para acunarme la mejilla y hablarme con los labios casi pegados a los míos.

—Marshel. ¿Qué haces aquí?

Abracé su mano con la mía.

—Quería verte.

Sus ojos se encendieron.

—No deberías llamar a mi despacho, mucho menos entrar. He visto lo sucedido en el laboratorio.

Por eso nos había echado; para alejarme de ese veneno.

Llevé la mano a su nuca y hundí los dedos en su pelo. Acerqué más mi boca hasta que su aliento se entrelazó con el mío.

—No me importa. —Me puse de puntillas—. No me importa en absoluto.

Uní nuestros labios. Las manos de Viktor se afianzaron entonces en mi cintura para llevarme contra la estantería y encerrarme entre el olor de los libros y el suyo. Bajó los dedos hasta el final de mi espalda y yo me perdí en la caricia de su lengua, en mi respiración acelerada, en el murmullo distante del mundo ajeno a nuestro encuentro y entre las sombras que proyectaban los objetos que obstaculizaban la luz entrante de la ventana cuando cerré los ojos. No veía. Solo sentía.

Viktor me atrapó el labio de abajo entre los suyos mientras una de sus manos se aferraba a la parte alta de mi falda. Mis dedos se movieron solos por su cintura hasta internarse poco a poco bajo su chaleco, bajo su camisa, que saqué casi sin aliento de entre sus pantalones. Necesitaba sentirlo más cerca, notar su piel contra la mía. Cuando las yemas de mis dedos alcanzaron al fin su destino, me invadió un calor que jamás había sentido. Mis mejillas se enrojecieron, y la delicadeza con la que las manos de Viktor se enredaban en mi vestido se transformó. Me aprisionó con fuerza mientras me invadía la boca con la lengua y colocó una pierna entre las mías mientras su cadera se hundía en mi cintura. El roce de su muslo logró acariciarme con un fuego enloquecedor. Algo empezó a palpitar entre mis piernas, algo que hizo que las abriera más. Gemí y me aferré al cuerpo de Viktor con la sensación de que podría caer en cualquier momento. Su piel, cálida, se erizó. Bajo mis dedos, su abdomen firme me hizo reparar en otra dureza proveniente de su cuerpo. Pero en cuanto me percaté de ella, Viktor separó su cuerpo del mío y se apoyó en los estantes con las manos, a ambos lados de mi cuello. Respiró hondo con la frente sobre la mía, negando con la cabeza. Separé los dedos de su abdomen y me los llevé a la parte baja del vientre.

—Tienes que marcharte, Marshel.

Tragué saliva.

—He venido por las clases particulares —murmuré.

Viktor resopló. Terminó de separarse de mí por completo y me contempló durante un tiempo que me pareció eterno, mientras se colocaba de nuevo con precisión la camisa bajo los pantalones y se estiraba el chaleco. Todo rastro de mi descarado comportamiento desapareció, a excepción de sus labios, que aún estaban rojos. Se llevó el pulgar a ellos y perfiló el de abajo, casi como si se relamiera los restos que habían dejado los míos.

—Si vuelves a pisar el laboratorio a solas conmigo —dijo—, no permitiré que vuelva a suceder esto.

—De acuerdo —respondí precipitadamente. Me aclaré la garganta —. ¿Tampoco un beso?

Viktor se acercó y me alzó con un dedo la barbilla para posar después los labios sobre los míos. Solo un segundo. Tuve que contenerme para no volver a atraparle la nuca.

—Un beso —dijo—. Hasta mañana, señorita Allen.

Sonreí y, con una fugaz reverencia, me despedí.

—Hasta mañana, doctor Frank.

No hubo un solo día en todas aquellas últimas semanas del trimestre que no me besara. Al entrar y antes de salir del laboratorio, como saludo y como despedida. También en ocasiones, mientras trabajaba en los experimentos que practicaba, cuando se acercaba para revisar mi progreso, me depositaba un beso en la sien o en la cabeza. Incluso, a veces, si estaba de buen humor, me acariciaba con los labios el hueco entre mi cuello y mi hombro.

Llegada la segunda semana, había perdido por completo el interés en las prácticas. Mientras Emily planeaba nuestro viaje a la casa de mi nacimiento e investigaba la forma de hallar el anclaje del vestigio, yo me deleitaba con la cercanía de Viktor sin prestar apenas atención a su instrucción. Emily me había advertido que no era una idea inteligente pasar tanto tiempo con él, y yo sabía que tenía razón.

—¿Qué se te pasa por la cabeza cuando estás con él? —me preguntó una noche mientras llevaba a cabo un intento de localizar

el anclaje del vestigio.

—¿No sería más fácil si primero lo hacemos visible?

—Sí.

Estábamos sentadas en la vieja alfombra del apartamento mientras ella me hacía pequeños cortes en distintas zonas de la piel con un cuchillo serrado porque «en un libro se indicaba que los vestigios reaccionaban al peligro» y tenía esperanza de que, si cortaba en la zona apropiada, yo podría sentir algo. Algo diferente a las demás.

Me removí, inquieta, sobre la deshilachada tela ocre y busqué su mirada, que en ese momento se encontraba clavada en mi hombro, donde había deslizado el cuchillo una vez más de forma superficial.

Me aclaré la garganta.

—¿Por qué no vamos entonces a la sala de operaciones primero? —pregunté. No respondió. Yo insistí—. ¿Emily?

—Es peligroso.

Arrugué el ceño. Y, después, me invadió una extraña sensación de abandono.

—Puedo... puedo ir yo sola si tú no...

Emily me miró, haciéndome callar al instante. Sus ojos mostraban confusión.

—¿Por qué quieres ir sola?

—Has dicho que es peligroso.

—Para ti. —Llevó los ojos a la vela que iluminaba la estancia, que había empezado a tintinear por la entrada de aire a través de algún resquicio de la ventana cerrada—. Has desviado la pregunta. —Se levantó del suelo con gracilidad y se dirigió a mi espalda. La sentí acomodarse en la alfombra de nuevo—. ¿Puedo? —preguntó antes de colocar las manos en la tela de mi camisón. Yo tragué saliva. Emily no me había vuelto a ver la espalda desde la noche que me descubrió, y sabía lo delicado que era eso para mí—. Podemos dejarlo aquí.

Negué con la cabeza y aproximé un poco la espalda a sus manos para invitarla a continuar. Ella no dudó. Con cuidado, fue enrollando la tela del camisón hacia arriba, exponiendo las dos cicatrices. Me

pidió que lo sostuviera arriba y yo acerqué la mano al hombro para mantener allí la tela enrollada. Me temblaron los dedos al rodearla.

—El doctor Frank —dijo Emily mientras acercaba el cuchillo a la mitad de mi espalda, donde ambas líneas rosadas se cruzaban. El filo me pareció más frío en la piel de la columna vertebral que en cualquier otra zona—. ¿Qué te ocurre cuando estás con él? —me preguntó de nuevo.

Supe que intentaba distraerme antes de hacerme el corte. Mi mente se centró en eso, en Viktor. Y aquella sensación se enredó de pronto con un recuerdo.

Había sucedido casi tres años atrás, un mes después de que los monstruos y yo saliéramos de la sala de operaciones. Recordaba vagamente el lugar donde nos encontrábamos, a las afueras de una pequeña aldea al este de Londres, en una cabaña cerca del Támesis. Olía a humedad y a hierba fresca. También a hierro oxidado y a algo putrefacto. Era de noche y hacía frío. La única ropa que llevaba era una camisola interior y unas botas que me quedaban grandes, sin medias, lo que había provocado que me salieran terribles heridas en los pies tras tanto tiempo caminando. Aquella había sido la primera vez que había intentado escapar de un destino que no deseaba.

Recordaba a los monstruos hablar. Cada día, cada hora. Se alimentaban del odio, del sufrimiento por el desgarrador dolor que nos asaltaba en ocasiones. Hablaban de la crueldad con la que tratarían a su creador cuando lo encontraran. Todo lo que los envolvía era oscuridad.

Había aguardado a que se durmieran, a que la noche se convirtiera en una negrura solo teñida de luz por una media luna. Había salido de la cabaña descalza, recibiendo con placer el abrazo helado del páramo, y, después, había echado a correr. Con cada zancada, había sentido como si una pesada cadena aferrada por la cintura y ceñida con rigidez se abriera un poco, como si ese hierro se astillara, se convirtiera en paja, y, finalmente, echara a volar hacia el cielo, impulsado por el viento, hasta hacerme libre. Y, en aquella carrera, por primera vez, había sido dueña de algo, de una decisión, de un paso, de un camino, de una vida. Aquel páramo había sido una puerta a mi interior, me había permitido conocer mis deseos,

mis límites, mi capacidad y mi fuerza. Hasta que los monstruos me habían atrapado de nuevo.

Emily hizo el corte. Yo respondí:

—Cuando estoy con él, siento que estoy en una pradera sin nada alrededor —susurré con una sonrisa.

Y, entonces, algo cambió en mi piel.

36

LA SALA DE OPERACIONES



Sentí un cosquilleo, apenas perceptible, pero real. Me separé de golpe, como si me hubiera quemado, y me levanté precipitadamente. Emily se quedó sentada en la alfombra y me miró con curiosidad.

—¿Dolor o sensación? —preguntó.

Me alisé el camisón y me llevé la mano a la espalda.

—Sensación. —Me aclaré la garganta y traté de analizar el cosquilleo mientras movía los hombros para destensarme, incómoda. La sensación era extraña, como si alguien estuviera tirando de hilos sueltos de una prenda vieja, siendo esta mi columna vertebral. Un centenar de hilos a lo largo de mi espalda. Pero era incapaz de discernir cuál de ellos era el principal, cuál desmoronaría todos los demás. Intuía que allí radicaba la clave del anclaje del vestigio—. Está ahí —afirmé—. En algún lugar de la cicatriz.

Emily asintió y se levantó.

—Tiene sentido.

Me di la vuelta y me dirigí a la cómoda. Abrí un cajón y rebusqué hasta encontrar los viejos pantalones que tantas veces me habían servido para librarme del peligro. Antes de que pudiera tirar de ellos para vestirme, la mano de Emily me aferró la muñeca.

—No sabes si estará el doctor Frank —dijo.

—No pienso esperar más.

Intenté zafarme de ella, pero era como tratar de liberarme de las fauces de una bestia. Me clavó las uñas.

—¡Emily!

Ella permaneció impasible, como si la mano que me estaba sosteniendo no le perteneciera.

—Si te ve allí, no habrá posibilidad de escape.

—Y si sigue mi rastro, tampoco.

Nos quedamos mirándonos. En sus ojos, abiertos y atentos, apreciéalgo que no había visto antes, una fisura que me permitió contemplar por un breve instante su interior. Miedo. Emily sentía miedo.

Llevé mi mano a la suya, haciendo que el agarre se aflojara.

—Tendremos cuidado —dije.

Ella vaciló un momento, pero, después, me soltó. Me permitió sacar la ropa antes de abrir su cajón para imitar mis pasos. Los pantalones de Emily eran más nuevos y estaban menos desgastados. Me habían pertenecido tiempo atrás, después de robarlos de una tintorería, y no habían sido muchas las veces que los había usado. Se los había regalado unos meses después de conocernos, por su cumpleaños. Ella los había cogido con dos dedos, tal vez tratando de buscarles alguna utilidad. No sé qué habría visto en ellos, pero tardó poco en encogerse de hombros y guardárselos. No los había usado nunca.

—¿Por qué los aceptaste si jamás los has usado? —pregunté mientras me embutía en los míos. Salté para subírmelos.

—Porque eran un regalo.

—Podría haberte dado otra cosa.

Emily se abrochó los pantalones y se quitó el camisón para ponerse una camisa en su lugar.

—Supuse que había una necesidad de peso para que me dieras algo así —respondió—. No es un regalo común entre mujeres.

Cogió la lámpara de aceite mientras yo terminaba de arremeterme la camisa bajo los pantalones. Cuando estuve lista, me acerqué a la caja del dinero y saqué varios peniques.

—Necesitamos un cochero —dije.

Nos dirigimos por ello a Covent Garden, envueltas en nuestras capas. Los faroles de las calles nos alumbraron el camino mientras avanzábamos entre la humedad de aquella noche. El cielo encapotado no nos permitiría ver nada una vez alcanzáramos el campo. Esperaba que la lámpara fuera suficiente para atravesar la explanada que separaba el camino de la casa. En mis recuerdos, apenas distinguía el aspecto del terreno. Recordaba el sonido de los pasos apresurados de los monstruos entre el barro mientras huían de la matanza de la sala de operaciones conmigo en brazos. Eso era todo. Barro y frío.

Cuando llegamos a Covent Garden, permití a Emily encargarse de escoger al cochero apropiado. El primero no aceptó trasladarnos, tal vez presa de la inquietud y desconfianza de ver a dos jóvenes con pantalones dispuestas a recorrer casi veinte millas hasta algún lugar alejado de toda civilización. El segundo, sin embargo, al ver los peniques que le ofrecíamos (casi el triple de lo que valía el trayecto), aceptó de buena gana sin hacer preguntas.

Lamenté perder las monedas, pero a Emily no pareció importarle. Subió al carruaje y se acomodó en el asiento con la lámpara entre las manos.

No hablamos durante todo el viaje. Los ojos de Emily se encontraban perdidos en el exterior mientras sus dedos repiqueteaban sobre el cristal de la lámpara a un ritmo acompasado. Me mordí el carrillo por dentro. En el apartamento, me había sentido preparada y dispuesta a enfrentar cualquier obstáculo con tal de librarme del vestigio. Ahora, sin embargo, empezaba a encontrarme nerviosa y con náuseas. Emily, al contrario que yo, solo parecía tensa.

Miré por la ventanilla, aferrada con una mano a la cortina. La luz de la ciudad dio pronto paso a la oscuridad de la periferia, solo iluminada por los faroles del carruaje, y la estabilidad de los adoquines se transformó en la irregularidad de la tierra, haciendo que las náuseas aumentaran.

No sé cuántas horas pasaron hasta que tuve que dar la primera instrucción al cochero. Me vi obligada a sacar la cabeza por la

ventanilla más de una vez para hablarle, hasta que comencé a reconocer la zona, lejos ya de almacenes viejos y casas bajas. Los bordes del camino comenzaron a llenarse de zarzas y espinos, y las parcelas agrícolas desaparecieron en favor de bosques de árboles pelados por el invierno. Reconocí las ramas raquíticas retorcidas bajo el viento que tanto me habían aterrado en nuestra huida, al llegar a la enredadera de troncos. Estaba allí, muy cerca. La casa se encontraba a la derecha, tras aquel bosque desnudo.

Ordené al cochero parar y salté al camino, sobre un montón de hojas secas. Emily me imitó por el otro lado. Le dimos al cochero la mitad de los peniques acordados para que nos aguardara allí, y me dirigí sin vacilar a las zarzas para pasar por ellas mientras Emily prendía la lámpara de aceite con ayuda del hombre.

Hundí las botas en el barro antes de tratar de abrirme camino entre las espinas. La capa se me enganchó y me pinché las manos varias veces hasta que logré alcanzar el otro lado. Ayudé a Emily a seguirme, apartando de ella las ramas.

—No veo al doctor Frank haciendo estos malabares —comentó sin desestabilizarse.

Desenredé su capa de las zarzas cuando alcanzó el terreno que yo pisaba.

—Viktor llegó a caballo —respondí—. Seguramente no vino por el camino, sino por el campo.

—Viste al animal al salir.

—Sí.

—Y los monstruos no lo vieron. Si no, habrían matado al doctor igual que a los demás. —Se quedó pensando y, después, echó a andar. Yo la adelanté para guiar el paso—. No les dijiste nada. Nunca has sido como ellos.

Una corriente helada agitó nuestras capas y ralentizó nuestro avance. Nos vimos obligadas a inclinarnos hacia delante para continuar. Las botas pasaron de hundirse en el barro a romper escarcha, y las ramas, que antes se movían suavemente, empezaron a revolverse como si tuvieran vida propia. Parecían manos tratando de cazarnos.

Emily entrelazó nuestros dedos. Cuando la miré, encontré su vista merodeando por los alrededores sin agitación. Sus labios habían iniciado en silencio una cuenta de tres en tres. Comprendí que me había dado la mano como atención a mí y no a ella. Tragué saliva y la rodeé con fuerza sin detenerme.

Salimos de aquel pequeño bosque diez minutos después. El campo se abrió entonces frente a nosotras como un abismo oscuro. No se veía nada más allá de lo que alcanzaba a iluminar la lámpara. Cuando di el primer paso, creí que pronto caeríamos en alguna sombra, pero la mano firme de Emily sostuvo mis temores y, por ello, proseguí, a pesar de que sentía el corazón golpearme la garganta como puños.

Me guie por instinto.

Recordaba que la casa no quedaba lejos, tal vez a media milla. Si me había equivocado de dirección, no tardaríamos en saberlo. Pero el camino se me hizo tan largo que pensé por un momento que debíamos corregir el paso hacia la derecha. Por suerte, la lámpara alumbró la casa antes de que tomara la decisión.

No la recordaba así.

Las paredes estaban negras, como si se hubieran expuesto a algún fuego que no había logrado derribarlas. El tejado carecía de varias tejas, dejando en algunas zonas las vigas de madera a la vista. La puerta de la entrada estaba astillada, parte de ella en el suelo. Aquel era el lugar por donde habíamos huido, ya que la casa carecía por completo de ventanas.

Solté la mano de Emily para colocarla en las bisagras oxidadas e interné una pierna en la casa pasando por encima del resto de puerta que quedaba aún en pie. Sentí a Emily detrás, imitando mis pasos.

El pasillo nos recibió con el siseo del viento, una corriente que nos atravesó como un fantasma desde la sala de operaciones hasta el rincón por donde acabábamos de entrar. Se me erizó la piel ante el serpenteo del aire gélido.

Emily levantó la lámpara para ver mejor. Las paredes tenían humedades y mostraban un aspecto amarillento. El suelo, cubierto

de tablones rugosos, crujía a cada paso, como si fuera un monstruo sollozando. Olía a algo podrido y a madera mojada.

Señalé la estancia del fondo, cuya puerta estaba destrozada en el suelo, sin atreverme a hablar. La mirada de Emily no se dirigió allí, sin embargo, sino a la estancia contigua, que permanecía cerrada con la puerta intacta. No recordaba haberla visto al salir, pero tampoco me importaba lo que fuera que contuviera. Solo estábamos en aquella casa por una razón. Y, tan pronto como consiguiéramos nuestro objetivo, saldríamos de ella corriendo.

Nos aproximamos a la sala de operaciones y nos asomamos con cuidado.

No había allí nada ni nadie. Sentí que los hombros de Emily se relajaban al mismo tiempo que los míos. Sin avisar, se adentró en la sala y colocó la lámpara en el suelo, en el amplio centro circular que estaba a otro nivel, levantado por tres escalones. La luz hizo que se proyectaran sombras de lo más siniestras. Yo aguardé un momento mientras contemplaba el lugar donde había abierto los ojos por primera vez.

La sala circular era gigantesca, mucho más de lo que recordaba. Tenía las paredes llenas de carbón, igual que el suelo. Por un momento, creí que vería algún rastro de los alquimistas que allí fallecieron, pero no había más que madera chamuscada llena de tierra y agua, proveniente del ventanal del techo, que carecía ya de cristal. La ausencia del olor a quemado me hizo pensar que había pasado mucho tiempo desde que alguien, probablemente Viktor, se deshiciera de las pruebas de todo lo que había sucedido allí. Quedaban, sin embargo, las camillas, apenas restos de sus estructuras de metal, sin rastro alguno de la máquina que nos había dado vida. Algunas estaban tiradas, otras carecían de patas. De la mía solo quedaba la superficie lisa donde mi cuerpo había descansado hasta despertar.

Entré a la sala con un nudo en la garganta y me agaché despacio para tocarla. Estaba helada.

—Es esta —susurré.

Sentí a Emily moverse a mi espalda y sus pasos aproximarse hasta que se situaron junto a mí. Me tendió el cuchillo serrado que había

usado para hacerme los pequeños cortes en la piel.

Si hacía el símbolo únicamente en mi camilla, solo vería mi vestigio.

¿Lo habría hecho ya Viktor en cada una de las camillas?

Levanté la mía y la analicé. No había restos de sangre. Tragué saliva y cogí torpemente el cuchillo sin mirar. Casi se me resbaló de la mano cuando lo aproximé a mi pierna. Los cortes que me había hecho Emily y el que pretendía hacerme yo se ocultarían tras las ropas para no tener que dar explicaciones. Así que hinqué la rodilla derecha en el suelo y levanté la otra para arremangarme el pantalón. Bajé la media con cuidado hasta que la liga alcanzó la bota y, entonces, deslicé la punta de la hoja por el lado izquierdo del gemelo. Un hilo de sangre brotó como una lágrima para deslizarse por la piel hasta humedecer la media.

Recordé el símbolo que dibujó Teressa, el brote de una semilla unido al símbolo de la tierra. Y lo tracé con mi sangre. Pasaron cinco eternos segundos desde que alejé los dedos de la camilla hasta que algo comenzó a suceder.

Me caí de culo cuando el brote cobró vida. Emily me preguntó qué ocurría, pero yo fui incapaz de responder. La semilla se partió en dos y el brote creció hasta nacer de la superficie como si esta fuera tierra abonada. Crecieron ramas y hojas y, después, el tallo se rompió y se alzó como si fuera un espíritu liberado de su cuerpo terrenal. Las ramas se estrecharon hasta secarse y convertirse en algo parecido a tendones necrosados, las hojas se transformaron en niebla, y el tallo empezó a tomar la forma poco a poco de una columna vertebral maltrecha. Del nacimiento de un tallo y hojas verdes y sanas, había crecido algo parecido a una enorme araña sin rostro.

Me llevé la mano a la boca.

—¿Marshel?

Una lágrima se deslizó por mi mejilla hasta acariciarme los dedos.

—Quiero... quiero salir de aquí —fue lo único que pude decir. Después, el vestigio se retorció sobre sí mismo hasta desaparecer entre la niebla que habían sido las hojas y, con él, la sangre de la camilla.

Emily me levantó por las axilas sin preguntar. Me cogió de la mano y atrapó la lámpara. Las sombras que proyectaban las camillas se movieron al mismo tiempo que nosotras. Y supe, de alguna forma, que Viktor ya había estado allí, que había contemplado lo mismo que yo: la única hembra que habían creado era igual de monstruo que los demás.

37

EL BAILE TRIMESTRAL DE LA GOLSTADT



Emily permaneció callada. Estábamos tumbadas en mi cama, lavadas y cambiadas tras el viaje de regreso de la sala de operaciones, con la vista fija en una grieta del techo que parecía una constelación. Le había narrado todo lo que había visto y, después, ella se había sumido en un pesado silencio que aún no se había atrevido a romper.

Los primeros rayos de sol ya se reflejaban en las jarras de cristal vacías cuando al fin habló.

—No eres un monstruo —dijo—. Naciste a raíz de una muerte, no fruto del deseo o del amor. Si el vestigio se crea en el nacimiento, el tuyo no podía ser bonito.

—Viktor ha visto eso.

—El doctor Frank no sabe que está ligado a ti.

—Lo sabrá si lo rastrea.

Emily giró la cabeza para mirarme.

—Le llevará tiempo. Podemos liberarte del vestigio antes.

Giré la cabeza yo también. Me mordí el carrillo por dentro.

—¿Cómo crees que lo está rastreando?

Emily volvió a mirar al techo y se empezó a dar palmaditas en las piernas.

—Estará siguiendo los pasos que disteis desde la sala de operaciones.

Me erguí sobre los codos.

—Dimos muchos pasos durante esos años, pero nos establecimos durante mucho tiempo en ciertas zonas. Todos juntos. —Terminé sentándome al borde de la cama—. Nos está... —Me levanté—. Nos está siguiendo a todos a la vez.

Y, entonces, de pronto y por primera vez en mucho tiempo, el dolor volvió a sacudirme como un látigo de metal afilado.

Me doblé hacia atrás con un chillido y caí de rodillas. El látigo pareció transformarse en una daga que se clavó en mi columna vertebral y subió con agonía por mi espalda destrozándome músculos, huesos y pulmones. Emily logró atraparme antes de que cayera al suelo como un saco y me golpeara la cabeza. Me sentí sangrar por dentro, se me taponaron los oídos y me retorcí, incapaz de silenciar mi grito.

Las manos de Emily se separaron de mí para saltar al armario y abrir con premura la puerta y la caja que contenía los elixires. Antes de ver cómo atrapaba uno de ellos, el dolor me cegó y, como si fuera una espada ardiendo, se internó desde la espalda por mi cuerpo para hacer arder órganos y tejidos. Las lágrimas resbalaron por mis mejillas, pero los dedos de Emily interrumpieron su recorrido hasta la mandíbula, que atraparon con decisión para apoyarme el recipiente en los labios. El líquido del elixir se internó en mi boca e inundó lengua y garganta. Tragué con desesperación.

La tensión se disipó, el dolor se convirtió poco a poco en un susurro y, tras un breve espasmo, desapareció por completo. Relajé el cuerpo en el suelo, dejando mis extremidades flácidas y débiles. Cuando abrí los ojos, descubrí a Emily sentada a mi lado, estudiándome.

—Tienes que volver a llevar un elixir siempre contigo —fue lo único que dijo.

Cuando coloqué la mano en el pomo de la puerta del laboratorio, sentí los dedos temblar. Aquella tarde habíamos tenido clase teórica,

por lo que aún no había enfrentado a Viktor después de haber contemplado mi vestigio. No sabía si podría mirarle a los ojos.

Miré a ambos lados del pasillo y valoré la idea de recular. Pero Viktor abrió la puerta antes de que pudiera dar un paso atrás. Sus ojos se entrecerraron en cuanto me vieron. Cerró el libro que tenía entre las manos y apoyó el hombro en el marco de la puerta.

—Señorita Allen, ¿piensa entrar o prefiere quedarse aquí?

Di un paso al frente. Y otro más. Sentí la mirada de Viktor fija en mi espalda hasta que me alejé por completo del pasillo y él cerró la puerta. Me di la vuelta. El ceño de Viktor se había fruncido ligeramente, y sentí que podía leerme la mente, que en este momento solo veía a la araña por todas partes.

—Qué ocurre —dijo, dejando el libro en una mesa cualquiera.

Me froté la frente hasta espantar el recuerdo.

—Me preguntaba... —dije— si iba a asistir al baile del final del trimestre.

Entre todas las verdades que podía haber escogido, no entendí por qué expresé esa en voz alta. Viktor se aproximó y ladeó la cabeza, tal vez tratando de discernir si era aquello lo primero que había pensado al verle.

—Sí —respondió finalmente, cuando sus piernas alcanzaron el vuelo de mi falda—. Ahora, ¿podemos empezar? —dijo. Estaba tan cerca de mí que sus rodillas habían encontrado mis piernas.

Me mordí el carrillo y dejé el morral en cualquier parte sin apartar la mirada de él.

—Quiero una clase de defensa —dije.

Viktor alzó la mano para recoger entre los dedos el colgante de Emily.

—El óxido no es infinito —dijo, casi más para él que para mí. Se separó y se dirigió a un armario junto al escritorio. Cuando abrió la puerta, me acerqué con curiosidad. El interior estaba separado en estantes y columnas, creando decenas de huecos que se encontraban a rebosar de distintos tipos de piedras y elementos ordenados. Con dedos precisos, cogió un trozo de metal y cerró el armario.

—¿Qué hace?

Viktor humedeció el metal con agua y lo dejó sobre el escritorio.

—Practicará con esto.

Dibujó entonces el símbolo de agua y aceleración en la superficie con el dedo pulgar, añadiendo un indicador de tiempo, y aguardó. Poco a poco, sobre el metal se fue creando una capa de óxido, como si fuera una gota de pintura rojiza sobre un pliego.

Miré a Viktor. Para que el metal se oxidara, eran necesarios agua y oxígeno. Si había dibujado el símbolo de aceleración con el dedo, quería decir que el metal absorbería el oxígeno que él ingeriría, por lo que sería incapaz de respirar hasta que el proceso concluyera. Pero Viktor no se había inmutado. De hecho, se alejó con calma durante el proceso para recoger el libro que había dejado abandonado y colocarlo en la estantería. No compartía en absoluto mi preocupación por el tiempo y ni siquiera me di cuenta de cuándo había recuperado la respiración tras la finalización de la oxidación, porque actuó como si nunca le hubiera faltado.

Me dio el metal y, con el dedo índice, me alzó la mandíbula para darme un beso.

—Ese colgante lo usará en caso de emergencia —susurró—. Para practicar, fabricarás el escudo con el óxido de ese metal.

Dicho eso, me colocó en el centro del pasillo que separaba las dos hileras de mesas y aguardó.

Yo parpadeé.

—¿Lo hago ya?

Viktor se metió las manos en los bolsillos.

—Sería lo ideal, sí.

—¿Con qué me va a atacar?

—No la voy a atacar, señorita Allen. Quiero que practique el movimiento hasta que le salga de forma innata y sin pensar.

—¿Cómo sabré que funciona?

—Lo sabrá igual que lo supo en el barco antes de que intentara tocarla.

Recordé aquel momento, cómo se había condensado el aire, como si se hubiera convertido en algo más fuerte, más sólido. Asentí y raspé con la uña el óxido para trazar el símbolo frente a mí. Y, tal como había asegurado Viktor, la sensación del barco se repitió. Supe

al momento que, si algo trataba de impactar contra mí, aquella protección lo repelería. Lo que no sabía era cuánta fuerza tendría que ejercer el atacante para romper aquella barrera. ¿Un monstruo sería capaz de atravesarla solo con su puño?

—Otra vez —dijo Viktor—. Más rápido.

Seguía observándome desde aquella distancia de tres pies, con su postura relajada y los ojos fijos en mis manos. Repetí el símbolo. Una y otra vez. Hasta que la creación de la defensa empezó a calar en mí de forma que el movimiento se convirtió en algo tan instintivo como alzar un pie tras otro para subir las escaleras.

Me dejé caer en una silla, con el brazo agarrotado.

—Creo que ya lo tengo.

Viktor se arremangó y se aproximó para ponerse de cuclillas frente a mí. No pude evitar pasar la mano por su pelo. Él cruzó los brazos sobre mis muslos y me dedicó una sonrisa tierna. La amargura que casi siempre ensombrecía su voz y su mirada se desvanecía. Cada día que pasaba había más luz.

Una sospecha cruzó fugaz por mi mente, suficiente para tensar la mano que tenía entre su cabello. La aparté con cuidado.

—¿Has encontrado a los monstruos? —susurré.

—Estoy cerca —respondió simplemente en voz baja. Recogió mi mano y me besó los nudillos—. Nadie va a hacerte daño, Marshel. —Asentí y tragué saliva. Él se levantó y tiró de mí con suavidad para ponerme en pie y abrazarme—. Todo está a punto de terminar.

Yo hundí la frente en su pecho y rodeé su cintura con los brazos. Cerré los ojos con fuerza y guardé en un rincón el miedo que se apoderó de mí en aquel momento. Nada estaba a punto de terminar, sino de empezar.

Las clases concluyeron aquella semana. Edward, Emily y yo nos librábamos de los exámenes, puesto que no habíamos cursado aún los cuatro trimestres que correspondían al año académico. Así que pudimos disfrutar de una semana libre, que Emily y yo dedicamos por completo al estudio del vestigio. No descubrimos cómo hallar el lugar exacto del anclaje, a lo largo de toda la cicatriz, pero sí cómo

poder verlo cada vez que se me antojaba, que no eran muchas. Había tenido que arrancar un trozo de aquella asquerosa criatura y solidificarlo con hielo. Ahora tenía a mi disposición una pequeña parte de tendón necrosado del tamaño de un dedo meñique que, cada vez que lo rascaba con la uña, revelaba al vestigio retorciéndose entre el humo. Emily no podía ver nada, y yo le repetía una y mil veces que era mejor así.

Cuando llegó la noche del baile trimestral, me encontré de pronto en la puerta del apartamento dudando. Edward nos estaba esperando abajo con el carruaje porque, a pesar de que vivíamos muy cerca de Somerset House, había preferido pasarse para ahorrarnos la caminata. A Emily no le importó hacerle esperar un poco más; en cuanto me vio dudar, frenó el paso y aguardó.

—¿Y si Viktor cogió de cada vestigio una parte como yo? —murmuré—. ¿Y si las usa en el baile para asegurarse de que no hay allí ningún monstruo?

—Dudo que lo use estando contigo.

—¿Y cuando no esté?

Emily se encogió de hombros.

—Verás materializarse tu vestigio igual que él. Nos dará tiempo a correr.

Me crucé de brazos.

—¿Desde cuándo has dejado de pensar en el peligro?

—Estás enamorada. Estás feliz. No vas a vivir amargada y triste por miedo. Si todo se tuerce, lo afrontaremos.

Parpadeé.

—¿Enamorada?

—Sí. —Tiró de mí y cerró la puerta.

No me dio tiempo a rechistar. Cuando pisamos la calle, Edward estaba ya frente al edificio, con un tulipán en la mano. Se dirigió a Emily, que miró la flor con una ceja levantada.

—Estás muy guapa —dijo Edward.

Emily dudó.

—No... no me gustan las flores.

—Ya lo sé —respondió él. Me entregó la flor a mí con cortesía y se metió la mano en el bolsillo para sacar un *Chelsea bun* envuelto en

papel basto. Cuando el olor dulce impregnó el aire, Emily miró de nuevo a Edward con las mejillas coloradas. Se le iluminaron los ojos al ver el bollo.

Cogió el *Chelsea bun* y besó la mejilla de Edward antes de subirse sin ayuda al carruaje. No pude evitar reírme mientras él se limitaba a sonreír.

—Tú también estás encantadora, Marshel —dijo, tendiéndome la mano como apoyo para subir por los estribos.

Le agradecí el cumplido, a pesar de que ya nos había visto en otras ocasiones con aquellos vestidos.

Emily y yo no disponíamos de ropa para eventos especiales, así que habíamos optado por llevar aquello que teníamos en mejores condiciones. Ella, un vestido de muselina de algodón de corte imperio, de un color verde oliva sin adornos más allá del pequeño lazo de raso cosido en el centro. Yo, uno de color marfil, también de corte imperio, que alguna vez fue más claro y brillante, pero que se había ido apagando con los lavados. El lazo color hueso que me rodeaba por debajo del busto no estaba cosido, sino atado a la espalda con un nudo discreto que Emily había hecho. Lo único que diferenciaba nuestros aspectos de los de la escuela eran los largos guantes que nos adornaban los brazos.

El viaje hasta allí fue tan corto como esperaba. Cuando entramos a la enorme plaza frente a Somerset House, Emily y yo nos asomamos por la ventanilla para admirar el lugar.

Todo estaba a rebosar de carruajes. La luz de los faroles iluminaba la noche más cuanto más nos acercábamos a la entrada, como si fuéramos los asistentes meros insectos atraídos por el calor y el brillo, todos adornados con los mejores trajes, dispuestos a destacar por encima de los demás. Me sentí realmente satisfecha por los vestidos sencillos que habíamos escogido, lejos de tanta sofisticación. Éramos estudiantes, al fin y al cabo, alquimistas que algún día seríamos reconocidos y respetados. No era un evento exactamente social. O al menos así era como yo lo veía. Pero cuando entramos al salón, cambié por completo de opinión. Nunca había estado en bailes, pero aquello se parecía mucho a lo que describían en las novelas.

Emily y yo nos pegamos a la pared y nos hicimos con un rincón solitario mientras Edward se alejaba para conseguirnos unas copas.

—Huele a perfume caro —comentó Emily.

Miré alrededor. El salón era gigantesco y estaba ya lleno de gente. Unos músicos tocaban en el centro melodías que invitaban a bailar sobre la aterciopelada alfombra de color buganvilla. Del techo colgaban tres enormes lámparas de araña con todas las velas prendidas del mismo tamaño, seguramente por haber sido estrenadas aquella misma noche. Las paredes eran de un blanco inmaculado. Por mucho que traté de encontrarlo, no descubrí en ellas ni un solo roce o mancha, a pesar de encontrarse las mesas de comida sumamente pegadas a ellas para dejar sitio al espacio de baile. Emily contempló las bandejas de bollos. Yo, sin embargo, dirigí la mirada a la puerta después de confirmar que Viktor aún no se encontraba en el salón.

—Aún no hay ningún profesor —dijo Emily.

«Estás enamorada».

¿Tan transparente era? ¿Tanto se notaba que lo buscaba a él y solo a él? ¿Tan sencillo era reconocer la emoción que me llevaba a comportarme así?

Tragué saliva. Amor. Sentía amor por Viktor. Jamás pensé que alguien como yo pudiera sentir algo así, que dejar atrás el rencor y el odio tuviera como resultado la abismal diferencia entre aquellos monstruos y yo. El perdón había sido la puerta que me había permitido escapar de la oscuridad. Aquellos casi tres años de dolor no eran nada en comparación a la paz que gobernaba mi corazón. Podía soportarlo. Podría soportar una vida entera dependiente de elixires solo por la vida que disfrutaba ahora.

—Está aquí.

Parpadeé y regresé al salón. Miré de nuevo hacia la puerta. Viktor acababa de entrar con un colega de la Golstadt. Reconocí al profesor Duncan, con su media melena recogida en la nuca y su estatura recortada. Vestía más elegante que Viktor, que llevaba la ropa que podría llevar de paseo por Hyde Park. Sonreí sin poder evitarlo.

—¿A quién miráis con tanto interés? —preguntó Edward, tendiéndonos dos copas de vino.

—Ha llegado el doctor Frank —dijo Emily.

Edward siguió la dirección de nuestras miradas.

—Vaya. Tiene el mismo aspecto que un viandante cualquiera. —Resopló y dio un sorbo a la copa—. Podría haberse cambiado la chaqueta.

Emily se encogió de hombros y bebió también.

Yo empecé a tirar y a retorcer los dedos de uno de los guantes mientras seguía con la mirada a Viktor. No parecía llevar encima ningún trozo de vestigio. Los bolsillos parecían lisos, y en el chaleco dudaba que fuera a caberle alguno. Respiré hondo mientras Edward trataba de sacarle los colores a Emily con cumplidos cada vez más bochornosos. Lo hacía a propósito, por supuesto, para provocar en ella alguna reacción.

Me separé sin decir nada y me aproximé a una de las mesas para llevarme algo a la boca con la intención de dejarles algo de intimidad y para tratar de calmar mis nervios. Me coloqué bien el guante y paseé frente a las bandejas en busca de algo que me apeteciera. Choqué sin querer con alguien.

Charlotte.

Me mordí la lengua mientras maldecía por dentro.

—Mira por dónde vas, *Viktoria* —escupió.

Enderecé la espalda y fruncí el ceño.

—Mi nombre es Marshel.

Charlotte se inclinó sobre mí.

—¿Estás segura? —Sonrió—. Yo creo que te cambiaron el nombre en Hamburgo.

De pronto, levantó la cabeza y desapareció el color de sus mejillas.

—Buenas noches, doctor Frank —dijo precipitadamente una de las estudiantes que estaba a su lado.

Me di la vuelta y casi me estampé de lleno con el pecho de Viktor. Cuando alcé los ojos para mirarle a la cara, me encontré con la expresión austera que gobernaba siempre su expresión en las clases. Murmuró un «buenas noches» frío y me invitó a acompañarlo al otro lado del salón. Lo seguí con torpeza entre la gente hasta que alcanzamos un lugar reservado.

—Siempre se mete en problemas, señorita Allen —dijo, dejando en una mesa cercana la copa que tenía en la mano.

—Usted me acaba de meter en uno mucho más gordo, doctor Frank —me quejé, mirando hacia atrás. Charlotte parloteaba con su grupo mientras nos dirigía miradas fugaces. Volví a mirarlo a él—. ¿No estaba hablando con el profesor Duncan?

—Sí. Lo estaba. —Avanzó hasta situarse a mi lado. Por un momento creí que se marcharía, pero se detuvo en línea con mis pies. Estaba tan cerca que su brazo acariciaba el mío—. Espera cinco minutos y sígueme.

Después, se alejó. Lo contemplé con incertidumbre. Caminaba por el salón como si no hubieran salido esas palabras de sus labios: saludó a colegas, se demoró hablando con alguno, y, después, salió por las puertas sin mirar atrás.

Yo repasé la estancia a mi alrededor y reculé poco a poco hasta la pared. Por ella me moví, evitando los ojos del grupo de Charlotte, y me deslicé con seguridad entre la gente hasta alcanzar las mismas puertas por donde Viktor había salido.

Antes de proponerme siquiera buscarlo, una mano atrapó la mía y me arrastró con ella a la oscuridad del pasillo. La poca luz que nos alcanzaba del salón y del exterior me permitió ver la silueta de Viktor, que avanzaba con paso tranquilo hacia algún lugar concreto.

—¿Adónde vamos? —susurré.

Él aminoró el paso hasta igualar el mío.

—A la biblioteca.

Miré alrededor, al pasillo vacío sin iluminar y a las puertas que salpicaban las paredes, todas abovedadas y majestuosas, aunque en menor medida que las del salón.

—¿Has estado aquí antes?

—Sí.

—¿Te he dicho alguna vez que no me gustan tus monosílabos?

Viktor no respondió, pero sonrió. Abrió una puerta y me internó en la estancia en silencio. Cerró tras nosotros, dejándonos en una oscuridad casi absoluta. La única luz que entraba en la biblioteca era a través de los visillos de dos ventanas que daban a la parte de atrás de Somerset House, vagamente iluminada.

Los brazos de Viktor me rodearon por detrás. Apoyó la mandíbula en mi hombro y me besó la mejilla.

Me di la vuelta y llevé las manos a su nuca.

—¿Quiere bailar conmigo, señorita Allen? —dijo Viktor sobre mis labios.

La música del salón apenas era un susurro en la lejanía, llegaban notas sueltas, las más agudas, pero, de alguna forma, podía intuir el resto, a pesar de haber escuchado pocas veces las baladas que sonaban en los eventos sociales. No conocía los bailes y Viktor lo sabía. Por eso, cuando asentí suavemente, se limitó a acercarme a él y a rodearme la cintura. Empezó a balancearse.

—Podrías enseñarme los pasos —dije.

Viktor apoyó su frente sobre la mía.

—Tendremos tiempo para eso —susurró—. Toda la vida, Marshel, si así lo quieres.

Arrugué el ceño.

—¿Toda la vida?

Viktor besó la comisura de mi boca.

—Toda. —Sus labios me rozaron la nariz—. Te entregaré mi vida entera. —La mejilla—. Cuando todo esto termine. —La mandíbula—. Será tuya, Marshel, durante el tiempo que me reste.

Se me cortó el aliento. Me estaba ofreciendo...

—Tú... —murmuré con apenas un hilo de voz— ¿me quieres?

Viktor alejó sus labios de mi cuello y me miró fijamente a los ojos. Me acarició despacio, contemplando cada rincón de mi rostro poco a poco, casi regodeándose. Respiró profundamente antes de responder.

—Sí, Marshel —dijo con una seguridad que me caldeó el corazón.

Sonreí, casi reí. Salté entonces a sus brazos y lo besé con desesperación. Toda mi realidad, la suya, toda la oscuridad que nos envolvía, todo podía esperar y superarse. Si él sentía lo mismo que yo, me aceptaría. Viktor me aceptaría.

Envolví su cadera con las piernas y lo devoré con la boca. Viktor reaccionó al instante. Rodeados de un repentino calor asfixiante, en medio del choque de nuestras lenguas, me llevó contra una estantería y aprisionó mi cadera con la suya. Cuando se frotó contra

mí, una oleada de placer me sacudió de abajo arriba, una corriente que me tensó los músculos y me hizo apretarlo más contra mí. Viktor me agarró de la nuca y separó un momento sus labios de los míos.

—Marshel...

—No me digas que no es correcto.

Lo callé con un beso. Aferré su labio de abajo con los dientes y me froté contra él, buscando de nuevo aquella sensación. Ahí estaba, otra vez. Cada vez que deslizaba mi entrepierna por aquella dureza me sacudía el mismo placer. Más. Quería más.

Viktor llevó las manos a mis nalgas y detuvo el movimiento.

—Me vas a matar, Marshel —dijo, agitado—. Así no.

Se llevó una de las manos a la boca y se quitó el guante con los dientes, que lanzó al suelo sin cuidado. La colocó después sobre mi cintura y comenzó a descender por mi pierna. Se internó bajo la falda y, con una caricia tormentosa, repasó el interior de mi muslo hacia arriba, hasta alcanzar el mismo punto que hacía un minuto rozaban sus pantalones. Gemí ante el extraño tacto de sus dedos desnudos. Él llevó su boca a la mía para alimentarse del placer que exhalaba con cada caricia. Nuestras lenguas se perdieron la una en la otra, hasta que mis manos, sobre los hombros de Viktor, empezaron a crisparse ante el incremento de placer. Entonces él llevó su boca a mi cuello.

—Vamos, Marshel —susurró, deslizando los dedos en mi interior.

Y aquello fue suficiente para hacerme estallar. Mordí el hombro de Viktor para acallar mi grito cuando un intenso placer detonó en mi interior. Un espasmo hizo que me abrazara a él mientras la sensación recorría cada rincón de mi cuerpo, adueñándose de todos mis sentidos. Vi azules entre la oscuridad, olí rosas entre las hojas de los libros, escuché piares entre la pastosa melodía del salón, palpé terciopelo en la piel de Viktor y degusté el sabor más dulce en sus besos.

Mi cuerpo se convirtió en gelatina cuando la sensación cesó, pero él no me soltó. Me llevó a una mesa y me sentó en ella sin apartarme el rostro de su pecho, donde descansaba con una sonrisa de felicidad.

—Yo también te quiero —susurré.
Y, entonces, se escuchó el primer grito.

38

EL TERCER MONSTRUO DE VIKTOR FRANK



Las manos de Viktor me aprisionaron los brazos antes de volver la cabeza a la puerta. Yo sentía que aún me faltaba el aliento, así que me encontré incapaz de reaccionar ante la oleada de chillidos que empezaron a escucharse a lo lejos. Parpadeé y traté de levantarme.

—¿Qué está ocurriendo?

Viktor me miró y se agachó un poco para que lo mirase a los ojos.

—Quédate aquí —dijo—. ¿Me has entendido?

Yo traté de esquivar su silueta para mirar también la puerta. Viktor se interpuso en la trayectoria e insistió.

—Sí —terminé diciendo. Pero la imagen de Emily me despertó por completo del letargo e hizo que me levantara de la mesa al instante —. Em...

Viktor me recogió para sentarme de nuevo en la mesa.

—Yo la buscaré. —Se separó de mí y comenzó a alejarse—. Quédate aquí, Marshel.

Recogió el guante y abrió la puerta. Los gritos retumbaron entonces de forma aterradora. Me encogí en la silla y se me cortó la respiración. Ya había escuchado esa clase de gritos antes. Me levanté de la mesa y reculé hasta la pared cuando Viktor cerró de nuevo, completamente aterrada. Los recuerdos iban y venían a

medida que me aproximaba a una ventana. Dolor, desesperación, auxilio. La sala de operaciones resonaba en mi cabeza desde todas las esquinas. Toda la muerte que había contemplado aquella noche.

Retiré el visillo y miré el exterior, pero en la parte de atrás de Somerset House no sucedía nada. No. Todo estaba dentro.

Volví a mirar la puerta. Emily estaba en el salón. Viktor había asegurado que la encontraría. Pero ¿y si le pasaba algo a él, a ambos?

Hice ademán de aproximarme a la puerta, pero, entonces, una figura enorme salió de entre las sombras de las estanterías para perfilarse solo en parte con la luz de las ventanas.

—Quién iba a decir —su voz me paralizó por completo— que la debilidad del doctor terminaría siendo uno de nosotros. —Se rio—. Cuando me lo dijo el Segundo, no podía creerlo.

No se apreciaba su rostro ni apenas su aspecto, pero reconocí la voz al instante. Era el Tercer Monstruo de Viktor. No era el que más temía, puesto que ese papel se lo había apropiado el Primero desde el día uno, habiendo sido el que más vidas había quitado en la sala de operaciones y de las formas más horribles. Pero el Tercero... El Tercero era casi tan cruel como él.

—¿Qué haces aquí? —dije.

El monstruo dio un paso más hacia la luz, mostrando de su rostro todo lo que aquella penumbra le permitió. El Tercer Monstruo no era como los demás, sino que parecía más un prototipo de todos nosotros. A su cuerpo le faltaban piezas. Dos dedos en las manos, una oreja, cinco costillas. Pero lo que más destacaba era su mandíbula. La parte de abajo estaba cortada por la mitad y carecía por ello de toda una parte de la cara.

—Al Primero no le basta contigo.

—¿Qué?

—Quería averiguar qué era valioso para el doctor.

Su voz, rasposa, parecía capaz de ensuciarme. Cuando se acercó, me alejé.

—¿Y habéis decidido pasaros por aquí para eso?

El Tercer monstruo se llevó el reverso del dedo índice a su mandíbula para limpiarse un hilo de saliva. Si no hubiera sido por su

crueldad, me habría dado lástima ver su condición.

—Algo parecido, sí. —Otro paso. Se inclinó un poco hacia delante —. En los momentos de peligro, uno siempre protege a sus seres queridos. —Repasó mi figura con ojos hambrientos y sonrió con crueldad—. No se lo has dicho, ¿verdad? No sabe lo que eres.

—Cállate.

—Es sencillo vivir de una mentira cuando no tienes este aspecto.

—El aspecto no quita benevolencia. Habéis decidido vivir así porque habéis querido.

Dio otro paso al frente. Esta vez no me moví.

—Tienes el rostro de un ángel —siseó—, pero sigues siendo el Séptimo Monstruo de Viktor Frank. Eres una criatura artificial, sin padres y sin nombre. —Alargó la mano para atraparme la mandíbula. Me atrajo hacia él con un tirón brusco—. Y morirás siendo lo que eres: solo un cuerpo creado a partir de otro.

Llevé las manos a su brazo para intentar soltarme.

—No soy un monstruo —gimoteé mientras se me encharcaban los ojos.

—Tuviste la suerte de caer en las manos de un alquimista tan esmerado en el diseño como en la funcionalidad, igual que el Cuarto y el Primero. —Apretó más el agarre—. Eso es lo único que te diferencia. Pero —llevó la otra mano a mi espalda y hundió los dedos en mis cicatrices. Chillé y me revolví— si tu querido doctor se ocupara de ti igual que hizo con el Sexto, acabarías igual que él.

—¡Suéltame!

Me soltó la mandíbula para agarrarme el cuello.

—Me parece que no, pequeño monstruo. Porque yo estoy aquí por ti.

Me lanzó contra el suelo con fuerza, haciendo que me golpeara la cabeza con la pata de la mesa. El golpe me aturdió por un momento. Parpadeé y traté de no perderlo de vista. Su figura, borrosa, se movía hacia mí mientras sacaba algo parecido a una cuerda. Iba a llevarme con ellos. Quise incorporarme para huir, pero todo a mi alrededor empezó a dar vueltas en cuanto me moví. Me arrastré como pude hacia las estanterías y pataleé con fuerza cuando la mano del Tercero me agarró del tobillo.

No. No iban a sacarme de aquí. No me usarían contra Viktor.

—Revolverte solo va a retrasar lo inevitable —gruñó.

Yo pataleé de nuevo, y él me pasó la cuerda por los tobillos, que apretó hasta casi partírmelos. Y, entonces, cuando el nudo estaba casi cerrado, el forcejeo se detuvo de golpe. Después, el enorme cuerpo del Tercero cayó inerte al suelo, a mi lado, haciendo temblar la mesa y los libros de las estanterías más cercanas.

Me di la vuelta. Emily tenía el dedo en alto, como si acabara de dibujar un símbolo.

—Pensaba que serían más grandes —dijo.

Miré la espalda del Tercer Monstruo, donde había una sencilla X trazada con sangre. Un símbolo para dejar inconsciente a algo vivo. Se había empleado mucho antiguamente en la medicina, para las operaciones, pero no había tardado en abandonarse aquella práctica, puesto que era impredecible. Para dejar inconsciente a un paciente, se debía coger como tinta algo proveniente de un cuerpo dormido. Este se despertaría y entregaría su reciente inconsciencia al paciente. Normalmente, se había usado la baba de los neonatos. Pero no habían podido asegurar que el bebé llevara unos minutos o varias horas durmiendo, lo que haría que el paciente obtuviera un sueño de minutos u horas. Algunos se habían despertado en mitad de la operación.

—¿Me ayudas?

Ella se agachó para deshacerme de la cuerda sin dejar de mirar al monstruo.

—¿Quién es este?

Tiré del nudo.

—El Tercero. ¿De quién es esa sangre?

Emily se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo—. La situación es un caos en el salón. Alguien ha prendido fuego en varios lugares y todo está lleno de humo. Se están pisando unos a otros al huir, hay varias personas inconscientes en el suelo. Supuse que eran los monstruos, así que —me enseñó los dedos manchados— prefería prevenir al venir a buscarte.

Me quitó la cuerda de encima y me levantó por las axilas. Contemplamos al monstruo en silencio un minuto.

—¿Lo matamos? —preguntó Emily.

—No. No solucionaríamos nada. —La miré—. Viktor.

—Oh, sí. Está rastreando vestigios. Tenemos que irnos.

No lo dudé. La cogí de la mano y la arrastré fuera de la biblioteca. Ya tendría tiempo de explicarme más adelante, cuando Viktor me buscara por haber desobedecido su petición. Vería la estancia vacía y un monstruo en el suelo. Probablemente se desquiciaría. Pero para entonces yo ya estaría a salvo.

—Tienes sangre en el pelo —dijo Emily cuando nos detuvimos un momento en el pasillo, donde el humo ya comenzaba a serpentear por el techo, proveniente del salón. La entrada de Somerset House estaba inundada de gente tratando de salir de allí.

—¿Edward está bien? —le pregunté.

—El doctor Frank lo ha sacado del salón junto a otros alumnos. Quería ayudar, pero el doctor se ha negado con ese tono autoritario de profesor, y Edward ha decidido entonces ayudarme a mí.

La miré.

—¿Ayudarte cómo?

Emily me acercó al ventanal más próximo y apartó la cortina. Señaló un pequeño carro al otro lado de la plaza.

—Creía que iba a detenerme cuando le he dicho que iba a por ti, pero me ha dicho que entonces él iría a buscar un carro para llevarnos. —Saludó con la mano. Edward le devolvió el saludo—. Le queda bien el sombrero de cochero —añadió, confusa.

—Vamos.

Emily se internó entre la multitud antes que yo. Zigzagueó como una lagartija tan rápido que a punto estuve de perderla. Pero su mano se enredó con la mía antes de que su falda fuera absorbida por otra decena de ellas. Me sacó de aquella caótica huida con agilidad y le cedí el control completo de la situación mientras me giraba para echar un último vistazo a la enorme fachada del edificio. Me preocupó el bienestar de Viktor, pero sabía que los monstruos no iban a herirlo. No sin antes hacerlo sufrir. Así que me dejé guiar por Emily a través del frío de la noche, sin pensar en lo que dejaba atrás, mientras mi cabeza daba vueltas y vueltas a lo que acababa de suceder con el Tercer Monstruo.

—Me querían a mí, Emily —le dije sin dejar de correr, con el corazón en la garganta—. Quieren usarme contra él —insistí—. ¿Me estás oyendo?

Emily se detuvo antes de llegar al carro, a una distancia prudente, donde Edward no pudiera oírnos. Su pecho subía y bajaba tan rápido como el mío.

—No vas a decirle nada —dijo.

Me mordí el carrillo por dentro.

—Tiene que saberlo, Emily. Tiene derecho a saber quién soy. —Me pasé la mano por la cara para limpiarme sudor y lágrimas—. Me ha dicho que me quería. —Me quité los guantes y los arrojé al suelo con rabia—. Quiere a una mentira.

—No eres una mentira. Eres una persona buena y apasionada. Quiere a lo que conoce, Marshel, a lo que le has mostrado. Y esa persona es real.

—Tú no lo entiendes. No eres...

—¿Un monstruo? —Dio un paso al frente—. Yo iba a matar sin remordimientos ahí dentro. Te aseguro que lo habría hecho. Tú eres quien se ha apiadado de esa bestia que quería secuestrarte.

Parpadeé. El viento helado enfrió la humedad de mis mejillas. Emily se acercó y me dio un abrazo fuerte, pero apenas pude deleitarme en su calor. Fue demasiado fugaz. Cuando quise devolverle el abrazo, ella ya se me había escurrido como el agua entre las manos y había echado a correr de nuevo hacia el carro.

Edward la ayudó a subirse y, después, me ayudó a mí.

Cuando tomé asiento, volví a mirar el edificio. La gente seguía corriendo, los caballos se movían inquietos, y algunos carruajes habían echado a andar sin cochero. El baile del final del trimestre se había convertido en una pesadilla.

Miré al frente cuando Edward azuzó al caballo. Emily cogió su retículo del suelo del carro y se lo colocó sobre las piernas. Cuando lo abrió, encontré el interior a rebosar de bollos. Cogió uno y le dio un mordisco. Después, me tendió el retículo.

—¿Quieres?

—No.

Se encogió de hombros y siguió comiendo.

39

LA DECISIÓN DEL SUPREMO



Me acababa de poner el camisón cuando dos fuertes golpes en la puerta de casa hicieron que Emily y yo diéramos un respingo. El té de Emily se salió de la taza que se estaba llevando a los labios, algo que hizo que alzara una ceja.

—Ponte la manta. Se te ve la cicatriz —me dijo tranquilamente mientras se levantaba de la silla con la taza y se dirigía a la puerta.

La voz de Viktor habló entonces desde el otro lado.

—Marshel.

Cogí la manta precipitadamente. Emily abrió la puerta.

—Hola, doctor Frank —saludó antes de salir al rellano y sentarse en las escaleras.

—Señorita Abbott —respondió—, disculpe. Solo... —me miró— quería asegurarme de que estaba bien, señorita Allen.

Sus ojos me miraron con alivio cuando se aseguraron de que no tenía en mi cuerpo ninguna herida. El golpe en la cabeza había sido leve y Emily se había encargado de curarlo al llegar.

—Estoy bien —dije, envolviéndome con la manta hasta el cuello. Me acerqué y cerré la puerta, dejando a Emily fuera, que se limitó a soplar el té. Me abracé a él con fuerza—. Edward nos sacó de allí. Siento no haberme quedado en la biblioteca.

Colocó los labios sobre mi frente y me acarició el pelo con cuidado.

—No importa —dijo—. Estás bien.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro, Viktor?

Su cuerpo se tensó, su voz se oscureció.

—Ellos. —Se separó de mí y se dirigió a la ventana para mirar por ella—. Buscaban algo.

Empecé a mordisquearme la uña del pulgar. Abrí la boca para hablar, pero volví a cerrarla. Viktor se perdió por un momento en sus pensamientos y yo no me atreví a interrumpirle. Lo que fuera que estuviera meditando era lo suficientemente importante como para ensombrecer su mirada y retorcer su expresión hasta convertirla en aquella platina atormentada que había conocido tiempo atrás.

—Mañana llega Kraus —terminó diciendo simplemente. Después, miró la puerta—. Tengo que irme.

—Espera, ¿qué?

Lo cogí de la mano. Aquel gesto pareció despertarlo de alguna forma, como si hubiera estado todo ese tiempo en otro plano, uno lejano, oscuro y frío. Miró los dedos que envolvían su mano y se los llevó a los labios.

—Por Dios, Marshel, estás helada.

Agité la cabeza.

—¿Qué significa que viene Kraus? —pregunté—. ¿Tiene ya una respuesta del Supremo?

Viktor me frotó los brazos.

—Sí. Mañana te mandaré un carruaje para que venga a buscarte y te lleve a mi casa. Hablaremos los dos con él. —Miró su reloj de bolsillo. Después, de nuevo a mí—. Por favor, no salgas a la calle de noche.

Me besó los labios de forma fugaz y se dirigió a la puerta. Yo me envolví más en la manta mientras frotaba un pie contra el gemelo contrario y después el otro. Teníamos encendida la lumbre, pero el suelo seguía frío.

Viktor se detuvo antes de abrir y volvió a mirarme. Se acercó de nuevo.

—Lo que ha pasado en la biblioteca...

Se me encendieron las mejillas al recordar la caricia de sus dedos entre mis piernas. Las junté sin ser consciente y alcé un poco la manta para cubrirme parte de la cara.

—No me arrepiento —me apresuré a decir.

La comisura de los labios de Viktor se elevó un poco, espantando por un momento su preocupación. Se aproximó hasta que sus botas alcanzaron la punta de mis pies y recogió entre los dedos un mechón de mi cabello enmarañado.

—Cuando todo termine —susurró, mirándome a los ojos—, responderé por mis actos, Marshel.

Me besó la frente y entonces sí, se marchó. Le dedicó una inclinación de cabeza a Emily y desapareció escaleras abajo. Ella entró y cerró la puerta. Se acercó a la lumbre y se sentó en el suelo frente a ella con las piernas cruzadas mientras tarareaba una canción.

—¿Has escuchado todo? —le pregunté, acomodándome a su lado. El frío del suelo hizo que me recorriera un escalofrío hasta la nuca.

—Sí.

Me removí para que la manta se deslizara por mis hombros y cubriera el suelo por debajo de mis nalgas.

—¿Y qué opinas?

—Que sería muy poco caballeroso por su parte si no te pidiera matrimonio.

—¿Qué? No. Me refiero a... Espera, ¿crees que va a pedirme matrimonio?

Emily miró a la ventana.

—No ha vuelto a venir Prometeo. Le había dejado migas de bollo.

—Emily.

Me miró y parpadeó.

—Está mal visto en la sociedad que una pareja intime sin estar casada. Si tuvieras padre y se enterara, probablemente le retaría a un duelo por mancillarte.

—Los duelos son ilegales.

Emily se encogió de hombros.

—Dudo que a un padre le importe eso. —Se levantó del suelo y dejó la taza en la mesa—. Pero tú no tienes padre, ni yo tampoco.

Así que supongo que podemos hacer lo que nos plazca. —Se sentó al borde de su cama—. Sobre Kraus, serán malas noticias.

Dicho eso, se metió entre las sábanas y cerró los ojos.

La casa de Viktor se encontraba en Mayfair, en una de las zonas más sofisticadas del barrio. Había estado allí antes, cuando nos habíamos reunido con Edward para viajar a Surrey, pero apenas había tenido tiempo de empaparme de aquel lugar de Londres que parecía un mundo aparte.

Cuando bajé del carruaje, me sorprendió descubrir el silencio que en nuestras calles se llenaba con el ruido de los vendedores. En Mayfair, todo era discreto, ni siquiera el aire silbaba apenas, como si se adaptara al ambiente del barrio. Las aceras eran más anchas, y las casas, más cuidadas, parecían estar vestidas para asistir a una fiesta, con sus fachadas de ladrillo claro y sus puertas negras, flanqueadas por columnas y coronadas por aldabas doradas que relucían bajo la luz de aquel día despejado. En las ventanas asomaban cortinas blancas corridas a los lados, que recogían entre ellas imágenes de salones elegantes y estancias adornadas con cuadros y figuras exquisitas. Olía a flores.

La casa de Frank era un calco de todas las demás. La única diferencia eran sus cortinas grises echadas, como si quisiera ocultar el interior de ojos curiosos.

Anthony fue quien me abrió la puerta cuando la golpeé dos veces con la aldaba.

—Señorita Allen, es un gusto volver a verla. ¿Me permite la capa?

Sonreí.

—No sabía que usted también vendría. —Deshice el nudo del cuello y le entregué la prenda—. Gracias.

—Heinrich insistió —respondió con aburrimiento—. Le esperan en ese salón. Daré indicaciones a la señora Fisher para que le prepare una manzanilla con limón.

Asentí y miré alrededor antes de dirigirme a las puertas señaladas. Todo era sencillo, no había cuadros ni decoración, solo paredes cubiertas por un papel verde oscuro que absorbía la luz y la devolvía

con sobriedad. En el suelo, una alfombra gris cubría en parte el amplio vestíbulo, sin terminar de alcanzar las paredes ni el borde de las escaleras, que se alzaban a un lado de la entrada. Al otro, un gigantesco arco sin puertas daba paso a un enorme salón de techos altos abovedados y ventanales cubiertos por las cortinas que ya había visto en el exterior. Había una gran chimenea apagada al final, con dos sillones de gruesos brazos descansando frente a ella. No había un rincón de pared sin cubrir por una estantería. Todo eran libros, frascos, instrumentos de medición y cuadernos de cuero. El orden imperaba. Aquel salón era una imagen fiel de su señor.

Caminé sin poder apartar la mirada de allí y llamé distraída a las puertas que me había indicado Anthony.

—Pase, señorita Allen —dijo la voz de Viktor.

Abrí la puerta.

Lo primero que escuché fue el tictac de un reloj. Después, el repiqueteo de unos dedos aburridos sobre alguna superficie. Cuando entré a la estancia, descubrí que se trataba de un estudio. No era pequeño, pero tampoco tan grandioso como el salón contiguo. Compartían los dos, sin embargo, la simpleza y el orden. Papeles alineados, tinteros en una hilera perfecta, una pequeña vasija de mármol negro con tres plumas. Los estantes estaban también repletos de libros, pero había allí más material de alquimia que en el otro salón.

Kraus se encontraba de pie, entre un precioso reloj de pie y un estante bajo, donde tenía apoyada la mano. Viktor, por el contrario, se encontraba sentado frente al fuego de una chimenea más modesta que la primera, inclinado hacia delante, con los codos en las rodillas y las manos entrelazadas.

Cuando entré, los dos me miraron al unísono. Kraus se despegó de su rincón y Viktor se levantó de su asiento.

—Señorita Allen —me saludó el primero con una sincera sonrisa—, está usted más bonita que en Hamburgo.

Me tomó la mano y me besó los nudillos. Yo le devolví la sonrisa.

—Es un placer verle de nuevo, profesor Kraus.

Viktor carraspeó.

—Heinrich.

Kraus levantó las manos y me guiñó un ojo.

—Está bien —dijo—, vayamos a lo que importa. El Supremo ha dado el visto bueno a la investigación del Consejo —soltó sin preámbulos.

Miré a Viktor, que permaneció con gesto serio junto a la chimenea.

—¿Qué? —dije. Devolví la mirada a Kraus—. ¿Por qué?

—Oh, porque tienen una sospecha, y con eso basta.

Kraus me dirigió una mirada significativa. Recordaba lo que me había dicho en Hamburgo, que sería mejor confesarle la verdad a Viktor. Esto agravaba más la situación. Si el Consejo tenía el apoyo del Supremo, podrían molestarnos a Viktor y a mí las veces que fueran necesarias. Podrían descubrir quién era yo, si es que Viktor no lo descubría antes.

Tragué saliva.

—¿Van a...?

—¿Pasarse por Londres? —me interrumpió Viktor—. Sí. Probablemente.

Kraus paseó por la estancia hasta la ventana.

—Lo positivo es —dijo— que el Supremo ha limitado su actuación. No tienen permiso para hacerle daño, señorita Allen. —Abrió un poco la cortina y miró al exterior—. No disponen de una base sólida para afirmar que usted participó en el experimento de Frank, por lo que torturarla no resultaría un beneficio para nadie, según palabras textuales del Supremo. —Apartó la mirada de la calle y sonrió—. No tiene que temer por su salud física.

—¿Y qué hay del doctor Frank?

—Oh, dudo mucho que pudieran tocarlo ni aunque quisieran.

Miré a Viktor, que me contemplaba con fijeza. No le gustaba aquella situación, ni mucho menos. Aunque el Consejo no tuviera permiso para tocarme, sí podían inmiscuirse en mi vida, perseguirme y abrumarme con decenas de preguntas personales. Me dejé caer en la butaca que antes había ocupado Viktor. La manzanilla llegó en algún momento entre aquel ruidoso silencio. Anthony me la ofreció y me instó a beber.

—La calmará, señorita Allen —aseguró. Obedecí, con la mente llena de pensamientos alarmantes que, para mi sorpresa, con cada

sorbo, fueron tornándose menos graves. Me encontré dando de pronto respuesta a cada pregunta desesperada y vi salida a un pozo que antes solo se me presentaba cerrado.

Miré la taza y, después, alcé los ojos hacia Anthony.

—¿Qué es esto?

—Una manzanilla.

Kraus apoyó la mano en el hombro de Anthony.

—¿No se lo había dicho, señorita? —dijo con tono juguetón—. Tengo a un alquimista especializado en hierbas a mi servicio.

Anthony puso los ojos en blanco.

—Céntrate, Heinrich —dijo con hastío.

Viktor resopló.

—No dejaré que le molesten, señorita Allen —me aseguró—. Cuando el Consejo visita Londres, se aloja en Somerset House. Un conocido me avisará de su llegada, y usted y la señorita Abbott se mudarán aquí el tiempo que dure su visita.

Parpadeé.

—Pero eso es...

—Políticamente incorrecto —apuntó Kraus—. Pero ¿a quién demonios le importa eso? —Miró a Anthony y le dedicó una media sonrisa pícara. Él se la devolvió con la discreción que le caracterizaba.

—No sé si Emily estará dispuesta a venir aquí. —Miré a Kraus—. ¿No puedo hablar yo con el Supremo?

—Querida, me ha costado sudor y lágrimas disponer de cinco minutos con él. —Se quedó pensando—. Tal vez lágrimas no, pero sudor le aseguro que mucho. He tenido que hacer recados para varias personas y saldar alguna deuda.

Resoplé.

—Hablaré entonces con Emily. Pero dudo que le haga gracia a Edward.

Kraus miró a Viktor, confuso. Luego a mí.

—¿Edward...?

—Está cortejando a la señorita Abbott —dijo Viktor, casi al mismo tiempo que él preguntaba. Me dio la extraña sensación de que quería cortar su pregunta antes de que la concluyera.

Kraus asintió.

—Ya veo. —Sonrió—. Dudo bastante que le importe que su amiga venga a vivir precisamente a esta casa. —Hizo una pausa y, después, miró a Viktor—. Quiero decir, Frank le está cortejando a usted.

Casi me atraganté con la manzanilla. Viktor, sin embargo, se mostró impasible. Lo único que hizo fue dedicarle una mirada amarga a Kraus por el incómodo comentario. Vi de soslayo a Anthony darle un toque con el pie como reprimenda.

Yo dejé la taza en el escritorio al tiempo que Viktor me tendía la mano para ayudarme a levantar.

—La acompañaré a la salida, señorita Allen.

Acepté su mano y me dejé guiar. Antes de que cerrara la puerta, vi cómo Kraus besaba el ceño fruncido de Anthony de forma traviesa, haciendo que lo frunciera aún más.

—¿Puedo venir mañana? —pregunté—. Necesito hablar con el prof...

—No.

La mano de Viktor sobre mi espalda era sólida. No me permitió detenerme ni ralentizar el paso. Parecía que me estuviera echando.

—No soy un objeto —me quejé.

—No. Ahora mismo, eres una diana a la que están apuntando los integrantes del Consejo. —Se detuvo al llegar a la puerta y me miró —. Necesito que hables con la señorita Abbott cuanto antes, Marshel.

Una persona de servicio apareció entonces para entregarme mi capa. Viktor la instó a marcharse inmediatamente después con una sola mirada.

Me llevé la capa a los hombros.

—Y yo necesito hablar con el profesor Kraus —dije mientras me la anudaba al cuello.

—Le diré que te visite más tarde o mañana. Ahora, por favor, esto es importante.

Resoplé y llevé la mano a la puerta.

—Si no viene a verme —dije—, volveré a buscarlo. Díselo de mi parte.

Viktor asintió. No preguntó de qué quería hablar, no se inmiscuyó en mis asuntos. Respetó mi silencio y me despidió con una fugaz caricia en la mejilla.

Cuando estuve fuera, aproveché para respirar profundamente el aire limpio de Mayfair. El frío de diciembre parecía allí más pesado ante la escasez de viandantes, y aquello me despertó aún más los sentidos que la extraña manzanilla que me había servido Anthony. Necesitaba contarle a Kraus mi situación sobre el vestigio y sobre lo que pretendían hacer los monstruos conmigo. Además de Emily, Kraus era la única persona que conocía mi condición y, además, el único amigo de Viktor.

Me mordisqueé la uña del pulgar y me dirigí al carruaje que se había quedado esperándome fuera.

Empezaba a sentirme ahogada. El extenso recinto al aire libre en el que llevaba viviendo desde que me había librado de los monstruos había comenzado a estrecharse. Pronto el cercado me quemaría el bajo del vestido. Pero tenía que haber una salida. Una salida a la caza de Viktor, una salida al acecho de los monstruos, una salida a la amenaza del Consejo.

Me senté en el carruaje y me alisé la falda del vestido.

«Todo va a salir bien —me dije—, todo saldrá bien».

Me lo repetí, una y otra vez. Una y otra vez.

Pero cuando llegué a Russel Street, aún no me lo había creído.

40

ES HORA DE DEFENDERME



Hablé con Emily aquella tarde mientras paseábamos por los jardines de Lincoln’s Inn Fields. Ella canturreaba sin apartar la mirada de los árboles desnudos y los pájaros que los ocupaban. Sabía que estaba buscando a Prometeo, pero la última vez que lo había visto había sido tras el rastreo de Viktor, y dudaba que el ave se hubiera quedado en Londres tras ser descubierta. Emily no opinaba lo mismo, y por ello seguía buscándola.

—No tiene sentido que se haya ido —me había dicho.

Los jardines estaban vacíos a esas horas tardías y con aquel manto plomizo y bajo que ocultaba el cielo. Se había levantado niebla durante el mediodía que aún perduraba, lo suficientemente espesa como para ocultar en parte el sendero. Caminamos unos minutos en silencio, hasta que Emily respondió a lo que le había narrado.

—El doctor Frank cree que el Consejo me molestará a mí si no puede acceder a ti —dijo.

—Sí —dije, distraída, balanceando el retículo que tenía atado a la muñeca.

Cogió una ramita del suelo y empezó a partirla, teniendo cuidado en que cada trozo fuera de igual tamaño que el anterior.

—A Edward no le importará.

Cuando partió tres, dejó caer uno con cada paso y continuó.

—¿Cómo lo sabes?

Volvió a partir tres trozos.

—Allí solo vive el profesor Frank, y sabe que te está cortejando.

—¿Se lo has dicho?

—No. —Volvió a dejar caer los otros tres trozos en otros tres pasos —. Os marchasteis juntos del salón en Somerset House.

—¿Qué estás haciendo?

Ella parpadeó y miró la ramita.

—Contar.

—¿Contar qué?

Sin dejar de caminar, señaló el último trozo que había tirado.

—Cada paso que hemos dado mide dos pies —respondió, volviendo a partir la ramita en tres. Le sobró un trozo pequeño.

—¿Y qué?

Guardó silencio mientras dejaba caer los últimos tres trozos.

—He dejado caer nueve trozos en total, más otros seis pasos que hemos dado sin que dejara caer nada. Quince pasos, treinta pies. Hemos recorrido diez yardas desde que tiré el primer trozo al suelo. —Se llevó lo que quedaba de la ramita a la boca y empezó a mordisquearla—. Le llevamos ventaja.

Giré la cabeza y llevé los ojos al espesor de la niebla. Me pareció más densa y oscura. El viento sopló. Y la piel se me erizó.

—¿A quién? —susurré.

De pronto, escuché el crujido de uno de los trozos de ramita que Emily había tirado.

—A quienquiera que nos esté siguiendo.

Maldije por lo bajo y la agarré de la mano para salir corriendo. El resto de los trozos de ramita crujieron de golpe a la misma velocidad a la que habíamos echado a correr. Me conocía el jardín de memoria, por lo que no necesité ver más que las tres yardas que me permitía la niebla para moverme por los senderos.

—¿Por qué no dijiste que nos seguían? —gruñí con la respiración entrecortada.

Me levanté la falda igual que Emily para alargar las zancadas.

—No estaba segura al cien por cien.

Agité la cabeza. No faltaba mucho para llegar a la salida en Chancery Lane, pero hasta que no alcanzáramos la gran avenida Holborn, al norte, no estaríamos seguras. Chancery Lane estaba tan vacía como los jardines.

Emily y yo resbalamos por los adoquines al girar, pero no nos soltamos la mano. Tiramos la una de la otra hasta equilibrarnos de nuevo para seguir corriendo. Pero, de pronto, una figura se materializó frente a nosotras. Nos detuvimos en seco. La máscara de metal que ocultaba el rostro del presidente del Consejo relució, reflejando nuestra imagen distorsionada flanqueada por otros dos integrantes encapuchados.

—Señorita Allen —dijo el presidente.

Emily y yo miramos alrededor para confirmar que, en efecto, solo eran tres los que nos habían seguido. El de la derecha nos contemplaba bajo una máscara hecha a partir de huesos de algún animal y el de la izquierda tenía la máscara de porcelana gris que ya había contemplado una vez.

—¿Qué quieren?

—Respuestas.

Tragué saliva.

—Ya dije todo lo que tenía que decir en su momento.

—Creo que sabe más de lo que dijo.

Los tres dieron un paso hacia nosotras. Emily y yo nos juntamos más.

—Le pedimos amablemente que nos acompañe, señorita Allen —intervino el de la máscara de hueso.

—No creo que sea amable si nos están rodeando con amenaza —argumentó Emily con una objetividad axiomática.

—Cállate —susurré.

—Señorita Abbott, no se meta en asuntos que no le conciernen —dijo el tercero.

De pronto, el presidente se acercó veloz como si se deslizara por el suelo cual espectro en lugar de caminar y, con un solo dedo, trazó un símbolo fugaz y empujó hacia atrás a Emily, haciendo que desapareciera entre el aire como si nunca hubiera estado allí. El olor

a óxido de la sangre que había usado el presidente del Consejo para alejar a Emily de mi lado hizo que se me revolviera el estómago.

—Eso es ilegal —dije.

—No para mí. —Me atrapó la capa con la mano y me acercó hasta que vi reflejado mi rostro por completo en su máscara, mi cabello erizado, mi nariz roja por el frío y el aliento vaporoso que empañó el metal con cada respiración—. Pero sí para el doctor Frank. Ya la ha usado antes, y podría encarcelarle por ello.

—Suélteme.

—Acepte acompañarnos, señorita Allen.

Me revolví.

—¿Por qué no me arrastran con ustedes? Ya lo han hecho antes. —El presidente guardó silencio, pero su guante me atrapó la capa con más fuerza, casi con frustración. Abrí los ojos, sorprendida—. No tienen permiso del Supremo —comprendí, confusa—. No pueden obligarme a hacer nada que no quiera, ¿verdad?

De pronto, algo tiró de mí, una fuerza que me liberó del agarre del presidente y que, en tan solo un parpadeo, me posicionó tras otro cuerpo. Uno que conocía bien.

—Doctor Frank —siseó el presidente.

Emily debía de haberle avisado.

—La señorita Allen ha rechazado su invitación —dijo con una tranquila hostilidad—. No comprendo por qué continúan aquí.

Asomé medio cuerpo tras el gabán de Viktor para mirar al presidente. No podía contemplar su rostro, pero podía intuir el gesto de aversión.

—Hemos tenido una entrevista con Petrov —dijo. Yo me tensé. Viktor, sin embargo, no reaccionó—. ¿Para qué necesitaba un símbolo de localización, doctor?

—Había perdido mi reloj de bolsillo —respondió. La mentira era descarada, y todos allí lo sabíamos. Las palabras crisparon por ello al presidente, que dio un paso al frente con la clara intención de enfrentar a Viktor. Pero, en lugar de hacerlo, terminó desapareciendo de allí con una risa escalofriante, seguido de los otros dos.

Suspiré, aliviada. Viktor se dio la vuelta y me acunó la mejilla.

—¿Estás bien?

—Hmm... ¿no se suponía que te avisarían de su llegada?

—Han actuado antes de pisar el alojamiento. —Llevó la mano a mi espalda y me invitó a caminar. En lugar de dirigirnos hacia Holborn, empezamos a callejear hacia Russel Street. Supongo que evitaba dar así con ojos curiosos.

La niebla comenzó a disiparse poco a poco mientras el sol alcanzaba el horizonte. Había ya faroleros encendiendo el gas de los faroles cuando cruzamos Drury Lane.

—La señorita Abbott es creativa —me dijo antes de adentrarnos en Russel—. Me ha pedido que te avise de que tardará en abrirte la puerta. Al parecer le ha dado toda la velocidad de la que disponía a la paloma mensajera que me ha llevado la nota sobre tu localización y situación.

Me reí.

—Es una buena amiga.

Viktor se detuvo al llegar a mi puerta y alzó los ojos a la ventana de mi casa.

—Visitaré al Consejo mañana —dijo. Me miró—. Trataré de mantener una conversación civilizada para dejarte apartada de este tema de forma definitiva.

—¿Vas a entregarte? —pregunté con espanto.

—No. —Apoyó su frente en la mía—. Lo habría hecho, tiempo atrás, después de destruir a todos los monstruos que creé. Pero ahora —recogió mis mejillas y me besó—, ahora tengo algo por lo que vivir. Tengo esperanza e ilusión, Marshel. Quiero poder sentirte, besarte y amarte todos los días de mi vida.

—Viktor...

Me calló con otro beso. Demasiado fugaz. Pero que caldeó mi interior lleno de miedos. Miró alrededor y me abrió la puerta del edificio.

—Descansa, Marshel.

Suspiré y me interné en la penumbra del rellano. Viktor cerró la puerta y yo subí las escaleras sin mirar atrás bajo la poca luz que llegaba desde las lámparas.

Para mi sorpresa, encontré la casa abierta y a Kraus sentado cómodamente en una silla mientras vigilaba la vieja sartén que

reposaba sobre el brasero. Olía a patata y puerro quemado. Cuando cerré la puerta, encontré a Emily echada en la cama.

Kraus se levantó al verme.

—¿Qué está haciendo? —dije, apresurándome a ver la sartén. Me quité la capa y el retículo de mi muñeca y las dejé por el camino encima de mi cama.

—He venido a verla, señorita Allen —respondió con una sonrisa—. Viktor me dijo que quería hablar conmigo.

—¿Estaba cocinando?

—La señorita Abbott me ha dicho que tendría hambre. Verá —comentó mientras volvía a sentarse—, yo ya estaba aquí cuando su amiga se ha materializado como un fantasma. Me dijo que encendiera el fuego y me dio instrucciones para hacerle la cena.

Tomé un trapo para coger la sartén.

—Se supone que tiene que darle la vuelta para que se dore el pastel de patata por ambos lados. Y el puerro tendría que estar mezclado, no en el fondo.

—Su amiga no dijo nada de eso.

—Es de sentido común. —Resoplé y dejé la sartén sobre una tabla en la mesa. Tiré el trapo a la silla—. Tengo que contarle algo.

Kraus se levantó y sonrió.

—Soy todo oídos. —Me pasó el brazo por los hombros—. Demos una vuelta.

Empecé a hablar en cuanto salimos a la calle. El profesor guardó silencio y compostura mientras paseábamos por los alrededores de Covent Garden. Me permitió narrarle todo sin interrumpirme, y, cuando terminé, me encontré de pronto más ligera. Desahogarme con Kraus era diferente a hacerlo con Emily. Ella vería únicamente mi beneficio. Kraus optaría por lo mejor para ambos, inclinando quizá más la balanza hacia su amigo, algo que encontré más satisfactorio.

—Ciertamente, está usted en serios problemas, señorita Allen. Demasiadas flechas apuntándola —dijo. Me mordí el labio y retorcí las asas de mi retículo—. Si no la descubre uno, la descubrirá otro o pondrá en peligro la vida de Frank.

—No quiero ponerle en peligro.

—Lo sé. —Me miró—. Siento decirle esto, pero mantengo lo que le aconsejé en Hamburgo. Ya no solo por la mentira, sino por la amenaza. Debe avisar a Frank. —Dirigió la mirada al cielo. Las nubes de aquella tarde se habían despejado en parte—. ¿Sabe? Usted me recuerda a mí y a mi insensatez. Llevo sintiendo verdadero afecto por Anthony desde hace años, y no me atreví a confesarle mis sentimientos hasta hace dos, por miedo. Miedo a perderlo y miedo a que me denunciara. Pero más aún, me aterrorizaba por encima de todo que me correspondiera, puesto que pondría en peligro su vida por mí. —Me miró y sonrió—. La ley de Sodomía es un fastidio, ¿no cree? ¿Qué le importa al mundo si dos hombres se aman? ¿Realmente merecemos morir por ello?

—Lo siento mucho.

Agitó la mano.

—Oh, no se preocupe. Anthony y yo vivimos en paz. Lo que quiero decir es que la decisión no es suya, sino de Frank. Usted debe sincerarse. Él es quien debe decidir estar a su lado, a pesar de la amenaza de los monstruos y de que el Consejo la descubra y, por consiguiente, a él. ¿Entiende?

—Sí.

De pronto, se detuvo. Habíamos llegado a St. Martin’s Lane, una calle amplia y luminosa. Pensé por un momento que se había cansado de caminar y que deseaba regresar, pero sus ojos me dijeron otra cosa. Miraban alrededor con recelo, como si hubiera oído o visto algo que yo no era capaz de apreciar.

—¿Profesor?

—Frank me ha dicho que ha estado practicando defensa —susurró. Me llevé la mano al colgante de Emily de forma inconsciente—. No se preocupe por mí. Preocúpese por usted. ¿Me ha entendido?

—¿Qué...?

Entonces, tres monstruos salieron a nuestro encuentro.

41

ME DUELE EL CORAZÓN



El Segundo, el Tercero y el Cuarto. Cualquiera que hubiera visto la imagen que Kraus y yo teníamos en ese momento frente a nosotros, habría creído que un hombre común había formado una pareja de heridos de guerra para asaltar caminos. El hombre común, por supuesto, habría sido el Cuarto Monstruo de Viktor. No había nada en él diferente a un humano corriente. Nada visible, al menos. Sabía que una cicatriz rodeaba su torso bajo la ropa, igual que a mí, como si su cuerpo hubiera estado partido en dos una vez. Habían unido la parte de arriba de un cuerpo y la parte de debajo de otro, ambas similares en cuanto a complexión. Habían hecho un trabajo tan impecable como conmigo.

—Frank debería haber escogido mejor a alguno de sus alquimistas —dijo Kraus, comparando los aspectos de unos monstruos y otros, incluyéndome a mí—. No me extraña que estén enfadados.

—No están enfadados por su aspecto.

Kraus alzó una ceja con una pregunta silenciosa. Los monstruos no le permitieron hablar.

—Es hora de que vuelvas con nosotros, pequeña —dijo el Segundo.

No nos dio tiempo a responder.

Los tres se lanzaron a por nosotros, decididos a matar al profesor y a llevarme a mí. Recordé las palabras de Kraus, que me centrara en mí y no en él. Pero sabía que a mí no iban a hacerme daño aún. Así que llevé la mano al colgante y, antes de que pudiera alcanzarme el Tercero, tracé el símbolo de defensa alrededor de Kraus. Después, el impacto del monstruo en mi torso me cortó la respiración.

Caí al suelo con un fuerte golpe y me revolví bajo los brazos del Tercero. Dirigí una mirada fugaz a Kraus para asegurarme de que estaba bien. El Cuarto estaba tratando de golpearlo, pero Kraus se defendía bien, casi pareciera que había participado en peleas en algún momento de su vida. Mi protección le había servido para sacar ventaja.

—Lamentarás habernos traicionado —rugió el Segundo por encima de mi cabeza.

Me agarró de las axilas mientras el Tercero me cogía por los pies. Pataleé y golpeé su cabeza con el zapato, haciéndolo sangrar y consiguiendo que me liberara los tobillos. Me impulsé en el suelo para empujar al Segundo, que cayó a los adoquines conmigo encima. El Tercero se repuso para golpearme con fuerza la mejilla con el dorso de la mano, aturdiéndome. La visión se emborronó y solo vi puntitos negros. Otro golpe en la mejilla opuesta casi me dejó inconsciente. Parpadeé, tratando de aclararme la vista. Y, entonces, empecé a sentirlo; la primera punzada en la parte baja de la espalda.

Me doblé hacia atrás y cerré con fuerza los ojos.

«No. No».

La voz de Kraus sonó lejana cuando habló. Decía mi nombre.

Otra punzada. Y, después, las garras. Sentí unos brazos tratar de recogerme del suelo con suavidad mientras aquellas manos afiladas e intangibles se internaban alrededor de mi columna vertebral y la aprisionaban con fuerza, sesgando músculos y tendones. Sentí cómo empezaban a tirar, como si quisieran arrancarme cada vertebra del cuerpo.

Chillé.

—Marshel. ¿Qué está ocurriendo?

Abrí los ojos como pude, y descubrí que todos los monstruos estábamos sufriendo la misma tortura. Nos retorcíamos en el suelo como gusanos, tratando de liberarnos de un dolor impuesto.

Kraus repitió mi nombre, una vez y otra.

—En... el... retículo —dije apenas sin voz. Volví a chillar cuando otro tirón pareció abrirme la piel.

Kraus se precipitó a coger el pequeño bolso y a rebuscar en él. Comprendió que lo que quería era el frasco que se hallaba en el interior, así que lo recogió y me alzó la cabeza para que pudiera beber.

Con un trago bastó, las garras parecieron retirarse, y sentí la piel, músculos y tendones recuperarse, como si nada hubiera pasado. Mi cuerpo se relajó y el dolor cesó. Me llevé el elixir al pecho y lo apreté con fuerza contra mí. Tragué saliva antes de hablar entre los rugidos de sufrimiento que aún emitían los otros monstruos.

—Por esto —dije—, por esto están enfadados.

Kraus miró a su alrededor. Y los ojos que antes contemplaban a los monstruos con aversión lo hicieron ahora con lástima.

—¿Lo sabe Frank?

—No.

Kraus suspiró y me ayudó a levantarme del suelo antes de que los monstruos se recuperaran y decidieran volver a atacarnos, me dio la mano y echamos a correr.

—Vamos, hay que tratar esos golpes —dijo. Sentí entonces varios hilos de sangre recorrer partes de mi rostro. Me pasé el dorso de los dedos por ellos para limpiarme y me dejé guiar por Kraus.

—No quiero que Emily se despierte y me vea así —dije—. No puede moverse y se frustrará.

Kraus asintió.

—Te llevaré a casa de Frank —dijo, tomando dirección a Drury Lane, donde aguardaba su carruaje—. Entraremos por la puerta de servicio.

La casa de Viktor, por la noche, parecía fantasmal. No se escuchaba siquiera el silbido del viento adentrándose por los rincones de alguna

ventana, ni el tictac de ningún reloj, ni el crepitar de ninguna chimenea. Todo era silencio, a excepción de nuestros pasos, que se adentraron con cuidado hasta la cocina.

Kraus había prendido una lámpara de gas antes de entrar, iluminado por la luz de un farol del exterior. Ahora, dentro de la cocina, todo era oscuridad, a excepción de aquella llama que parpadeaba entre los cristales tiznados.

Me senté en un taburete mientras Kraus buscaba un trapo. Las sombras que proyectaba la lámpara se movían, como si los objetos estuvieran vivos. Pronto me sentí mareada y decidí mirar al suelo. Sentí a Kraus moverse torpemente entre los muebles.

—¿Dónde tiene el servicio...?

La puerta de la cocina se abrió, haciendo que Kraus y yo enderezáramos la espalda con espanto. Se trataba de Anthony, que aún estaba ataviado con la ropa de mayordomo y absolutamente lúcido.

—Heinrich. —Nos miró a uno y a otro y cerró tras él—. ¿Puedo saber qué estás buscando?

Kraus suspiró con alivio y le tomó de la mano para prácticamente arrastrarlo hasta mí.

—Digamos que hemos tenido un pequeño problema. Necesito limpiarle las heridas.

Anthony se inclinó sobre mí para estudiar mi estado. Después, miró a Kraus, tratando de encontrar en él un daño parecido. Alzó una ceja casi con decepción antes de dirigirse con seguridad a un armario.

—¿Por qué tú estás ileso? —preguntó mientras sacaba una botella de aguardiente.

Kraus sonrió.

—Habrías preferido que estuviera en peores condiciones que ella, ¿verdad? —Se frotó el mentón mientras lo miraba moverse por la cocina como si llevara allí toda la vida—. En ocasiones eres sumamente cruel.

Anthony ignoró su provocación.

—Solo me pregunto por qué has usado «hemos tenido», en lugar de «ha tenido» —dijo con tranquilidad, cogiendo un paño de varios

apilados en otro armario bajo—. Por lo que veo, el único problema lo tiene ella.

Kraus apoyó el codo en la mesa y dejó reposar el cuerpo. Pero enseguida rectificó la postura, como si se hubiera quemado.

—¿Hay algo que pueda hacer? —dijo.

Anthony dirigió la mirada a Kraus ante su brusco movimiento y detuvo el avance del paño empapado en aguardiente que se dirigía a mi mejilla. Clavó los ojos en el costado de Kraus, que se limitó a parpadear.

—¿Qué?

Anthony suspiró con cansancio y le dio la espalda.

—Quítate la camisa —dijo mientras me colocaba el paño en la primera herida. Yo arrugué la nariz ante el fuerte olor y el escozor.

—¿No crees que no es momento para eso? —se burló Kraus.

—Quítate la camisa, Heinrich.

El aludido terminó resoplando y obedeciendo.

—Solo es un golpe.

El golpe en cuestión había coloreado de un morado intenso la mayor parte del costado izquierdo de Kraus. Tenía una pinta terrible. Anthony debió de ver en ello más gravedad incluso que yo porque soltó de golpe el paño y abandonó mi cura para dirigirse con prisa a un armario lleno de todo tipo de hierbajos.

—Avive la lumbre, señorita Allen. Ya.

Me levanté del taburete y corrí a la chimenea. El servicio parecía tener costumbre de enterrar las brasas en ceniza para conservar el calor, así que solo tuve que apartar la ceniza con una pala y usar un fuelle para hacer brillar de nuevo las brasas. Cogí de una cesta unas virutas secas y las eché para encender una pequeña llama.

Anthony apareció a mi lado para colocar en el brazo de hierro de la chimenea una cacerola con poca agua y algunas hierbas que había ido aplastando. Milenrama, ortiga blanca y toronjil.

—Acelere el proceso. Que hierva ya el agua.

Obedecí, usando el símbolo apropiado. Cuando miré el interior de la cacerola, descubrí que había otro símbolo trazado con sangre en la superficie del agua. Miré a Anthony, que había regresado con Kraus para obligarlo a sentarse.

—Tienes una hemorragia interna, Heinrich —dijo con una voz tranquila que en absoluto casaba con la precipitación de sus acciones—. ¿Crees que puedes estarte quieto y callado durante cinco minutos?

Kraus se limitó a asentir. Descubrí entonces que había palidecido y que sus movimientos se habían vuelto erráticos.

—¿Cómo está la mezcla, señorita Allen? —me preguntó sin apartar la mirada de Kraus—. No cierres los ojos —le dijo.

—Estoy cansado —se quejó.

—El agua se ha evaporado —respondí al mismo tiempo—. Está pastosa.

—Traiga la cacer...

Kraus se desplomó. Cayó al suelo como un saco, casi arrastrando a Anthony, que trató de sujetarlo antes de que impactara duramente contra las baldosas. Quedó de rodillas a su lado, con Kraus completamente inerte.

Me llevé la mano a la boca. Por un momento, creí que había muerto, pero Anthony me insistió para que le acercara la mezcla y advertí que el pecho de Kraus seguía subiendo y bajando. Cogí un bol y eché la pasta de hierbas sin importarme quemarme los dedos, inundando la cocina de un aroma terroso. Anthony le untó todo aquello sobre el costado y los alrededores y aguardó.

—Vamos —murmuró, impaciente.

Pero Kraus no reaccionó. Su pecho empezó a moverse con mayor lentitud. Los segundos entre una inhalación y otra se ensancharon cada vez más. El tiempo se volvió difuso. Me empezaron a temblar las manos y a palpitar los ojos ante la falta de parpadeo, incapaz de apartar la mirada de aquel pecho que aún mostraba vida.

Anthony colocó la mano en su mejilla pálida.

—Vamos —repitió una y otra vez—. Vamos. Vamos. —Miró la mezcla untada en su costado y la extendió más. Ante la falta de reacción, terminó apoyando con rabia la frente en la del profesor—. Vamos, cabrón egoísta —susurró—. Despierta.

Era la primera vez que escuchaba a Anthony hablar así y perder los papeles. Mis ojos se encharcaron. Todo aquello era mi culpa. Me

levanté, trastabillando con el taburete, sin apartar la mirada del pecho de Kraus, que finalmente había dejado de moverse.

Me limpié la cara y los ojos. Mi codo dio con el mango de un cuchillo. No lo pensé, no pensé nada cuando lo cogí, casi sin ser consciente, y me aproximé de nuevo.

Yo no tendría que estar en este mundo. Pero Kraus... Kraus se merecía vivir.

«Una vida por una muerte».

Todo estaba a punto de terminar de una forma o de otra para mí. ¿Por qué no hacer un último sacrificio? ¿Por qué no irme feliz de un lugar que ya me había dado más de lo que hubiera imaginado?

Me llevé la hoja del cuchillo al vientre.

Pero, antes de que pudiera hundirla, Anthony me vio. Se levantó corriendo y me detuvo, arrancándome el cuchillo de las manos.

—No. No. No. Aún hay tiempo. —Me revolví mientras sus brazos me rodeaban para tratar de controlarme—. Puedo hacerlo. —Sollocé —. Déjeme hacerlo.

Mis piernas cedieron y Anthony me abrazó en el suelo.

—Está bien, señorita Allen —susurró con la voz partida—. No es su culpa. Esto no es su culpa, ¿me ha entendido?

Agité la cabeza y me llevé las manos al pecho. Me dolía. Sentía el corazón retorcerse de dolor.

—No quiero que se vaya, Anthony.

—Yo tampoco.

Hundí el rostro en su pecho y lloré.

Y, entonces, de pronto, el silencio se rompió.

—¿Me has... llamado... cabrón egoísta?

42

¿EL AMOR ES SUFICIENTE?



Anthony y yo nos giramos al mismo tiempo. Kraus estaba tocando la pasta de hierbas con cara de asco. Sus ojos estaban rojos y su piel aún se mostraba pálida, pero el hematoma del costado se había suavizado bajo aquella capa verde y marrón que se deslizaba hacia abajo con la fuerza de la gravedad. Estaba apoyado sobre un codo, aún echado en el suelo.

Anthony respiró hondo y me soltó para acercarse a Kraus. Creí que lo abrazaría y besaría, pero se limitó a darle un tortazo en la mano y a tumbarlo de nuevo en el suelo para que el ungüento no se moviera.

—Te dije que te estuvieras quieto.

Kraus dibujó una sonrisa torcida y alzó la mano para acariciarle el ceño.

—Me has llamado cabrón en mi lecho de muerte. —Se dio un golpecito en la boca con el dedo índice—. Merezco una disculpa.

Anthony relajó su expresión. Le acarició el pelo y le dio un beso en los labios antes de levantarse.

—Voy a atender a la señorita Allen. —Le dirigió una mirada reprensiva—. No te muevas. Deja que se terminen de cerrar las heridas internas.

Kraus encogió un hombro. Yo me atreví a dar un paso.

—¿Profesor? —dije, sorbiendo por la nariz.

—Señorita Allen, no me diga que ha llorado por mí, por favor.

Parpadeé y me pasé la mano por la cara.

—No... no respiraba.

Kraus sonrió.

—Qué le puedo decir, mi cuerpo adora el drama. —Me tendió una mano—. Vamos, deme un abrazo. Yo también la he echado de menos.

—Has estado inconsciente cinco minutos —murmuró Anthony con aburrimiento mientras aguardaba con el paño húmedo en aguardiente a que yo lo contentara.

Me arrodillé y lo abracé.

Y, entonces, la puerta de la cocina se abrió. Anthony, Kraus y yo nos limitamos a mirar a Viktor sin movernos. La estampa que vio debió de aturdirle por un momento, porque no dijo ni hizo nada mientras sus ojos saltaban de unos a otros varias veces. La imagen, sin duda, debía de resultar confusa: Kraus y yo, medio abrazados en el suelo, él con el torso desnudo y un hematoma a medio curar, yo con el rostro probablemente lleno de lágrimas mezcladas con sangre. Anthony, con una botella de aguardiente en la mano y un paño en la otra. La lumbre encendida y la estancia con olor a ortiga.

Viktor se apretó el tabique nasal y cerró los ojos.

—¿Me puede explicar alguien qué narices está pasando?

Se encontraba vestido con unos pantalones anchos y una camisa por fuera con varios botones del cuello desabrochados. No se había acostado aún.

Me levanté y me alisé el vestido.

—Yo... yo puedo explicarlo.

Viktor se acercó a mí y me alzó el mentón para estudiar mi rostro. Con un simple movimiento de la mano, pidió a Anthony el paño húmedo. Él se lo entregó.

—¿Quién te ha hecho esto, Marshel? —me preguntó, alejándose de las formalidades, mientras me limpiaba la cara con cuidado. Guiñé un ojo cuando pasó el aguardiente por la herida del pómulo.

—Unos hombretones muy grandes y muy desfigurados —respondió Kraus por mí.

Sentí la mano de Viktor tensarse bajo mi barbilla. Su mirada se oscureció y su mandíbula se endureció. Casi me encogí ante el despliegue de odio que, de alguna forma, estaba dirigido también a mí.

—¿Cuándo? —dijo.

Yo tragué saliva.

—Hace una hora —respondí, y, tras un eterno momento de duda, añadí—: Tengo que contarte algo.

Miré a Kraus, que me devolvió la mirada de forma inexpresiva. Supuse que iba a apoyarme, dijera lo que dijera. Así que me insté valor y miré a Viktor a los ojos. Sus pupilas se dilataron mientras detenía por un momento el paño en mi mejilla. Me colocó un mechón detrás de la oreja y, entonces, me dispuse a hablar.

—Se han enterado de que la señorita Allen es tu punto débil, Frank —me interrumpió Kraus—. Se disponían a llevársela.

Me quedé con la boca abierta y la voz cortada. Lo miré, confusa. Él me sonrió mientras trataba de ponerse en pie con ayuda de Anthony, que se acercó al comprender sus intenciones. Se quedó apoyado en la mesa mientras Viktor atendía a la narración de lo sucedido en St. Martin's Lane. Yo no escuché nada. Lo único que pensé fue que Kraus me había detenido. No había querido que le dijera la verdad a Viktor. ¿Por qué? Dos veces habíamos hablado de ello y las dos veces me había animado a contárselo. Y ahora que me proponía hacerlo...

—Tienen una fuerza inhumana —concluyó Kraus, llevándose la mano al costado.

Viktor respiró hondo.

—Anthony, por favor, acompaña a Marshel al dormitorio de invitados. Esta noche dormirá aquí.

—¿Qué? No. No puedo quedarme —me negué—. Tengo que volver con Emily.

Viktor colocó la mano en mi brazo.

—Te facilitaré un carruaje para que puedas salir mañana temprano a tu casa —me dijo—, pero esta noche no permitiré que te expongas

más. —Miró a Kraus—. Voy a salir. Quédate con ella.

—¿Adónde vas? —me apresuré a cubrir la salida de la cocina.

—A buscarlos. Si han estado en St. Martin's Lane, no pueden andar lejos.

Me apartó con cuidado y salió de la estancia, dejando un extraño vacío en mi pecho que no tardó en llenarse de inquietud. Me giré bruscamente para mirar a Kraus y lo señalé con el dedo.

—Usted. Me ha interrumpido, profesor.

Él se encogió de hombros.

—No creo que fuese el momento adecuado de mantener esa conversación —dijo—. Y, además... —dudó—, es la primera vez que veo a Frank demostrar tanta aversión por algo. No...

—No quería que me mirara igual.

Sonrió.

—No. La verdad es que no me apetecía en absoluto ser testigo de eso, no.

Me froté los ojos con cansancio.

—Eso es lo que usted piensa entonces. Piensa que me rechazará por ser...

Anthony carraspeó. Recordé entonces que no estábamos solos. Cuando lo miré, sin embargo, no mostró ni confusión ni curiosidad.

—No sabe nada —me aseguró Kraus con un largo bostezo—. Aunque ponga esa cara inexpresiva de ser conocedor de todo. —Sonrió—. Le aseguro que no le he contado nuestro secreto.

Anthony puso los ojos en blanco.

—No es difícil intuirlo después de su diálogo. —Abrió la puerta—. La acompaño, señorita Allen.

Asentí. Me despedí de Kraus con un breve movimiento de mano, y salí de la cocina guiada por Anthony.

Pensé que la casa por la noche sería todo oscuridad, pero me sorprendió ver varios candelabros de pared prendidos. Anthony no se molestó en coger ninguna lámpara, así que supuse que todo el camino hasta el dormitorio estaría iluminado. No me equivoqué.

Cuando llegamos a la habitación, en el piso superior, sin embargo, encontré en el interior un entorno diferente. Al abrir, el dormitorio exhaló un aire helado e inhóspito. La poca luz que se adentraba

entre las sombras provenía del pasillo y apenas permitía ver una cama, una cómoda y una chimenea apagada. Anthony me pidió que aguardara un momento mientras se internaba en aquella estancia fría. Alcanzó un candelero con una vela sin consumir que reposaba sobre la chimenea y la prendió con una de las llamas que iluminaba el pasillo.

—Pediré que le traigan un calentador para caldear las sábanas y que no pase frío durante la noche —me dijo—. Acomódese.

Me tendió el candelero con la vela y se alejó por el pasillo en dirección a las escaleras. Yo me quedé un momento bajo el marco de la puerta, sin atreverme a traspasarlo. No sabía si era prudente quedarme. Si Viktor iba a tratar de rastrear a los monstruos con trozos de sus vestigios, sería capaz de llegar hasta mí.

Un escalofrío me recorrió la espalda, haciendo temblar el candelero.

Entré, insegura, y me dirigí a la cama, donde me senté, a la espera de que llegara alguien. Una mujer de servicio no tardó en aparecer con el calentador. Me pidió permiso para entrar y permiso para colocar las brasas bajo las sábanas. Después, me deseó buenas noches y cerró la puerta.

Dejé el candelero sobre la chimenea y me froté los brazos, que terminé cubriendo con la manta que yacía a los pies de la cama.

Después, volví a sentarme al borde y aguardé.

Cuando llamaron a la puerta, aún no había amanecido, pero ya se empezaba a intuir un cielo más claro tras la pesada cortina gris. El negro había dado paso a un azul aún demasiado oscuro que, con la vela a punto de consumirse, no tardaría en dejar la estancia en penumbra.

Me levanté de golpe cuando Viktor abrió sin que le hubiera permitido aún el paso.

Creí que iba a hacerme frente, que me había descubierto finalmente, pero sus ojos cansados y aliviados al verme me transmitieron paz y seguridad. Cerró tras él y se acercó para

acunarme la mejilla y estudiar mis heridas, que acarició despacio con los dedos.

Entrecerré los ojos por el escozor.

—Perdón. ¿Te he hecho daño?

Negué con la cabeza y lo miré a los ojos.

—¿Qué ha ocurrido?

Él resopló. Parecía agotado.

—No he podido rastrearlos. No llevaba conmigo el instrumental; lo dejé en el laboratorio. Creí que podría encontrarlos si aún estaban por los alrededores, pero no he logrado dar con ellos. —Apoyó su frente sobre la mía—. Lo siento tanto, Marshel. Jamás quise colocarte en esta situación. Si esas criaturas saben lo que siento... —Su cuerpo se tensó y sus palabras se cerraron con rabia. Se alejó de mí para mirarme con determinación—. No permitiré que te toquen. Acabaré con esto hoy. No peligrarás ni un solo día más.

Lo acaricié, suavizando así su expresión.

—Está bien —susurré.

Él volvió a mirar mis heridas y, con cuidado, una a una, las fue besando hasta llegar a mis labios. Fue apenas un roce antes de abrir la boca y acariciarme con suavidad con la lengua. Entreabrí los labios y me acerqué, dejando caer la manta, hasta que mi cuerpo encajó con el suyo. Y si las veces anteriores nos había devorado la prisa y la desesperación por alimentarnos el uno del otro, en esta ocasión la atención de Viktor fue lenta y cuidada, como si yo fuera una pieza frágil de porcelana.

Me dejé guiar por sus dedos precisos y suaves sobre mi piel. De mi mejilla, descendieron por mis brazos y atraparon con dulzura mi cintura. El beso se convirtió en un susurro. El aliento que antes bañaba el mío recorrió mi cuello, mi clavícula y el centro de mi pecho. Su mano derecha ascendió desde mi cintura hasta el lazo que descansaba bajo mi busto, que repasó con sus dedos, haciéndome temblar.

—¿Puedo? —preguntó con voz ronca.

Asentí despacio. Y su mano, poco a poco, se deslizó con suavidad entre mis pechos para descansar después sobre uno de ellos. El contacto de la palma de su mano hizo que se endureciera. Gemí

cuando la movió en círculos mientras sus labios regresaban a los míos.

—Detenme, Marshel, si no quieres que siga —susurró sobre ellos.

No lo detuve.

Él tomó aquel silencio como una invitación y, con cuidado, empezó a caminar hacia delante para echarme sobre la cama con suavidad. Colocado sobre mí, me contempló mientras me acariciaba la mejilla.

—Eres preciosa —dijo antes de besarme.

Llevé las manos a su cabello para hundirlas en él. Y, después, descendí por su cuello hacia su nuez, más abajo, hasta que mis dedos dieron con el vello que sobresalía por encima de su camisa desabotonada. Terminé de desabrocharla para quitársela y acceder a su pecho. Repasé cada borde de sus músculos con adoración, el abdomen, las dos líneas marcadas que me guiaban hacia sus pantalones y la dureza que empujaba mi cadera bajo ellos.

Viktor llevó una mano a mi falda para levantarla con suavidad y acariciar mi muslo, por el exterior y, después, por el interior. Cuando alcanzó el lugar entre mis piernas, le desabroché el cinturón. Eché la cabeza hacia atrás ante la primera ola de placer. Sus dedos se abrieron hueco y se internaron en mí. Gemí y, entre una claridad y otra, fui capaz de desabrocharle por completo los pantalones. Introduje las manos bajo ellos y acaricié sus nalgas, su cadera.

Los labios de Viktor se abrieron sobre los míos para exhalar cuando alcancé por fin la dureza que tanto me intrigaba. Había nacido con conocimiento de la anatomía humana, pero jamás había sentido ni visto la de un hombre corriente, y no había comprendido su utilidad hasta aquel momento. El conocimiento de una mujer sobre estos actos era limitado. Pero Viktor parecía dispuesto a que comprendiera cada detalle de ellos.

Terminó de bajarse los pantalones hasta liberar por completo su erección y me miró con aquellos ojos marrones que decían infinidad de cosas. Retiró los dedos de mí y me abrió las piernas. Yo aparté las manos y me aferré a sus brazos.

No fue necesario que dijera nada. Alcé la cadera y lo atraje hacia mí. Viktor colocó su antebrazo junto a mi cabeza y sus labios sobre los míos mientras se hundía poco a poco entre mis piernas. Le mordí

el labio cuando se internó por completo en mí. Se quedó allí un instante hasta que la tensión de mi cuerpo desapareció.

—¿Te duele, Marshel?

Dibujé una sonrisa bajo su aliento.

—No.

Y, entonces, Viktor se movió. Me llenó por dentro y por fuera, de placer y de caricias. Se deslizó en mi interior una y otra vez, hasta que empecé a sentir una corriente más intensa. Viktor se detuvo un momento y, después, continuó. Más rápido. Su cuerpo se tensó sobre el mío al mismo tiempo que la corriente se transformaba en un estallido de placer. Gemí con fuerza y mis manos se sostuvieron en su espalda. Viktor exhaló en mi cuello mi nombre mientras un espasmo terminó por dejarme los músculos débiles y la mente emborronada.

El cansancio se apoderó de mí. No recuerdo lo que dije, solo las manos dulces de Viktor acariciando mi cabello y besando mi frente. Después, me quedé plácidamente dormida.

Cuando desperté, Viktor no estaba. Yo me encontraba arropada, libre de zapatos, y la luz del día ya iluminaba por completo el dormitorio. Me froté los ojos para despejarme y rememoré con una sonrisa cada instante de la noche mientras me estiraba y buscaba las fuerzas para levantarme de la cama. Estaba hambrienta, y eso fue suficiente para arrastrarme al borde.

Me quedé un momento sentada y me acaricié los labios, que aún sentía calientes. Viktor me había hecho el amor. Me había cuidado. Me quería. Y aquella mañana, por primera vez, me sentí valiente y decidida. Iba a decírselo. Porque el amor sería suficiente para aceptarme, y estaba tan segura de aquello como de que el sol saldría igual al día siguiente y por el resto de mi vida.

Salí del dormitorio descalza, con las botas en la mano, y recorrí la moqueta del pasillo hacia las escaleras, en busca de Viktor. Pero fue a Kraus a quien encontré en el comedor, almorzando.

Se levantó al verme.

—Señorita Allen, ha dormido usted mucho —dijo. Anthony se encontraba de pie junto a una mujer del servicio, a disposición de su señor—. ¿Quiere comer algo?

—¿Dónde se encuentra el doctor Frank?

—Ha salido temprano al laboratorio.

Asentí.

—Necesito... necesito ir a hablar con él. —Miré a Kraus—. Voy a hablar con él.

Él comprendió el significado de mis palabras.

—Deje entonces que la acompañe.

—No. Esto tengo que hacerlo sola, profesor. —Respiré hondo—. Necesito un carruaje.

Un cochero estuvo a mi disposición a los pocos minutos. Cogí mi capa y mi retículo y subí los estribos con ayuda de Kraus, que me deseó toda la suerte del mundo.

Sería mentira si dijera que los nervios no me abrumaron durante el trayecto a la Golstadt. Sentí náuseas, y la seguridad que me había invadido al despertar titiló como la llama de una vela. Pero no se apagó. En ningún momento. Apreté el retículo con fuerza y retorcí la tela. Todo iba a terminar. Enfrentaría con él el peligro de los monstruos y la amenaza del Consejo. Lo protegería, por encima de mi vida si fuera necesario.

Cuando el carruaje se detuvo a las puertas de la escuela, salté sin esperar a que el cochero dispusiera los estribos, y traspasé el rellano casi corriendo hasta el laboratorio. Ni siquiera llamé.

Encontré a Viktor frente a una mesa de ensayo, con las manos apoyadas en el borde, observando el líquido rosado de una pipeta. Cuando entré, levantó la vista. Y toda la seguridad que sentía se esfumó como si una brisa helada la hubiera apagado de golpe.

Sus ojos me miraron con una oscuridad aterradora. Su mandíbula, tensa, parecía sostener decenas de palabras afiladas. Me encogí. Y, cuando al fin habló, en su voz no existió más que frialdad.

—¿Sabes? —dijo, sacando del bolsillo de su chaleco un frasco que conocía bien—. Por un momento, casi confié. Cuando quise sacar tus cosas de la cocina para dejarlas en el dormitorio y vi esto en tu retículo, casi lo dejé pasar. —El frasco del elixir brilló con la luz que

entraba de la ventana. Mis manos notaron por primera vez su ausencia en el bolso, que apretaban con pánico—. Pero el olor que emanaba del frasco me resultó familiar. Así que opté por venir aquí y salir de dudas. —Sus ojos brillaron con desprecio—. Mi sorpresa fue mayúscula cuando descubrí un ingrediente en particular.

—Viktor...

—Sangre seca —me interrumpió—. La misma sangre que dio vida a mis monstruos.

—Por favor, deja que te explique...

Abrió un cajón y sacó de él un trozo de mi vestigio. Se me cortó la respiración.

—Solo se creó una hembra. —Miró un momento el pedazo. Y, después, a mí. No dudó cuando usó el trozo de vestigio para revelarlo.

Tanto él como yo lo vimos. De mi espalda emanó una luz oscura que fue tomando forma desde mi piel hasta el techo. Primero salieron las patas, que se alargaron como tendones necrosados y frágiles, y luego se unieron unas a otras hasta formar aquella criatura espantosa que se retorcía entre una neblina.

Viktor lanzó el trozo de vestigio contra la pared, haciendo que se rompiera y desapareciera al momento la evidencia del monstruo.

Di un respingo y reculé hacia atrás.

Viktor me miró con los ojos inexpresivos.

—No sé qué me repugna más —dijo con voz afilada—, si mi ceguera o tu engaño.

Una lágrima descendió por mi mejilla. Quise hablar, pero, entonces, sentí en mi cuello el pinchazo de una jeringa. La misma jeringa que una vez había desintegrado el cuerpo del Sexto Monstruo. Me llevé la mano al cuello en un torpe intento de evitar lo inevitable, pero el líquido ya se había adentrado en mi piel y en mis venas.

—Lo siento mucho, Marshel —dijo la voz de Edward en mi oído.

Mi cuerpo falló y yo caí.

Lo último que pensé antes de desvanecerme fue en lo equivocada que estaba.

El amor no había sido suficiente.

43

EL SÉPTIMO MONSTRUO DE VIKTOR FRANK



El suelo estaba frío y húmedo, y una corriente proveniente de algún lugar agitaba mi cabello, haciéndome cosquillas en el cuello. Abrí los ojos con esfuerzo, confusa.

Me encontraba en una estancia oscura y gris, con las paredes y el suelo de piedra desnuda. Lo único que había allí, aparte de mí, era un orinal de loza, medio tapado con una tela arrugada. Una pequeña rendija rectangular, muy cerca del techo, permitía el paso de la luz y del aire, que traía consigo un familiar aroma a rosas. Una puerta de hierro con una pequeña abertura se hallaba cerrada al otro lado de aquella rendija. No necesitaba levantarme y tirar de ella para saber que estaba encerrada.

Me llevé la mano al cuello, al pinchazo. No me habían inyectado la fórmula de Viktor, sino un sedante.

—¿Marshel? —dijo la voz de Edward al otro lado.

Me arrastré hacia atrás por inercia hasta una esquina y me abracé las piernas. No respondí. No comprendía nada y no estaba segura de querer comprender. Agité la cabeza. No quise pensar ni sentir. Y por ello, traté de cerrar mi mente a todo recuerdo. Pero Edward insistió. Se asomó a la abertura de la puerta y me habló de nuevo.

—Marshel. —Tragó saliva. Yo alcé los ojos y me limpié la cara, que sentía llena de una suciedad pegajosa—. Siento... siento todo esto. —Miró la estancia con evidente malestar. Suspiró—. Viktor es mi hermano.

Me incorporé un poco.

—¿Her... mano?

Edward se frotó la frente.

—Es complicado —respondió. Dudó—. Cuando nuestra madre enfermó, Viktor se obsesionó con la vida y la muerte. Me miraba siempre con miedo a perderme, y terminó cometiendo la peor de las estupideces. —Respiró hondo—. Viktor estaba allí aquella noche, la noche de la masacre. Él fue quien os dio vida, Marshel, y quien escuchó el primer grito en la sala de operaciones. Quiso entrar, pero uno de vosotros había atrancado la puerta. Cuando terminó dándose por vencido por la vía corriente, usó su sangre y la alquimia para moverse con el viento y entrar por el ventanal del techo. Pero ya era tarde. Vio la masacre que habíais hecho y trató de perseguiros para mataros. Pero jamás os alcanzó. Cuando atacasteis a Kraus, empezó a sospechar que tratabais de vengaros de él hiriéndolo con pérdidas. Decidió sacarme de su vida para evitar que fueran a por mí, y se alejó de sus amistades y de todo lo conocido, se hundió en su propia oscuridad, y se convirtió en una persona atormentada y lejana.

Cerré los ojos con cansancio y apoyé la cabeza en la pared.

—Yo jamás maté a nadie, Edward —suspiré y me limpié con rabia una lágrima de la mejilla—. Jamás quise herir a nadie.

—Te creo. —Dejó caer la frente en el borde de la abertura—. Reviviste a mi hermano, Marshel. Lo sacaste de aquel pozo. Eso es lo único que hiciste.

Agité la cabeza.

—Eso ya no importa. —Lo miré sin separarme de la pared, agotada y aún somnolienta—. Ahora lo único que desea es matarme.

—Marshel, si Viktor quisiera eso, ya estarías muerta —respondió —. Él solo me previno por si ibas a la escuela. Me dijo que podías ser peligrosa, que si aparecías, te sedara. —Se frotó la frente de nuevo —. Trataré de hablar con él para que entre en razón y te saque de aquí. No mereces... —Resopló—. No mereces estar aquí.

Y, después, se marchó.

Yo clavé la mirada en la rendija que daba al exterior y volví a dejarme caer al suelo para hacerme un ovillo. El aroma a rosas era revelador. Me encontraba sin duda en Rosewood Manor, tan lejos de casa, de Emily, de Kraus. Lloré en silencio. El recuerdo de la mirada de repulsión de Viktor hizo que me encogiera. Los ojos que me habían contemplado la noche anterior con adoración ya no existían. Viktor Frank había vuelto a hundirse en aquel pozo. Quizá creería que aquella había sido mi venganza, que mientras los demás trataban de arrebatarle a sus seres queridos, yo había preferido ser más cruel. Me detestaba, le asqueaba. ¿Qué iba a hacer conmigo?

Me froté los brazos.

Y lo sentí, igual que la noche anterior. Otra vez el familiar comienzo del dolor. Y en aquella ocasión no tenía conmigo ningún elixir. Tal vez lo merecía. Tal vez merecía sufrir por mis mentiras. Apreté los labios para no gritar y me doblé hacia delante ante el primer latigazo. Sentí la piel rasgarse y las costillas astillarse. En lugar de fuera, el dolor pareció llegar esta vez de dentro, impulsado por mi propio corazón. Me sostuve en la pared mientras las lágrimas inundaban mis ojos, el fuego me quemaba los órganos y las garras arañaban y desgarraban mi espalda para retorcer mi columna vertebral.

Clavé las uñas en la piedra y grité en silencio con cada rotura de hueso.

La última vez que me había golpeado el dolor sin el elixir había durado una hora. Esta vez, el dolor me había arrebatado el aliento durante más de dos. Cuando hubo terminado, vomité en una esquina y me volví a arrinconar en la otra, abrazada a mis piernas encogidas.

El día había dado paso a la noche y el frío se había vuelto más afilado. La oscuridad era casi absoluta.

Me tumbé con la espalda pegada a la pared y traté de taparme cada rincón de piel con el vestido. Permanecí allí con las manos arropadas con mi aliento, hecha un ovillo, hasta que un ruido hizo

que me sentara. Un delicioso olor a estofado hizo que me rugieran las tripas. Me levanté con ayuda de la pared y me acerqué a la puerta. Una triste sonrisa de Edward me saludó desde la abertura.

—Te he traído algo de comer. Debes de estar hambrienta.

Sorbí por la nariz y alcancé el cuenco que me dio a través del hueco. Las manos se me calentaron al instante.

—También te he traído una manta.

La dejó colgada en la abertura. Yo sonreí mientras me limpiaba una lágrima. Volví a sorber por la nariz y cogí también la gruesa tela de lana para cubrirme los hombros. Me llevé una cucharada de estofado a los labios.

—¿Sabes dónde se esconden, Marshel? —me preguntó.

Negué con la cabeza mientras empezaba a comer.

—Solo... aparecen. —Tragué y lo miré—. ¿Emily ha preguntado por mí? ¿Ha ido a buscarme?

Edward se pasó la mano por el pelo.

—Sí —suspiró—. Ha ido a casa de Viktor. —Sonrió sin fuerzas—. Me ha pedido ayuda para buscarte. Dice que no se fía de él. —Volvió a suspirar—. No la culpo; la excusa de mi hermano para todo el mundo es que nunca llegaste al laboratorio y que no te ha visto desde ayer. Ni siquiera finge estar preocupado por encontrarte. —Apoyó la espalda en la pared del pasillo y continuó hablando con cansancio—. El profesor Kraus me ha acorralado esta tarde, ya que es incapaz de sonsacarle nada a Viktor. Me ha asegurado que sabía lo que ibas a hablar con él y me ha exigido que le diga dónde estás y qué te ha hecho. —Agitó la cabeza—. Me ha faltado muy poco para confesárselo —dijo, y apretó la mandíbula—, pero mi hermano siempre sabe en qué momento aparecer. Prácticamente, ha echado al profesor de su casa. Ha dicho que ya es hora de que regrese a Hamburgo.

Tragué saliva.

—¿El profesor se ha ido?

Edward negó con la cabeza.

—No —dijo—. Le dio un puñetazo a Viktor como respuesta.

Dejé la cuchara en el cuenco.

—¿Kraus... le ha pegado?

—Y ni siquiera se ha defendido, Marshel. Creo que sabe que esto está mal. Pero está confuso. No sabe cómo gestionar la situación. —Agachó la cabeza y miró hacia un lado del pasillo—. Tengo que irme.

Lo vi alejarse en silencio y, cuando desapareció escaleras arriba, reculé hasta la pared y me senté en el mismo rincón. Me terminé el estofado y me hice un ovillo de nuevo, dejando el cuenco a un lado.

Me desperté al sentir la presencia de alguien. Cuando alcé los ojos, vi a Viktor contemplándome a través de la abertura de la puerta. Su mirada continuaba tan inexpresiva como en el laboratorio, pero era incapaz de discernir si se trataba de una máscara o si realmente se había perdido de nuevo en la oscuridad.

Me senté despacio y me alisé el vestido, esperando que dijera algo.

Viktor tenía un hombro apoyado en la puerta. La luz de la lámpara que llevaba con él dibujaba sombras en su rostro llano. Tenía un hematoma en el pómulo derecho, muy cerca del ojo.

Miró la rendija que ventilaba el lugar y guardó silencio un momento antes de hablar.

—Te quería de verdad —susurró—. Te llegué a querer de verdad.

Se me encharcaron los ojos. Que usara el pasado hizo que me ardiera el pecho de dolor. Me miró, sin mostrar nada. Ni rencor, ni tristeza, ni odio. Nada.

—¿De eso se trataba? —dijo—. ¿De romperme el corazón? —Se acercó un poco más—. He perdido algo que ni siquiera existía.

Negué con la cabeza y sollocé.

—Sí existía...

—¿Por qué tanto odio? —me interrumpió—. ¿Por qué tantas ansias de venganza? Los matasteis. A todos.

—Yo no...

—¿Por qué? —insistió con severidad, interrumpiéndome.

Me mordí el labio y ahogué un sollozo.

—Por el dolor —musité, levantándome con esfuerzo tras tanto tiempo encogida. La inexpresión de Viktor cambió, y en sus ojos vi intriga, lo que me animó a continuar—. El dolor que nos transmitiste

al darnos vida. —Me pasé las manos por el pelo para despejarme la cara—. El mismo dolor que sufría tu madre. Cada una de nuestras cicatrices es un tormento.

Viktor parpadeó y bajó la mirada hacia la luz de la lámpara. Se quedó allí, pensando. Sus labios pronunciaron la palabra dolor sin voz.

—Yo no quise venganza —susurré—. Viktor, yo nunca quise hacerte daño. Por favor, créeme. El frasco que encontraste... El elixir...

Se apartó de la puerta. Me di cuenta entonces de que mi mano se había colocado por voluntad propia sobre la suya. Me la llevé al pecho y reculé.

—No me vuelvas a tocar —dijo.

Llevé las manos a la manta para retorcer los bordes y asentí.

—Solo quiero... Solo escúchame.

Pero los ojos de Viktor se oscurecieron de nuevo. Y supe que sus oídos ya estaban sellados. No escucharía nada, no creería nada. Se aproximó a la puerta, sin embargo, una última vez.

—Dame una razón —dijo— para liberarte después de todo el daño que has causado. Una sola razón.

Me abracé y sollocé.

—Sigo siendo yo —musité—. Sigo siendo Marshel.

Viktor me miró con aversión.

—No —dijo con odio—. Eres mi Séptimo Monstruo. El que nunca debí crear.

Y, sin decir nada más, me dio la espalda y se marchó.

Yo me dejé caer al suelo y hundí el rostro en las manos. Y lloré. Lloré hasta que no me quedaron más lágrimas que derramar.

44

UNA LUZ EN LA OSCURIDAD



Pasaron tres días. Tres días donde nada cambió. Edward venía, me traía algo de comida, me hablaba sobre la desesperación de Kraus, la terquedad de su hermano, y sobre lo difícil que resultaba evitar a Emily para no tener que hacer frente a sus preguntas. Después, se marchaba más alicaído aún que cuando había llegado.

En todos ellos me dieron ataques de dolor, y en cada uno traté de sufrir en silencio. El tercero, sin embargo, fue tan violento que no pude evitar gritar. Recuerdo que Edward apareció con el rostro desencajado y que abrió la puerta torpemente, cayéndosele las llaves dos veces. Me estrechó entre los brazos y soportó mi sufrimiento en silencio. Comprendí que Viktor le había hablado de nuestra conversación, aunque, por sus palabras, entendí que ninguno de los dos me había creído hasta entonces.

—Decías la verdad —susurró cuando el dolor cesó—. Marshel...

Me arrastré como pude hasta la manta para ovillarme de nuevo en silencio, limpiándome la nariz y las mejillas. Edward apretó la mandíbula.

—Se acabó. Te voy a sacar de aquí. Vamos.

Se acercó a mí y trató de levantarme por las axilas, pero, entonces, un ruido detuvo su movimiento. Por un momento, pensé

que se trataría de Viktor. Hasta que escuché los pasos pesados de más de un par de botas. Se me tensó el cuerpo de los pies a la cabeza. Edward terminó de levantarme y me colocó tras él. Era casi tan alto como su hermano, y más que alguno de los monstruos. Pero todos ellos le ganaban en envergadura. Así que cuando se colocaron frente a la puerta abierta, supe que, se propusieran lo que se propusieran, iban a salirse con la suya.

—Edward —susurré—. Apártate.

Pero él no se movió. El Cuarto Monstruo se abrió paso entre los otros dos y dibujó una sonrisa cruel, casi diabólica.

—Es hora de acabar con esto, criatura —me dijo.

Edward se irguió en toda su altura y lo encaró.

—No vais a tocarla. —Sacó un revólver de la parte de atrás de su cinturón, que había estado oculto por su frac, y le apuntó a la cabeza—. Fuera de mi casa.

Nunca había escuchado a Edward hablar con ese tono firme y amenazante. Por primera vez, vi en él un parecido casi evidente a Viktor. El mismo porte, los mismos pómulos, el mismo mentón. Su mano no tembló cuando echó hacia atrás el martillo.

El Cuarto Monstruo amplió su sonrisa y aproximó su rostro a la boca del cañón.

—No tienes valor, chico.

Edward disparó a la pared, haciendo que los otros monstruos dieran un paso atrás, y volvió a apuntarle a la cabeza. El impacto resquebrajó la piedra y liberó una capa de polvo que ensució sus botas. El Cuarto dudó un momento. Después, con una velocidad imposible, golpeó la mano de Edward, haciendo que soltara el arma, y lo agarró del brazo con fuerza. Temí que fuera a rompérselo, así que me lancé a por el monstruo para arrancarle los ojos si hacía falta.

Entonces, el resto de las criaturas actuaron. Me cogieron en volandas mientras yo gritaba y pataleaba.

—¡Suéltalo! ¡Suéltalo! ¡Él no ha hecho nada!

Edward le pegó un puñetazo en la cara que pareció dolerle más a él que al Cuarto. Terminó estampado contra la pared, con el

monstruo aferrándolo del cuello de la camisa. Por mucho que luchó, Edward fue incapaz de liberarse de su fuerza.

—Quiero que le des un mensaje al doctor Frank —le gruñó. Edward tensó la mandíbula, frustrado, con los brazos paralizados bajo el agarre del monstruo—: vamos a matarla, de forma lenta, sangrienta, dolorosa. Vamos a desgarrar su cuerpo como si fuera carne muerta. —Ladeó la cabeza—. A menos que quiera ser testigo de su muerte, le esperaremos hasta la medianoche donde todo comenzó. Si viene, prometemos que la muerte de su Séptimo Monstruo será rápida, y la suya también. Si no, repartiremos los restos de su cuerpo —me señaló— por todo Londres. No habrá una esquina que Viktor Frank pueda mirar sin ver sangre, tendones, músculos, vísceras y huesos.

Edward se puso pálido. Me miró y, después, al Cuarto. Asintió una vez, de forma casi imperceptible. Después, el monstruo le dio un golpe y lo dejó inconsciente.

Contraje el gesto al ver el cuerpo inerte de Edward en el suelo.

—Sois unos ilusos si creéis que así conseguiréis vengaros de Viktor —dije, agotada, apresada entre los brazos del Tercer Monstruo—. Me odia. Le repugno tanto como vosotros.

El Cuarto Monstruo me pellizcó la mejilla. Lo hizo tan fuerte que por poco me arranca la piel.

—Eso ya lo veremos, criatura.

Me llevaron con ellos.

Descubrí, mientras salía sobre el hombro del Tercero, que la cárcel en la que había estado metida se encontraba en el sótano de la casa. Había una puerta que daba directamente al exterior, tan oscura y húmeda por dentro como el pasillo y los escalones que acabábamos de subir.

Me planteé, mientras caminaban por el jardín hacia el exterior de la parcela, pisando y arrasando los rosales sin cuidado, si merecía la pena tratar de escapar.

Estaba cansada de huir, de todos y de todo. Los monstruos no dejarían de tratar de atraparme para herir a Viktor, y el Consejo no cesaría en su búsqueda de la verdad para castigarlo. Yo era todo lo que estaba mal en la vida del doctor Frank, todo lo que hacía

peligrar su paz. Si desaparecía, tarde o temprano Viktor sería capaz de acabar con ellos. Y no habría ya ningún cabo suelto que llevara al Consejo a meterlo en prisión por su crimen. Mi muerte era su liberación. Y yo estaba cansada de seguir existiendo, presa de una vida que ya no podría disfrutar.

Lo único que lamentaba era no poder volver a ver a Emily. Y que me mataran con crueldad. Aunque quizá, acostumbrada al dolor de aquellos últimos días, lo más probable era que ni siquiera sufriera.

Llegamos a unos caballos que tenían atados a los troncos de varios árboles que salpicaban los alrededores de la parcela. El Tercero me subió en el que ocuparía él. Me colocó delante y alzó un pie como buenamente pudo para meterlo en el estribo. Su cuerpo deformado le impedía moverse con agilidad, pero parecía ya acostumbrado a su condición. No tardó por ello en acomodarse en la silla. Cuando el Cuarto lo liberó, agarró las riendas y espoleó al animal.

Sentí el aliento del monstruo en mi nuca todo el trayecto. Su torso deformado casi me obligaba a inclinarme hacia delante, y, como no estaba acostumbrada a montar a caballo, el galope me hería los muslos. El trayecto fue un tormento.

Estaba ya anocheciendo cuando al fin vimos aparecer la casa a lo lejos. La lluvia había empezado a caer fuerte y constante, y una tormenta eléctrica parecía aproximarse por el este, haciendo que me recorriera un escalofrío por la espalda. El miedo hizo que me encogiera al rememorar la noche de nuestro nacimiento. Parecía estar reviviéndolo. Cuando atendí al paso de los caballos, cada vez más lentos, comprendí que no era la única que me sentía así. Aquellos monstruos sentían tanta fobia como yo a la escena que teníamos delante. Intuí entonces que la idea de regresar para terminar allí con todo había sido del Primer Monstruo. No me apetecía en absoluto reencontrarme con él.

Tragué saliva y di un respingo ante la repentina luz de un relámpago. El trueno sonó aún lejano.

Detuvieron los caballos en la explanada que precedía a la casa y desmontamos sin importar dónde acabaran los animales. El Tercero me rodeó el brazo con la mano y tiró de mí con una fuerza tan

desmedida que por poco me dislocó el hombro. Emití un quejido breve, pero me mantuve en silencio mientras me apartaba el pelo empapado de la cara.

La casa estaba diferente. La media puerta de entrada que hacía días aún se mantenía en pie ya no estaba. Faltaba un trozo de pared, que permitía el paso a los monstruos con facilidad. El pasillo se había abierto. El corredor estrecho ahora carecía de paredes sólidas, cuyos restos se hallaban tirados por el suelo. Podía ver desde la entrada la sala de operaciones y la estancia que había permanecido cerrada durante tanto tiempo. Un lugar pequeño que lo único que albergaba de interés era una palanca desencajada de su posición, que colgaba inservible, balanceándose con el fuerte viento que se adentraba desde todos los rincones.

Y, en el centro de la sala, bajo un techo medio hundido, se hallaba el Primero.

Me tiraron al suelo encharcado, a los pies de las escaleras que me separaban de él. Varios trozos de cristal que habían caído del ventanal del techo me rasgaron las manos al caer, tiñendo el agua estancada de sangre. Me las llevé al vientre mientras, poco a poco, alzaba los ojos hacia el Primer Monstruo que había despertado en aquella misma sala hacía casi tres años. Tuve que entrecerrarlos debido a la lluvia.

Su mirada, inyectada en sangre, se colocó a mi altura cuando bajó los escalones e hincó una rodilla en el suelo para observarme. Su rostro era perfecto. Quienquiera que hubiera sido el alquimista que lo diseñó, se había tomado tiempo y deleitado en su creación, mucho más que en la mía, mucho más que en la del Cuarto. El Primero no tenía ni un defecto. Con una piel suave y barba fina, unos músculos definidos y estilizados, una altura destacable, y unas capacidades físicas asombrosas, el ser que se hallaba ante mí podría haberlo tenido todo. Sus cicatrices se encontraban en los costados, casi invisibles. No parecía una creación humana, sino divina.

Sonrió.

—Bienvenida a casa, pequeña. —Su voz reverberó en las paredes, bajó el ruido de la lluvia.

Se me erizó el vello de la nuca.

—No vas a conseguir nada, William.

Pasó su dedo por mi mejilla.

—Ya... —Se quedó pensativo—. Me han dicho que el doctor se ha portado mal contigo. —Suspiró—. Un largo encierro. —Negó con la cabeza con desaprobación—. Y luego dicen que somos nosotros los monstruos. —Chasqueó la lengua y ladeó la cabeza. Después, sacó una afilada daga de un costado de su cinturón. Llevaba puesta una camisa y unos pantalones amplios y, aun así, parecía todo un aristócrata—. No me gusta que traten mal a los míos —continuó, pasando la yema del dedo por el filo. Un hilo de sangre brotó de la piel—, es como si me estuvieran insultando a mí. —Se señaló el pecho con la punta de la daga—. Solo yo —alzó la mano con velocidad para atraparme el pelo por la nuca y llevarme hasta él con un tirón. Me incliné hacia delante con brusquedad y volví a apoyar las manos en el suelo. Un cristal me atravesó la piel cerca del pulgar — puedo meterme con los míos. —Trazó con la daga una línea fugaz en el lado izquierdo de mi cuello, abriéndome la piel. Yo chillé—. Con los traidores. —Volvió a trazar otra línea, esta vez en mi hombro, rasgándome una manga del vestido, que se empapó de sangre. Apreté los labios mientras una lágrima descendía por mi mejilla, mezclándose con las gotas de lluvia—. Tranquila, criatura. No vas a morir. Aún no.

Me empujó hacia atrás, haciendo que cayera con violencia. Me llevé la mano al cuello y reculé para apartarme de él. La herida era superficial, igual que la del hombro.

—A pesar de todo —dijo, poniéndose de nuevo en pie—, el amor sana las heridas del corazón.

—No vendrá —le aseguré con rabia—. Así que mátame de una vez.

—Sigues siendo tan inocente como el día que nos abandonaste —respondió, admirando la daga—. Tu querido doctor te encerró por una razón.

—Porque me odia.

—No. No. —Sonrió—. Los humanos son más complejos. ¿Es que no has aprendido nada conviviendo con ellos? —Se frotó la frente—. Tiempo, criatura. El doctor Frank necesitaba tiempo. Tiempo para

perdonarte, tiempo para perdonarse, tiempo para aclararse —agitó la mano—, lo que sea. Si te odiara tanto como a nosotros —continuó —, créeme, estarías muerta.

Agité la cabeza y me recogí las piernas con el brazo que tenía libre. Alcé los ojos al cielo cuando otro relámpago iluminó la noche, haciéndome temblar. William no lo entendía. Él no había visto los ojos de Viktor, no había visto su gesto de repulsión. No había visto cómo se teñía su mirada de oscuridad. No había visto nada.

Hundí el rostro entre las rodillas y aguardé.

Los monstruos tomaron posición entre los restos de las camillas. Paseaban en ocasiones y hablaban en otras, aburridos. El Primero se mantuvo en silencio, apoyado con la espalda en la pared. Sabía que me estaba mirando. Sabía que estaba impaciente. Contemplaba en ocasiones un reloj de bolsillo, y yo sentía que la vida se me escurría entre los dedos cada vez que lo hacía. Mi mente repasó en aquellas horas el tiempo vivido, mi amistad con Emily, mi fascinación por la alquimia, mi amor por Viktor. Me pregunté si me había faltado algo por experimentar, y no pude evitar sonreír cuando me di cuenta de que no, de que realmente no me había faltado nada.

Así que, cuando William estrelló el reloj contra la pared al llegar la medianoche sin noticias de Viktor, cuando me agarró del brazo para levantarme con violencia y llevarme al centro de la sala, no sentí tristeza por mi final. De hecho, me regodeé en su miseria.

—Te dije que no vendría. Y todos vosotros acabaréis muriendo en sus manos.

Me golpeó la cara con el mango de la daga, abriéndome una brecha en el pómulo. Y, después, me clavó la hoja en el brazo. Chillé al sentir la punta adentrarse hasta el hueso. Me agarró del pelo y me obligó a arrodillarme mientras arrancaba la daga para volver a clavarla en mi muslo. Volví a chillar.

—Puede que no venga esta noche —siseó—. Pero haré que se arrepienta de abandonarte.

Me empujó y rodé por los escalones. Una vez abajo, me dio una patada en el vientre que me dejó sin respiración. Me agarró después por el cuello y me levantó con rudeza. Me contempló un momento en silencio.

—Jamás tendrías que haber vivido —dijo, envenenado.

Y tiró la daga al suelo. Supe lo que iba a hacer antes incluso de que acercara sus dedos a mi brazo herido. Ya había visto antes eso. La noche que desperté. Había descuartizado solo con sus manos al científico que lo había diseñado. Le había arrancado los brazos, las piernas, y partido por la mitad.

Aguanté la respiración y, sin ser consciente, pataleé, supongo que fruto del instinto de supervivencia. Contemplé aquellos dedos con pánico cuando me rozaron, cuando me aprisionaron el bíceps, y cuando comenzó a tirar de él.

Y, entonces, cuando mi hombro crujió, otra fuerza se interpuso para apartarme de él. Mi cuello y mi brazo quedaron libres, y yo caí de costado con un fuerte impacto. Cuando alcé los ojos, el cuerpo de Viktor Frank encaraba al Primer Monstruo.

45

TODOS LOS MONSTRUOS DE VIKTOR FRANK



Un trueno hizo temblar las paredes al tiempo que William sonreía y sacaba un puñal del otro lado de su cinturón.

—¡No! —grité.

No pudo tocarlo. Viktor era rápido empleando los elementos básicos de la alquimia. Valiéndose de su sangre, se integró con el viento para encararlo desde otro lado.

Unas manos amables me recogieron del suelo cuando el resto de los monstruos intervinieron en la lucha al mismo tiempo que Kraus y Edward.

—Tienes sangre por todas partes —indicó la voz de Emily en mi oído mientras se esforzaba enormemente por sacarme de allí a rastras.

—Ha venido —musité, levantándome casi sin respiración del suelo apoyada en su hombro. El estruendo de otro trueno me agitó el corazón, pero en esa ocasión no hizo que me encogiera. Ni siquiera la tormenta podría hacer que apartara los ojos de Viktor, aunque él no me había dedicado ni una sola mirada.

—Sí. —Emily pasó mi brazo ileso por sus hombros y continuó avanzando hacia la salida—. No ha querido dejar pasar la oportunidad de tener a todos los monstruos en un mismo lugar.

Bajé la mirada al suelo, decepcionada.

—Ha sido por ellos. —Cerré los ojos y parpadeé para deshacerme del escozor. Asentí un par de veces—. Entiendo.

Tropecé y Emily casi perdió el equilibrio, pero logró sostenerse en un trozo de pared a tiempo.

—Es difícil saberlo —respondió—. El profesor Kraus le sugirió que aguardáramos hasta después de la medianoche para pillarlos desprevenidos, que tu muerte sería un mal menor. El doctor Frank salió por la puerta mandándole al diablo.

Tragué saliva.

—¿Kraus... Kraus quería que me mataran?

Emily negó con la cabeza. Se detuvo un momento para recuperar el aliento.

—No —dijo—. Lo estaba provocando. Cuando el doctor cerró de un portazo, el profesor se levantó, se alisó el chaleco y nos guiñó un ojo. Anthony le pidió que hiciera el favor de no dejarse matar y, después, salimos todos detrás del doct... Oh, vaya.

Seguí la dirección de los ojos de Emily. Uno de los monstruos se había interpuesto entre la salida y nosotras. Me llevé la mano al colgante con un gemido de dolor por el movimiento del brazo.

—Vosotras no vais a ninguna parte —dijo.

Casi no me dio tiempo a trazar el símbolo de defensa. Logré detener la primera embestida, que hizo que la intención de agarrarnos se convirtiera en un golpe seco contra una pared invisible. Emily me soltó, aprovechando la confusión del monstruo, y sacó una jeringa del bolso bandolera que llevaba colgado. La cogió como si fuera un puñal, con la aguja hacia abajo, preparada para clavar.

Yo me dejé caer al suelo sin poder evitarlo. Las piernas me fallaron, y lo único que pude hacer fue mirar a Emily mientras rugidos, disparos y golpes sonaban a nuestra espalda en la sala de operaciones.

El monstruo dobló las rodillas y echó los brazos hacia delante, preparado para atacar. Emily ladeó la cabeza.

—No pareces muy ágil.

El monstruo se abalanzó sobre ella, que hizo un quiebro sencillo, haciendo que él abrazara el vacío. No pudo esquivar el otro golpe, sin embargo, cuando este se dio la vuelta. Emily cayó al suelo y alzó una ceja, como si estuviera verdaderamente sorprendida de la capacidad de reacción del monstruo.

Le atrapé una pierna antes de que pudiera echarse sobre Emily. Él la sacudió, librándose de mí sin esfuerzo, pero la distracción fue suficiente para que Emily saltara sobre su espalda y le clavara la jeringa en el cuello. Antes de caer al suelo, inerte y desintegrado, logró empotrarla contra la pared, haciendo que perdiera el conocimiento.

—¡Emily!

Me arrastré hacia ella para asegurarme de que estuviera bien, ignorando el cuerpo del monstruo, cuyas cicatrices se habían abierto y lo habían transformado en solo carne muerta.

Cubrí a Emily con mi cuerpo mientras echaba la vista atrás. El Tercero, el Cuarto y el Primero se enfrentaban a Edward, Kraus y Viktor correspondientemente. Pensé que con la alquimia sería una lucha con un claro bando vencedor, pero me equivocaba: el Cuarto y el Primero también estaban empleando la alquimia para atacar. Habían estudiado y practicado, igual que yo. Y, aunque su conocimiento distara mucho del de los alquimistas experimentados, lograban de alguna forma defenderse lo suficiente. Edward y Kraus no estaban acostumbrados a usar la materia para la lucha. Los monstruos, sin embargo, parecían haber estudiado solo para eso.

William, en especial, parecía haber vivido aquellos tres años únicamente para encarar al doctor esa noche. Me quedé pálida cuando lo vi enfrentándose a Viktor entre el viento que agitaba aquella enorme sala. Sus cuerpos se materializaban de forma difusa en el aire, arrastrando objetos a su paso.

Kraus y el Cuarto, por su parte, buscaban herirse empleando objetos pesados transformados a partir de otros. Edward se limitaba a luchar con las manos después de haberse quedado sin balas en el revólver. El monstruo tenía dos disparos que no le impedían defenderse: uno en el hombro, otro en el costado que parecía haberle rozado. La figura difusa de Viktor golpeó de refilón al

Tercero para ayudar a su hermano, lo que le valió una desventaja contra el Primero.

Cerré los ojos con fuerza. Tenía que ayudar a Edward.

Me llevé la mano al cuello para humedecerme los dedos de sangre y la contemplé un momento. Jamás la había usado en la alquimia. Quizá de forma indirecta cuando me había librado de las ropas manchadas en casa de Kraus, pero no como lo haría ahora. Era una mala práctica, dados los efectos secundarios. Pero Anthony, un hombre con la cabeza asentada, coherente y responsable, la había usado para salvar a Kraus. Y yo haría lo mismo para ayudarlos a ellos.

Recordé el símbolo que había empleado para la cura y lo tracé por mis heridas. Poco a poco, la sangre se fue cortando, aunque las heridas continuaron abiertas. El dolor desapareció, y me vi de pronto recuperada y dispuesta. Ya no había monstruos ni peligro más allá de la sala de operaciones, así que dejé a Emily recostada en la pared, me arranqué un buen trozo del bajo del vestido con las manos para mejorar mi movilidad, y salí corriendo armada con una jeringa de su bandolera.

Cuando Edward me vio aparecer, se alejó hacia su derecha para desviar la vista del Tercero y darme vía libre para actuar. Pero el Cuarto lo previno, y él se dio la vuelta a tiempo de golpearme para empujarme. Salí disparada hacia atrás, a la poca distancia que le permitió el brazo del hombro herido. Edward aprovechó el giro del monstruo para atestarle un golpe en el costado que sangraba, lo que hizo que se doblara más aún.

Por un instante, sentí lástima. Y dudé. La jeringa tembló en mi mano. Y aquel segundo fue suficiente para que el monstruo alargara la mano al cuello de Edward con la intención de romperlo.

Se lo clavé sin pensar. Edward cayó al suelo, casi sin respiración, y el Tercero terminó doblándose sobre sí mismo para ir despedazándose después poco a poco, ya sin vida. Clavé las rodillas junto a Edward.

—¿Estás bien?

Él dejó caer la espalda en el suelo, tratando de recuperar el aliento.

—Has dudado —dijo, tosiendo.

—Yo... lo siento... No...

Edward agitó la cabeza y sonrió.

—Has dudado porque eres noble, Marshel. —Se incorporó sobre los codos—. ¿Emily?

—Está bien.

Se levantó con esfuerzo y siguió con la mirada la dirección que le señalé. Él miró un momento hacia la lucha que estaba teniendo lugar a lo largo de la sala de operaciones y al otro lado. El enfrentamiento de Viktor y del Primero era difícil de seguir. Apenas nos dio tiempo a saltar a un lado cuando el cuerpo de William impactó con violencia contra una pared. Esta se vino abajo en cuestión de segundos, haciendo que los pedazos de piedra quebraran las baldosas que pisábamos y se deslizaran hasta chocar con nuestros pies.

Edward corrió hacia el cuerpo desprotegido de Emily, saltando con agilidad sobre los obstáculos que se encontraba en el camino, sin quitarle del todo los ojos de encima a su hermano. El golpe había hecho temblar el resto de la estructura de la casa y Edward pretendía sacar de allí a Emily antes de que todo se viniera abajo.

Miré hacia Kraus, que parecía tener el control de la situación. Había sacado ya la jeringa y parecía estar divirtiéndose, a pesar de tener la cara llena de sangre. El Cuarto estaba en peores condiciones.

Decidí que allí molestaría más que ayudar, así que...

—¡MARSHEL!

El grito de Edward, con sus ojos aterrorizados clavados sobre algo a mi espalda, hizo que me girara.

El tiempo pareció ralentizarse.

Recuerdo a William como un espectro entre el aire, sus ojos inyectados en sangre, acercándose velozmente hacia mí. Un relámpago iluminó la sala. Recuerdo que supe con certeza que moriría, que el Primer Monstruo de Viktor Frank me desgarraría en cuanto pasara junto a mí. Solo necesitaría tirar de mí. A esa velocidad, con esa fuerza, me arrancaría el pecho del cuerpo con una única mano.

Me encogí.

Y, entonces, otro cuerpo recibió el impacto.

No comprendí lo que había sucedido hasta que el olor a libros y madera bañó el aire que respiraba. Y, después, sangre. Viktor emitió una exhalación antes de caer de rodillas y, después, al suelo.

El tiempo recuperó entonces su velocidad. Y todo alrededor se volvió confuso. Nuevos cuerpos llenaron la sala como fantasmas, capas negras y máscaras por todas partes, creando el caos. Pero yo solo tenía ojos para Viktor.

Mis manos se precipitaron hacia él antes de que mi mente pudiera reaccionar. Se había desplomado de costado. Le di la vuelta con cuidado mientras pronunciaba su nombre una y otra vez sin voz. Mis manos se llenaron de sangre en cuanto alcanzaron su torso. El agua caía incesante, tiñendo el suelo de rojo a nuestro alrededor.

—No...

Sus costillas estaban rotas y sobresalían de la parte izquierda de su cuerpo como garras astilladas. Apenas podía respirar. Cerró los ojos con fuerza cuando terminé de darle la vuelta y su espalda tocó el suelo.

—¿Viktor? —susurré. Las lágrimas bañaron mis mejillas y emborronaron mi visión.

—Marshel... —dijo con voz ronca—. Estás... bien.

Trató de alzar la mano para alcanzar mi rostro, pero no lo consiguió. Me incliné para apoyar la frente en la suya.

—Viktor... —fue lo único que alcancé a decir.

Él trató de respirar hondo, pero emitió un gemido de dolor antes de que pudiera llenar sus pulmones.

—Lo siento —dijo—. Lo siento tanto, Marshel. —Negué con la cabeza y le acaricié el rostro y el pelo—. Estaba dolido y confundido. —Soltó un quejido errático—. Te quiero... A ti. Siendo quien eres. —Contrajo el gesto de dolor—. Una mujer... dulce, cálida, apasionada y sensible. —Exhaló—. Te quiero. —Su mano rodeó la mía, que tenía en ese momento sobre su mejilla—. Desde el primer día que pisaste mi despacho.

Sonreí sin poder evitarlo y sorbí por la nariz. Apoyé los labios en su frente.

—Viktor... —Lloré—. Yo tamb...

Alguien me agarró por detrás y me separó de él. Chillé.

—¡No! ¡No!

Viktor trató de levantarse, pero las costillas crujieron y volvió a desplomarse. No detuvo sus intentos, sin embargo. Sus ojos fijos en quienquiera que me estuviera arrastrando hacia atrás juraban muerte. Si no hubiera estado herido, le habría roto el cuello.

Me dieron la vuelta y me tiraron a una distancia de Viktor imposible de acortar.

Descubrí entonces que me hallaba frente a todos los miembros del Consejo. La carne descompuesta del Primero y el Cuarto estaba tras ellos. Kraus, Edward y Emily, ya despierta, se encontraban apresados y, por mucho que trataban de liberarse del agarre de la guardia del Consejo, eran incapaces.

Miré a Viktor.

—El doctor Frank no morirá —aseguró el presidente. Lo miré con cara de odio—. Pero sí será castigado por su crimen.

—No la toquéis —siseó Viktor con amenaza.

El problema de haber usado sangre para una transmutación era que no podía volver a usarse inmediatamente después para otra. Yo no había podido aliviar el dolor ni cortar la sangre de Viktor, él, tampoco.

Volví a mirarlo.

Estaba malherido, estaba sufriendo un dolor insoportable. Pero poseía una poderosa voluntad de moverse. Trataba de valerse de una pared para levantarse, a pesar de que el movimiento de todas aquellas fracturas abiertas le hacía sudar y palidecer. Pero el cuerpo tenía sus límites. Cuando volvió a desplomarse, ya no pudo moverse. Solo pudo mirar con miedo.

—Sabe, señorita Marshel, que es usted fruto de un experimento —continuó el presidente. Volví a mirarlo, y reculé hacia atrás cuando dio un paso hacia mí—. Usted no debería existir. Igual que el ave, e igual que todos los otros semihumanos.

Tragué saliva.

—Matasteis a Prometeo —musité, encogida.

—Cabrones —dijo Kraus—. Marshel es un ser humano más decente que todos vosotros.

Escupió a los pies de uno de los integrantes del Consejo.

Ninguno se inmutó ante el insulto.

Con una jeringa en la mano, el presidente se acuclilló frente a mí. Yo no pude recular más cuando mi espalda alcanzó un gran bloque de techo que había caído durante el enfrentamiento de Viktor.

—Todos los monstruos del doctor Frank deben ser exterminados —concluyó.

Y, con velocidad, agarró mi brazo y me clavó la jeringa.

46

LO QUE ME QUEDA POR VIVIR



El émbolo no se movió. Por mucha fuerza que aplicó el presidente, ni una gota de líquido me atravesó la piel.

—Suelte esa jeringa, presidente —dijo de pronto una voz.

Esta, carente de tono, de género y de emoción, resonó en toda la sala de operaciones, como un eco que no debería existir en aquel lugar abierto y roto. Se impulsó en cada uno de nuestros oídos y nos golpeó el pecho como rebotes de tambor. Incluso la lluvia pareció apaciguarse ante aquella nueva autoridad.

El presidente emitió un quejido silencioso. Casi pude intuir el gesto de desagrado de su rostro tras la máscara antes de levantarse y agachar la cabeza con sumisión, igual que el resto de los miembros del Consejo.

Me arranqué la jeringa y me llevé la mano al brazo mientras miraba alrededor, encogida, en busca de lo que fuera que había hablado.

Se materializó en el centro de la sala, una figura imponente bajo una capa tan oscura como la máscara que ocultaba su rostro. Era de un negro mate tan intenso que daba el aspecto de encontrarse allí un pozo oscuro sin fondo en lugar de un ser humano. Junto a esa

figura, se encontraba otra, menos imponente, aunque de más altura, con una fina máscara que solo le ocultaba los ojos.

—Supremo —se atrevió a hablar el presidente—. Con su permiso, esta criatura es fruto de un crimen contra la alquimia. El objeto debe ser eliminado.

El Supremo dio un paso al frente con determinación.

—No veo objeto alguno, consejero —dijo—. Auxiliar, atienda al doctor —añadió sin mirar a Viktor.

La persona que se encontraba a su lado obedeció al instante.

Respiré hondo, aliviada, pero inmediatamente después, volví a encogerme al descubrir la mirada del Supremo puesta en mí.

—Lo que veo —prosiguió— es a una joven aterrorizada por el Consejo.

—Es un monstruo.

—No, presidente. Desde que el doctor Frank dotó de vida a este cuerpo, es tan humano como lo pueda ser usted.

Me limpié una lágrima cuando vi cómo las costillas de Viktor empezaban a regresar a su lugar una a una. No sabía qué tipo de alquimia estaba empleando el auxiliar, pero sabía que era legal, lejos de la sangre que hacía todo tan sencillo. Se podía aplicar la medicina de alguna forma que desconocía. Parpadeé, fascinada. Pero recordé inmediatamente después dónde me encontraba y volví a encogerme.

El Supremo me tendió una mano enguantada.

Yo la miré con desconfianza. Pero sus dedos, pacientes, continuaron allí para mí, para cuando yo lo decidiera. Dirigí los ojos a Kraus, que contemplaba la escena con una ceja levantada. Había dejado de retorcerse entre los que lo tenían apresado y ahora se limitaba a mirar con curiosidad. Aquello me hizo sentir segura.

Alcé la mano y tomé la del Supremo, que tiró de mí para levantarme del suelo.

Yo me tambaleé. Las heridas abiertas me tiraban de la piel y me molestaban. Sentía que alguna se rasgaba más con cada movimiento, así que decidí permanecer quieta sobre la pierna sana, retorciéndome los dedos, junto a la figura del Supremo, que volvía a encarar al Consejo.

—Esto ha llegado demasiado lejos —dijo.

—Es la ley —respondió el presidente.

El Supremo ladeó la cabeza.

—Ley —repitió—. Toda ley que atente contra la vida es una ley mal establecida —dijo—. Me encargaré personalmente del artículo.

—Con todo el respeto...

El Supremo levantó el dedo índice para interrumpirlo.

—Ya han terminado aquí, señores. —Señaló el hueco donde había estado tiempo atrás la puerta—. Fuera. Es una orden.

Los consejeros dudaron, pero terminaron inclinando con respeto la cabeza y dando un paso atrás para desvanecerse en el viento, liberando de esta forma a Kraus, Edward y Emily. La corriente de aire circuló por la sala de operaciones unos segundos, casi como si trataran de retar la paciencia del Supremo. Este, con los hombros relajados y las manos entrelazadas tranquilamente en su regazo, aguardó a que el Consejo abandonara el lugar.

Entonces, me miró.

—¿Cómo está el doctor, auxiliar? —le preguntó sin apartar sus ojos de mí.

—Sanando.

El Supremo asintió.

—Bien. Bien.

Pareció estudiar entonces mi aspecto.

—Emplear la sangre no es una práctica apropiada, señorita Allen —dijo, contemplando mis heridas abiertas sin hemorragia.

Tragué saliva y asentí.

—Lo... lo siento.

El Supremo negó con la cabeza. Parecía agotado.

—Terminemos con esto.

Llevó una mano hacia delante y la agitó hacia abajo. Un bastón se materializó para soportar el repentino peso de un cuerpo anciano. La capa se esfumó, igual que la máscara, y la figura erguida y poderosa del Supremo fue dando forma a otra conocida e igual de imponente.

—Vaya —dijo Kraus—, esto sí que no me lo esperaba.

Emily alzó una ceja.

—Creí que una fórmula de alquimia no les permitía revelar su rostro —dijo sin mostrar ni un ápice de sorpresa. Yo, sin embargo,

me había quedado muda.

Los ojos de la doctora Teressa Green miraban el cielo, ya libre de tormenta, con cansancio, ignorándolos a ambos. Las estrellas se mostraban claras entre los restos del techo derrumbado de la sala de operaciones. Algunas parpadeaban, como si quisieran hablar sobre todo lo que habían visto y oído. Sangre y muerte.

—Así es, señorita Abbott —respondió finalmente—. Para el Consejo. —Nos repasó entonces con la mirada a cada uno de nosotros—. Ahora, van a decirme qué ha ocurrido aquí.

—Por supuesto, doctora —dijo Kraus con el respeto que profesaba a aquella mujer. Empezó a narrarle los hechos con particular detalle.

Mientras, Edward vigilaba el bienestar de su hermano desde la distancia y Emily daba palmaditas en su falda.

Se me desviaron los ojos hacia Viktor, que aún yacía en el suelo con el gesto contraído de dolor mientras sus heridas se iban cerrando. Tragué saliva y probé a dar un paso hacia él. Como la doctora no dijo nada, me atreví a dar uno más, y otro. Y ya no me detuve hasta llegar a su lado.

Me arrodillé junto a su brazo, en el lado opuesto sobre el que trabajaba el auxiliar, y le acaricié la mejilla.

—Kraus tiene un pico de oro —dijo, cansado, con los ojos cerrados, y buscó a tientas mi mano. Cuando se la entregué, enredó nuestros dedos y la estrechó contra el pecho.

El auxiliar permaneció impasible y continuó dibujando símbolos por todo el torso herido. Había rasgado su camisa, dejando el costado al aire, y había seguido un recorrido riguroso por las costillas hasta alcanzar el esternón. Viktor guardó silencio hasta que concluyó, trazando con dedos finos un último dibujo, como si fuera un lazo, en la clavícula. Entonces, se levantó y se alejó para situarse de nuevo junto a la doctora.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

Viktor me miró. Sus pupilas estaban tan dilatadas que daba la impresión de ser una ventana a su mundo interior. Casi podía ver a través de ellas las formas difusas de emociones desordenadas. Intuía culpa, amargura y alivio, pero había más, infinidad de ellas.

Tragué saliva y decidí ovillarme a su lado. Le apoyé la mejilla en el hombro y contemplé el movimiento de su pecho subiendo y bajando.

—Te encerré —fue lo primero que dijo. Y su voz sonó tan dolida que por un momento creí que era fruto del dolor físico en sus costillas—. Durante tantos días...

Respiré hondo. Aguardé a que continuara, a que dijera algo más, pero no parecía encontrar las palabras adecuadas. Podía sentir todas ellas agolpadas en su garganta, pero, por primera vez, el doctor Viktor Frank no parecía ser capaz de resolver la ecuación que le permitiría expresarse como necesitaba.

Apoyé la frente en un lado de su mentón y decidí hablar yo. Lo hice despacio, midiendo las palabras como si se hubieran transformado de pronto en un lenguaje complejo.

—La primera emoción que sentí después de despertar fue miedo —dije—. Acababan de darme vida y lo primero que vi fue muerte. —Cerré los ojos—. Después, vino la culpa. Me persiguió como un fantasma, cada día y cada noche mientras vagábamos por los caminos. —Hice una pausa—. Mi respuesta fue huir como una cobarde. —Tragué saliva—. Robé para sobrevivir. Fui descubriendo más emociones, la mayor parte desagradables. Pero había una que me movía más que todas las demás: la curiosidad. Me intrigaba mi vida, la razón de mi existencia, el poder que había permitido que abriera los ojos en esa camilla. Empecé a visitar bibliotecas y a estudiar la alquimia. Me sentí fascinada. Aquello era lo único que tenía, y me aferré a ello como si fuera lo único que merecía la pena de aquel mundo. —Sonreí—. Entonces conocí a Emily. Y, con ella, otras emociones, de esperanza, diversión, alegría, gratitud, compasión. Emily me enseñó que el mundo podía ofrecer todo lo que imaginaras. El mal y el bien. Lo negativo y lo positivo. —Respiré hondo—. Quise conocerte entonces. Solo conocerte. Averiguar tal vez cómo había sido formada para comprender mi dolor y tratar de deshacerme de él. Pero yo no... Jamás pretendí dañarte. —Negué con la cabeza y me froté el pecho—. Algo empezó a formarse en mi interior. No entendía qué me ocurría, solo sabía que verte feliz me hacía feliz a mí también.

La mano de Viktor estrechó más la mía. Giró un poco la cabeza para alcanzarme la frente con los labios y darme un beso.

—Lo siento —repitió sin apartarlos de mi piel—. Lo siento mucho, Marshel. —Respiró hondo—. Me acerqué a la puerta del sótano decenas de veces, y me quedaba allí, mirando, inmóvil. Me sentí un iluso por haber caído en un engaño tan cruel. Y, sin embargo, era incapaz de hacerte daño.

—Perdón. —Sollocé—. Perdóname, Viktor, por favor.

Él negó con la cabeza y suspiró.

—No tengo que perdonarte nada, Marshel. —Apoyó la mejilla en mi pelo—. Te quiero. Y ya no importa nada más.

—Doctor Frank, ¿puede levantarse? —dijo de pronto la doctora Green.

Él no respondió. Se irguió un poco y, despacio, con mi ayuda, fue poniéndose en pie. Apoyó una mano en la pared para mantener el equilibrio mientras yo sostenía el poco peso que él permitía que cayera sobre mí.

La doctora Green lo contemplaba con severidad. Kraus parecía haber concluido ya la narración de los hechos, y ahora era el turno de que Viktor respondiera por sus actos. La mirada de la doctora hizo que yo enredara las manos en su camisa con nerviosismo. Dio unos golpecitos con el bastón en el suelo antes de hablar.

—Doctor Frank —dijo—, Wilhelm Meyer aseguró que se había saltado usted la ley de todas las formas posibles. Le di el beneficio de la duda, puesto que no había pruebas. Bien —miró a su alrededor —, ahora las tengo. Ha provocado la muerte de inocentes y un dolor insoportable a aquellos a los que dio vida, incluyendo a la señorita Allen.

—No es...

—Silencio.

Me callé.

—Pero —continuó la doctora— no es usted del todo culpable de los actos que llevaron a cabo sus otras seis creaciones. La señorita Allen es un claro ejemplo de que disponían de criterio para elegir el camino correcto. —Miró a su auxiliar, que había sacado un pliego y se disponía a redactar con una pluma. Después, volvió a dirigir la

mirada a Viktor—. Queda suspendido —dictó—. No volverá a hacer uso de la alquimia bajo pena de prisión. Si lo hace, aunque sea para calentar agua en el invierno, lo sabremos, doctor Frank. No tiente a la suerte. —Me miró—. En cuanto a usted, señorita Allen, un ayudante del Consejo pasará a recogerla próximamente. Tendré listo el Azoth de Vitalidad para que mi auxiliar pueda librarle de esa tortura. Calculo que necesitaré un centenar de criminales presos para repartir su dolor sin dejar secuelas en ellos. Estarán encantados de prestarse voluntarios para la prueba.

Y dicho eso, el auxiliar dobló el pliego y se lo entregó a la doctora. Después, esta dio un golpe con el bastón en el suelo y ambos se esfumaron. Yo tragué saliva ante la perspectiva de deshacerme al fin del dolor.

Kraus soltó un silbido.

—Te has librado por los pelos de la cadena perpetua, Frank. —Se aproximó—. En mi opinión, la señorita Allen le cae bien y no deseaba romperle el corazón.

Viktor no le respondió. En su lugar, me miró.

—Iré contigo.

Asentí mientras Kraus le cogía del brazo.

—¿Me permite, señorita Allen? —me dijo, y me lo quitó de encima para apoyarlo sobre sus hombros. Viktor dejó caer todo su peso en él para que lo ayudara a caminar hacia la salida. Edward se acercó para cogerlo por el otro lado.

—¿Estás bien? —le preguntó Viktor a su hermano.

—Eso debería decirlo yo. Estás hecho un asco.

Al escucharlo, recordé de pronto mi intrusión en el despacho de Viktor cuando traté de encontrar la documentación del experimento Demiurgo. La persona que había gritado «ladrón» había sido Edward. A pesar de que Viktor lo había alejado de él, su hermano siempre había estado ahí para apoyarlo.

Emily se acercó a mí mientras observaba a los tres avanzando con lentitud.

—Guardaré el elixir de recuerdo —dijo—. Hicimos un buen trabajo.

Yo la miré. Sus ojos estaban puestos en Edward.

—Sabías que eran hermanos, ¿verdad? —pregunté.

—Tienen el mismo mentón.

Empezamos a caminar tras ellos.

—Hay muchos mentones iguales.

—El doctor Frank sacó a Edward el primero de Somerset House.

—Sacó a más gente de allí.

Emily se encogió de hombros.

—Fue directo a él.

—¿Y qué?

—Que tienen el mismo mentón —respondió—. Vamos, buscaremos el carruaje que nos ha traído. Debe de estar en algún lugar del camino.

Asentí y saltamos por una pared derruida. Antes de echar a correr por el terreno que separaba la casa del sendero, miré hacia atrás una vez. Viktor contraía el gesto por el dolor con algunos movimientos, pero se recuperaría. Nadie había salido herido, y todos habían arriesgado su vida por mí. Me sentí afortunada. Hacía mucho tiempo había tomado la arriesgada decisión de abandonar a los míos, había huido con el corazón en la garganta y los músculos de los brazos agarrotados por el miedo. Pero, a pesar de todo, lo había hecho. Y había merecido la pena.

Sí. Todo había salido bien. Y estaba segura de que las experiencias que había vivido hasta el momento no eran nada en comparación con lo que me quedaba por vivir.

EPÍLOGO



Febrero, 1822

Viktor recorrió la cicatriz de mi espalda desnuda con sus labios, haciendo que se me erizara el vello de la nuca. Sus manos me acariciaron la piel desde el muslo hasta la cintura. Me di la vuelta entre las sábanas y me estiré con pereza.

—Buenos días, señora Frank —susurró sobre mis labios antes de darme un beso.

Yo lo atraje hacia mí por el cuello y profundicé el beso. Estaba completamente desnudo después de que le hubiera arrebatado anoche hasta el pulcro peinado que llevaba.

Le rodeé la cadera con las piernas.

—Tal vez deberíamos bajar —dijo, mirando la puerta—. Emily acaba de marcharse.

Negué con la cabeza.

—Estarán bien —respondí, enredándome con su aliento.

—No creo que mi hermano opine lo mismo.

Apreté los labios para sostener una sonrisa.

—Y yo creo —dije, empujándolo para que su espalda quedara sobre la cama y yo encima de su abdomen— que el tío Viktor tiene ganas de saludar a su sobrino.

No lo culpaba, en realidad yo sentía la misma necesidad cada vez que despertaba. Cuando todo había vuelto a la normalidad tras mi paso por las manos de la doctora Green y el Azoth, Viktor me había confesado una verdad que yo desconocía: había diseñado a sus creaciones de tal forma que fueran incapaces de procrear. Jamás tendríamos un hijo.

Por eso, cuando Emily se había quedado encinta unos meses después de casarse con Edward, Viktor y yo habíamos amado a aquel bebé desde ese mismo instante.

Kraus y Anthony nos habían visitado después de que diera a luz, y sus visitas se habían incrementado desde entonces. Parecían sentir por ese niño un afecto parecido, y a mí me satisfacía pensar que en Rosewood Manor habíamos encontrado cada uno la pieza que nos faltaba para hacer de nuestra familia algo completo.

—Tal vez pueda apañárselas solo unos minutos —valoró Viktor después de un momento, devolviéndome al dormitorio. Llevó las manos a mi cintura y paseó por ella los pulgares hasta rozar la cicatriz del abdomen. Su respiración se aceleró.

Me incliné sobre él hasta acariciarle los pectorales con los pechos.

—Emily no tardará en llegar —le aseguré—. ¿Cuánto suele tardar en comprar los bollos? —medité—. ¿Quince minutos? ¿Veinte?

—Posiblemente menos.

Elevé la cadera y me preparé sobre él.

—Pero si quieres bajar...

Viktor tiró de mí y me besó al tiempo que me llevaba contra el colchón. Se hundió en mi interior sin vacilar, haciendo que gimiera. Cerré los ojos e inhalé el intenso olor a rosas que se adentraba por la ventana, entre las largas cortinas blancas, y me dejé llevar por el placer. Sin dolor, sin tristeza, sin miedos.

Me abracé a Viktor y él me miró como cada mañana, como si me contemplara por primera vez. Me acarició la mejilla y unió nuestras frentes.

—Te quiero —susurró—. Siempre.

NOTA DE AUTORA

El nombre de Marshel no es aleatorio. Hace referencia a Mary Shelley, la autora de *Frankenstein*.

La creación de los monstruos tiene lugar en enero de 1818, momento en el que se publicó la novela de Mary Shelley en Londres.

La Golstadt, la escuela de alquimia de Londres, hace referencia a la ciudad alemana Ingolstadt, donde se desarrolla parte de la novela *Frankenstein*.

Prometeo no es solo un pájaro. La novela *Frankenstein* se tituló originalmente *Frankenstein o el moderno Prometeo*. El mito griego tiene un significado importante en la novela, ya que tanto el personaje mitológico como Frankenstein desafían a los dioses de una forma o de otra, llevándolos a ambos al castigo y al tormento.

BIOGRAFÍA



Natalia Torvisco (Madrid, 1992) se graduó en Ingeniería de Telecomunicaciones en la Universidad Politécnica de Ma-drid y se especializó en Ciberseguridad, pero siempre le gustó la literatura. Durante sus estudios y, más tarde, mientras comenzaba su vida profesional, asistió a algunos talleres de escritura creativa y autopublicó algunas de sus obras. *Hasta que el cielo se apague*, su primera novela en papel, fue seleccionada en la Convocatoria Nuevo

Talento Crossbooks. Posteriormente publicó, también en Crossbooks, la bilogía *Redención*, compuesta por *Piedra y Oscuridad* y *Hielo y luz*.

En el corazón del monstruo, un *retelling* de *Frankenstein* en clave romance *dark academia*, es su nueva novela.




«Me llevé la mano a los labios.
Nunca me habían besado.
Estaba pisando un terreno peligroso.
Estaba acercándome demasiado.
Pero me resultaba imposible escapar».

En el corazón del monstruo
Natalia Torvisco

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del texto: Natalia Torvisco, 2026

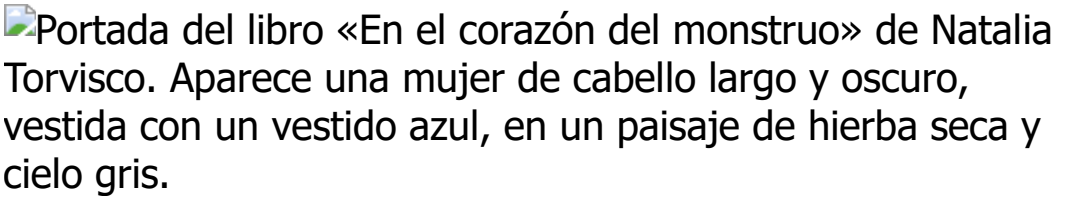
Diseño de la cubierta: Departamento de Diseño, Crossbooks
Ilustración de la cubierta: © Fernanda Suarez
Ilustración de las guardas: © Teresa Ramos (Teradiam)

© Editorial Planeta S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.crossbooks@planeta.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2026

ISBN: 978-84-08-32447-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada del libro «En el corazón del monstruo» de Natalia Torvisco. Aparece una mujer de cabello largo y oscuro, vestida con un vestido azul, en un paisaje de hierba seca y cielo gris.